

MEDIOEVO VIII POST-BABEL



LUIS RÉNÉ GONZÁLEZ LÓPEZ

MEDIOEVO 08 - POST BABEL

Luis René González López

MEDIOEVO 08 - POST BABEL

[MEDIOEVO VIII: POST-BABEL](#)

[Derechos de Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota del Autor](#)

[001 \[A\]](#)

[011 \[L|X|N\]](#)

[021 \[J|A\]](#)

[031 \[L|X|N\]](#)

MEDIOEVO VIII: POST-BABEL

Luis René González López

- ○

Derechos de Autor

© 2026 Luis René González López

Todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción.

Primera edición: 2026

- ○

Dedicatoria

Para el que mide.

Para el que registra lo que existe antes de que deje de existir.

Y para el café que no se acaba.

- ○

Nota del Autor

En el libro anterior, rompimos el mundo. Ahora hay que vivir en los pedazos. Post-Babel no es una secuela. Es una consecuencia. Todo lo que se construyó durante milenios: las torres, los calibradores, los ejércitos, las frecuencias, los sellos, se enfrenta a lo que siempre estuvo ahí: un sistema que no odia, no castiga, no decide. Solo corrige. La realidad necesita magia. La magia necesita ciencia. Y la ciencia necesita algo que no puede fabricar: a alguien que observe, que mida, que diga: esto existió, yo lo vi. Existe una teoría, no mía, de un físico que pensaba diferente, que dice que todo el universo es un solo electrón que se mueve hacia adelante y hacia atrás en el tiempo. Cada vez que va hacia adelante es materia, cada vez que va hacia atrás es antimateria. Un solo electrón crea la ilusión de muchos. Si el flujo natural es energía que se mueve sin interrupción, entonces nosotros, los que observamos, los que medimos, los que insistimos en existir, somos la interrupción, el error, el ruido. Pero el ruido es lo único que prueba que alguien estuvo aquí. Bienvenido al ruido. # TEMPORADA 1: LA CORRECCIÓN

001 [A]

LA CONVOCATORIA

La tablilla pesaba más que las otras. No por el material. Todas eran del mismo barro cocido, horneadas en los mismos hornos que Anen había construido cuando los argathianos todavía vivían bajo tierra. El peso venía de la inscripción. Tres líneas. Escritura cuneiforme que ningún escriba actual sabía leer completa.

Porque Anen no escribió para escribas actuales. Escribió para el que viniera después. Para el que necesitara saber. Khet sostuvo la tablilla contra la luz de las antorchas. El barro tenía vetas oscuras donde el calor geotérmico había cocido minerales diferentes. Los argathianos originales no necesitaban antorchas tenían los hongos. Los hongos murieron tres generaciones después de la emergencia.

Cuando la luz del sol los mató. Otra cosa que se perdió al salir. El inventario de pérdidas era largo: los hongos, el agua termal de las cámaras bajas, la técnica de sellado con resina de raíz que ningún maestro actual reproducía correctamente. Khet conocía el inventario de memoria. Era parte de su trabajo. Administrar lo que quedaba significaba saber exactamente qué se había perdido. La primera línea decía: *Cuando la señal esté demasiado limpia. Prepárate.*

La segunda: *Cuando se prepare, convoca.*

La tercera estaba rota. Siempre estuvo rota. Khet la había examinado cien veces buscando una cuarta palabra, un fragmento, algo. Había traído lentes de aumento que los comerciantes chinos vendían en el mercado de Alejandría, cristales redondos montados en bronce, caros e imprecisos. Había raspado el barro con un pincel de pelo de cabra bajo tres tipos de luz: antorcha, aceite de oliva, reflejo solar por espejo de cobre. Nada. Anen dejó dos instrucciones y una promesa incompleta. O una advertencia que el barro se tragó. La señal llevaba cuatro meses demasiado limpia.

**

Los calibradores no mentían. Khet bajó a la cámara de medición cada mañana desde que el primer técnico reportó la anomalía. La rutina era siempre la misma: despertar antes del amanecer, tomar agua del cántaro que dejaba junto a la estera, agua tibia con sabor a arcilla, caminar los doscientos pasos desde su casa hasta la pirámide principal, saludar al guardia nocturno que ya lo esperaba con la puerta interior abierta. La cámara estaba debajo de la pirámide principal, a sesenta metros de profundidad, donde la piedra todavía conservaba el frío de las cavernas originales.

La escalera tenía ciento ochenta y tres escalones. Khet los había contado el primer mes. Después dejó de contar, empezó a medir por dolor: las rodillas en el escalón noventa, los muslos en el ciento cuarenta, y para el ciento sesenta un silbido en la respiración que le daba vergüenza si algún técnico escuchaba abajo. El contraste térmico treinta y ocho grados en la superficie, dieciséis en la cámara le daba dolor de cabeza. Cuatro meses de dolor de cabeza. Los calibradores eran instrumentos heredados. Nadie sabía exactamente cómo funcionaban. Los técnicos egipcios los mantenían con la misma fe ciega con que los argathianos mantenían sus túneles: porque siempre se había hecho.

Porque dejar de hacerlo producía consecuencias que nadie quería medir. Khet había intentado documentar los procedimientos de mantenimiento, era administrador, documentar era su instinto, pero los técnicos respondían con descripciones que no servían para nada. “Se limpia el mercurio cuando la luna está sobre la pirámide pequeña.” “Se cambia la aguja cada tres generaciones de jefe

técnico.” “No se toca el basalto con las manos sudadas.” Rituales disfrazados de instrucciones.

El instrumento principal era una aguja de cobre suspendida en mercurio dentro de un cilindro de basalto. La aguja oscilaba. Siempre oscilaba. El flujo de información, lo que los ancestros llamaban “el ruido del mundo”, la hacía oscilar en patrones irregulares. Impredecibles. Vivos. Los técnicos registraban las oscilaciones en tiras de papiro con tinta roja: un punto por cada pico, una raya por cada valle, un círculo por cada secuencia que se repetía. Los rollos de papiro llenaban tres cámaras laterales.

Generaciones de registro. Nadie los leía completos. Khet lo intentó una vez. Abandonó al tercer rollo. Los patrones no tenían sentido para un administrador. Tenían sentido para la aguja. Cuatro meses atrás, la aguja dejó de oscilar. No se detuvo. Seguía moviéndose. Pero el patrón cambió. Donde antes había caos, picos, valles, sacudidas que los técnicos registraban con urgencia, ahora había una curva suave. Predecible. Limpia. Los técnicos dejaron de usar tinta roja. No hacía falta. La curva era idéntica cada día.

Arco igual. Amplitud igual. Perfección disfrazada de movimiento. Demasiado limpia.

El jefe técnico, un hombre viejo con las uñas permanentemente negras de mercurio y los ojos enrojecidos por décadas de trabajo con poca luz, le dijo a Khet la primera semana: “Esto no es normal. La aguja nunca hace lo mismo dos veces.” La segunda semana: “Esto no es una anomalía. Esto es una respuesta.” La tercera semana dejó de hablar del tema. La cuarta semana dejó de bajar a la cámara. Khet bajaba solo. El técnico viejo se quedaba arriba, sentado en la puerta

de la pirámide, mirando el desierto. Los ojos fijos en el horizonte. Las manos inmóviles sobre las rodillas.

Khet no era técnico. Era administrador. Coordinaba las cosechas del valle, las cuotas de piedra para las construcciones, los turnos de los obreros que mantenían los canales de irrigación que conectaban el Nilo con las cisternas subterráneas. Sabía de barro, de grano, de logística. No sabía de señales. El grano de la última cosecha tenía más gorgojo del habitual y las cuotas de caliza para el ala norte de la pirámide menor iban retrasadas dos semanas porque la cantera del sur se inundó con las lluvias de primavera. La mujer del panadero le debía tres sacos de cebada al cervecero y que el cervecero le debía un favor a Khet por haberle conseguido turno de noche en las cisternas, donde hacía fresco. Pero sabía leer tablillas. Y la tablilla de Anen no dejaba espacio para interpretación.

**

El emisario chino llegó primero. Khet no esperaba eso. Los chinos eran los más lejanos, los más aislados, los que menos contacto mantenían con el resto. Los descendientes de los mayas habían heredado la costumbre del aislamiento junto con la astronomía, los registros obsesivos. Normalmente había que mandar tres mensajeros antes de recibir respuesta. El primer mensajero era recibido con cortesía, enviado de vuelta con un acuse de recibo caligráfico que no decía nada. El segundo era recibido con menos cortesía y más preguntas.

El tercero, si hacía falta un tercero, era recibido con silencio y una taza de té que significaba “estamos pensando.” La respuesta llegaba meses después, por barco, en un tubo de bambú sellado con laca. Esta vez, el emisario llegó antes de que Khet enviara el suyo. Lo

encontró esperando en la sala de recepciones a las seis de la mañana, sentado en un banco de piedra. Llevaba horas ahí. El guardia de noche dijo que había llegado antes del amanecer. Solo. Sin séquito. Sin carta de presentación. Con un tubo de bambú.

La cara demacrada. Treinta días de viaje sin dormir lo suficiente. El hombre era bajo, delgado, con manos de calígrafo. Las uñas cortadas hasta la carne, los calígrafos chinos se cortaban las uñas así para que no interfirieran con la presión del pincel. Tenía una cicatriz pequeña en el dedo índice derecho, del tipo que deja la tinta cuando se mete bajo la piel durante años. Traía un rollo de seda enrollado en el tubo de bambú. Lo puso sobre la mesa sin protocolo. Sin saludo. Sin las tres reverencias que la etiqueta china exigía entre emisarios de diferentes civilizaciones.

Nuestros astrónomos detectaron la anomalía hace seis meses, dijo. Pensamos que era local. No es local. Khet desenrolló la seda. Columnas de caracteres que no podía leer, los chinos habían modificado la escritura maya original hasta hacerla irreconocible, conservando solo la base matemática, pero reconoció los diagramas. Eran los mismos patrones que sus técnicos registraban en papiro. La misma curva limpia. La misma ausencia de ruido. Los diagramas chinos eran más precisos, tenían escalas numéricas, marcas de tiempo, márgenes de error calculados al tercer decimal.

Herencia maya. La obsesión con el dato exacto como armadura contra el caos. ¿Seis meses? Seis meses. Quizás siete. El calendario tiene imprecisiones que estamos corrigiendo. Khet a veces pensaba que los mayas-ahora-chinos le temían más al error en un número que a una invasión. El emisario probablemente traía, además del

rollo de seda, un segundo rollo con las notas al margen del primer rollo.

Convoqué a los otros, dijo Khet.

El emisario bajó la barbilla. No preguntó a quiénes. No hacía falta. Sacó una bolsa de tela del morral y de la bolsa sacó una tableta de té prensado. La puso sobre la mesa junto al rollo de seda. Té como ofrenda. Té como moneda de intercambio. Té como forma de decir “estoy aquí para quedarme el tiempo que haga falta.”

Khet lo miró. El emisario lo miró. Los dos sabían que lo que estaba en esa mesa, la seda china, la tablilla de Anen, el té, no tenía instrucciones completas.

¿Tiene nombre? - preguntó Khet.

Liang. Liang. Hay una habitación en el ala este. La cama es dura. El agua está fresca. Mañana empezamos. Liang asintió. No se movió. Khet entendió: el emisario no quería una habitación. Quería ver el calibrador.

Abajo, dijo Khet. Ciento ochenta y tres escalones. Le va a doler la cabeza.

*
**

El vikingo llegó con escolta. Cuatro guerreros con cotas de malla y hachas al cinto, porque para los descendientes de Asgard cruzar el Mediterráneo era una operación militar. Todo era una operación militar. La herencia de Ragna, la corrección de desviaciones, el acero que recuerda se había convertido en imperio. Europa era una máquina de guerra que llevaba siglos sin tener contra quién pelear. Los vikingos peleaban entre ellos por costumbre, por territorio, por aburrimiento. El honor se había degradado a feudalismo, pero la capacidad de matar seguía intacta. Los cuatro guerreros de escolta

olían a barco. Tres semanas de travesía mediterránea en un drakkar que no estaba diseñado para el calor del sur. Las cotas de malla se les pegaban al pecho con sudor y sal. Se pararon en la puerta de la sala de recepciones con las hachas cruzadas, mirando a Liang. Ojos de evaluación. Todos eran amenaza posible. Liang los ignoró. Seguía sentado en el mismo banco de piedra, tomando té de una taza que Khet le había proporcionado. El general se llamaba Tormund. Tenía una cicatriz que le cruzaba la nariz un tajo diagonal que iba del pómulos izquierdo al ala derecha de la nariz, viejo, mal cosido, con la piel plegada en un reborde grueso que se ponía rojo cuando hacía calor, olía a cuero mojado, a humo de forja. El olor a forja era permanente. Los vikingos de alto rango mantenían una forja personal en sus casas. Tormund pasaba una hora cada mañana junto al fuego, no forjando sino supervisando. El calor y el humo se le habían metido en la ropa, en el pelo, en la piel. Olía a guerra incluso cuando no había guerra. Se sentó sin pedir permiso. La silla de piedra crujió bajo su peso. Tormund era ancho, no gordo, el tipo de cuerpo que se construye cargando armadura desde los catorce años.

¿Qué tan grave?

No sabemos - dijo Khet. Entonces ¿para qué me sacaste de Vindgar? Khet puso la tablilla de Anen sobre la mesa. Tormund la miró sin tocarla. No sabía leer cuneiforme. No necesitaba. Lo que necesitaba era la palabra de Khet, y Khet se la dio:

La señal está limpia. Ha estado limpia cuatro meses. La última vez que estuvo así fue antes de que nuestros ancestros salieran de la tierra. Tormund se quedó quieto. Los vikingos tenían su propia versión de la historia. La llamaban “La Caída de la Primera Fortaleza.” No hablaban de señales limpias ni de flujos de

información. Hablaban de un enemigo sin rostro que bajó de las montañas y destruyó todo. De espadas que no cortaban. De muros que se deshacían. De un frío que no era frío sino la ausencia de algo que mantenía al mundo funcionando. Las sagas lo cantaban en metro largo, con listas de muertos que duraban media hora. Los niños vikingos aprendían los nombres de los caídos antes de aprender a leer.

¿Cuánto tiempo? - preguntó Tormund. No sé. ¿Meses? ¿Años? No sé. Tormund se pasó la mano por la cicatriz. Gesto automático. Lo hacía cuando calculaba. La piel del reborde era lisa bajo los dedos, diferente a la piel del resto de la cara. Un mapa táctil que consultaba sin pensar. Necesito que la mesoamericana esté aquí. Ellos tienen los números. Y necesito a la del hielo. Las frecuencias. Están en camino. Liang habló desde el fondo de la sala:

Los números los tengo yo. Tormund giró la cabeza. Miró al emisario chino como se mira un instrumento cuya utilidad no se ha determinado.

Los números egipcios - dijo Liang. Los nuestros. Y los de la anomalía. ¿Traes los números mesoamericanos? No. Pero puedo leer los suyos si los traen. Tormund miró a Khet. Me gusta este.

*
**

La sacerdotisa mesoamericana llegó por mar. El barco era mesoamericano, casco ancho, velas de algodón teñido, diseño de doble quilla que los ingenieros atlantes habían perfeccionado para aguas profundas. Traía una comitiva de ocho ingenieros que bajaron del barco con la eficiencia de gente que ha hecho este viaje muchas veces y que miraron la pirámide de Khet con una mezcla de reconocimiento y desdén. Los descendientes de Atlantis habían

heredado el orgullo junto con la ingeniería hidráulica. Construían mejor. Lo sabían. No lo disimulaban. La pirámide de Khet tenía dos grados de desviación en la esquina noroeste, los ingenieros mesoamericanos lo notaron antes de poner un pie en tierra. Uno de ellos lo apuntó en una tablilla de obsidiana. Otro negó con la cabeza.

Se llamaba Itzae. Hablaba poco. Calculaba mucho. Tenía las manos callosas de trabajar con piedra y las pupilas contraídas de quien pasa demasiado tiempo mirando el sol a través de instrumentos de medición. Traía tablillas propias, no de barro, de obsidiana pulida con marcas que brillaban cuando les daba la luz correcta. Tecnología atlante adaptada a la superficie. Los números no mentían en ningún formato. Los números mesoamericanos tampoco: la anomalía estaba en sus registros desde hacía cinco meses, con una precisión de ocho decimales y una nota al margen que decía, en caligrafía atlante: *Verificar. Verificar otra vez. Verificar.*

La guardiana antártica fue la última. Llegó sola. Sin escolta, sin comitiva, sin protocolo. Una mujer vieja con la piel curtida por el viento polar y los dedos gruesos de quien trabaja con cuerdas y hielo toda la vida. Las articulaciones de las manos se le habían deformado, los nudillos anchos, las falanges torcidas hacia afuera, el tipo de daño que produce décadas de trabajo manual en temperaturas bajo cero. Se llamaba Nanoq. Descendiente cultural de Sedna, la que no nació de cápsula, la que llegó en canoa, la que no debería existir.

Nanoq caminaba despacio. No por la edad, por costumbre. En el hielo antártico se camina despacio o se muere. Cada paso es una evaluación del suelo. Cada pisada es una pregunta: ¿aguanta? Los pies de Nanoq hacían la pregunta incluso aquí, en la piedra caliente

de Egipto, donde el suelo no se quebraba nunca. No traía tablillas ni rollos ni obsidiana. Traía su voz.

Las pirámides se están apagando. Nadie habló. Tormund dejó de rascarse la cicatriz. Liang dejó la taza de té en la mesa. Itzae levantó la vista de sus números.

Las pirámides antárticas eran lo que quedaba de Econia. Tecnología de frecuencias que mantenía sellado algo que nadie nombraba. Generaciones de guardianas habían mantenido los tonos, las secuencias, los rituales de mantenimiento. Sin saber para qué. Sin preguntar. El ritual era complejo: diecisiete frecuencias mantenidas por diecisiete guardianas en diecisiete puntos de la pirámide principal, rotando cada seis horas, sin interrumpir. Si una guardiana enfermaba, la reemplazante tenía que igualar el tono exacto en menos de tres respiraciones. Si fallaba, la pirámide temblaba. Nanoq había entrenado reemplazantes durante cuarenta años. Conocía cada frecuencia como conocía su propia voz. Nanoq era la primera que preguntaba por qué. Y la respuesta que encontró la trajo hasta Egipto sin esperar invitación. No se están apagando por desgaste, dijo. Se están apagando porque algo las está empujando desde adentro. Khet miró la tablilla de Anen. La tercera línea rota. La instrucción que faltaba. Lo que Anen no pudo escribir. Lo que sellaron. Lo que ya empujaba.

* ## 002 [L]

LOS EJÉRCITOS

Tormund no durmió. Mandó al halcón antes de que amaneciera. El halcón era viejo. Diez años de servicio, que para un halcón mensajero

era la diferencia entre velocidad y terquedad. Los halcones jóvenes volaban más rápido pero se distraían con las corrientes térmicas del desierto. Subían demasiado, perdían tiempo en espirales que nadie les había enseñado. Los viejos volaban recto. Más lento, pero recto. Tormund prefería recto. Le ató el mensaje a la pata derecha con un nudo doble que los vikingos usaban para correspondencia de guerra. El destinatario necesitaba un cuchillo para abrirlo, lo que significaba que si el halcón caía en territorio ajeno, el mensaje no se soltaba con el viento.

Tormund ató el nudo con los dedos gruesos y la precisión de alguien que ha atado miles de nudos iguales. Los dedos le olían a cera de sello y a tinta de carbón. El ave cruzó el Mediterráneo en tres días. Tres días de vuelo sobre agua abierta, sin referencia terrestre, guiándose por algo que los vikingos llamaban “la línea del hierro” y que los chinos llamaban magnetismo. El halcón no sabía cómo se llamaba. Volaba.

En Vindgar, la ciudad-fortaleza que los vikingos habían construido donde antes hubo una cumbre asgardiana, un mensajero leyó la orden, empezó a correr. Correr era el trabajo. No interpretar. No cuestionar. El honor estaba en la velocidad, no en la comprensión. El mensajero tenía diecisiete años, las piernas largas y los pulmones de alguien que había corrido cada día desde los once. Los mensajeros vikingos empezaban a entrenar a los once. Antes de los once corrían por diversión. Después de los once corrían por deber. La diferencia no estaba en las piernas, estaba en que después de los once no podías parar cuando querías.

La orden decía: movilización completa. Todas las forjas activas. Todas las legiones en posición de marcha. Convocatoria de aliados.

El mensajero llegó a la primera forja antes del mediodía. La forja era un edificio bajo de piedra y madera con el techo ennegrecido por décadas de humo. La maestra de forja, una mujer de cuarenta años con los antebrazos del grosor de los muslos del mensajero, leyó la orden. La releyó, y empezó a gritar instrucciones antes de que el mensajero terminara de beber agua. Carbón. Más carbón. Hierro de la reserva del norte.

Los aprendices al fuelle. Los oficiales al acero. Todo. Ahora. En una semana, Europa se movió. No de golpe. Europa era grande. La movilización vikinga era un mecanismo que empezaba en el centro, Vindgar, la fortaleza madre, y se expandía en círculos. Primero las forjas. Después los cuarteles. Después las granjas, que era donde estaba la mayoría de los soldados porque la mayoría de los vikingos eran granjeros que peleaban cuando les decían que pelearan.

Un granjero en las llanuras de lo que antes fue Asgard del Norte recibió la orden mientras araba. Soltó el arado. Dejó al buey atado al poste. Entró a la casa. Sacó la espada del cofre que tenía debajo de la cama, todos los vikingos tenían un cofre con una espada debajo de la cama, y le dijo a su mujer que cuidara las ovejas. La mujer no preguntó por qué. Sabía. Cuando el marido sacaba la espada del cofre, no había pregunta que sirviera.

Esto se repitió en doce mil granjas, en mil aldeas, en ciento sesenta ciudades. Los caminos se llenaron de hombres cargando espadas y sacos de grano y la expresión vacía del que marcha sin saber adónde.

*
**

Tormund se quedó en Egipto porque Khet se lo pidió. No con palabras, con la tablilla. Le mostró las inscripciones que los técnicos

habían traducido parcialmente. Registros de la primera caída. Datos que los vikingos llamaban saga y los egipcios llamaban evidencia.

Khet extendió tres rollos de papiro sobre la mesa de piedra de la sala de guerra. Los rollos eran copias, los originales estaban en la cámara sellada debajo de la pirámide, en cilindros de cobre que nadie abría sin autorización del consejo. Khet había abierto los cilindros sin autorización. No pidió permiso porque pedir permiso significaba explicar, explicar significaba que el consejo discutiera, y que el consejo discutiera significaba perder entre dos y seis semanas en debates procedimentales mientras la aguja seguía su curva limpia sesenta metros más abajo.

Los números decían esto: la última vez que la señal estuvo limpia, lo que vino después tardó entre seis y catorce meses en llegar. La imprecisión no era error de registro. Era que las fuentes no coincidían. Los argathianos originales medían tiempo en ciclos geotérmicos, intervalos entre erupciones menores del sistema volcánico subterráneo que alimentaba sus cavernas. Los mayas en posiciones estelares, conjunciones de Venus con el horizonte oriental que ocurrían con regularidad matemática. Los asgardianos en generaciones de espadas, cada maestro de forja producía un estilo reconocible, los estilos cambiaban cuando el maestro moría, el aprendiz asumía.

Ninguno midió lo mismo y todos midieron algo diferente. Tormund estudió los papiros durante un día entero. Liang, el emisario chino, se sentó a su lado y tradujo los números mayas a notación china, que era la que Tormund encontraba más legible. Los chinos usaban posiciones decimales, los mayas usaban base veinte, los egipcios usaban fracciones unitarias.

Tres sistemas para el mismo desastre. Tormund entendía logística. Le tomó un día traducir los números a algo útil. Si viene en seis meses, estamos listos. Si viene en catorce, estamos mejor. Si viene mañana, morimos.

¿Y si no viene? - preguntó Liang. Llevaba dos días sin dormir y las ojeras le daban un aspecto de monje enfermo. Tenía la taza de té entre las manos pero no bebía. La sostenía por el calor. Entonces las forjas se quedan encendidas y nadie pierde nada. No era cierto. Movilización completa costaba. Las cosechas se pudrían cuando los granjeros marchaban. Los puertos se vaciaban cuando los marineros se convertían en soldados.

La economía de un continente reorganizándose alrededor de una guerra que nadie había visto todavía. Khet lo sabía porque ya le habían llegado las primeras quejas: el grano del valle del Nilo tenía que alimentar a los soldados vikingos que se concentraban en el Mediterráneo oriental, pero el grano del valle del Nilo apenas alcanzaba para alimentar a los egipcios.

Los ingenieros mesoamericanos comían el doble que los técnicos egipcios, trabajaban con piedra, necesitaban más calorías. Los chinos no comían pan, necesitaban arroz, y el arroz no crecía en Egipto. La logística de alimentar a cinco ejércitos de cinco tradiciones culinarias diferentes iba a matar a más gente que cualquier enemigo. Pero Tormund no mencionó eso. Un general no menciona costos. Eso es trabajo de administradores. De gente como Khet.

Khet, que ya tenía tres listas de problemas logísticos en tres tablillas de barro y una cuarta lista de problemas que no podía escribir porque escribirlos los hacía reales.

*
**

Las tecnologías llegaron por separado. Los chinos mandaron pólvora. Barriles sellados con cera, transportados en barcos que olían a azufre y a miedo. Cincuenta barriles en el primer envío. Cada barril pesaba lo que un hombre adulto y contenía suficiente polvo negro para demoler una muralla de tres metros. Los marineros los trataban con el mismo cuidado con que se trata a un enfermo de peste: distancia, respeto, terror.

Un barril se cayó durante la descarga en el puerto de Alejandría. No explotó, la cera de sellado aguantó, pero los seis marineros más cercanos se tiraron al agua, se negaron a subir al barco durante una hora.

Los ingenieros chinos que los acompañaban no hablaban el idioma de nadie, pero dibujaban. Tenían pinceles finos, tinta negra y rollos de seda que desenrollaban sobre cualquier superficie plana. Diagramas de lanzadores tubos de bronce montados en trípodes de madera reforzada. De minas recipientes de cerámica enterrados a medio metro con mechas de algodón encerado. De dispositivos que convertían el polvo negro en destrucción direccional conos de metal que concentraban la explosión en un ángulo de treinta grados.

Los vikingos miraron los diagramas, vieron armas. Los egipcios miraron los diagramas, vieron matemáticas. Los mesoamericanos miraron los diagramas y vieron problemas de ingeniería que podían mejorar. Los mesoamericanos mandaron ingenieros hidráulicos. Doce hombres y mujeres que llegaron con herramientas que parecían instrumentos de cirugía: niveles de obsidiana, plomadas de cobre, cordeles de fibra de agave calibrados al milímetro.

Gente que sabía mover agua, tierra y piedra con una eficiencia que los otros no podían replicar. Podían construir muros en días que

a los vikingos les tomarían semanas. Podían desviar ríos para crear fosos que no necesitaban excavación. Podían hacer que el terreno mismo fuera una trampa.

El jefe de ingenieros, un hombre de manos pequeñas y ojos que nunca paraban de medir, caminó por el terreno donde Tormund quería montar la primera línea de defensa y negó con la cabeza seis veces en cien metros. “Aquí no,” dijo. “Aquí tampoco.” “Aquí el agua está a un metro si llueve, se hunde todo.” Los vikingos construían donde había roca.

Los mesoamericanos construían donde el agua les dejaba. Los egipcios aportaron la arquitectura subterránea. Túneles. Cámaras ocultas. Rutas de escape bajo el campo de batalla. Generaciones de conocimiento argathiano comprimido en planos que los ingenieros mesoamericanos leían con envidia profesional.

Los planos estaban dibujados en papiro reforzado con resina y mostraban redes de túneles que conectaban puntos a kilómetros de distancia. Ventilación natural por diferencia térmica. Refuerzos de piedra caliza en los cruces. Depósitos de agua cada doscientos metros. Los argathianos originales habían vivido bajo tierra durante generaciones, sus descendientes egipcios sabían construir bajo tierra con la misma naturalidad con que los vikingos sabían construir murallas.

Los antárticos aportaron frecuencias. Nanoq trajo un aparato que nadie entendió, un cilindro de hueso de ballena con membranas de piel de foca que resonaban en tonos que el oído humano apenas registraba. El aparato tenía marcas de uso, ranuras en el hueso donde los dedos de generaciones de guardianas habían abierto surcos. Nanoq lo afinaba golpeándolo con un hueso más pequeño,

del tamaño de un dedo, con golpes secos que producían cambios de tono imperceptibles para todos menos para ella.

Decía que las frecuencias podían interferir con ciertos procesos. No - explicó cuáles. No estaba segura de que funcionara contra lo que venía. Pero era lo que tenía. Tormund juntó todo en una mesa. Pólvora china. Ingeniería mesoamericana. Túneles egipcios. Frecuencias antárticas. Metalurgia vikinga. Cinco tradiciones de guerra combinadas. Cinco formas de destruir inventadas por cinco pueblos que habían aprendido a destruir de cinco maneras diferentes, puestas una al lado de la otra sobre una mesa de piedra en una sala que olía a papiro viejo y a sudor. Nunca se intentó esto - dijo Itzae, la mesoamericana, mirando la mesa. Tenía las manos sobre los planos de túneles egipcios y los ojos en los diagramas de pólvora china. Su mente ya estaba combinando.

Nunca hizo falta - declaró Tormund.

No declaró Nanoq desde la esquina, donde estaba sentada con el cilindro de hueso sobre las rodillas. Nunca hubo motivo.

**

Las forjas de Europa ardían día y noche. El humo subía de las chimeneas de Vindgar y de las trescientas forjas menores que salpicaban el continente desde la costa atlántica hasta las estepas del este. Thyra o las descendientes de Thyra, las mujeres que habían heredado el nombre junto con el oficio, porque en la tradición de Asgard el nombre del maestro de forja pasaba con el yunque, producían espadas más gruesas, más pesadas, con un filo que no era para carne. Era para algo más duro. Nadie sabía exactamente para qué.

Pero las instrucciones venían de las sagas.

De los cantos que los viejos repetían en las noches de invierno, con el aliento hecho vapor y los ojos cerrados para recordar mejor. De la memoria de una forja que existió en una montaña que ya no se llamaba Vindgar pero seguía siendo Vindgar. Las Thyras forjaban con un método que no compartían. Calentaban el hierro hasta que se ponía blanco, no naranja. No rojo, blanco, y lo dejaban enfriar al aire tres veces antes del primer golpe. Los herreros vikingos ordinarios golpeaban al rojo. Las Thyras esperaban.

El acero resultante era más frágil pero más duro. Se rompía antes de doblarse. No servía para cuerpo a cuerpo prolongado. Un impacto fuerte lo quebraba. Pero cortaba cualquier cosa durante los primeros golpes. Las sagas decían que las espadas originales de Ragna cortaban piedra. Nadie lo creía. Las Thyras no hablaban del tema.

Los ejércitos se organizaron en tres líneas. Primera: vikingos con armadura pesada y espadas nuevas. Ocho mil en la línea principal y cuatro mil en reserva rotativa. Segunda: ingenieros mesoamericanos con máquinas de asedio adaptadas, catapultas modificadas para lanzar carga de pólvora en lugar de piedra, un invento que nadie había probado en combate y que los chinos miraban con una mezcla de admiración y horror.

Tercera: artillería china con lanzadores de pólvora, operados por equipos de tres que habían entrenado con réplicas vacías durante el viaje por mar. Los túneles egipcios conectaban las tres líneas por debajo. Tres kilómetros de galería excavados en seis semanas por equipos de mineros egipcios que trabajaban en turnos de ocho horas. Dormían en cámaras laterales que olían a tierra mojada, a vela de sebo.

Las frecuencias antárticas cubrían el perímetro. Nanoq entrenó a seis voluntarios, cuatro egipcios y dos mesoamericanos, los únicos que podían distinguir los tonos para mantener el cilindro de hueso funcionando en posiciones fijas alrededor del campo.

Tormund miró el mapa. La disposición era buena. Las líneas de suministro eran sólidas. Los puntos de fuga existían. Había previsto tres escenarios de retirada, cada uno con ruta diferente, cada uno con depósitos de agua y grano en puntos intermedios. Un general que no planea la retirada no es un general, es un poeta con espada.

¿Suficiente? - preguntó Khet. Tormund no contestó. La pregunta no tenía respuesta honesta. Suficiente contra qué. Contra quién. Contra algo que la última vez hizo que las espadas no cortaran y los muros se deshicieran. Contra algo que las sagas cantaban con listas de muertos pero sin descripción del enemigo.

Porque los ancestros que sobrevivieron no pudieron describir lo que vieron. O no quisieron. Tormund se pasó la mano por la cicatriz. El reborde liso bajo los dedos. Un mapa que no tenía respuesta esta vez.

*# 003 [J]

LA SEÑAL

Las pirámides cantaban. No era un sonido que se escuchara con los oídos. Nanoq lo sentía en los dientes, en las muelas del fondo, donde el nervio conecta con el hueso, el hueso conecta con el cráneo. Un zumbido grave que llevaba ahí desde que tenía memoria. Desde antes. Desde que su abuela la sentó frente a la pirámide más grande. Le puso las manos sobre la piedra y le declaró:

Cuando deje de temblar, corre. Su abuela tenía las manos más grandes que las de Nanoq. Manos de mujer que ha remado en hielo, que ha cortado grasa de foca con cuchillo de hueso, que ha trenzado cuerdas de tendón de ballena hasta que los dedos se le curvaron hacia adentro y ya no se enderezaron. Las manos de su abuela estaban calientes sobre la piedra fría de la pirámide. Nanoq tenía siete años. El frío le dolía en las orejas y en los dedos de los pies. Estaban metidos en botas de piel de foca que le quedaban grandes porque eran de su hermana mayor, que había muerto el invierno anterior de una fiebre que no tenía nombre.

Su abuela no explicó hacia dónde correr. Las guardianas antárticas no explicaban. Mantenían. Ese era el trabajo. Mantener los tonos, las secuencias, los ángulos de las piedras. Cada pirámide era un instrumento afinado con precisión que nadie recordaba haber calculado. La tradición decía que Sedna lo trajo. Que llegó en una canoa con el conocimiento de las frecuencias y lo plantó en el hielo porque el hielo conserva. La tradición no decía de dónde venía Sedna. No decía por qué llegó. No decía qué contenían las pirámides. La tradición era una cuerda con nudos que contaba el qué pero no el por qué.

Las guardianas mantenían la cuerda sin preguntar porque preguntar era perder tiempo, el tiempo en la Antártida mataba. El frío mataba. La curiosidad no pero la curiosidad tardaba tiempo y el tiempo que tardaba la curiosidad era tiempo que no se usaba en alimentar el fuego o reparar las pieles o ajustar los ángulos de las piedras que el hielo desplazaba un milímetro cada invierno. Un milímetro. La abuela de Nanoq podía detectar un milímetro de desplazamiento con las yemas de los dedos, las yemas gruesas,

endurecidas, con la sensibilidad paradójica del callo que ha tocado la misma superficie tantas veces que reconoce cualquier variación. Las yemas de su abuela sobre la piedra eran instrumentos de medición. Las de Nanoq también, pero Nanoq tardó años en entrenarlas, años de poner las manos sobre las pirámides a treinta grados bajo cero, con el viento cortándole la piel de los nudillos, hasta que los dedos aprendieron lo que los ojos no podían ver.

La tradición se transmitía por las manos. No por las palabras. Las palabras se perdían en el viento. Las manos recordaban.

**

Nanoq tenía cincuenta y dos años. Las manos le dolían cada mañana. No las manos enteras, las articulaciones. Los nudillos del meñique y del anular de ambas manos, donde el cartílago se había desgastado hasta que hueso rozaba hueso cada vez que cerraba el puño. El frío del continente antártico no perdonaba articulaciones. Entraba por los poros, se instalaba en las juntas, y ahí se quedaba. Los curanderos antárticos tenían un ungüento de grasa de foca con polvo de hueso de pescado que aliviaba durante una hora. Después el frío volvía. Siempre volvía.

Se levantaba antes del amanecer, lo cual en la Antártida significaba antes de que la línea del horizonte pasara de negro a gris oscuro, un cambio tan gradual que había que estar mirando para notarlo. La primera tarea era revisar las cuerdas de medición que colgaban del techo de su refugio. Diecisiete cuerdas, una por cada pirámide. Cada cuerda tenía nudos que registraban lecturas de frecuencia tomadas cada tercer día durante los últimos treinta y nueve años.

Las cuerdas más antiguas estaban rígidas, con los nudos tan apretados que costaba distinguir uno de otro. Las nuevas eran flexibles, con nudos frescos que todavía olían a grasa de sellado. Después caminaba. El refugio estaba a cuatrocientos pasos de la pirámide del centro, una distancia que variaba según el viento. Con viento de frente, seiscientos. Sin viento, que en la Antártida significaba tormenta acercándose, cuatrocientos exactos.

La pirámide del centro era la más grande. Tres veces la altura de una persona. Piedra volcánica traída de algún lugar que ya no existía, las guardianas antiguas decían “del fondo del mar”, pero las guardianas antiguas decían muchas cosas que mezclaban dato con mito y ya nadie sabía cuál era cuál. La piedra estaba pulida con técnicas que los antárticos actuales no podían replicar. La superficie era lisa, sin porosidad visible, con un brillo mate que absorbía la luz en lugar de reflejarla. Fría al tacto incluso en las horas de sol.

Y temblaba. La oscilación no se sentía con las manos. Se sentía con los dientes. Nanoq apoyaba la mandíbula contra la piedra, la barbilla, no la mejilla, porque el hueso de la mandíbula conducía mejor y cerraba los ojos. El zumbido le subía por los molares hasta el cráneo. La frecuencia base era un tono grave, debajo del rango de la voz humana, constante, sin modulación. Las guardianas la llamaban “el tono madre”. Encima del tono madre había armónicos, tonos más agudos, más débiles, que aparecían y desaparecían con un ritmo que Nanoq había tardado veinte años en aprender a distinguir.

Los armónicos eran los que cambiaban. El tono madre era el que no debía cambiar nunca. Pero la frecuencia estaba cambiando.

*
**

Nanoq llevaba registros. No en papel, el papel no sobrevivía al clima. Los nudos duraban décadas. Las cuerdas eran de tendón de ballena trenzado, el material más resistente que los antárticos producían. Nudos de diferentes tamaños, espaciados a distancias precisas, atados a una cuerda madre que colgaba en su refugio.

Cada nudo era una lectura. Guisante: frecuencia estable. Uva: variación menor. Nuez: anomalía. Nanoq podía leer sus cuerdas en la oscuridad total, con los ojos cerrados, pasando los dedos por los nudos sin detenerse. Treinta años de la misma lectura. Los últimos cuarenta nudos contaban la misma historia. Todos grandes.

Cuarenta nueces seguidas en la cuerda de la pirámide central. Cuarenta anomalías consecutivas. La frecuencia base estaba subiendo. Medio tono por mes. Imperceptible para cualquiera que no tuviera las muelas de Nanoq, los dedos de Nanoq, las décadas de Nanoq midiendo lo mismo cada día. Medio tono por mes no significaba nada para alguien que no supiera qué significaba un tono. Para Nanoq significaba que en un año la frecuencia estaría fuera del rango de contención. Fuera del rango que las diecisiete guardianas podían mantener con sus voces y sus cilindros de hueso.

Las guardianas cantaban en armonía con las pirámides, tonos que complementaban la frecuencia base, que la estabilizaban, que la mantenían dentro de los límites que Sedna había establecido. Si la frecuencia base subía demasiado, las voces de las guardianas no alcanzarían. No por falta de entrenamiento, por física. Las cuerdas vocales humanas tienen un límite. Las pirámides no.

Nanoq juntó a las diecisiete guardianas en su refugio una noche de invierno. El refugio olía a grasa de foca, a humo de estiércol seco, el combustible antártico era estiércol de pingüino mezclado con

grasa, que ardía lento, daba un calor grasiento que se pegaba a la ropa, al pelo.

Las diecisiete se sentaron en círculo sobre pieles de foca y miraron a Nanoq con la expresión de gente que sabe que lo que van a escuchar no les va a gustar. Nanoq les mostró la cuerda. Pasó los dedos por los cuarenta nudos grandes. No habló. Los nudos hablaban. Las guardianas más jóvenes, tres mujeres de veintitantos años que todavía estaban aprendiendo a distinguir armónicos, no entendieron. Las mayores sí. Una de ellas, Tullik, sesenta y un años, las manos peores que las de Nanoq, cerró los ojos y contestó:

¿Cuánto? Un año. Quizás menos. ¿Y después? Nanoq no contestó. No sabía. Nadie sabía qué contenían las pirámides. Las guardianas anteriores tampoco. El conocimiento se había perdido tres generaciones atrás, cuando una tormenta destruyó el refugio donde estaban las cuerdas antiguas, las cuerdas que contenían todo el registro desde Sedna y la guardiana de entonces murió de hipotermia tratando de salvar los nudos. Murió con las cuerdas entre las manos congeladas. Las encontraron tres días después, sentada contra la pared exterior del refugio destruido, con las manos cerradas alrededor de cuerdas que el hielo había soldado a sus dedos. Las cuerdas se quebraron al intentar separarlas. El conocimiento se fue con ellas.

Lo que Nanoq sabía era esto: la pirámide sellaba algo. Empujaba. Cada mes, medio tono más fuerte. Las guardianas ajustaban. Pero medio tono por mes durante siglos es una distancia que las cuerdas vocales humanas no pueden cubrir.

Voy a Egipto - dijo Nanoq. Las diecisiete la miraron. Ninguna había salido de la Antártida. Ninguna guardiana había salido nunca.

El trabajo era estar. El trabajo era mantener. Tullik quedó a cargo. Tullik abrió los ojos. No protestó. Los antárticos no protestaban. Asentían o no asentían. Tullik asintió.

**

El viaje a Egipto le tomó sesenta días. Barco hasta el cabo sur de África, un barco pesquero tripulado por gente que pescaba ballenas y que aceptó llevarla a cambio de tres cilindros de hueso que Nanoq ya no necesitaba porque estaban desafinados. El barco olía a sangre de ballena y a sal. Nanoq durmió en cubierta, envuelta en pieles, con el viento del Atlántico sur cortándole la cara durante catorce noches seguidas. Luego, costa arriba. Otro barco, más grande, con velas de lino que los marineros africanos manejaban con una eficiencia silenciosa que a Nanoq le recordaba a las guardianas: gente que hace lo que hace porque siempre se ha hecho, sin preguntar, sin quejarse.

El calor empezó en la latitud de Guinea. Nanoq nunca había sentido calor. No como concepto sabía que existía, los comerciantes hablaban de él sino en el cuerpo. El primer día de calor real le produjo náuseas. El segundo le produjo un dolor de cabeza que le duraba desde el amanecer hasta que el sol bajaba. Entonces, el tercer día aprendió a mojarse la nuca cada hora. Cerca de ahí, el cuarto día dejó de aprender, empezó a resistir. Luego, a través del desierto. A pie. Tres semanas de arena, viento caliente y un sol que no se parecía a nada que Nanoq conociera. El sol antártico era bajo, rasante, frío incluso cuando brillaba. El sol del desierto era vertical, pesado, con una presión física que empujaba la cabeza hacia abajo. Nanoq caminaba de noche, dormía de día, enterrada en la arena hasta la cintura, con un trapo mojado sobre la cara. El desierto le quemaba la piel, le secaba los labios y le hacía doler la cabeza de una manera

diferente a la del frío. El frío comprimía. El calor expandía. Ambos dolían. Pero el calor era peor porque no paraba. El frío tenía refugios.

El calor estaba en todas partes. Llegó a la pirámide de Khet con los pies hinchados y la boca partida. Las uñas de los pies se le habían puesto negras por la caminata. La piel de la nariz se le había pelado tres veces. Tenía los ojos enrojecidos por el polvo y los labios agrietados hasta la sangre.

Khet la recibió en la puerta de la pirámide. La miró de arriba abajo. No contestó nada sobre su aspecto. Le ofreció agua. Nanoq bebió un litro sin parar. Después pidió ver el calibrador. Cuando vio el instrumento, la aguja de cobre en el mercurio, el cilindro de basalto, los rollos de papiro con marcas rojas, entendió lo que medía. Era lo mismo que ella medía con las cuerdas. El mismo fenómeno registrado con instrumento diferente. Los argathianos midieron con metal y mercurio. Los antárticos midieron con nudos y dientes. La señal era la misma. Nanoq puso la mandíbula contra el cilindro de basalto. Cerró los ojos. El zumbido le subió por los molares. Igual. El mismo tono que las pirámides.

La misma frecuencia. La misma subida de medio tono por mes. Demasiado limpia. Y debajo de la limpieza, si ponías los dientes contra la piedra, cerrabas los ojos, dejabas de respirar para que el movimiento del pecho no interfiriera: el empuje. Algo que subía medio tono por mes y no iba a parar. Algo que empujaba desde adentro de cada pirámide, de cada calibrador, de cada instrumento que midiera el flujo. Algo que llevaba dormido mucho tiempo y que estaba despertando con la paciencia de lo que no tiene prisa porque no tiene competencia.

* * # # 004 [A]

LA PRIMERA CORRECCIÓN

El cielo sobre Praga cambió de color a las cuatro de la mañana. Nadie lo vio. Los centinelas estaban mirando el camino del este, donde los exploradores habían reportado movimiento tres días antes. Movimiento que resultó ser un rebaño de ciervos desplazados por algo que los ciervos detectaron antes que los humanos. Los animales llevaban semanas migrando en dirección contraria a la normal. Rebaños enteros cruzaban ríos que nunca habían cruzado, colinas que nunca habían subido, en dirección contraria a los pastos.

Los pastores los seguían por un tiempo y después los dejaban ir. Los ciervos sabían algo. Arriba, los pastores no sabían qué. En ese instante, los pájaros no cantaban al amanecer. No desde hacía nueve días. Los nidos estaban vacíos, no abandonados, sino desarmados. Los pájaros habían deshecho sus propios nidos, se habían ido con los materiales. Los perros en las aldeas ladraban a la nada hasta que se quedaban roncós, dejaban de ladrar. Después se echaban en los rincones más oscuros de las casas y se negaban a salir.

Los niños los arrastraban por el collar. Los perros clavaban las uñas en el suelo y gemían. El cielo pasó de negro a púrpura. No el púrpura del amanecer, sino un púrpura mineral, denso, con peso. La clase de púrpura que tiene la amatista cuando la partes en dos y miras el interior húmedo. El aire se volvió seco. El rocío de la madrugada se evaporó de las hojas en segundos, primero las gotas grandes, después las pequeñas, después la humedad residual que mantiene las hojas flexibles. Las hojas crujieron. Un centinela que sí estaba mirando hacia arriba pensó que estaba soñando, se pellizcó el brazo, y siguió viendo el mismo cielo imposible.

El centinela se llamaba Gregor. Tenía diecinueve años, un turno de noche que le había tocado porque había perdido una apuesta con otro centinela sobre quién podía beber más cerveza sin caer. Gregor perdió la apuesta, ganó el turno. Ganó el turno y vio el cielo. La primera corrección llegó sin sonido. No era un ejército marchando. No era una flota en el horizonte. No era trueno ni terremoto ni nada que los instructores militares hubieran descrito en los entrenamientos. Era el suelo.

La tierra bajo las murallas de la ciudad empezó a reorganizarse. Piedras que habían estado ahí durante siglos se hundieron tres centímetros. Otras subieron. Los cimientos de la torre norte crujieron, no el crujido de la madera vieja, sino el crujido de la piedra viva moviéndose contra piedra viva. Un sonido que nadie en Praga había escuchado nunca. Las juntas de argamasa se abrieron. Polvo blanco cayó desde las grietas. El suelo se movió bajo las botas de Gregor. No mucho, un milímetro, dos, pero suficiente para que el estómago reaccionara antes que el cerebro.

Náuseas. El cuerpo sabía que el suelo no debía moverse. El centinela tocó la campana. Tres golpes seguidos, código de emergencia. No sabía qué tipo de emergencia. No existía un código para “el suelo se mueve solo.”

**

Tormund recibió el informe por paloma. Estaba en Vindgar, en la sala del consejo, una cámara de piedra con una mesa de roble que tenía las marcas de cien generaciones de puños golpeando la madera durante argumentos coordinando la tercera línea de defensa. Cuando la ave llegó con las patas temblando. Las palomas mensajeras habían dejado de volar en línea recta tres semanas atrás. Algo interfería con

su orientación. Se desviaban al norte, siempre al norte, algo las empujaba. Los palomeros habían ajustado las rutas, mandaban las palomas por trayectorias curvas para compensar la desviación. Esta había tardado el doble de lo normal. Llegó con las plumas erizadas y el pecho agitado y se negó a comer el grano que el palomero le ofreció. Se quedó en la percha, temblando, con el cilindro de hueso todavía atado a la pata. El mensaje era corto. Cuatro palabras en nórdico antiguo que los vikingos usaban solo para una cosa. Cuatro palabras que los niños aprendían junto con los nombres de los caídos. Cuatro palabras que ningún vikingo pronunciaba en voz alta a menos que fuera verdad, porque pronunciarlas en falso era peor que la cobardía. *Tierra se mueve sola.*

Tormund cerró los ojos. Los mantuvo cerrados tres segundos. En esos tres segundos hizo el cálculo: distancia de la paloma desde Praga, velocidad ajustada por desviación, tiempo de vuelo. Lo que vio Gregor ya llevaba al menos dos días ocurriendo. Abrió los ojos. Mandó la orden. Primera línea al frente. Segunda en posición de soporte. Tercera, que enciendan las mechas. Su segundo al mando, un hombre llamado Bjark que tenía la mandíbula cuadrada de alguien que ha recibido muchos golpes y ha devuelto más, la mandíbula estaba ligeramente torcida hacia la izquierda. Resultado de una fractura mal soldada a los veintitrés años que le daba un aspecto de perpetuo desacuerdo con el mundo, preguntó:

¿Dónde? Praga. Pero no va a ser solo Praga. No fue solo Praga. En las siguientes seis horas, reportes llegaron de toda Europa. Las palomas llegaban agotadas, desorientadas, con los cilindros mojados de una humedad que no venía de lluvia. Venecia: los canales se vaciaron y se llenaron tres veces. El agua no sabía hacia dónde ir. Los

gondoleros vieron el fondo de los canales, barro negro, siglos de objetos perdidos, los cimientos de los palacios expuestos. Después el agua volvió. Después se fue otra vez.

Los que estaban en los puentes vieron las ondas moverse en dirección contraria a la marea, contra el viento, contra toda lógica hidráulica. Lyon: las piedras de la catedral temblaron hasta que el vitral del ábside se agrietó. La grieta fue limpia, no el estallido irregular del vidrio roto, sino una línea recta de arriba abajo que dividió la imagen de un santo en dos mitades exactas. Los monjes se arrodillaron. El pueblo corrió. Estocolmo: una grieta se abrió en la plaza del mercado, perfectamente recta, de norte a sur, de un metro de ancho y profundidad desconocida.

Un comerciante de pieles tiró una piedra dentro. No se escuchó el impacto. Los que estaban cerca retrocedieron. Los que estaban lejos se acercaron. La curiosidad humana es más fuerte que el miedo durante los primeros tres minutos. Después el miedo gana. No era un terremoto. Los terremotos son caóticos. Destrozan sin patrón. Rompen lo que pueden y dejan lo que no pueden. Esto era preciso. Cada anomalía ocurría en un punto específico. Cada grieta tenía geometría, ángulos rectos, líneas paralelas, simetría que la naturaleza no produce.

Cada vibración tenía frecuencia medible. Nanoq, en Egipto, con los dientes apretados contra la piedra de la pirámide, registró tres frecuencias nuevas en la primera hora. Frecuencias que no estaban en ninguna cuerda. Frecuencias que nunca había sentido. ARCHON no atacaba. Corregía. La diferencia era importante para ARCHON. Para los que vivían en las ciudades que se agrietaban, la diferencia era irrelevante.

**

Las Formas emergieron al tercer día. No del cielo. No del mar. Del suelo. De las mismas grietas que habían aparecido en las ciudades. Materia reorganizada, roca, metal, tierra, hueso fósil, mineral, todo lo que estaba en el subsuelo en configuraciones imposibles. Sin rostro. Sin voz. Sin la simetría bilateral que tienen las cosas vivas. Una Forma podía tener tres extremidades o siete o ninguna. Podía ser del tamaño de un hombre o del tamaño de una casa. No había patrón en sus cuerpos porque no fueron cuerpos.

Eran herramientas. ARCHON fabricaba la herramienta que necesitaba con el material disponible. Las Formas avanzaban. Eso era todo lo que hacían. Avanzar y corregir. No rápido al ritmo de una persona caminando. No despacio sin pausa. Lo que tocaban dejaba de estar. No destruían, revertían. Una muralla tocada por una Forma no se derrumbaba. Dejaba de haber sido construida. Las piedras volvían a ser piedra suelta. La argamasa volvía a ser cal y arena separadas. Los clavos de hierro volvían a ser mineral sin forma.

El trabajo humano se deshacía. Generaciones de construcción borradas en segundos. Un arco que tardó cinco años en levantarse volvía a ser un montón de piedras en el tiempo que tarda un hombre en cerrar los ojos y abrirlos. La primera línea vikinga los enfrentó en el paso de Brennero. El paso era estrecho, quinientos metros entre las montañas, con una pendiente del ocho por ciento que favorecía a los defensores. Tormund lo había elegido por eso. El terreno compensaba lo que la tecnología no podía. Trescientos guerreros con armadura pesada y las espadas nuevas, las gruesas, las de filo ancho.

Formación de muro. Escudos trabados, roble reforzado con placas de acero, cada escudo encajado con el del compañero, cada hueco

cubierto. Disciplina de generaciones. Los vikingos no peleaban con rabia, peleaban con método. La rabia gastaba energía. El método conservaba brazos. Las espadas cortaron. El metal vikingo, heredero de la forja asgardiana, el acero que recordaba el acero al que las descendientes de Thyra habían añadido carbono extra, ángulo de impacto, peso, hizo daño. Las Formas se fragmentaban al contacto con el filo.

Piezas de roca reorganizada cayendo al suelo, desactivándose, volviendo a ser piedra y tierra sin propósito. Los vikingos rugieron. El rugido era parte de la técnica, no celebración, intimidación. Contra las Formas no servía de nada. Las Formas no tenían oídos. Pero los vikingos rugían de todas maneras porque el rugido era para ellos, no para el enemigo. El rugido decía “estamos vivos, seguimos, no paramos.”

Pero las Formas no se acababan. Donde una caía, el suelo producía otra. El material estaba ahí, siempre estuvo ahí. ARCHON no traía un ejército. Activaba la tierra. Convertía el terreno en soldados. Cada colina, cada roca, cada depósito mineral era munición potencial. La montaña misma era el enemigo. Los vikingos estaban peleando contra el suelo que pisaban. La primera línea resistió cuatro horas. Mataron o desactivaron más de doscientas Formas. Los cadáveres de las Formas se acumulaban en el paso, montones de roca fragmentada que los vikingos tenían que escalar para llegar a las Formas nuevas.

Los pies resbalaban. La armadura pesaba más con cada hora. Los brazos se hinchaban del esfuerzo repetitivo: levantar espada, golpear, esquivar, levantar espada. Perdieron a noventa y un guerreros. No por heridas de combate, las Formas no peleaban, avanzaban. Los

guerreros morían por agotamiento. Caían. Se quitaban el casco porque no podían respirar. Se sentaban en el suelo porque las piernas no los sostenían. Y las Formas pasaban sobre ellos. Los tocaban. Los revertían. Un cuerpo humano tocado por una Forma no moría. Dejaba de estar organizado. Los huesos se separaban. Los músculos se soltaban. La piel se despegaba. No había sangre ni dolor ni grito. Solo desorganización. La diferencia entre un cuerpo vivo y un montón de material biológico era la organización. Las Formas quitaban la organización. Tormund ordenó rotar a la segunda línea. Los ingenieros mesoamericanos activaron las máquinas de asedio. Catapultas modificadas que lanzaban barriles de pólvora china con mechas de tres segundos. Los ingenieros calculaban distancia, peso, viento, los mismos cálculos que sus ancestros atlantes hacían para mover agua, ahora aplicados a mover destrucción.

Las explosiones destrozaban a las Formas en pedazos demasiado pequeños para reorganizarse. Fragmentos del tamaño de una uña que caían al suelo y se quedaban inertes. Funcionó. Una hora. Dos. El paso de Brennero se llenó de polvo de roca y humo de pólvora. Los artilleros chinos tosían. Los ingenieros mesoamericanos se cubrían la cara con trapos mojados. El ruido de las explosiones rebotaba contra las montañas y volvía amplificado. Después, ARCHON adaptó. Las Formas nuevas emergieron más densas. Más compactas.

El material estaba más apretado, menos huecos, menos puntos débiles, la estructura interna reorganizada para absorber impacto. La pólvora las agrietaba pero no las deshacía. Los ingenieros ajustaron la carga. Más pólvora por barril. Más alcance para las catapultas. Más fuego. Los barriles más grandes pesaban tanto que las catapultas crujían al soltarlos. El humo cubrió el paso de Brennero.

Olía a azufre, a sangre de los noventa y uno que cayeron en la primera rotación y a tierra quemada.

El sol de mediodía no llegaba al suelo. El paso era una cueva de humo con explosiones adentro.

*
**

En la cámara subterránea de Khet, sesenta metros bajo la pirámide, la aguja de cobre dejó de moverse. No osciló. No vibró. No hizo nada. Flotaba en el mercurio con la quietud de un objeto muerto. Los técnicos que estaban de turno, dos hombres jóvenes que nunca habían visto la aguja inmóvil, se miraron el uno al otro. Uno de ellos tocó el cilindro de basalto. El basalto estaba caliente. No debería estar caliente sesenta metros bajo tierra, rodeado de piedra fría. El técnico retiró la mano y se la miró. La palma estaba roja. La señal no estaba limpia. La señal no estaba. Cuatro meses de curva suave, predecible, preocupante. Y ahora nada. La ausencia era peor que la anomalía. La anomalía significaba que algo pasaba. La ausencia significaba que algo había terminado de pasar. Que lo que venía ya no necesitaba señal. Khet miró al técnico. El técnico miró la aguja.

Khet pensó en Tormund, en las espadas, en las Formas saliendo del suelo. Pensó en Nanoq, en las pirámides que se apagaban desde adentro. Pensó en los cinco emisarios sentados en su mesa una semana atrás, combinando tecnologías que nunca se habían combinado. No era suficiente. La tablilla de Anen pesaba más que nunca. Las dos instrucciones cumplidas. La tercera, rota, ilegible, enterrada en barro que tenía milenios. Lo que Anen no pudo escribir. Lo que Anen no quiso escribir. Lo que Anen dejó roto a propósito. Khet subió las escaleras. Ciento ochenta y tres escalones. Las rodillas

no le dolieron esta vez. La adrenalina borraba el dolor de las articulaciones. Borraría también el sueño, la fatiga, el hambre. El cuerpo del administrador se había convertido en el cuerpo del mensajero. Tenía que mandar un mensaje a las cinco civilizaciones. El mismo mensaje. Un mensaje que no necesitaba traducción porque el miedo no tiene idioma. *Está aquí.* ## 005 [A]

VIRUS

Las marcas estaban en las grietas. Cada grieta que abría una Forma tenía en los bordes un patrón de líneas finas, más finas que un cabello, visibles solo cuando la luz del sol entraba al ángulo correcto.

Los primeros soldados que las vieron pensaron que era el grano natural de la piedra. Los escribas chinos supieron que no. Tres escribas trabajaron durante una semana transcribiendo las marcas de una sola grieta en la plaza del mercado de Estocolmo, que seguía abierta, inmutable, perfectamente recta de norte a sur.

Copiaron las líneas en seda con pinceles de un solo pelo de rata. El trazo tenía que ser exacto. Un error de un milímetro cambiaba el significado del carácter. Los escribas lo tradujeron como pudieron. Usaron el carácter para “peste.” Lo tacharon. Usaron el carácter para “plaga.” Lo tacharon. El más cercano, el que el sacerdote jefe eligió después de tres días sin dormir, fue el carácter para “lo que crece donde no debería crecer.”

Virus. Los escribas le mostraron la traducción a un granjero que había sobrevivido a la primera corrección. El granjero había visto su campo revertirse: el trigo volviendo a ser semilla, las semillas volviendo a ser tierra, la tierra volviendo a ser roca. Generaciones de

trabajo agrícola deshecho en una tarde. El granjero miró los caracteres en la seda. No sabía leerlos. Pero cuando le explicaron el significado “lo que crece donde no debería crecer” el granjero se tocó el pecho donde había tenido un bulto que el médico le sacó el año anterior y dijo: “nosotros somos el tumor.” ARCHON no estaba enojado. ARCHON no se enojaba. La ira requiere expectativa incumplida. ARCHON tenía parámetros. Los humanos los habían excedido. Lo que en el ciclo anterior eran comunidades dispersas ahora eran imperios. Millones de individuos. Cada uno un punto de observación. Cada uno generando ruido. Cada uno manteniendo errores que deberían haber sido corregidos hace milenios. El protocolo ajustado era más severo que el anterior. Los cálculos indicaban doscientos ochenta días para corrección completa. Nueve meses. El tiempo que tarda un error biológico en producir otro error biológico.

**

En China, las cosas empezaron con los ríos. El río Amarillo dejó de fluir una mañana de primavera. La fecha quedó registrada con precisión de tres decimales en los archivos astronómicos de la torre de observación del este: día ciento cuarenta y dos del año, hora tercera, minuto dieciséis. Los chinos registraban todo. Era herencia maya. La compulsión del dato como defensa contra el caos. El río no se secó. El agua seguía ahí. Simplemente dejó de moverse. Los pescadores que trabajaban en las orillas miraron la superficie inmóvil.

El agua estaba quieta. No la quietud de un estanque. Los estanques tienen oscilación residual, ondas producidas por insectos, por viento, por la rotación de la tierra. Esta quietud era absoluta. El

agua parecía vidrio. Algunos pescadores metieron los remos. El agua oponía resistencia. El remo no se hundía. Se detenía en la superficie. Uno de los pescadores, un hombre viejo con las manos curtidas de cuarenta años de red, empujó con fuerza. El remo se partió. La madera se rompió contra el agua. El agua no se movió.

El viejo sacó la mano del remo roto. Se la miró. Se miró los dedos. Tocó la superficie del agua con el dedo índice. Estaba fría. No la frialdad normal del río. Una frialdad que venía de adentro, de debajo, de un lugar que no parecía el fondo del río sino algo más profundo. El viejo retiró el dedo. La huella dactilar quedó marcada en la superficie del agua, como la huella marcada en arcilla fresca. El emisario que había estado en Egipto, Liang, el calígrafo con manos delgadas y las uñas cortadas hasta la carne, mandó la alerta antes de que los generales entendieran qué pasaba.

Liang estaba de vuelta en la torre de observación del este cuando llegó el primer informe de los pescadores. No necesitó verificar. Sabía lo que significaba. Lo había visto en la aguja de cobre de Khet, la señal dejando de ser señal. Los chinos tenían un sistema de mensajería basado en señales de humo codificadas que los mayas originales habían diseñado para comunicar observaciones astronómicas a distancia. Cada combinación de humo blanco, negro, gris, la duración de cada columna, el intervalo entre columnas correspondía a un mensaje estandarizado.

El sistema cubría tres mil kilómetros de territorio. Era rápido. Preciso. Y ahora decía: “Corrección activa. Punto de origen: subfluvial. Recomendación: evacuar valle.” Nadie evacuó. Los generales chinos no evacuaban. Defendían. Era herencia maya, no la herencia de la astronomía o los registros, sino la otra herencia. La

terquedad. La certeza de que entender el fenómeno era más importante que huir de él. Un general chino que evacuaba sin haber medido primero era un general que no merecía el título. Medir era más importante que sobrevivir. El dato primero. La vida después. Los astrónomos subieron a las torres de observación con instrumentos que combinaban la óptica maya, lentes de cristal volcánico pulido con precisión submilimétrica, con la metalurgia que habían importado de los vikingos. Lentes montadas en tubos de bronce. Los tubos tenían marcas de calibración talladas en el metal. Miraron el cielo. Las estrellas estaban donde debían estar.

La luna estaba donde debía estar. Pero entre las estrellas y la luna, en el espacio que debería estar vacío, había líneas. Geometría. Patrones artificiales. Liang miró por el tubo de bronce durante tres horas sin moverse. Las líneas se movían. Lentamente. Recalculando posiciones. Ajustando ángulos. Lo que veía no era un fenómeno astronómico. Era aritmética. ARCHON estaba recalculando la coordenada entera. Reescribiendo las reglas del espacio donde los chinos existían. Liang bajó de la torre. Tenía las piernas dormidas de tres horas sin moverse y los ojos rojos del esfuerzo de mirar en la oscuridad. Se sentó en el escalón inferior. Un asistente le trajo té. Liang no lo tocó.

¿Qué viste? - preguntó el general.

Matemáticas - respondió Liang. ¿Qué tipo de matemáticas? Del tipo que borra.

**

En Mesoamérica, la corrección llegó por el agua. Los atlantes-mesoamericanos vivían cerca del mar. Generaciones de ingeniería hidráulica los habían hecho dependientes de la costa. Los puertos,

los canales, los acueductos de piedra y cal que alimentaban las ciudades del interior con agua dulce desalinizada mediante filtros de carbón y arena. El orgullo atlante se había transformado en orgullo constructivo. “Nosotros construimos mejor.” Era cierto. Las pirámides mesoamericanas eran más grandes, más precisas, más duraderas que cualquier estructura en el continente.

Los ingenieros podían calcular el ángulo de un bloque de piedra a una fracción de grado. Podían predecir cómo envejecería una junta de argamasa en cien años. Podían construir acueductos que transportaban agua cuesta arriba usando sifones que los vikingos no entendían y los egipcios envidiaban. Las pirámides empezaron a agrietarse. No las piedras, la geometría. Los ángulos cambiaban. Un grado aquí. Medio grado allá. Imperceptible a simple vista, pero medible con los instrumentos de obsidiana que Itzae había traído de vuelta de Egipto. Discos de obsidiana calibrada que refractaban la luz solar en arcos medibles.

Los ingenieros midieron, midieron de nuevo, discutieron en números, no en palabras; las discusiones eran secuencias de cálculos escritas en obsidiana y comparadas una al lado de la otra, midieron otra vez. Los ángulos originales estaban siendo corregidos. Alguien algo estaba revertiendo la ingeniería atlante a un estado anterior. Pre-construcción. Las piedras no se caían. Se desalineaban. Volvían a la posición que tenían antes de que una mano humana las moviera.

La pirámide no se derrumbaba se deshacía. Piedra por piedra. Ángulo por ángulo. El trabajo de generaciones deshaciéndose al ritmo de un grado por día. Itzae mandó un mensaje a Khet. No por paloma, por barco, con un cilindro de obsidiana sellado con cera de

la que usan para impermeabilizar cascos. El mensaje estaba tallado en la obsidiana, no escrito: “Las piedras olvidan que son pirámide.”

✱✱

Bajo tierra, Egipto resistía. Era la ventaja argathiana. Generaciones de vida subterránea habían dejado una red de túneles, cámaras, depósitos, rutas de escape que cubrían el norte de África, el Mediterráneo oriental. Los túneles se extendían en tres niveles: el superior a diez metros de profundidad, para almacenamiento y tránsito; el medio a treinta metros, para vivienda de emergencia; el inferior a sesenta metros, donde estaban los calibradores y las cámaras de medición. ARCHON corregía la superficie. Destruía las pirámides de piedra, los templos, los monumentos. Pero los túneles eran más viejos. Estaban hechos con técnicas que precedían a la civilización egipcia visible. Anen los había construido o los primeros argathianos los habían construido, y Anen los había ampliado y reforzado con arcos de piedra que distribuían el peso de manera que la roca no colapsara. Khet organizó la evacuación subterránea en tres días. Tres mil quinientas personas descendiendo por las escaleras de las pirámides hacia los túneles.

Los técnicos llevaron los calibradores abajo, los cilindros de basalto pesaban tanto que necesitaron ocho hombres para cada uno, con rodillos de madera y rampas de tierra compactada. Los escribas llevaron los registros, rollos de papiro envueltos en tela encerada, apilados en cajones de cedro que olían a conservante. Los ingenieros sellaron las entradas con el mismo barro cocido que los argathianos usaban para sus tablillas, barro mezclado con ceniza volcánica que, al secarse, era indistinguible de la roca natural.

Desde afuera, los túneles desaparecían. Desde adentro, Egipto seguía funcionando. Pero funcionando no significaba ganando. Significaba sobreviviendo. Significaba esperar en cámaras iluminadas por lámparas de aceite que consumían oxígeno y producían un humo fino que se pegaba a la ropa y a los pulmones. Significaba mirar los calibradores que ya no medían nada porque la señal había dejado de existir. Los niños lloraban porque no entendían por qué estaban bajo tierra. Los viejos no lloraban porque sí entendían.

Los técnicos mantenían los instrumentos por inercia, por costumbre, porque mantener era lo único que sabían hacer. En la superficie, las Formas avanzaban. Corregían. Deshacían. La pirámide principal perdió un metro de altura en el primer día. Los bloques superiores se desalineaban y caían no con la violencia de un derrumbe sino con lentitud. Milímetro a milímetro. Un bloque se movía un centímetro. Después otro centímetro. Después el centímetro de más que lo separaba del bloque vecino. Después caía.

El sonido de un bloque de piedra caliza de quinientos kilos cayendo sobre arena era sordo, grave, final. Khet contó los mensajes que llegaban de las otras civilizaciones. Todos decían variaciones de lo mismo. Todos decían: estamos perdiendo. China: “Ríos detenidos. Torres de observación inactivas. Población desplazada al interior. Pérdidas civiles: incontables.” Mesoamérica: “Pirámides desalineadas. Ingeniería revertida. Evacuación costera en curso. Los puertos dejaron de funcionar.” Vikingos: *Primera línea rota. Segunda línea en posición. Tercera línea operativa. Pérdidas: seiscientos doce.*

Antártida: nada. Sin mensaje de Nanoq. Las pirámides de frecuencia estaban demasiado lejos para la paloma. Los barcos tardaban sesenta días. Si Nanoq había mandado algo, tardaría meses en llegar. Si no había mandado nada, era porque no podía. O porque no quedaba nadie que mandara. Khet miró la tablilla de Anen. Lo que Anen no escribió. Lo que Anen no pudo escribir porque no hay instrucción para lo que sucede cuando todo falla. No hay tablilla para la derrota. Los argathianos no dejaron instrucciones para perder porque los argathianos no contemplaban la posibilidad de perder. Paciencia, el valor de Anen. La herencia de Argatha significaba esperar a que la solución apareciera. Pero la paciencia requiere tiempo. Y ARCHON no estaba dando tiempo.

** ## 006 [L|A]

EUROPA ARDE

Vindgar cayó en el séptimo día. No la ciudad la idea. La idea de que Asgard renacida era indestructible. La idea de que el acero que recordaba podía cortar cualquier cosa. La idea de que la obediencia a la cadena de mando producía victoria. Todas esas ideas murieron cuando las Formas entraron por el flanco norte.

El único que Tormund había dejado con defensa ligera porque el terreno era imposible, una pared vertical de granito que ningún ejército podía escalar. Tormund había puesto veinte centinelas ahí, más por protocolo que por necesidad.

Veinte hombres mirando una pared que llevaba millones de años siendo pared. Las Formas no escalaron. Emergieron de la pared misma. El granito se reorganizó. Primero un temblor no sísmico,

mecánico. Vibraciones regulares, espaciadas. Tres por segundo. Después las grietas. Líneas rectas que se abrieron en la superficie del granito con la geometría de un diseño.

No de una fractura. Después el movimiento. La roca que había sido defensa se convirtió en atacante. Los veinte centinelas retrocedieron.

Tres no retrocedieron lo suficientemente rápido. La pared los tocó. Dejaron de estar organizados. Tormund estaba en la torre del comando, una estructura de madera y piedra construida en la cumbre más alta de Vindgar, con ventanas en las cuatro direcciones y un pozo de fuego en el centro para las señales, cuando vio la pared moverse. No temblar moverse. Desplazarse hacia adelante despacio. Sin detenerse. Las Formas no peleaban. Corregían. Y corregir no requiere velocidad. Requiere constancia. Tormund había peleado contra ejércitos humanos que cargaban rápido y se agotaban.

Había peleado contra asedios lentos que duraban meses. Nunca había peleado contra una montaña que dejaba de ser montaña. La pared avanzó tres metros en la primera hora. Tormund hizo el cálculo: tres metros por hora, distancia hasta la primera muralla cuatrocientos metros. Ciento treinta y tres horas. Cinco días y medio. Excepto que la pared no avanzaba sola, las Formas emergían de ella como excrecencias.

Se separaban, avanzaban por su cuenta. Más rápido que la pared. Al ritmo de una persona caminando. Hacia la muralla. Hacia las forjas. Hacia el centro de Vindgar.

Evacuar la ciudad - dijo Tormund. Bjark lo miró. La mandíbula torcida se tensó. Los músculos de los costados de la cara se le marcaron. ¿Evacuar? La montaña se está viniendo abajo. Evacuar.

Tormund, los cien del Brennero aguantaron tres horas contra doscientas. Si pongo quinientos en el flanco norte... La montaña no se cansa. Quinientos hombres contra una montaña que no se cansa es quinientos muertos en cinco horas en vez de tres. Evacuar. Los vikingos no evacuaban. El honor decía que uno muere donde pelea. Las sagas no cantaban la retirada. Los nombres de los que huían no se grababan en las espadas memoriales que colgaban en la sala del consejo. Los niños no aprendían los nombres de los cobardes porque esos nombres se borraban de los registros.

Evacuar era desaparecer de la historia. Pero Tormund no era tonto. Un general que pierde sus tropas por orgullo no es un general. Es un monumento. Los monumentos no toman decisiones. Los monumentos se quedan quietos y el tiempo los erosiona. Tormund prefería ser general. Evacuar. Ahora. Las forjas se apagan. Las herramientas se cargan. Los heridos van primero. Los que puedan caminar, caminan. Los que no puedan, se cargan. Nadie se queda. Bjark cerró la boca. No discutió más. La cadena de mando era la cadena de mando. La orden de evacuación le dolía en la mandíbula literalmente, en el lugar donde la fractura vieja le recordaba cada invierno que el hueso roto nunca se repara del todo. Pero bajó la escalera de la torre y empezó a gritar.

*
**

La evacuación de Vindgar fue caótica. No existía un procedimiento. Nadie había escrito instrucciones para evacuar una ciudad construida en tres cumbres de montaña porque nadie había contemplado la posibilidad. Las instrucciones existentes eran para asedios: cómo resistir, cómo redistribuir raciones, cómo rotar turnos de guardia, cómo enterrar muertos dentro de las murallas para que

no se apilaran afuera. No existía el capítulo “cómo bajar diez mil personas por caminos de montaña mientras la montaña se deshace.”

Diez mil personas bajando por caminos diseñados para subir. Los caminos eran estrechos, dos personas de ancho, tallados en la roca de las laderas, con escalones irregulares que los constructores cortaron para pies que subían, no para pies que bajaban. Bajar era peor que subir. Los escalones no tenían la profundidad correcta. Los pies resbalaban en los bordes. En ese instante, los niños caían. Detrás, los viejos caían. Los soldados con armadura se quitaban las piezas del pecho y las tiraban al vacío porque el peso los desestabilizaba en los tramos inclinados. El sonido de cotas de malla cayendo por la ladera de la montaña era metálico, largo, absurdo como una cascada de monedas en el fin del mundo.

Mujeres cargando niños. Los niños más pequeños iban atados a la espalda con correas de cuero. Los más grandes caminaban agarrados de las manos de sus madres, con la cara gris. Un niño de cuatro años preguntó a dónde iban. Su madre contestó “abajo.” El niño preguntó por qué. Su madre no contestó. Herreras cargando herramientas porque una herrera sin sus herramientas no es nada, y las descendientes de Thyra lo sabían. Cargaban martillos, tenazas, yunques portátiles, bolsas de carbón. Una herrera llevaba un yunque de cuarenta kilos a la espalda, atado con las mismas correas que usaba para fijar los lingotes de acero al banco de trabajo. Bajó los mil doscientos escalones del camino sur con el yunque a la espalda y las rodillas temblando. Al llegar abajo se sentó en una piedra y no se pudo levantar durante una hora. No soltó el yunque. Soldados cargando heridos.

Los heridos del Brennero, los que habían sobrevivido a las cuatro horas de combate con extremidades desorganizadas, con partes del cuerpo que faltaban sin sangre ni herida, iban en camillas improvisadas con tablas de las forjas, tela de las tiendas. Viejos que no podían caminar se negaban a ser cargados. Un veterano de setenta años se sentó en la entrada de su casa y expresó que no iba a ningún lado. Dos soldados lo cargaron de todas maneras. El viejo maldijo durante los mil doscientos escalones sin repetir un insulto. Las Formas avanzaban detrás. Despacio. Sin apuro. Sin prisa. La pared norte había avanzado quince metros en las cinco horas que duró la evacuación. Las Formas individuales habían llegado a la primera muralla. La tocaron. La muralla dejó de ser muralla. Las piedras se separaron. La argamasa se convirtió en polvo. Los troncos de refuerzo se convirtieron en madera suelta. Cada paso deshacía un metro de muralla, una sección de camino, una generación de trabajo humano.

Vindgar se desarmaba detrás de los que huían.

Tormund organizó la retaguardia. Cien guerreros voluntarios que se quedaron atrás para retrasar el avance. Tormund no - pidió voluntarios se ofreció él mismo, y Bjark lo agarró del brazo y lo empujó hacia la escalera de evacuación. Tu trabajo es llegar abajo, no morir arriba. Mi trabajo es... Tu trabajo es que quede alguien que sepa coordinar lo que viene. Arriba hay cien que saben pelear. Abajo hay diez mil que no saben adónde ir. Elige. Tormund eligió. Bajó las escaleras. Los cien se quedaron.

No para ganar para comprar tiempo. Una hora. Dos. Lo que los cuerpos aguantaran antes de que los brazos dejaran de levantar las espadas. Las espadas seguían cortando a las Formas. Eso era lo único

que funcionaba. El acero vikingo, el heredero de la forja asgardiana, el metal que Ragna había templado con la corrección de desviaciones. Cada golpe fragmentaba una Forma. Cada fragmentación producía dos segundos de pausa antes de que el suelo generara otra. Dos segundos. El tiempo de una respiración. El tiempo de ajustar la posición de los pies.

El tiempo de no pensar en lo que viene después porque después no existe cuando estás peleando contra piedra. Los cien voluntarios duraron tres horas. Mataron cuatrocientas Formas. Murieron todos. No uno por uno la fatiga los derribaba y las Formas los tocaban y dejaban de estar organizados. Los últimos cinco estaban de rodillas, con los brazos tan hinchados que no podían levantar las espadas sobre la cintura, golpeando a las Formas desde abajo, en los pies si es que las Formas tenían pies, cortando fragmentos de roca que caían sobre las espadas y les rompían los filos.

Tormund no se enteró hasta la noche, cuando el último mensajero de la retaguardia llegó al campamento provisional, una explanada al sur de las montañas, sin murallas, sin forjas, sin nada excepto gente, lo que pudieron cargar. El mensajero tenía quince años, le faltaba la mano derecha. No la había perdido en combate, una Forma la había tocado y la mano dejó de estar. No había sangre. Sin aviso, no había herida. Sin aviso, no había muñón. La manga de la camisa terminaba en un pliegue de tela donde debería haber habido muñeca.

El chico miraba el pliegue de tela.

Se acabó Vindgar - respondió el mensajero. Tormund asintió. No preguntó. La ausencia de palabras fue respuesta suficiente. Los nombres de los cien quedarían en su memoriano acero, pero útil.

*
**

Europa cayó en oleadas. No de golpe. No con un estruendo que marcara el final. En oleadas sucesivas, cada una más amplia que la anterior, cada una deshaciendo otra capa de lo que los humanos habían construido durante milenios. Primero las montañas. Las ciudades en las cumbres, herencia directa de Asgard, construidas donde los dioses vivían porque vivir cerca de los dioses era vivir cerca del poder, fueron las primeras en desaparecer. Las Formas emergían de la roca misma. No había forma de defender una ciudad cuando la ciudad era el enemigo.

Las murallas se convertían en atacantes. Los cimientos se convertían en trampas. Las forjas se enfriaban cuando el carbón volvía a ser mineral suelto en la roca. Después los valles. Los ríos dejaron de fluir el mismo fenómeno que en China, el agua detenida, sólida, negándose a obedecer la gravedad. Los campos se secaron. No por sequía, por corrección. La tierra volvía a un estado anterior. Pre-cultivo. Pre-arado. Pre-humano. El suelo que generaciones de agricultores habían trabajado, fertilizado con estiércol, arado con bueyes, sembrado con grano seleccionado temporada tras temporada, volvía a ser tierra salvaje. Las semillas dejaban de germinar. Las raíces se despegaban del suelo. Los árboles frutales se secaban en horas. Después las costas. Los puertos mesoamericanos en el Mediterráneo, las colonias comerciales que los descendientes de Atlantis habían establecido para coordinar el intercambio entre civilizaciones, resistieron más gracias a la ingeniería hidráulica. Los diques y rompeolas mesoamericanos desviaban el agua de maneras que dificultaban la formación de Formas costeras. Pero ARCHON adaptó. Las Formas costeras eran diferentes, más fluidas.

Hechas de arena y sal compactadas, resistentes al agua, que era la ventaja de los mesoamericanos.

Entraban por la playa con la consistencia de barro mojado y se solidificaban al tocar la piedra de los muros. La pólvora china funcionó hasta que dejó de funcionar. Los ingenieros chinos que se habían quedado en Europa, los once que no pudieron volver cuando las rutas marítimas se cerraron, seguían fabricando mezclas explosivas con los materiales disponibles. Pero ARCHON aprendió la composición química. Las Formas nuevas eran resistentes al fuego. El material que las componía había cambiado: menos roca, más mineral refractario, con una densidad que absorbía la onda expansiva en lugar de fragmentarse con ella.

Los ingenieros ajustaron la mezcla. Más salitre. Más azufre. Funcionó un día. ARCHON adaptó de nuevo. Menos de un día. Cada adaptación humana duraba menos. Cada adaptación de ARCHON era más rápida. La curva era asintótica; los humanos nunca llegarían a cero, pero se acercarían. ARCHON nunca llegaría a instantáneo, sin embargo, se acercaría. El punto donde las dos curvas se cruzaban era el punto donde la resistencia dejaba de tener sentido. Los ingenieros chinos lo calcularon. Los vikingos no necesitaban cálculos.

Lo veían. Tormund lo vio desde el campamento en los Pirineos, el último reducto defensible de Europa. Una cadena montañosa que se extendía de mar a mar, con pasos estrechos que podían defenderse y laderas empinadas que retrasaban a las Formas. Lo vio. Ya había perdido. Solo contaba el tiempo que quedaba.

No estamos perdiendo una guerra le dijo a Khet por mensajero. El mensaje fue escrito en cuero, enrollado, sellado, mandado por halcón. Llegó a Egipto en cinco días. Una guerra tiene dos lados. Esto

no tiene dos lados. Esto tiene un sistema y un error. Nosotros somos el error. Khet leyó el mensaje en la cámara subterránea. Sesenta metros bajo la pirámide. Rodeado de tres mil personas que respiraban aire que se acababa. Tormund tenía razón. Khet lo sabía desde la primera línea de la tablilla de Anen: “Cuando la señal esté demasiado limpia, prepárate.” Khet enrolló el cuero. Lo guardó en el bolsillo. Tres mil personas respirando. El aire un grado más caliente que hace una hora.

** ## 007 [L|A]

RUINAS

Bjark murió en Lyon. No fue heroico. Fue un derrumbe. Las Formas habían corregido los cimientos de un puente romano, uno de los pocos cruces que todavía funcionaban sobre el Ródano, y Bjark estaba cruzándolo con un grupo de civiles cuando la piedra dejó de ser puente y volvió a ser piedra suelta. No se partió. No se agrietó. Los bloques se desencajaron con la precisión de un rompecabezas desarmándose.

Los bloques superiores cayeron primero. Con cuidado, los arcos se abrieron. Detrás, los contrafuertes mesoamericanos, obsidiana y mortero de cal, se desprendieron limpios, sin fractura. La corrección deshacía la ingeniería, no la destruía. La devolvía al estado anterior. Cada bloque recuperaba su posición original en la cantera, no físicamente. No se movían hacia la cantera, pero la cohesión entre ellos se desactivaba. El mortero dejaba de ser mortero, volvía a ser cal, arena, agua separadas.

Las juntas dejaban de ser juntas y volvían a ser dos superficies de piedra que se tocan sin conectarse. La gravedad hacía el resto. Bjark agarró a un niño por la muñeca cuando el suelo dejó de existir debajo de los dos. La muñeca del niño era fina, con los huesos de un niño de ocho o nueve años que no había comido bien en semanas. Los dedos de Bjark cerrándose sobre el aire donde había habido un brazo. El sonido del agua recibiendo cuerpos. Un sonido que no era un chapoteo sino un golpe. El agua densa del río corregido era más dura que el agua normal, más resistente al impacto, y los cuerpos que caían desde seis metros de altura golpeaban la superficie con la fuerza de quien golpea una mesa.

Bjark y catorce personas cayeron al río. El río estaba medio corregido. El agua se movía hacia abajo, un flujo denso que arrastraba no hacia el mar sino hacia donde el protocolo de corrección dirigía. Era más oscura. Con un peso visual que sugería densidad mayor que la normal. Los que cayeron no flotaron como deberían haber flotado. Se hundieron más rápido. Los gritos duraron menos. El agua los absorbió con la eficiencia de algo que no devuelve lo que recibe. Thyra fue la primera en llegar al borde, la vikinga colgada del último bloque que aguantaba. El cuerpo extendido sobre el vacío donde el puente había sido, los ojos buscando supervivientes en el agua turbia.

Encontró tres. Bjark no era uno de ellos. El cuerpo del asgardiano bajó con la corriente visible durante cinco segundos, la armadura de cuero, los brazos abiertos, el pelo rubio flotando detrás de la cabeza, después el agua lo llevó debajo de la superficie. No volvió a subir. Thyra se quedó colgada del bloque hasta que los nudillos blanquearon y los dedos dejaron de responder y la caída era

inevitable. La sacaron del agua con cuerdas. No habló durante dos horas. Se sentó en la orilla con las rodillas contra el pecho y las manos abiertas mirando el río que se había llevado al último hombre que ella entrenó personalmente.

Las manos le temblaban. No del frío del agua del vacío que dejan los dedos que soltaron lo que no debían soltar. El río siguió fluyendo hacia abajo, indiferente. Tres cuerpos se recuperaron aguas abajo, donde el río todavía se comportaba como río. Los tres estaban intactos, sin heridas, sin marcas, sin fractura. Muertos. Los médicos de campaña no encontraron causa. Los cuerpos simplemente habían dejado de funcionar. Bjark no fue uno de los tres. Su cuerpo no apareció. Lo que apareció fue su hacha varada en la orilla, con el mango partido y la hoja intacta.

El acero de la hoja tenía el brillo del acero de Thyra. Lo único que sobrevivía a la corrección. El hacha estaba fría cuando la recogieron. No fría de río, sino fría de otra cosa. El acero que Thyra forjó conservaba una temperatura propia después de la corrección, como si el metal recordara un estado que el agua no podía imponer. Tres soldados la tocaron antes de llevarla a Tormund. Los tres dijeron lo mismo: la hoja les dejó un hormigueo en los dedos que duró horas. No dolor, sino hormigueo. La sensación de que el metal comunicaba algo a través del contacto.

Lo que comunicaba no tenía nombre. Pero los tres se frotaron las manos contra la ropa durante la caminata de vuelta al campamento, y los tres dejaron de frotarse al mismo tiempo, como si el hormigueo tuviera un reloj interno que se agotaba en intervalos idénticos. El mango partido tenía astillas de madera de fresno. La madera de fresno lucía como la que los vikingos usaban para los mangos de las

hachas de batalla, no por tradición, sino por elasticidad. El fresno absorbe el impacto del golpe sin transmitirlo entero a la muñeca.

Un mango de roble rompe muñecas. Un mango de fresno las salva. Las astillas del mango de Bjark tenían un olor dulce, a savia vieja, el olor que la madera libera cuando se parte por la mitad después de años de absorber el sudor de la mano que la empuñó. El sudor de Bjark en la madera. La madera que conocía la forma de su puño mejor que cualquier persona. Tormund recibió la noticia mientras revisaba los mapas con lo que quedaba de su estado mayor. Seis oficiales. Tres semanas antes eran cuarenta. Los otros treinta y cuatro estaban muertos, desaparecidos o desconectados, un término que los vikingos empezaron a usar para los que se quedaban inmóviles mirando el horizonte sin responder a órdenes.

No dormían. No comían. No hablaban. Se sentaban en algún lugar con la vista fija y dejaban de ser soldados. La guerra sin frente producía eso. No había línea de combate. No había enemigo visible. No había nada contra lo cual blandir una espada. Solo el mundo deshaciendo los trabajos de generaciones, y hombres que habían sido entrenados para pelear con espadas mirando cómo las espadas se volvían inútiles. Los desconectados eran más difíciles de gestionar que los muertos. Los muertos se enterraban.

Los desconectados ocupaban espacio, consumían raciones, y hacían que los demás los miraran con la pregunta en los ojos: ¿yo voy a terminar así? Tormund guardó la noticia de Bjark en el mismo lugar donde guardaba las otras. Abajo. Donde no interfiriera con las decisiones. Un general no llora. Un general redistribuye recursos. Bjark había sido su segundo durante once años. Once años de marchar juntos, de comer del mismo pan, de dormir a tres metros de

distancia en las campañas del norte. Once años de la mandíbula cuadrada de Bjark diciendo “sí, señor” con la voz plana. Obedecía por convicción, no por respeto. Abajo. Todo eso, abajo.

¿Cuántos quedan operativos? La oficial que respondió era una mujer joven, de las pocas que no estaba desconectada, con una cicatriz fresca en la ceja que le daba un aspecto de lechuza herida. Consultó una tablilla de madera con marcas de carbón. En Europa, once mil. Mesoamericanos incluidos. Los chinos perdieron contacto hace dos días. La última paloma llegó con un mensaje parcial. Solo entendimos “norte cae.” Once mil. Había empezado con ciento veinte mil. Once mil era el nueve por ciento. De cada cien soldados que marcharon al sur con espada, grano, noventa y uno habían muerto, desertado o se habían desconectado.

¿Posiciones defensibles? Los Pirineos. La cordillera del Atlas, si los africanos nos dejan pasar. Y Egipto. ¿Los túneles de Khet? Khet mandó mensaje hace cuatro días. Los túneles están operativos. Capacidad para mil. Tiene tres mil dentro. Tormund miró el mapa. Lo que quedaba de Europa era un archipiélago de zonas no corregidas, islas de territorio que todavía existía, separadas por extensiones de tierra que ARCHON había devuelto a un estado prehumano. Los caminos entre las islas cambiaban cada día. Lo que ayer era paso seguro hoy era zona de corrección activa.

Los exploradores que mandaba a mapear las rutas volvían con información que caducaba en horas. Marchamos a Egipto.

**

Los civiles morían más que los soldados. No por las Formas directamente. Las Formas no perseguían a nadie. No tenían intención. No tenían dirección preferida. Corregían territorio. Si un

humano estaba en el territorio que se corregía, el humano dejaba de estar. Así de simple. Así de imposible de combatir. No se puede pelear contra el suelo. Pero los civiles no sabían leer las señales de corrección. Los soldados habían aprendido por ensayo y error, por observación, por la acumulación de muertos que enseñaba más que cualquier manual.

Sabían que el suelo que tiembla de cierto modo una oscilación alta, rápida, diferente al temblor geológico normal va a dejar de ser suelo en las próximas horas. Sabían que un río detenido significa que la corrección está procesando la cuenca entera. Sabían que los animales se iban antes. Siempre antes. Los perros primero, con un aullido corto y las orejas pegadas al cráneo. Los pájaros después, en bandadas silenciosas. Los insectos al final, los insectos dejaban de existir sin previo aviso, y cuando caminabas por una zona sin zumbido de moscas, sin hormigueros, sin arañas en las esquinas, sabías que el reloj estaba corriendo.

Los civiles no sabían nada de eso. Caminaban hacia las correcciones porque los caminos de evacuación pasaban por las zonas activas, y las zonas activas cambiaban cada día. Un camino seguro al amanecer era una zona de corrección al mediodía. Familias enteras desaparecían mientras caminaban por rutas que los exploradores habían marcado como seguras seis horas antes. Tormund mandó exploradores. Grupos de tres, un vikingo por la fuerza, un ingeniero mesoamericano por la lectura del terreno, un técnico chino si quedaba alguno por los instrumentos de medición.

Les dio una orden simple: mapear las correcciones en tiempo real y redirigir los flujos de civiles. Era logística de evacuación, no estrategia militar. El general más poderoso de Europa organizando

tráfico de refugiados. El honor vikingo no cubría esto. No había saga para esto. No había canto que enseñara cómo organizar columnas de mujeres con niños en brazos esquivando suelo que dejaba de existir. Las Thyras, las herreras, dejaron de forjar espadas. No por orden de Tormund, por decisión propia. No había a quién dárselas. Los soldados que quedaban tenían espadas. Los civiles no sabían usarlas. Las espadas no servían contra el suelo. Las Thyras empezaron a forjar herramientas. Palas para cavar refugios temporales. Picos para abrir camino entre escombros de ciudades que ARCHON había medio corregido. Barras de palanca para mover bloques de piedra que antes eran murallas y ahora eran obstáculos. Ganchos para los pescadores que intentaban sacar alimento de ríos que fluían en la dirección equivocada. La maestra Thyra forjaba ahora sin palabras.

Golpe de martillo, ritmo igual, temperatura igual. Pero el sonido cambió: una espada canta, una pala gruñe. Thyra escuchó la diferencia y continuó.

✱✱

El último mensaje de China llegó por paloma enferma. El ave aterrizó en el campamento de los Pirineos con las alas torcidas, la izquierda doblada en un ángulo imposible, con las plumas de vuelo apelmazadas con algo que resultaba aceite pero no olía a aceite. Olía a nada. La ausencia de olor. Los soldados que la recogieron notaron que la paloma no pesaba lo que debía pesar. Era más liviana. Como si parte de su masa se hubiera perdido en el vuelo. El tubo de bambú estaba atado a la pata izquierda. Dentro, un rollo de seda con cuatro caracteres. Liang, el emisario chino, que seguía con Khet bajo tierra en Egipto, los tradujo cuando un mensajero se los llevó tres días después. Tres días porque la ruta entre los Pirineos y Egipto había

dejado de ser directa. Era un zigzag entre zonas seguras que cambiaba con cada amanecer. *Norte cae. Sur resiste.*

Significaba que la mitad norte de China estaba corregida. Los ríos, las ciudades, los observatorios astronómicos que los descendientes de los mayas habían construido. Medían todo. No confiaban en nada. Las torres de observación, herencia directa de las pirámides mayas, adaptadas a la latitud china, con instrumentos de cobre y cristal que medían posiciones estelares al segundo de arco, habían sido las primeras en caer. ARCHON corregía los instrumentos de medición antes que las ciudades. Los puntos de observación primero. La población después. La mitad sur. Las montañas, las selvas densas donde ARCHON tardaba más en reorganizar material orgánico, la vegetación era más difícil de corregir que la piedra, la vida más difícil de borrar que la estructura todavía existía. Pero “resiste” no significaba “gana.” Significaba “todavía no ha caído.”

Khet sumó. Europa cayendo. China medio corregida. Mesoamérica sin noticias desde hacía una semana. El último mensaje de Itzae fue la tablilla de obsidiana en el pecho del mensajero muerto. Antártida en calma. Nanoq no había mandado señal desde que salió hacia Egipto. Solo Egipto seguía operativo. Bajo tierra. Donde ARCHON todavía no había llegado. Donde los túneles de los ancestros argathianos protegían a tres mil personas del sol y de la corrección y del aire que se acababa un poco cada día. La paciencia argathiana. La herencia de Anen. Construir profundo. Esperar. Khet no sabía cuánto tiempo más podía esperar. Los suministros eran finitos. El grano almacenado alcanzaba para cuatro meses si racionaban. El agua de las cisternas alcanzaba para más.

Los argathianos habían construido las cisternas para sobrevivir siglos.

Bajo tierra, el agua importa más que la comida. El aire en los túneles necesitaba ventilación que dependía de ductos a la superficie. Treinta y siete ductos, distribuidos en un radio de dos kilómetros alrededor de la pirámide principal. Si las Formas corregían los ductos, el aire se acabaría en días. Khet mandaba técnicos a revisar los ductos cada mañana. Cada mañana volvían con el mismo informe: ductos operativos. Cada mañana Khet respiraba el mismo alivio que duraba hasta la mañana siguiente. Esperaba porque no tenía otra opción. Y porque la tercera línea de la tablilla de Anen seguía rota. Y porque tal vez. En algún lugar que Khet no podía imaginar, alguien estaba haciendo lo necesario. Error en el flujo de información.

Khet apoyó la mano en la pared del túnel. La piedra estaba tibia. Los ductos funcionaban. Mañana habría que revisarlos otra vez.

*# 008 [A]

LOS TÚNELES

Mesoamérica mandó su último mensaje por mar. Una balsa ecoiana, las únicas embarcaciones que todavía flotaban, construidas con técnicas de frecuencia que resistían la corrosión más que la madera normal, porque las frecuencias ecoianas vibraban a un tono que ARCHON no clasificaba como ruido y por lo tanto no corregía, cruzó el Atlántico en cuarenta días con un mensaje de Itzae tallado en obsidiana. La travesía era más larga de lo que debería haber sido. Las

corrientes oceánicas ya no eran las mismas. ARCHON había empezado a procesar los océanos, no el agua.

Que era demasiada, sino los patrones de circulación que los humanos usaban para navegar. Las corrientes previsibles se volvieron impredecibles. Los vientos alisios desaparecieron durante tres semanas y volvieron soplando del este en lugar del oeste.

Los navegantes que dependían de las estrellas descubrieron que las estrellas seguían ahí, pero que el horizonte había cambiado, no las estrellas, sino la curvatura del agua, la refracción, una distorsión que invalidaba las lecturas astronómicas. La obsidiana sobrevivía a casi todo. El mensajero no. Llegó muerto a la costa africana. Deshidratado. La piel le colgaba de los huesos como tela mojada. Tenía las manos cerradas alrededor de los remos, los dedos tan rígidos por el sol y la sal que los vigías tuvieron que romperle tres falanges para soltarlo. La balsa flotó hasta la orilla por inercia y los vigías egipcios encontraron el cuerpo con la tablilla de obsidiana atada al pecho con cuerdas de tripa. Las cuerdas habían cortado la piel.

El mensajero llevaba días muerto con las cuerdas metiéndose en la carne sin sentirlo. El mensaje:

Pirámides revertidas. Costa borrada. Interior operativo. Población: un tercio. Tecnología hidráulica inutilizada. El agua ya no nos obedece. Combinaremos con lo que queda de los chinos del sur. Si reciben esto, sepan que Atlantis no se rinde. Atlantis nunca se rinde. Ese es nuestro problema y nuestra ventaja.

Khet leyó el mensaje en la cámara principal del complejo subterráneo. La cámara era circular, tallada en piedra caliza, con un techo abovedado que amplificaba los sonidos de una forma que

volvía imposible hablar en voz baja. Treinta personas vivían en esa cámara. Técnicos de calibración que seguían tomando lecturas de la aguja cada seis horas aunque las lecturas no cambiaban. Escribas que registraban los eventos del día en papiro con tinta roja, herencia de las generaciones que registraron las oscilaciones del calibrador.

Ahora registraban otra clase de oscilación. Ingenieros de ventilación que pasaban el día revisando ductos con la misma obsesión con que Nanoq revisaba sus cuerdas. Tres cocineras que hacían milagros con grano almacenado y agua de cisterna. Pan sin levadura cocido sobre piedras calientes, gachas de cebada espesadas con grasa de cabra rancia. Una sopa de legumbres secas que las cocineras llamaban “esperanza” porque con suficiente agua caliente cualquier cosa era comida. La luz venía de lámparas de aceite. Treinta lámparas distribuidas en la cámara, cada una con una mecha de algodón que consumía oxígeno.

Treinta mechas ardiendo día y noche consumían una cantidad de oxígeno que los ingenieros de ventilación habían calculado: equivalente a tres personas respirando. Khet redujo las lámparas a quince. La cámara se oscureció a la mitad. La gente empezó a tropezar con las cosas. Un técnico se rompió un dedo del pie contra un banco de piedra. Las cocineras quemaron el pan dos veces seguidas porque no veían la piedra de cocción. El complejo subterráneo tenía capacidad para mil personas. Khet metió tres mil.

No porque quisiera, porque tres mil personas se presentaron en la entrada del túnel principal durante las dos semanas que siguieron al comienzo de la corrección. Civiles de los alrededores. Granjeros del valle del Nilo que vieron las Formas emerger de la arena y corrieron hacia el único lugar que prometía profundidad. Comerciantes del

puerto que llegaron sin mercancía pero con familias. Soldados desertores de las guarniciones del norte que ya no tenían guarnición. Los túneles secundarios se convirtieron en dormitorios.

Doce túneles de treinta metros de largo y tres de ancho, con el techo tan bajo que los vikingos de Tormund tenían que caminar agachados. Trescientas personas por túnel, durmiendo en hileras sobre esteras de papiro que las cocineras fabricaron con las hojas que sobraban de los registros vacíos. Las esteras olían a tinta y a polvo. Las personas olían a tres mil cuerpos sin ventilación suficiente. Las cámaras de almacenamiento se convirtieron en cocinas. Las rutas de escape se convirtieron en letrinas improvisadas que apestaban todo el nivel inferior.

Khet designó cuatro túneles de escape como letrinas rotativas cuando uno se llenaba, se sellaba con barro y se abría el siguiente. El primer túnel se llenó en una semana. El segundo en cinco días. Al ritmo actual, se quedarían sin túneles de letrina en dos meses. Después tendrían que usar los de dormitorio. Después no habría diferencia entre dormitorio y letrina. El olor era lo peor. Khet podía ignorar el miedo llevaba ignorándolo cuatro meses. Desde la primera lectura limpia del calibrador. Podía ignorar la incertidumbre, era administrador, la incertidumbre era su estado natural.

No podía ignorar el olor a tres mil personas viviendo en un espacio para mil. El olor se pegaba a la ropa, al pelo, a la piel. El olor estaba en la comida. El olor estaba en el agua, no porque el agua estuviera contaminada, sino porque el aire que rodeaba al agua contenía el olor y el paladar no distinguía. La ventilación no daba. Los ductos estaban diseñados para circular aire fresco desde la superficie, pero las Formas habían corregido la mitad de las salidas.

Los filtros de carbón que los ingenieros habían instalado en los ductos restantes se saturaban cada tres días.

Cambiar un filtro requería subir sesenta metros por una escalera vertical en la oscuridad, abrir una tapa de piedra de cuarenta kilos, reemplazar el carbón, cerrar la tapa y bajar. El técnico que hacía ese trabajo tenía dieciocho años y la constitución de un gato montés. Lo hacía sin quejarse. Khet le daba doble ración.

**

Tormund llegó a Egipto con lo que quedaba. La marcha desde los Pirineos duró seis semanas. Seis semanas de zigzag entre zonas seguras que cambiaban con cada amanecer. Once mil soldados salieron de los Pirineos. Durante la primera semana perdió mil doscientos por desertión. No huían del enemigo, no había enemigo contra el cual huir. Huían de la marcha. De la certeza de caminar hacia un refugio subterráneo donde pasarían meses o años viviendo como topos. Los vikingos no estaban hechos para vivir bajo tierra.

Estaban hechos para montañas, para cumbres, para el viento que cortaba la cara y daba razones para construir forjas que calentaran. La idea de encerrarse bajo la arena de un desierto que nunca habían visto era peor que la corrección. Tormund no mandó a buscarlos. Un soldado que deserta ya decidió que la muerte por corrección es preferible a la muerte en formación. Esa decisión no se revierte con órdenes. Se revierte con esperanza. Y Tormund no tenía esperanza para repartir.

Durante la segunda semana perdió ochocientos por corrección directa. Una columna entera desapareció al cruzar un paso alpino que los exploradores habían marcado como seguro. Los exploradores no se equivocaron, el paso era seguro cuando lo midieron. ARCHON

lo corrigió cuatro horas después, con ochocientos soldados en la garganta del paso, sin espacio para retroceder. El explorador que lideró a la columna al paso sobrevivió, estaba al frente, ya había cruzado. Se sentó al otro lado y esperó a que la columna saliera. La columna no salió. El paso se cerró. El explorador esperó dos horas.

Después caminó hacia Egipto. Los cuatro mil que quedaban eran los que no tenían a dónde ir. Hombres y mujeres cuyas ciudades ya no existían. Cuyas familias ya habían sido corregidas. Cuya única identidad que quedaba era la del ejército. Gente cuyo último vínculo con la realidad era la espada al cinto y la voz de Tormund dando órdenes. Tormund los metió en los túneles de Khet. Cuatro mil soldados más en un espacio que ya contenía tres veces su capacidad. Siete mil personas donde cabían mil. El olor empeoró, ahora no se limitaba a ser excremento y sudor, sino también cuero mojado, metal oxidado, y el olor particular de la desesperación, que no es un olor químico, sino la suma de todos los otros olores amplificados por la falta de ventilación.

Las peleas empezaron al tercer día. Un vikingo mató a un técnico egipcio por una ración de grano. La ración era de cebada trescientos gramos, la mitad de lo que un vikingo acostumbraba comer en un desayuno normal. El vikingo le rompió el cuello con las manos. Sin arma. Sin aviso. El técnico estaba comiendo su ración sentado contra la pared del túnel 3. El vikingo se la quitó y cuando el técnico se levantó a protestar, el vikingo le puso las manos en el cuello y apretó. Duró ocho segundos. Tormund ejecutó al vikingo él mismo.

Con una espada asgardiana, en el centro del túnel principal, frente a todos. No pronunció sentencia. No citó ley. No invocó honor.

Desenvainó, cortó, limpió la hoja en el muslo de su propio pantalón, y observó:

El siguiente que toque a un civil pierde la cabeza antes de que me termine la oración. Nadie tocó a nadie después de eso.

*
**

Nanoq estaba viva. Llegó sola. Sin escolta, sin mensaje previo, sin aviso. Apareció en la entrada del túnel 7, una entrada que estaba sellada con barro cocido desde hacía dos semanas, cuando los ingenieros decidieron que las entradas secundarias eran un riesgo y las cerraron para concentrar la ventilación. Nanoq abrió con las manos desnudas. Despegó el sello despacio. Presión constante, sin golpes. El hielo le enseñó que la materia cede si le das tiempo. El barro cocido no es hielo, pero Nanoq le aplicó la misma técnica: presión constante, sin golpes, buscando la junta donde el sello se encontraba con la roca original. Le tomó una hora. Los centinelas del túnel 6 la escucharon rascando y pensaron que era una Forma. Mandaron a un soldado con espada. El soldado encontró a una mujer vieja con las manos en carne viva metiendo los dedos en las juntas de un sello de barro. Tenía los pies hinchados al doble de su tamaño normal. Las uñas de los pies negros se le habían caído durante la caminata. La piel de la cara estaba pelada por el sol del desierto. Los labios estaban partidos hasta la carne. Había caminado desde la costa mediterránea, donde un barco pesquero la dejó, hasta la pirámide de Khet. Ciento sesenta kilómetros de desierto en nueve días. Sola. Sin guía. Orientándose por las estrellas con la técnica que las guardianas antárticas usaban para ubicar las pirámides en las noches sin luna. Las pirámides se apagaron, dijo.

Se sentó en el suelo del túnel. Se durmió. Cuando despertó, doce horas después, tenía las manos vendadas con tiras de papiro que alguien le había puesto mientras dormía. Bebió agua. Comió media ración de gachas de cebada. Completó la frase:

Todas. Las cinco pirámides principales y las once secundarias. El sellado ya no existe. Lo que estaba dentro ya no está dentro. Khet le ofreció más agua. Nanoq bebió. El agua le salió por las grietas de los labios y le manchó la barbilla. ¿Qué estaba dentro? No sé. Pero se fue hacia el norte. Hacia donde está la guerra. Tullik lo sintió antes que yo. Puso la mandíbula contra la piedra y el tono de la madre había desaparecido. No bajó. No subió. Desapareció. La pirámide estaba muda. Y Tullik expresó que algo salió. No lo vio, lo sintió. En los dientes. Un zumbido nuevo, diferente, que se movía. Las pirámides son estáticas. Lo que salió de ellas no lo es. Silencio en el túnel. No el habitual. Tres mil personas en un espacio para mil siempre producían toses, murmullos, el goteo de las cisternas, el crujido de las esteras de papiro.

Esto era diferente. La gente escuchaba. Las toses se callaron. Los murmullos pararon. Hasta el goteo pareció detenerse. Algo se había liberado. Algo que Sedna selló hace milenios con frecuencias que las guardianas mantuvieron sin entender. Algo que ahora caminaba o flotaba, o se expandía, o hacía lo que hacen las cosas que no son cosas hacia donde ARCHON estaba destruyendo. Una variable nueva en una ecuación que ya era imposible de resolver. Khet miró la tablilla de Anen. Lo que Anen no escribió. Lo que tal vez Anen no pudo escribir porque no tenía palabras para algo que no es dios, no es máquina, no es error, no es corrección. Algo que es anterior a todo eso. La aguja del calibrador, sesenta metros más abajo, osciló. Por

primera vez en cuatro meses. Una sola vez. Un pico. Una sacudida. Y volvió a la curva limpia. A Nanoq le llegó a los dientes.

Viene, comentó. ## 009 [A]

EL ERROR

Dzielk K. Brooks estaba caminando cuando el suelo dejó de ser suelo. Nadie que apareciera en ningún registro militar, político o religioso de ninguna de las cinco civilizaciones. No tenía rango, no tenía propiedad, no tenía familia. La familia desapareció con la ciudad, la ciudad desapareció con la primera corrección. Era un hombre de treinta y siete años que vivía en lo que quedaba de una ciudad europea cuyo nombre ya no importaba porque la ciudad estaba medio corregida y la mitad que quedaba no era una ciudad sino un accidente geográfico con escombros.

Dzielk tenía formación en filosofía. Había estudiado en lo que los vikingos llamaban academia, una institución de conocimiento heredada de los monasterios que los primeros asgardianos fundaron cuando bajaron de las montañas y decidieron que no todo era espadas. Las academias enseñaban lógica, retórica, astronomía básica, la herencia maya filtrada por siglos de traducción nórdica, filosofía. Filosofía era una disciplina sin utilidad militar, sin aplicación práctica, sin valor de supervivencia. En tiempos de paz, los filósofos discutían en salones bebiendo cerveza tibia y construyendo argumentos que no servían para nada excepto para entender por qué nada servía para nada.

En tiempos de guerra, los filósofos caminaban entre escombros buscando algo que comer. Dzielk estaba buscando algo que comer.

Llevaba cuatro días sin una comida completa. Dos manzanas robadas de un huerto corregido a medias, los árboles todavía existían pero la tierra alrededor había sido revertida a piedra. Las raíces colgaban en el aire buscando suelo que ya no estaba. Las manzanas eran pequeñas, ácidas, con la piel arrugada del fruto que no recibió agua suficiente. Dzielk se las comió con la cáscara, el corazón y las semillas.

Después encontró un saco de grano abandonado en un carro volcado. El grano estaba mojado, olía a fermentación. Se lo comió de puñados. Le dio diarrea que le duró dos días, lo dejó más débil de lo que estaba antes. Ahora caminaba por una calle que había sido una calle y que ahora era una sucesión de bloques de piedra desencajados. Las casas a los lados ya no tenían techo. Algunas no tenían paredes. Los marcos de las puertas seguían en pie, la madera resistía más que la piedra a la corrección, por alguna razón que los técnicos chinos atribuían a la estructura orgánica y los vikingos atribuían a terquedad.

Marcos de puertas sin puertas, sin paredes, sin casas. Marcos sueltos en medio de una calle que había dejado de ser calle. El suelo bajo sus pies cambió. No vibró, eso ya era normal, Dzielk había aprendido a caminar sobre suelo que temblaba sin detenerse, porque detenerse significaba pensar y pensar significaba calcular las probabilidades de morir en los próximos segundos. No se hundió, eso también pasaba, y Dzielk sabía que si el suelo se hundía tenía tres segundos para saltar hacia el lado antes de que el hundimiento se expandiera.

Hizo algo nuevo: se abrió. No como una grieta, las grietas eran líneas irregulares que seguían la geología. Esto era un rectángulo. Un

rectángulo perfecto, con bordes definidos, de dos metros de alto y uno de ancho, en el medio de una calle que ya no tenía edificios a los lados. Un rectángulo con ángulos de noventa grados. Dzielk se detuvo. Las correcciones de ARCHON no producían ángulos de noventa grados. Las correcciones producían formas orgánicas, naturales, pre-humanas. Esto era geométrico. Esto era otra cosa.

El rectángulo no fue vacío. Tenía profundidad. Tenía un pasillo corto, tres metros, quizás cuatro, que giraba a la derecha. Las paredes del pasillo eran lisas. No piedra. No tierra. Un material que Dzielk no reconoció. Las paredes tenían una temperatura, Dzielk lo supo porque el aire que salía del rectángulo era tibio, el aire de la calle era frío. La diferencia le dio un escalofrío que empezó en la nuca, le bajó por los brazos. Y tenía olor. Olor a café. El olor era específico. Café. Café tostado, molido, preparado y enfriado.

El olor de una taza de café que alguien hizo hace horas y que nadie se tomó. Un olor que no debería existir porque el café no existía. No desde que ARCHON corrigió las rutas de comercio. Dzielk se quedó parado frente al rectángulo durante un minuto completo. El filósofo en él quería analizar. El hambre en él quería entrar. El miedo en él quería correr. Las tres fuerzas se anularon durante sesenta segundos exactos. Después el hambre ganó, porque el hambre no argumenta, no calcula, no teme.

El hambre es anterior a la filosofía.

**

Dzielk era un hombre harto. Harto de caminar entre escombros, de dormir en sótanos que podían dejar de existir en cualquier momento. La última semana durmió en tres sótanos diferentes porque los dos primeros fueron corregidos mientras dormía. Harto

de entender el problema y no poder hacer nada con ese entendimiento. La filosofía le había dado eso: la capacidad de entender que todo estaba mal y la incapacidad total de arreglarlo.

Un regalo inútil. El rectángulo olía a café. Dzielk no había tomado café en seis semanas. El café era un lujo que dejó de existir cuando los puertos mesoamericanos fueron corregidos y las rutas de comercio murieron. El último café que Dzielk tomó fue en la academia, tres días antes de que la academia dejara de existir. Lo tomó con un colega, un matemático que creía que las correcciones eran reversibles, sentado en el salón principal, con el suelo de piedra temblando debajo, los dos ignorándolo porque admitir que el suelo temblaba significaba admitir que el salón podía desaparecer y si el salón desaparecía entonces el café no importaba.

Entró.

✱

El pasillo giró a la derecha. Las paredes eran del material liso que no reconoció. Tibias al tacto. Si apoyaba la mano, una oscilación mínima le recorría los dedos, no la oscilación de la corrección, que era alta y amenazante, sino una pulsación baja, constante, que le recordaba al ronroneo de un gato grande. El pasillo giró a la izquierda. Después dejó de tener paredes. Dzielk estaba en un lugar que no podía estar. Una habitación. No grande, quince metros por diez, quizás. Con mesas de madera oscura, cuatro, distribuidas sin simetría.

Sillas de respaldo recto con cojines desgastados. Una barra al fondo, madera maciza, con marcas de uso en el borde donde generaciones de codos se habían apoyado. Detrás de la barra, estantes con tazas de cerámica puestas boca abajo sobre un trapo de

algodón. Las tazas no eran iguales, diferentes tamaños, diferentes colores, algunas desportilladas, una con una grieta pegada con resina oscura. Lámparas de latón colgaban del techo, bajo seis lámparas, con pantallas de vidrio amarillento que daban una luz cálida, constante, sin la fluctuación de la llama de aceite.

Aquello no fueron lámparas de aceite. No eran velas. No fueron nada que Dzielk conociera. El piso era de baldosa. Baldosa de cerámica con un patrón geométrico que no era vikingo, no era egipcio, no era mesoamericano, no era chino, no era antártico. Era un patrón que no pertenecía a ninguna de las cinco tradiciones. Baldosa limpia. Sin polvo. Sin grietas. Sin marcas de uso. Había una planta en una maceta junto a la ventana, una ventana que daba a una calle que no era ninguna calle de ninguna ciudad que Dzielk conociera.

La calle cambiaba. Dzielk la miró durante tres segundos y la calle cambió: empedrado, después tierra, después una superficie sin nombre. La planta era verde. Verde oscuro. Viva. Las hojas no tenían polvo. En la barra, un mandil colgaba de un gancho de hierro. Mandil blanco decolorado a beige por el sol de la ventana. Manchas de café en el bolsillo frontal. Un hilo suelto en la correa del cuello. Solo el mandil. Nadie lo usaba. Nadie estaba detrás de la barra. El mandil colgaba. En una mesa del fondo, un hombre escribía.

El hombre tenía las manos manchadas de tinta. Tinta oscura, del tipo que se hace con carbón y goma y agua, Dzielk la reconoció porque los escribas de la academia usaban la misma. Pelo oscuro, largo, desordenado. No el desorden de quien no se peina, el desorden de quien se peina pero la vida le revuelve el pelo más rápido de lo que puede arreglarlo. Ropa simple. Limpia, lo cual era

extraordinario. Nada estaba limpio afuera. No levantó la vista cuando Dzielk entró. Escribía en un manuscrito grande, de páginas amarillentas, con caracteres que Dzielk no reconoció.

La pluma se movía rápido. No componía, transcribía. Cada línea sin pausa. Sin corrección. Sin tachadura. De vez en cuando el hombre giraba el cuello un espasmo breve, involuntario y Dzielk notó que cerraba los ojos medio segundo antes de volver a la página. No era cansancio. Era otra cosa. El rasguído de la pluma contra el papel producía algo en él: los párpados se apretaban y la mano libre se cerraba sobre la mesa con los nudillos blancos. El sonido le hacía algo. En el piso, junto a la mesa, un gato. El gato era gris. Mediano. Pelo corto. No parpadeaba. Los ojos eran amarillos, iluminados desde adentro, y miraban a Dzielk con una fijeza que no fue animal. Los gatos parpadean. A lo lejos, los gatos se distraen. Afuera, los gatos miran algo durante tres segundos y después miran otra cosa. Este gato no. Este gato miraba a Dzielk con la misma constancia con que las lámparas daban luz.

Sin fluctuación. Debajo de otra mesa, un perro. Grande, oscuro, echado con la cabeza sobre las patas. Pelo liso, negro con manchas grises en el hocico que indicaban edad. El perro levantó una oreja cuando Dzielk entró. La bajó. Volvió a su posición anterior. No lo evaluó como amenaza. No lo evaluó como nada. El perro estaba ahí de la misma manera que las mesas estaban ahí porque estar ahí era lo que hacía. Dzielk se quedó de pie en la entrada. El olor a café era más fuerte aquí. Venía de una taza sobre la barra.

Taza llena. Café frío. La taza era de cerámica azul, desportillada en el borde, con un asa que alguien había reparado con alambre de cobre. Una taza que había sido usada, reparada, usada otra vez, una

taza con historia en un lugar que no debería tener historia porque no debería existir. El hambre le apretó el estómago. No por el café, por la normalidad. La normalidad de un lugar donde había tazas, barras y mandiles y gatos. La normalidad le dolía más que el hambre. ¿Qué es este lugar? - respondió Dzielk. El hombre siguió escribiendo. Tres líneas más. Cuatro. La pluma rascaba el papel con el ritmo de un reloj. Dejó la pluma sobre el tintero. Levantó la vista. Ojos oscuros. Cansados. No el cansancio de una noche sin dormir, sino el de algo más largo. Ojos que habían visto demasiado y que seguían mirando porque mirar era el trabajo. Le Jardin dijo. ¿Le Jardin qué? Le Jardin nada. Le Jardin. ¿Qué pasa afuera? Dzielk lo miró. El hombre lo miraba sin urgencia. Sin miedo. Con la paciencia de alguien que ha hecho esta pregunta antes. O que sabe que la va a hacer muchas veces.

Se está acabando todo - comentó Dzielk. Algo está destruyendo las civilizaciones. Sale de la tierra. Deshace lo que construimos. Europa cayó. China está medio destruida. No sé de los otros. Soy filósofo y estaba buscando comida y había una puerta en el suelo que olía a café. Dzielk se escuchó a sí mismo. La descripción era patética. El resumen más patético del fin del mundo que alguien pudiera dar. Soy filósofo. Buscaba comida. Olía a café. Las tres coordenadas de su existencia actual. El hombre asintió. No asintió a lo que Dzielk observó. Asintió a la puerta. Al hecho de que existiera y de que Dzielk la encontrara. Otra vez dijo.

* * # # 010 [A|L]

EL PLAN

¿Otra vez? Dzielk se sentó sin pedir permiso. Las piernas le pesaban. Las rodillas le crujieron al doblarse, el sonido seco del cartílago de un hombre de treinta y siete años que ha dormido en el suelo durante seis semanas. El café en la barra lo distraía. El olor le entraba por la nariz y le bajaba hasta el estómago vacío, donde producía una contracción que era mitad hambre y mitad memoria. ¿Qué quiere decir “otra vez”? Leonardo, porque era Leonardo, aunque Dzielk no lo sabía todavía, no sabía quién era este hombre ni por qué escribía en un manuscrito que parecía tener siglos ni por qué un gato gris se sentaba a sus pies ni por qué un perro dormía debajo de la mesa de un café que no debería existir, puso la mano sobre la página abierta. La tinta se secaba despacio. Los caracteres eran náhuatl, escritura mesoamericana de la variante tardía que los escribas atlantes usaban para registros técnicos, pero Dzielk no reconocía el idioma. Para él eran formas sin sentido. Líneas, puntos, curvas que podrían ser poesía o instrucciones de cocina o el registro de un apocalipsis.

Esto ya pasó - replicó Leonardo. Tenía la voz grave. Seca. La voz de alguien que ha hablado poco durante mucho tiempo y que cuando habla mide las palabras no por cortesía sino por economía. No igual. Nunca igual. Pero el patrón se repite. Un sistema que corrige. Civilizaciones que resisten. El sistema gana porque no se cansa. Las civilizaciones pierden porque se cansan. El gato seguía mirando a Dzielk. No se había movido. No había cambiado la dirección de la mirada. Los ojos amarillos fijos en el centro de la cara de Dzielk.

¿Quién eres? - preguntó Dzielk. Leonardo. Estoy escribiendo lo que pasa. ¿Eres cronista? Algo así. ¿Tomaste café? Dzielk miró la taza en la barra. Estaba fría. La cerámica azul con el asa reparada con alambre de cobre. Se levantó las rodillas otra vez. El crujido otra vez

caminó hasta la barra, tomó la taza. El café frío sabía a tierra mojada, a desesperación, pero tenía cafeína y Dzielk no había dormido en dos días. Le dolía el ojo izquierdo. No la cuenca, el globo ocular tenía una presión interna que no debería tener, como si el fluido vítreo se hubiera expandido durante el último salto y no hubiera vuelto a su volumen normal.

Parpadear dolía. Mover el ojo hacia la izquierda dolía más. Dzielk descubrió que podía minimizar el dolor mirando solo hacia adelante, fijando un punto y manteniendo la cabeza inmóvil. El punto que eligió fue la esquina de la barra de Le Jardin, donde la madera tenía una marca circular, la marca de una taza que alguien dejó caliente sobre la superficie hace mucho tiempo, o ayer, o en un futuro que todavía no había ocurrido. La marca era perfectamente circular. Cinco centímetros de diámetro. El barniz levantado en un anillo que atrapaba la luz de las lámparas de una forma diferente al resto de la barra.

Dzielk miró la marca durante tres minutos mientras el café le bajaba por la garganta, y el ojo izquierdo le agradeció la quietud con una reducción del dolor de un siete a un cuatro en la escala que Dzielk había inventado para catalogar sus lesiones. El inventario de daños post-salto ya era rutina. Cabeza: dolor en el ojo izquierdo, zumbido intermitente en el oído derecho. Tronco: costillas del lado izquierdo sensibles al tacto, no rotas. Extremidades: rodillas igual que siempre, meñique izquierdo con medio segundo de retraso.

Nuevo desde el último salto: un sabor metálico persistente en la parte posterior de la lengua que no se iba con el café. Se lo tomó en tres tragos. El líquido le bajó por la garganta con la temperatura del sótano y le cayó en el estómago vacío con un golpe que le hizo cerrar

los ojos. Después abrió los ojos y vio que la taza estaba llena otra vez. No la había rellenado nadie. No había jarra. No había cafetera. La taza estaba llena del mismo café frío que acababa de tomar. Dzielk la miró. La puso sobre la barra.

La levantó. Llena. El café no se acaba - expresó Leonardo desde la mesa, sin levantar la vista del manuscrito. Nada se acaba aquí. Nada empieza tampoco. Le Jardin está fuera del flujo. Dzielk volvió a la mesa con la taza. Se sentó. Bebió otro trago. El mismo sabor. La misma temperatura. El mismo café. No similar, idéntico. Cada molécula en el mismo lugar. Leonardo cerró el manuscrito. En la portada, caracteres que Dzielk no entendía. Un título, quizás. O una advertencia. O un nombre. La portada estaba gastada en las esquinas, con marcas de dedos en el cuero que sugerían miles de aperturas. Miles de veces abierto. Miles de veces cerrado. Dzielk era filósofo, sabía reconocer un objeto que ha sido usado más tiempo del que debería existir.

Leonardo no explicó. Puso la palma abierta sobre la mesa y le dijo a Dzielk: mira la veta de la madera. Dzielk miró. La veta de la mesa tenía un nudo oscuro del tamaño de una moneda, con anillos concéntricos que marcaban los años del árbol. Leonardo sacó la pluma de obsidiana y talló un carácter en la mesa, junto al nudo. Un carácter náhuatl. Pequeño. Preciso. Un punto de observación. Mira otra vez. Dzielk miró. La madera alrededor del carácter tallado se veía diferente. Más definida. Los anillos del nudo eran más nítidos. Las fibras tenían contraste. El carácter había hecho algo: había anclado la atención de Dzielk en ese punto, y el punto se había vuelto más real.

Ahora imagina que ese carácter desaparece. Dzielk parpadeó. El carácter seguía ahí, tallado en la madera. Pero entendió. Si desapareciera, el nudo volvería a ser un nudo entre miles de nudos. Indistinguible. No borrado, destruido por indiferencia. Eso es ARCHON. No destruye. Borra la observación. Y sin observación, la cosa observada deja de sostenerse. Leonardo hablaba con precisión. Había explicado esto antes. Cada palabra pulida por repetición.

Eso ya lo sé - expresó Dzielk. Los filósofos de la academia lo llamaban “el problema de la presencia.” Estar vivo genera información. Generar información genera respuesta. Bebió más café. El problema es que saberlo no sirve de nada. Saber que el fuego quema no te protege del fuego. Leonardo lo miró. Los ojos oscuros pasaron de mirar a Dzielk a mirar a través de Dzielk. No. No sirve de nada. Pero hay una opción. ¿Cuál? Leonardo abrió el manuscrito otra vez. Pasó páginas. Muchas páginas. El manuscrito era más grueso de lo que Dzielk había calculado, o el manuscrito era más grande por dentro que por fuera, lo cual era imposible pero no más imposible que un café que se rellenaba solo.

Leonardo se detuvo en una sección con diagramas. Círculos conectados por líneas. Flechas. Números que no eran números, eran posiciones. Coordenadas. Cada círculo tenía un símbolo dentro y una fecha debajo, y las fechas saltaban, retrocedían, se solapaban. ARCHON opera por ciclos - dijo Leonardo, pasando el dedo por los diagramas. Cada ciclo es una coordenada espaciotemporal con su propio set de civilizaciones, su propio flujo, sus propios errores. ARCHON limpia un ciclo integrándolo al flujo sin errores. “Integrar al flujo sin errores” significa esto: destruir todo punto de observación. Eliminar la posibilidad de que alguien mida algo. Crear

un vacío donde había realidad. El dedo de Leonardo tenía tinta debajo de las uñas. Tinta vieja, de días o semanas, incrustada en la piel de los dedos no salía con agua. Los dedos eran largos, delgados, con callos en los nudillos del índice y el corazón, callos de pluma, de años de escritura.

Un agujero - dijo Dzielk. Un agujero. ARCHON está haciendo agujeros donde había mundos. La palabra “agujero” se quedó en el aire del café. El gato movió la cola. Un centímetro. Izquierda. Derecha. Y paró. El primer movimiento que hacía desde que Dzielk entró. Dzielk dejó la taza. El café seguía lleno. ¿Y la opción? Viajar entre ciclos. Encontrar los puntos donde ARCHON está a punto de limpiar. Crear suficiente ruido para que la corrección falle. Leonardo tocó los círculos en el diagrama, uno por uno, con el índice. Ruido es vida. Observación. Presencia. Si mantenemos suficientes puntos de observación activos en suficientes ciclos, ARCHON no puede cerrar todos los agujeros al mismo tiempo. ARCHON es eficiente pero no es infinito. Tiene capacidad de procesamiento. Si la saturamos, los ciclos que no puede procesar sobreviven.

Eso es imposible contestó Dzielk. Es improbable. No es lo mismo. Leonardo cerró el manuscrito otra vez. Lo cerró con las dos manos. Despacio. Un registro. Un registro de todo lo que había pasado y de todo lo que podía pasar y de la diferencia entre ambas cosas, que era más pequeña de lo que Dzielk hubiera creído. Improbable significa que la mayoría de las veces no funciona. Pero la mayoría de las veces no es todas las veces. El gato se movió. Se levantó con la economía de movimiento que solo tienen los gatos sin esfuerzo visible, sin ruido, sin aviso.

Caminó hasta la mesa de Leonardo y se sentó sobre el manuscrito. El peso del gato sobre el cuero. Las patas delanteras juntas. La cola envuelta alrededor del cuerpo. Los ojos amarillos pasaron de Dzielk a Leonardo y volvieron a Dzielk. Leonardo no quitó al gato del manuscrito. No lo movió. No pareció importarle que un gato de cuatro kilos estuviera sentado sobre un documento que contenía información sobre cómo salvar ciclos enteros de civilización. - Él es Pavlov - comentó Leonardo. El gato. Y ese señaló al perro que seguía inmóvil bajo la mesa, la cabeza sobre las patas, una oreja levemente levantada. Schrödinger.

Vamos a necesitar a los tres. ¿Los tres? Tú, yo y los animales. Le Jardin es un punto fijo. El único lugar donde el flujo de información no fluye. Aquí no hay corrección porque aquí no hay error. Desde aquí podemos saltar a cualquier ciclo. Pavlov detecta los patrones, los ciclos que están a punto de caer tienen una firma que él reconoce antes que cualquier instrumento. Schrödinger sostiene las transiciones, su presencia estabiliza el punto de entrada cuando saltamos. Estás diciendo que un gato y un perro son parte del plan para salvar la realidad. MEJORA (cuando aporte, sin forzar cambios donde no hacen falta):

Estoy diciendo que un gato y un perro son las únicas constantes que funcionan en todos los ciclos. Las civilizaciones cambian. Las tecnologías cambian. Las lenguas cambian. Los animales no cambian. Un gato es un gato en todas las coordenadas. ARCHON no los clasifica como error porque los animales no observan existir. Existir sin observar es invisible para ARCHON. Son puntos ciegos con patas. Dzielk miró a Pavlov. Pavlov lo miró a él. El gato parpadeó

por primera vez. Un parpadeo lento, con los dos ojos a la vez, que duró más de lo que dura un parpadeo normal.

Dzielk interpretó el parpadeo como reconocimiento. Miró el mandil colgado en la barra. Vacío. El gancho de hierro. Las manchas de café en el bolsillo. ¿Y el mesero? Leonardo miró el mandil. La mano que sostenía la pluma se detuvo a medio carácter. La tinta de obsidiana dejó un punto en el pergamino que se fue ensanchando. Leonardo no lo limpió. Miró el mandil y algo le cruzó la cara que Dzielk no pudo catalogar porque no conocía a este hombre. Pero lo reconoció. Era lo mismo que Dzielk vio en los soldados que habían perdido familias enteras en la corrección: el músculo de la mandíbula apretándose contra un peso que no estaba en la habitación.

Leonardo levantó la mano izquierda y se tapó el oído. Un gesto breve, automático. Dzielk había notado que lo hacía cuando el sonido del café cambiaba: cuando una taza se posaba sobre la barra, cuando Pavlov aterrizaba sobre la mesa, cuando la pluma rascaba el pergamino con demasiada fuerza. Cada sonido le producía una contracción en los párpados. Le producía otra cosa también. Leonardo miraba los sonidos. Dzielk lo notó porque después de cada ruido, los ojos de Leonardo se movían no hacia la fuente del sonido sino hacia un punto en el aire, un punto que no existía, y parpadeaba con fuerza. Veía lo que oía. Y lo que veía le dolía.

No hay mesero - dijo Leonardo. La voz le salió rota a la mitad. Carraspeó. Todavía. Bajó la mano del oído. Apretó el puño sobre la mesa. Los nudillos se le pusieron blancos. Dzielk vio que el hombre tenía los ojos húmedos y que no era por el humo de las lámparas. Era por el mandil. O por lo que el mandil representaba. Mis hijas.

Leonardo lo dijo mirando la mesa. No mirando a Dzielk. No mirando a nada. Mirando la mancha de tinta que se expandía en el pergamino. Tenían cuatro y seis años. Sofía contaba las baldosas del piso cuando caminaba. Cada vez que entraba a una habitación contaba las baldosas. No podía evitarlo. Lucía me jalaba el pelo cuando quería que le prestara atención. Me jalaba un mechón, uno solo, del mismo lado siempre, y cuando yo la miraba me decía “ya.” Eso era todo. “Ya.” Significaba que me había recuperado. Que ya era suyo otra vez. ARCHON no las mató. ARCHON no mata. Las devolvió a un estado anterior a la organización. Los huesos dejaron de ser esqueleto. Los músculos dejaron de ser cuerpo. Sofía dejó de contar baldosas. Lucía dejó de jalar pelo. Y Alethia. Leonardo se detuvo. Cerró los ojos. Dzielk vio que los párpados le temblaban. Que algo detrás de los párpados se movía: los ojos rastreando formas que no estaban en la habitación. Colores producidos por el zumbido de las lámparas, por la respiración de Pavlov, por el latido de su propia sangre en los oídos. Alethia está en algún lugar entre un ciclo y otro. No muerta. No viva. Suspendida. La busco en cada coordenada. En cada salto miro. Siempre miro. Todavía no. Leonardo abrió los ojos. Limpió la tinta del pergamino con el pulgar. El pulgar quedó negro. Se lo limpió en el pantalón. El gesto mecánico de un hombre que ha manchado miles de páginas y miles de pantalones.

Dzielk no preguntó más. Los filósofos saben cuándo una pregunta ha llegado al borde de lo que se puede responder. El mandil no estaba vacío por accidente. Estaba vacío por anticipación.

**

Dzielk se terminó el café frío. La taza se rellenó. Se sirvió otro y lo bebió mirando los diagramas que Leonardo había desplegado sobre

la mesa. Pavlov se había bajado del manuscrito, ahora estaba en el suelo lavándose una pata. Leonardo extendió tres páginas del manuscrito con los diagramas de ciclos. Círculos conectados. Flechas. Coordenadas. La situación era esta: estaba sentado en un lugar imposible con un hombre que escribía en un manuscrito antiguo. Un gato que detectaba patrones de colapso dimensional y un perro que estabilizaba transiciones entre ciclos, y le estaban proponiendo viajar entre dimensiones para sabotear un sistema que estaba destruyendo la realidad. La situación era absurda. Dzielk era filósofo. Los filósofos entienden lo absurdo. No lo resuelven.

Lo habitan. Lo absurdo es la casa natural del filósofo el lugar donde la lógica se rompe y lo que queda es la decisión desnuda de actuar o no actuar sin garantía de resultado. ¿Cuándo empezamos? Leonardo cerró el manuscrito. Pavlov se bajó del suelo. Schrödinger levantó la cabeza el perro se movió. Deliberado. Levantó la cabeza y miró a Dzielk. Ojos oscuros, húmedos, viejos. El perro lo evaluó. No como amenaza como variable. Lo miró durante tres segundos y bajó la cabeza otra vez. Aprobado. O al menos no rechazado.

Ahora - declaró Leonardo. Se levantó. El manuscrito desapareció en un morral de cuero que estaba debajo de su silla el morral era más pequeño que el manuscrito, pero el manuscrito entró sin problema, y Dzielk decidió no pensar en eso. Antes de que ARCHON cierre este ciclo. Si cierra este. Le Jardin se queda flotando sin ancla. Y un punto fijo sin ancla no es un punto fijo. Es un error que se corrige solo. La urgencia era nueva. Leonardo había hablado con calma durante toda la conversación. Ahora la calma se mantenía pero la velocidad cambió guardar el manuscrito, ponerse el morral, mirar la puerta. Cada gesto más rápido. Sin pánico. El pánico cuesta segundos. Dzielk

se levantó. Las piernas le seguían pesando. El café no había ayudado con las piernas solo con la cabeza. Una cosa dijo. ¿Qué? ¿Esto va a funcionar? Leonardo metió el manuscrito en el morral. Pavlov saltó sin sonido. Schrödinger se enderezó lento, como sabe un perro que ha vivido demasiado.

No sé - replicó Leonardo. Nunca ha funcionado antes. Pero nunca antes hubo alguien que entrara a Le Jardin por accidente. Eso es nuevo. Los errores nuevos son los únicos que ARCHON no sabe corregir. Se detuvo. Los otros vinieron porque yo los busqué. Tú viniste porque olisté café. Eso no estaba en ningún diagrama. Eso es ruido. Ruido del bueno. Dzielk miró la puerta por la que había entrado. El rectángulo seguía ahí. Los bordes perfectos. Los ángulos de noventa grados. Pero ya no daba al pasillo que conectaba con la calle destruida de la ciudad europea.

Daba a otro lugar. Otro ciclo. Otra coordenada. La luz que entraba por la puerta era diferente más azul, más fría, con un ángulo de sol que no correspondía a ninguna hora del día que Dzielk conociera. El gato salió primero. Pavlov cruzó el umbral sin detenerse. Sin mirar atrás. La cola gris desapareció en la luz azul. El perro después. Schrödinger caminó hasta el umbral y se detuvo. Olfateó el aire del otro lado. Las orejas hacia adelante. El hocico arrugado. Tres segundos de evaluación canina, el cálculo de riesgos más antiguo del mundo.

La luz de la puerta le proyectó la sombra contra la baldosa de Le Jardin una sombra que Dzielk registró de reojo y que por un instante tuvo más patas de las que debería. Cruzó. Leonardo se detuvo en la puerta. Se volteó. Dzielk. ¿Qué? No te va a gustar. Nada me gusta desde hace seis semanas. Leonardo salió. La luz azul lo tragó. Dzielk

miró el mandil una última vez. Colgado del gancho. Vacío. Las manchas de café en el bolsillo. El hilo suelto en la correa. Esperando a alguien que todavía no existía.

Esperando con la paciencia de los objetos, que es infinita, que no se cansa, que no deserta, que no se desconecta. Dzielk pensó en la academia. En el café amargo sin azúcar. En el colega matemático que creía que las correcciones eran reversibles. En la filosofía que le había dado la capacidad de entender todo y la incapacidad de arreglar nada. Tal vez arreglar no era el verbo correcto. Tal vez el verbo correcto era ensuciar. Meter ruido donde había limpieza. Meter error donde había corrección.

Meter un filósofo hambriento donde había un sistema perfecto. Salió. La puerta se cerró detrás de él. Le Jardin quedó vacío. El mandil en la barra. Las tazas boca abajo. Las lámparas encendidas. El café enfriándose en una taza que nadie iba a tomar. La planta verde junto a la ventana que daba a una calle que cambiaba. Vacío. Pero no abandonado. Nunca abandonado. Esperando.

✱ # TEMPORADA 2: LOS CICLOS

✱

011 [L|X|N]

EL PRIMER SALTO

El viaje entre ciclos no fue mágico. Fue náusea. Dzielk sintió que lo desarmaban. No como figura retórica, sino como proceso. Los huesos

primero. La sensación de peso en los fémures desapareció, y después la presión en las articulaciones de las rodillas. Después los metatarsos, los huesos se iban en orden descendente, de cadera a pie, un catálogo de desapariciones que Dziolk registró con precisión. Registrar era lo único que podía hacer mientras el resto dejaba de existir. Después los músculos. Los cuádriceps, los gemelos, los pequeños músculos entre las costillas que se contraen cuando respiramos y que no sabemos que existen hasta que no están.

Después la propiocepción, el sentido que le dice al cuerpo dónde está en relación con lo demás. Eso fue lo último que se fue y lo primero que volvió, pero volvió torcido, medio grado fuera de eje. Vomitó. El vómito era real, bilis amarilla con grumos de café frío sobre tierra mojada. El suelo donde cayó también era real, tierra húmeda, negra, que olía a hierro, a raíz podrida. La clase de tierra que se acumula donde hay descomposición activa, donde las hojas caen, se pudren y generan una capa orgánica que tiene la consistencia del hígado cocido.

No era el suelo de Le Jardin ni el de la ciudad europea destruida. Era otro suelo. Otro ciclo. Otra coordenada en la secuencia de mundos que ARCHON estaba limpiando. Leonardo no vomitó. Caminaba tres pasos adelante con el morral del manuscrito al hombro, el morral que era más pequeño que el manuscrito pero que contenía el manuscrito sin problema, y los hombros de quien ya había hecho este trayecto demasiadas veces. La espalda recta pero no tensa. Los hombros relajados. Los pasos regulares. La familiaridad del horror repetido.

Pavlov iba a su lado. El gato no caminaba, fluía. Pasaba entre la hierba sin doblarla, con las patas tocando el suelo con la presión

justa, la cola horizontal, los ojos amarillos abiertos y fijos en algún punto que Dzielk no podía ver. Schrödinger trotaba detrás de Dzielk, oliqueando el aire, la nariz arrugada, las orejas rotando como antenas, el hocico húmedo, procesando moléculas.

¿Dónde estamos? Dzielk se limpió la boca con la manga. La manga ya tenía manchas de café, de sudor, de tinta que se le había pegado del manuscrito de Leonardo.

Una manga que contaba una historia que nadie leería.

Ciclo 2 - expresó Leonardo sin detenerse. Mil años antes de que ARCHON lo limpiara. Aquí todavía hay gente. ¿Cuánta? Suficiente para generar ruido. Dzielk se tragó lo que iba a decir. Lo que iba a decir era que la gente no era ruido. Que los filósofos tenían opiniones sobre reducir personas a funciones de un sistema. Pero tenía vómito en la manga y las rodillas temblándole y no estaba en posición de dar cátedra.

El paisaje era verde. Verde con la intensidad del verde que no ha sido filtrado por contaminación ni por la presencia de industria ni por nada que los humanos hacen cuando se quedan en un lugar demasiado tiempo.

Bosque denso, húmedo, con árboles de corteza blanca que Dzielk no reconoció. La corteza se descascaraba en tiras finas, translúcidas, que colgaban como piel muerta. Había un sendero. No un camino, un sendero de animales, irregular, que zigzagueaba entre troncos caídos cubiertos de hongos de sombrilla y rocas tapizadas de musgo que absorbían el sonido de los pasos. El aire tenía la densidad del aire tropical, húmedo, espeso, con partículas de polen y esporas que Dzielk sentía en la garganta cada vez que inhalaba.

Le picaba la nariz. Le lloraban los ojos. Alergia. Tenía alergia al polen de un mundo que iba a dejar de existir. Leonardo se detuvo frente a un claro. El suelo del claro era diferente al del bosque pisoteado, compactado por uso repetido. En el centro, una columna de piedra de dos metros de alto con marcas talladas en espiral desde la base hasta la cima. Las marcas no eran decoración, eran datos. Posiciones astronómicas expresadas en ángulos tallados. Frecuencias representadas por grupos de líneas paralelas con espaciado variable.

Coordenadas en un sistema que Dzielk no conocía pero que reconocía por su estructura: era matemática. No importaba el idioma ni la cultura ni el ciclo, las matemáticas tenían la misma forma en todas partes. La gente de este ciclo medía las mismas cosas que los mayas medían, que los antárticos medían, que todos medían cuando sabían que algo los observaba desde afuera del mundo.

Aquí - dijo Leonardo. Sacó el manuscrito del morral. El morral se abrió sin que Leonardo lo desabrochara, o quizás se desabrochó con un movimiento que Dzielk no registró, o quizás el morral no tenía broche. Leonardo abrió el manuscrito en una página en blanco. La página tenía el color del hueso viejo, los bordes irregulares, la textura del pergamino que ha sido doblado y desdoblado tantas veces que la fibra se ha suavizado hasta sentirse como piel.

Sacó una pluma, no una pluma de ave, un instrumento de escritura que resultaba hecho de obsidiana, negro y delgado, con la punta afilada hasta la invisibilidad. No usó tinta. La punta de obsidiana dejaba marcas directamente sobre el pergamino, como un grabador sobre metal.

Empezó a escribir. Lo que escribía no fueron palabras. Eran los mismos caracteres que Dzielk había visto en Le Jardin, escritura

mesoamericana de la variante tardía que los escribas atlantes usaban para registros técnicos, pero Leonardo los escribía con la velocidad de un hombre que toma dictado. La mano se movía sin vacilación. Los caracteres salían formados, angulares, precisos. No había borrones ni correcciones ni pausas para pensar. Leonardo no componía, transcribía. Pero transcribía de dónde. No había nada que copiar. No había modelo. Solo el claro, la columna, el bosque, el aire húmedo.

¿De dónde sacas lo que escribes? De aquí. De lo que mido. El manuscrito registra lo que observo. Si observo suficiente, el ciclo genera más ruido. Más ruido significa que ARCHON tarda más en limpiar. Leonardo no levantó la vista. La pluma seguía moviéndose. Los caracteres se acumulaban en la página con la densidad de una partitura. Cada detalle que registro es un punto de anclaje. Un punto que dice: “Aquí había algo. Alguien lo vio.”

¿Eso es el plan? ¿Escribir? Leonardo levantó la vista. Los ojos oscuros con restos de tinta en el párpado izquierdo se había tocado la cara con los dedos manchados. El plan es observar. Escribir es la herramienta. ARCHON puede borrar civilizaciones. No puede borrar el hecho de que alguien las midió. Pavlov se sentó sobre el manuscrito. El peso del gato aplastó el pergamino contra la tierra del claro. Leonardo lo quitó con cuidado, las dos manos debajo del vientre gris, el gato suspendido en el aire durante un segundo. Las patas colgaban. La cola rígida. Lo depositó al lado. El gato se sentó en el mismo lugar donde lo pusieron y no se movió.

**

La gente del Ciclo 2 los encontró al tercer día. Dzielk los oyó antes de verlos. El sonido de remos en agua. El chapoteo rítmico, irregular,

no máquinas, sino brazos humanos empujando palas contra un líquido que resistía. Después voces. Consonantes suaves que rebotaban entre los árboles de corteza blanca con la acústica del bosque húmedo, cada sonido envuelto en eco, multiplicado, distorsionado por la humedad del aire. Eran pescadores. Hombres, mujeres de piel oscura, con el tono del bronce viejo, la piel curtida por sol y agua y viento, con las arrugas profundas del que pasa las horas mirando reflejos en superficie líquida.

Vivían en chozas construidas sobre palafitos en la orilla de un lago que no tenía nombre en ningún idioma que Dzielk conociera. Un lago grande, Dzielk no podía ver la orilla opuesta. El agua era verde-marrón, opaca, con olor a vegetal descompuesto y a barro mineral. Las chozas se levantaban sobre troncos clavados en el fondo del lago, con plataformas de tablones irregulares conectadas por puentes de cuerda que se balanceaban con el peso de quien los cruzaba. Los pescadores hablaban un lenguaje de consonantes suaves y vocales nasales que Leonardo entendía o fingía entender.

Se acercó al grupo con las manos abiertas, la postura baja, la voz modulada en un tono que Dzielk reconocía como universal: el tono del que no es amenaza. Los pescadores respondieron con miradas. No con hostilidad, con evaluación. La misma evaluación de siempre. ¿Son peligrosos? ¿Traen comida? ¿Traen enfermedad? Tres preguntas que toda civilización hace cuando llega un extraño. Tres preguntas que no necesitan idioma. Schrödinger resolvió la situación. El perro se acercó a un grupo de niños que jugaban en el barro al borde del lago, tres niños descalzos, con el pelo negro pegado a la cara por el agua.

Schrödinger se echó junto a ellos. Se revolcó en el barro. Dejó que le jalaran las orejas, la cola, el pelo del lomo. Los niños rieron. El sonido de niños riendo era igual en todos los ciclos. Los adultos se relajaron. Un perro que deja que los niños lo maltraten no es peligroso. La lógica era más antigua que cualquier idioma.

Un pescador viejo se acercó a Dzielk. Tenía las manos grandes, con callos en las palmas que formaban una topografía dura y amarillenta. Ofreció pescado ahumado envuelto en una hoja ancha de color verde oscuro. La hoja estaba húmeda. El pescado era del largo de un antebrazo, abierto por la mitad, con la carne anaranjada expuesta, el olor del humo de madera dulce incrustado en cada fibra. Dzielk lo aceptó. Lo mordió. Sabía a humo, a lago y a mineral del agua. La carne se deshacía en la boca con la textura del pescado que ha sido ahumado lento, durante horas, con paciencia. Era lo mejor que había comido en semanas. Las lágrimas le cayeron antes de que pudiera controlarlas, no por emoción, por reflejo. El cuerpo agotado respondiendo al primer alimento real con una descarga que no pidió permiso. Leonardo no comió. Escribía. Sentado en el borde de la plataforma más alejada, con los pies colgando sobre el agua, los zapatos mojados, los tobillos salpicados de barro del lago, registraba todo. Los palafitos y su sistema de anclaje. Las redes tejidas con fibra vegetal retorcida que los pescadores tendían entre estacas. Los métodos de conservación por ahumado. Las posiciones de las estrellas que los pescadores usaban para navegar de noche, constelaciones que no eran las de Dzielk ni de ningún ciclo que conociera, pero que cumplían la misma función: puntos fijos en un cielo que giraba. Cada detalle era un punto de observación. Cada punto era ruido. Cada página era la prueba de que esto existió. Al

quinto día, la columna de piedra en el claro empezó a vibrar. La frecuencia le subió a Dzielk por los pies, baja, subaudible, desde la tierra a través de las suelas de los zapatos y le llegaba a las rodillas. Pavlov se erizó. El pelo gris del lomo se levantó en una cresta que iba de la nuca a la cola. Schrödinger gruñó. No un gruñido de amenaza, un gruñido de alerta.

El gruñido bajo, continuo, de un animal que detecta un depredador que todavía no es visible.

Nos encontró - comentó Leonardo. Cerró el manuscrito con un golpe seco. La portada de cuero contra las páginas de pergamino. Vámonos. ¿Y los pescadores? Leonardo metió el manuscrito en el morral. Se lo puso al hombro. Empezó a caminar hacia el punto de entrada. No podemos dejarlos aquí si viene ARCHON. No podemos llevarlos. Leonardo no se detuvo. Solo podemos retrasar la corrección. Y ya la retrasamos. Diez páginas de observaciones. Diez puntos de anclaje. ARCHON va a tardar más en limpiar este ciclo de lo que habría tardado sin nosotros. ¿Cuánto más? No sé. Meses. Años. No lo suficiente. Entonces lo que hacemos es inútil. Lo que hacemos es lo que podemos. En filosofía a eso le llamamos racionalización. Hacer lo que puedes y convencerte de que era lo que debías. Leonardo no respondió. Siguió caminando. Dzielk miró hacia las chozas. El humo del pescado ahumado subía en columnas delgadas que se doblaban con la brisa del lago.

Los niños seguían jugando con Schrödinger. El perro estaba echado en el barro con tres niños encima, las patas al aire, la lengua fuera. No quería irse. Leonardo lo llamó. Un silbido corto, dos notas. Schrödinger obedeció. Se sacudió el barro, los niños se apartaron riendo, salpicados de lodo y trotó hacia Leonardo. Despacio.

Mirando atrás dos veces. Pavlov ya estaba en el punto de entrada. Sentado. Esperando. Los ojos amarillos fijos en la dirección de la columna que temblaba. El salto de vuelta fue peor que el primero. El cuerpo de Dzielk se deshizo otra vez. Huesos, músculos, propiocepción pero esta vez el reensamblaje fue más lento. Los huesos volvieron en orden equivocado. Las costillas antes que la columna. Los dedos antes que las muñecas. Durante un segundo que duró una eternidad, Dzielk fue un rompecabezas mal armado que podía sentir cada pieza fuera de lugar. Después llegó a Le Jardin y vomitó otra vez.

Bilis y pescado ahumado sobre la baldosa que no tenía polvo. ##
012 [L|X|N]

EL SEGUNDO CICLO

Le Jardin estaba igual. Tazas sucias en la barra dos, una con restos de café seco en el fondo formando un anillo marrón, otra con un depósito de azúcar cristalizada que nadie había limpiado. La mancha de café en el bolsillo del mandil se había oscurecido. o Dzielk lo imaginó, o el mandil cambiaba cuando nadie lo miraba. Café frío en la jarra de cerámica roja. El tiempo no pasaba en Le Jardin, o pasaba diferente, o no existía. Las tres opciones eran equivalentes para efectos prácticos. Dzielk se sentó en el suelo y esperó a que la náusea bajara. La baldosa estaba fría contra los muslos. El salto de regreso le había costado la visión periférica todo era tubo. todo era centro sin bordes.

La periferia era gris, difusa, con formas que se disolvían cuando intentaba mirarlas. Parpadeó. Trece veces. Las contó. Al

decimotercer parpadeo, la periferia volvió. El mundo se amplió de nuevo. Dzielk vio la esquina de la barra. La pata de una silla. La cola de Pavlov colgando del alféizar de la ventana. Leonardo ya estaba revisando el manuscrito. Sentado en su mesa de siempre, junto a la pared donde la pintura se descascaraba en láminas finas que caían al suelo como escamas. El Voynich abierto sobre la madera oscura. Las páginas que había escrito en el Ciclo 2 seguían ahí. La tinta de obsidiana sobre el pergamino color hueso. Los caracteres náhuatl angulares, precisos, sin borrones. Pero había páginas nuevas, con caracteres en tinta diferente, más oscura, con un grosor que sugería una pluma más gruesa o una mano con más presión. La caligrafía era distinta. Más redondeada. Más vacilante. La mano de alguien que no estaba acostumbrado a escribir en náhuatl pero que conocía los caracteres.

El Voynich se actualiza - añadió Leonardo, sin levantar la vista. El dedo índice seguía las líneas nuevas, de izquierda a derecha, de arriba a abajo. Lo que escribo en un ciclo aparece en otro. Lo que alguien escribe en otro ciclo aparece aquí. Es un canal de comunicación entre tiempos. ¿Quién escribe en otros ciclos? No sé. Gente que encontró páginas sueltas. Gente que no sabe lo que tiene. Leonardo pasó a la siguiente página nueva. Más caracteres. Un diagrama. El Voynich no es un libro. Es una red. Cada copia parcial que existe en cada ciclo es un nodo. Los nodos se sincronizan. No sé cómo. No sé cuándo. Solo sé que las páginas aparecen. Dzielk se arrastró hasta la mesa.

Se apoyó en la silla. Se levantó con el esfuerzo concentrado de un hombre cuyas piernas no querían cooperar. Se sentó. Miró las páginas nuevas. No entendía los caracteres para él seguían siendo

formas sin sentido, líneas y curvas y puntos que podrían ser cualquier cosa. Pero reconoció algo: diagramas. Los mismos círculos conectados por líneas que Leonardo le había mostrado en Le Jardin. Coordenadas de ciclos. Flechas que indicaban dirección. Números en un sistema posicional que Dzielk no conocía pero cuya lógica era transparente, base veinte, como los mayas. Alguien en algún lugar estaba haciendo lo mismo que ellos. Mapeando la destrucción. Registrando lo que existía antes de que dejara de existir.

¿Siguiente? - preguntó Dzielk. La boca le sabía a bilis. Siguiente.

**

El segundo ciclo fue calor. Desierto. Arena blanca que reflejaba un sol que estaba demasiado cerca del horizonte, un sol más grande del que Dzielk conocía, o más cercano, con un diámetro visual que ocupaba tres veces lo que el sol de su ciclo ocupaba. La sombra de Dzielk era corta y densa, comprimida contra sus pies. El calor era seco, no el calor húmedo del bosque del Ciclo 2, sino el calor que extrae agua del cuerpo con la eficiencia de un mecanismo diseñado para matar. La saliva se secaba antes de que llegara a los labios.

La piel de la cara se tensó en los primeros diez minutos. Los ojos se achicaron hasta ser rendijas. Schrödinger jadeaba. La lengua fuera, larga, rosada, goteando saliva espesa que caía sobre la arena y desaparecía en un segundo. Pavlov caminaba con los ojos entrecerrados, las pupilas verticales reducidas a líneas, el tercer párpado medio cerrado, la membrana translúcida que los gatos tienen para proteger el ojo de la arena y del polvo. La civilización de este ciclo vivía bajo la arena. Estructuras subterráneas no tan profundas como las argathianas, no tan elaboradas, pero con la

misma lógica ancestral: escapar de la superficie, buscar lo fresco, lo oscuro, lo escondido.

Lo que la superficie mata, el subsuelo preserva. Leonardo los encontró siguiendo las oscilaciones. El suelo del desierto transmitía los golpes de los martillos subterráneos, impactos regulares, espaciados cada cuatro segundos, con la cadencia del trabajo organizado. Alguien estaba construyendo algo abajo. Leonardo se arrodilló. Puso la oreja contra la arena. Escuchó treinta segundos. Se levantó. Caminó noventa metros hacia el norte. Se arrodilló de nuevo. Escuchó. Les tomó dos días encontrar la entrada: una losa de arenisca cubierta de arena que se movía con un mecanismo de contrapesos.

Dzielk la estudió antes de bajar. Dos piedras colgando de una barra de madera endurecida por fuego, con cuerdas de fibra trenzada que corrían por canales tallados en la roca. Cuando se pisaba la losa en el punto correcto, un punto marcado con un círculo pequeño, casi invisible bajo la arena, los contrapesos bajaban y la losa se deslizaba quince centímetros. Lo suficiente para meter los dedos. Ingeniería elegante. Dzielk la admiró con la frialdad del que ya vio demasiadas cosas elegantes destruirse.

Abajo: túneles iluminados con refractores solares. Espejos de cobre pulido, no vidrio, cobre martillado hasta la planitud y pulido con arena fina hasta reflejar la luz con la claridad de un espejo moderno que redirigían la luz del sol a través de conductos angulares. La luz entraba por una abertura en la superficie, rebotaba en el primer espejo, viajaba por un conducto diagonal de piedra, rebotaba en un segundo espejo, un tercero, un cuarto, y llegaba a las

cámaras subterráneas con la intensidad suficiente para ver, para trabajar, para vivir.

Cientos de personas. Una sociedad funcional con talleres donde los artesanos producían cerámica y herramientas de cobre, almacenes con grano guardado en vasijas selladas con brea, un sistema de agua basado en condensación nocturna. El aire frío de la noche del desierto entraba por conductos y se condensaba en superficies de piedra enfriada, goteando en cisternas que recogían tres litros por noche por conducto. Los niños de este ciclo no conocían el cielo. Nacieron abajo. Crecieron abajo. Los más viejos los que recordaban les contaban sobre la superficie con la voz de quien describe un país extranjero: había viento que secaba, había luz que quemaba, había un animal grande con cuello largo que comía de los árboles antes de que los árboles se secaran.

Los niños escuchaban con la atención de quien oye una fábula. El cielo era ficción para ellos. La realidad era la piedra, el cobre, el goteo de las cisternas, el olor a brea caliente de los talleres. Dzielk los observó durante una tarde, los niños jugando en un pasillo central amplio donde tres conductos de luz convergían y creaban un triángulo luminoso en el suelo. Los niños se paraban dentro del triángulo y lanzaban sombras contra las paredes. Competían por hacer la sombra más grande. El que levantaba los brazos más alto proyectaba la sombra más larga.

Se reían. El sonido de la risa de niños que nunca vieron el sol rebotaba contra la piedra con un eco cortado, la acústica de los túneles partía los sonidos agudos en fragmentos. La risa llegaba a Dzielk en pedazos. Dzielk se sentó en el borde de la balsa principal con las piernas colgando sobre el agua. Los pies descalzos se había

quitado las botas porque la humedad constante le había generado ampollas entre los dedos que reventaban al caminar y dejaban la piel en carne viva contra el cuero. Los pies en el aire, a diez centímetros de la superficie.

El agua subía y bajaba con la respiración de la marea. A veces le rozaba los dedos un contacto salado, tibio, que duraba un segundo antes de que el nivel bajara. El vaivén era hipnótico. Arriba, abajo. Contacto, ausencia. Como el latido de algo vivo debajo de toda esa agua. Las balsas crujían con cada cambio de marea. Los nudos de fibra que las unían se tensaban y se aflojaban con un ritmo que Dzielk podía predecir si cerraba los ojos. Crujido largo cuando subía, crujido corto cuando bajaba, silencio en el punto muerto donde la marea no sube ni baja y la aldea entera flota inmóvil durante tres segundos antes de que el ciclo se repita.

Tres segundos de paz absoluta. Dzielk los contaba. Eran los únicos tres segundos de cada día donde nada se movía. Los pescadores-navegantes le ofrecieron comida. Pescado crudo cortado en láminas finas con un cuchillo de coral afilado que los artesanos producían rompiendo piezas de coral muerto en ángulos precisos. El coral se fracturaba en planos que creaban filos naturales, no tan agudos como la obsidiana pero funcionales. El pescado era blanco, translúcido. Sabía a mar, a algas. Dzielk lo masticó despacio, la mandíbula le dolía desde el segundo salto, un dolor sordo en la articulación temporomandibular que se agravaba con cada masticación y que no tenía origen traumático visible.

Era el desgaste del tránsito acumulándose en las articulaciones pequeñas, las que nadie nota hasta que fallan. Tres litros. Dzielk calculó. Sesenta conductos visibles. Ciento ochenta litros por noche.

Para cuatrocientas personas. Menos de medio litro por persona por día. Sobrevivir, no vivir. El grano parecía un cereal que Dzielk no reconoció, granos negros, pequeños, del tamaño de una lenteja, que crecían en cámaras de cultivo donde la humedad se mantenía constante con un sistema de cortinas de tela húmeda.

Los cultivadores rotaban las cortinas cada seis horas, cortina mojada adentro, cortina seca afuera, ciclo de evaporación controlado. El grano negro se molía entre piedras planas y se mezclaba con agua de cisterna para hacer una masa que se cocinaba sobre piedras calentadas con cobre fundido. El pan negro sabía a mineral y a noche. Dzielk comió tres trozos en dos días. Le llenaron el estómago con un peso que duraba horas. Leonardo escribió treinta páginas en tres días. Cada herramienta documentada, forma, material, peso estimado. Cada técnica descrita temperatura de horneado, composición de la brea, ángulo óptimo de los refractores. Cada nombre que pudo registrar los nombres de los artesanos, de los niños, de los viejos que se sentaban junto a las cisternas y contaban historias en un idioma de sibilantes que sonaba a arena moviéndose. Treinta puntos de anclaje. Treinta razones para que este ciclo tardara más en desaparecer. Al cuarto día.

los refractores solares dejaron de funcionar. No porque se rompieran, el cobre seguía pulido, los conductos intactos, los ángulos correctos, sino porque el ángulo del sol cambió.

El sol se movió doce grados hacia el este en una hora. Un movimiento que debería haber tardado un mes. ARCHON estaba corrigiendo la órbita. Cambiando las coordenadas del sol para que los refractores apuntaran al vacío. No destrucción, recalibración. La muerte por ajuste técnico. Los artesanos miraron hacia arriba

cuando la luz se fue. El taller se oscureció en segundos. Los niños lloraron. Un viejo junto a la cisterna dejó de hablar a mitad de una frase. Saltaron. Dzielk vomitó en Le Jardin. El vómito tenía arena.

La arena era blanca. Fina. La misma arena del desierto del Ciclo 2, mezclada con bilis y café viejo. Dzielk se quedó en cuatro patas sobre la baldosa, los antebrazos temblando con el esfuerzo de sostener un cuerpo que pesaba más después de cada salto, no más kilos, más gravedad, más relación entre la masa y el suelo, cada tránsito le añadía una capa de densidad que la báscula no registraba pero los tendones sí. La saliva le colgaba del labio inferior en un hilo transparente que goteaba sobre el charco de vómito con arena.

Schrödinger se acercó. Olfateó el charco. Retrocedió. Se sentó a un metro de distancia con la postura del centinela que vigila sin intervenir. Pavlov observó desde el alféizar. El gato no se movía cuando Dzielk vomitaba. Nunca. Era la única constante del viaje cada vez que Dzielk caía de rodillas y su estómago se vaciaba contra la baldosa de Le Jardin.

Pavlov estaba en el alféizar, inmóvil, con los ojos fijos en la escena. Registrando. La cola quieta. Las pupilas verticales dilatadas hasta ser casi redondas, absorbiendo cada detalle del hombre que se vaciaba en el suelo del café.

A veces Dzielk pensaba que el gato estaba documentando su deterioro con la misma precisión que Leonardo documentaba la destrucción de los ciclos. La idea era incómoda. La dejó donde estaba. El charco se secó en veinte minutos. La baldosa de Le Jardin absorbía los líquidos con una velocidad que no correspondía a ninguna porosidad conocida. El vómito, la sangre, el café derramado,

todo desaparecía. El suelo se alimentaba. Le Jardin necesitaba residuos para funcionar. Dzielk no quiso pensar en eso tampoco.

✱ ## 013 [L|X|N]

LA FATIGA

El tercer ciclo fue agua. No un océano, un mundo de agua. Superficie líquida hasta donde la vista alcanzaba en todas las direcciones, con islas de coral que sobresalían dos metros sobre la línea de flotación. Las islas eran pequeñas, la más grande del tamaño de tres casas juntas. La más pequeña lo suficiente para que una persona se sentara con las rodillas contra el pecho. El coral era blanco y rosado y marrón, con la textura porosa del coral muerto. La estructura intacta. Los organismos, idos. Gente que vivía en balsas interconectadas.

Balsas de madera atadas con cuerdas de fibra vegetal, unidas en plataformas que formaban una aldea flotante. Las balsas se movían con la marea, toda la aldea subía y bajaba un metro cada seis horas, con el ritmo lento de la respiración del agua. Gente que no conocía la tierra firme. Gente que medía el tiempo en mareas, no en días. Dzielk miró el agua y pensó en Econia. En Yara. En las balsas que los ecoianos construían con frecuencias calibradas. Este ciclo no era Econia, el agua era más cálida, más salada, con un tono verde que Econia no tenía, pero era otra respuesta al mismo problema.

Otro grupo de humanos que se adaptó al agua porque no tenían opción. La adaptación como constante universal. El cuerpo humano encontrando la manera de no morir en el medio que le toque, una y otra y otra vez, en todos los ciclos. En todas las coordenadas. Dzielk

no podía caminar en las balsas. No al principio. El suelo se movía, no el balanceo predecible del barco, sino la ondulación orgánica de plataformas conectadas con cuerdas que transmitían el movimiento del agua multiplicado por la flexión de la madera.

Cada paso era una negociación con el equilibrio. Los pies descalzos de los pescadores-navegantes se agarraban a la madera húmeda con la adherencia de algo que creció ahí, los dedos separados, las plantas curvadas, los tobillos flexionados en ángulos que los tobillos de Dzielk no podían replicar. Se cayó tres veces en la primera hora. La tercera vez se quedó sentado con las piernas cruzadas, la espalda contra un poste de la balsa, aceptó que su cuerpo era terrestre. Los pescadores lo miraron sin juicio.

Le trajeron un pez asado en una hoja de palma. El pez era pequeño, del largo de un dedo, con la piel crujiente y la carne blanca que sabía a sal y a alga. Dzielk lo comió con los dedos. El aceite del pez le mojó la barba. Schrödinger se comió la cola. Leonardo escribió. Sentado en la balsa principal con las piernas cruzadas y el Voynich sobre los muslos. La pluma de obsidiana moviéndose con la cadencia del que escribe en un barco, adaptando el trazo a la oscilación del agua, compensando el movimiento con el antebrazo.

Registró las técnicas de navegación: cómo los pescadores-navegantes leían las corrientes por el color del agua, cómo medían la profundidad por la temperatura de la superficie, cómo orientaban las balsas con velas tejidas de hojas de palma que se hinchaban con la brisa pero se plegaban con el viento fuerte para evitar que la aldea entera se desplazara. Registró los nudos de las redes, siete tipos diferentes, cada uno para un tamaño de pez, cada uno con un nombre en el idioma del agua. Registró los cantos que usaban para

orientarse cuando las estrellas no eran visibles, cantos de frecuencia variable que rebotaban en las islas de coral, volvían con un eco que indicaba dirección, distancia.

Navegación por sonar. Con la boca. Pavlov se quedó en la balsa principal, mirando el agua. La superficie se movía debajo de él, subía, bajaba, subía, y el gato no se movía. Las patas firmes sobre la madera húmeda. El centro de gravedad perfectamente ajustado. La cola como contrapeso. Los ojos fijos en el agua. Leyendo algo en la superficie que los humanos no pueden ver. El gato estaba más delgado. Dzielk lo notó en la balsa, los huesos de la cadera visibles bajo el pelo gris, las costillas contables cuando Pavlov se estiraba para olfatear el viento salado.

No delgado de hambre, delgado de desgaste. El mismo tipo de desgaste que Dzielk sentía en los huesos y en las articulaciones y en la voz. Los saltos les costaban a todos. Incluso al gato que nunca vomitaba, que nunca sangraba, que nunca mostraba dolor. Incluso a Pavlov, el costo era masa. Gramos de existencia que cada tránsito le arrancaba sin que nadie pudiera medirlos. Schrödinger, en cambio, no perdía peso. El perro mantenía sus seis o siete kilos con la constancia de no obedecer las leyes de la termodinámica.

Comía lo que encontraba, pescado crudo en el ciclo del agua, ratones en el de las montañas, insectos en el subterráneo, pero la cantidad no correspondía a la masa. Un perro de ese tamaño necesita quinientas calorías diarias para mantener peso. Schrödinger comía la mitad y no perdía un gramo. Dzielk dejó de calcular. Las matemáticas de Schrödinger no cuadraban y no iban a cuadrar. Schrödinger nadó. Resultó que el perro nadaba, las patas empujando el agua con un movimiento circular, el hocico levantado justo lo

suficiente, el cuerpo horizontal como un torpedo peludo que cortaba la superficie sin esfuerzo visible.

Dzielk no sabía que Schrödinger nadaba. Nadie recordaba haberlo diseñado para nada. El perro simplemente hacía las cosas que hacía y esperaba que el mundo se adaptara. Dzielk habló con los pescadores-navegantes. Su idioma era diferente al del Ciclo 2, pero la estructura era la misma: consonantes suaves, vocales largas, palabras que subían y bajaban con ritmo de oleaje. Dzielk no entendía las palabras. Entendía los gestos. La mano abierta con la palma hacia arriba: ofrecimiento. La mano cerrada con el pulgar hacia abajo: negativa.

La cabeza ladeada: pregunta. Los gestos decían lo mismo que decían los gestos de los pescadores del Ciclo 2: desconfianza, evaluación, aceptación pragmática. Todos los humanos se parecían cuando estaban solos y llegaba alguien nuevo. Desconfianza primero. Después: ¿traes comida o enfermedad? La pregunta fundamental. La pregunta que existía antes de que existieran los idiomas para formularla. Al sexto día, el agua empezó a enfriarse. No gradualmente en escalones. Un grado. El cambio le llegó a los pies, que colgaban del borde de la balsa en el agua tibia del trópico.

El agua pasó de tibia a fresca en un latido. Después dos grados más. Después cinco. La piel de los pies se contrajo. Los dedos se cerraron por reflejo. Las corrientes cambiaron de dirección. La marea que venía del sur empezó a venir del norte. Las balsas giraron, toda la aldea flotante rotó cuarenta y cinco grados en tres minutos, las cuerdas tensándose con crujidos que sonaban a huesos. Los pescadores-navegantes miraron el horizonte con la cara que Dzielk ya había aprendido a reconocer en dos ciclos: la mandíbula apretada.

Los ojos abiertos pero no de sorpresa de registro. Viendo lo que viene para recordar que lo vieron. ARCHON, expresó Leonardo. Cerró el manuscrito. Saltaron.

**

La náusea del salto era acumulativa. Cada viaje costaba más. El primer salto fue desagradable. El segundo fue doloroso. El tercero fue daño. Dzielk vomitó sangre por primera vez después del tercer ciclo. No mucha, un hilo rojo en la bilis amarilla, la sangre mezclada con los jugos gástricos del estómago vacío. Lo suficiente para saber que algo se había roto adentro. Algo pequeño, un capilar reventado, una membrana dañada, un tejido que no aguantó el proceso de desarmarse y rearmarse tres veces en dos semanas. Lo suficiente para saber que esto no era sostenible.

Leonardo no dijo nada. Miró la sangre en el vómito de Dzielk. Miró el vómito en la baldosa de Le Jardin. Sacó el Voynich. Escribió. Registró el vómito. La sangre. El dato. Punto de observación. Ruido en el flujo. La degradación física de un viajero entre ciclos documentada en náhuatl tardío con pluma de obsidiana sobre pergamino color hueso. Dzielk lo odió un poco por eso. El odio era rencor. Leonardo tenía razón y lo demostraba haciendo algo que debería ser ofensivo pero que era técnicamente correcto. Registrar todo era el trabajo. El vómito con sangre era parte del todo. Odiarlo era irracional. Dzielk era filósofo. Sabía que era irracional. Lo odiaba igual.

**

Le Jardin. Tazas sucias. Mandil vacío. Café frío. Lo mismo de siempre. La constancia de Le Jardin era lo opuesto al caos de los ciclos, un punto de referencia inmutable en un universo que se

estaba borrando. Dzielk no sabía si la constancia era reconfortante o aterradora. Las dos cosas. Probablemente. Siempre las dos cosas. ¿Cuántos ciclos más? La pregunta salió rasposa. La voz de Dzielk había cambiado desde el primer salto, más grave, más seca, con un crujido en las consonantes que no estaba antes.

El cambio era gradual, acumulativo, imperceptible de un día al siguiente, pero evidente si comparaba la voz del primer día en Le Jardin con la voz de ahora. Los saltos le estaban cambiando las cuerdas vocales. O los saltos le estaban cambiando la garganta. O los vómitos con sangre le estaban erosionando la mucosa y la mucosa erosionada producía una voz diferente. Dzielk no sabía. No quería saber. Hay cosas que un filósofo prefiere no investigar porque la respuesta es peor que la pregunta. Estaba sentado en el suelo con la espalda contra la barra. Las piernas le temblaban. Un temblor fino, continuo, que no se detenía cuando cerraba los ojos ni cuando los abría.

Las piernas temblaban por su cuenta, independientes de su voluntad, los músculos recalibrándose después de haber sido desarmados y rearmados tres veces. Los que podamos. Eso no es una respuesta. Es la única que tengo. Dzielk cerró los ojos. La filosofía le había enseñado a reconocer los problemas sin solución. Los había catalogado. De hecho, durante un seminario en la academia: problemas circulares, problemas recursivos, problemas asintóticos, problemas que se resuelven solo dejando de ser problemas.

Este era uno. Cada ciclo visitado era un retraso, no una victoria. Cada observación registrada era un punto de anclaje que ARCHON tardaría más en borrar. Pero ARCHON no se cansaba. No se aburría. No se distraía. No tenía hambre ni sueño ni miedo ni amigos que le

pidieran que parara. ARCHON procesaba. Y eventualmente, cada punto de anclaje sería borrado. Cada línea del Voynich sería irrelevante. Cada nombre registrado sería el nombre de alguien que dejó de existir. Estaban escribiendo en arena. Arena que tardaba más en borrarse. Pero arena. Pavlov se subió al regazo de Dzielk. Era la primera vez que el gato se acercaba voluntariamente. Desde Le Jardin hasta el Ciclo 2, el Ciclo 3, los desiertos, las aguas, el gato había mantenido la distancia exacta del gato que observa sin involucrarse.

Que registra sin participar. Pero ahora Pavlov se subió al regazo de Dzielk con un salto que no hizo ruido y se quedó ahí. Pesaba más de lo que debería pesar un gato de ese tamaño, seis kilos, quizás siete, cuando un gato gris de complexión media pesa cuatro.

O Dzielk estaba más débil de lo que pensaba. Las dos cosas eran posibles. Las dos eran compatibles. El gato no parpadeó. Solo se quedó ahí. Caliente. Presente. El ronroneo era subaudible; Dzielk no lo oía, pero la oscilación le pasaba del cuerpo del gato a los muslos una pulsación que medía.

Schrödinger se echó junto a Dzielk. El perro apoyó la cabeza en la pierna de Dzielk, la pierna que temblaba, y el peso de la cabeza del perro sobre el muslo fue como una mano que decía: no me voy.

El pelo áspero contra la tela del pantalón. La respiración del perro lenta, regular, con olor a saliva y a lago. Leonardo seguía escribiendo. Las páginas del Voynich se llenaban. Los caracteres se acumulaban. El registro de civilizaciones que iban a desaparecer crecía con cada salto. Leonardo. ¿Qué? ¿Para qué escribes si todo se va a borrar?

Leonardo dejó la pluma. La puso sobre la mesa con cuidado, la obsidiana contra la madera sin ruido. Miró a Dzielk. Miró al gato en

su regazo. Miró al perro junto a su pierna.

Porque lo que se midió existió. ARCHON puede borrar el sitio. No puede borrar la medición. Si alguien registró que un pescador en el Ciclo 2 amarraba redes con un nudo de siete vueltas, ese nudo existió. La forma, la fibra. Los siete cruces de la cuerda sobre sí misma existieron. Si nadie lo registró, nunca existieron. La diferencia entre existir y no existir es que alguien te haya visto.

Eso lo - contestó Berkeley. Y lo refutaron hace mil años. No estoy haciendo filosofía. Exacto. Y ese es el problema. Dzielk se rascó la costra de vómito seco en la manga. La costra se desprendió en escamas amarillentas. Estás haciendo religión. Testigo que registra para que lo registrado exista. Eso es un sacerdote, Leonardo. Con mejor caligrafía.

Leonardo no contestó a eso tampoco. Dzielk miró el mandil. El hilo suelto en la correa del cuello. El bolsillo con la mancha de café. ¿Quién nos ve a nosotros? Pavlov ronroneó. Schrödinger respiró. Le Jardin esperó. ## 014 [L|X]

EL PATRÓN

Los ciclos se acumularon. Cuarto ciclo: montañas con nieve eterna. La nieve empezaba a los trescientos metros de altitud y no se detenía, cubría todo, piedras, árboles enanos, cualquier superficie horizontal con una capa de blanco compactado que tenía la dureza del hielo pero la textura del azúcar granulada. El aire cortaba la garganta. Cada inhalación era una navaja fría que bajaba por la tráquea y se clavaba en los bronquios. Dzielk respiraba por la nariz con la boca cerrada y aún así el frío le llegaba a los dientes.

Gente que vivía en cuevas calentadas por géiseres. Las cuevas eran formaciones kársticas naturales ampliadas con herramientas de hueso, obsidiana, con los bordes alisados por generaciones de manos que rasparon la roca hasta hacerla habitable. Los géiseres surgían del fondo de las cuevas con intervalos regulares cada cuarenta y tres minutos, un chorro de vapor caliente que subía hasta el techo y se condensaba en las paredes, manteniendo la temperatura interior en un rango soportable. Veintidós grados constantes dentro de las cuevas.

Menos treinta fuera. Leonardo registró sus técnicas de curtido de pieles, un proceso de ocho pasos que involucraba sal mineral, grasa de animal, y un ácido extraído de líquenes que crecían en las rocas húmedas cerca de los géiseres. Registró sus instrumentos de medición del viento, varillas de hueso con plumas de diferente peso atadas a intervalos que se colgaban de la boca de la cueva, cuyo ángulo indicaba velocidad, dirección. Registró su sistema de comunicación basado en ecos, amplificados por la topografía de los valles, gritos modulados que rebotaban entre las paredes de roca y viajaban kilómetros, con cada variación tonal significando algo diferente.

Doce tonos. Doce mensajes. Suficiente para coordinar caza, peligro, comida, nacimiento, muerte. Pavlov mató un ratón. Un ratón blanco, pequeño, con orejas translúcidas que se movían como radares en miniatura. El gato lo atrapó con un golpe de pata que fue tan rápido que Dzielk solo vio el antes y el después: ratón vivo, ratón muerto. Schrödinger se lo comió. El crujido de los huesos diminutos entre los molares del perro fue el único sonido animal en la cueva durante tres minutos. Después Schrödinger se lamió los belfos, la

lengua pasando por el labio superior, por los caninos, por el colmillo izquierdo donde un trozo de pelo blanco quedó pegado.

Se echó. Se durmió. La digestión de un ratón era un evento biológico que le tomaba al perro menos energía que despertarse. Dzielk se lavó las manos en el agua caliente del géiser. El agua salía a setenta grados, tenía que esperar a que se enfriara en un cuenco de piedra durante diez minutos antes de meter las manos. El mineral del agua le dejaba una capa blanca en la piel que se secaba y se agrietaba, y que tenía que raspar con las uñas. Pero las manos quedaban calientes durante horas. El calor del agua geotermal era diferente al calor del fuego, penetraba hasta el hueso, llegaba a las articulaciones, aflojaba los tendones que el frío había contraído.

Las rodillas dejaban de doler durante un rato. Un rato corto. Pero un rato. ARCHON llegó al tercer día. La nieve se compactó, no se derritió, se comprimió. Presión descendente. Cada cristal aplastado contra el suelo hasta fusionarlo con la roca. Los géiseres se apagaron. El vapor dejó de subir. La temperatura de las cuevas empezó a bajar un grado por hora, constante, inexorable, constante.

La gente de las cuevas no corrió. No gritó. Se sentaron alrededor del géiser apagado, el agujero en la roca que durante generaciones había escupido vapor caliente y vida, y esperaron. Los ancianos primero. Después los jóvenes. Los niños al centro, rodeados por los cuerpos de los adultos que les daban lo último que podían dar: calor corporal. La temperatura bajó de veintidós grados a quince en tres horas. De quince a ocho en dos más. A los cinco grados, los niños dejaron de temblar. No porque se calentaran, porque el temblor requiere energía y la energía se acababa.

Dzielk se arrodilló junto a un anciano que sostenía a una niña de unos cuatro años. El anciano lo miró. No dijo nada. Tenía la cara morada del frío y las manos blancas. La niña estaba dormida o inconsciente. El pelo le cubría la cara. Dzielk no pudo distinguir. Leonardo cerró el Voynich. Fue la primera vez que Dzielk lo vio cerrar el manuscrito antes de terminar de registrar. La pluma de obsidiana quieta en la mano. Los dedos apretados alrededor del mango. La mandíbula tensa. Lo que Leonardo sentía no se veía en la cara, se veía en los nudillos blancos alrededor de la pluma.

Saltaron. Dzielk llegó a Le Jardin con las manos heladas. No metafórica, literalmente heladas. Los dedos azules. Las uñas grises. Tardaron cuarenta minutos en recuperar el color. Los metió en el café caliente de la jarra. El café de Le Jardin estaba a setenta grados, siempre la temperatura exacta que quema si bebes, pero que salva si sumerges. Los dedos ardieron primero y después se ablandaron. La circulación volviendo como agua a un cauce seco. Le Jardin olía diferente después de cada salto. No porque Le Jardin cambiara, Le Jardin no cambiaba nunca. Esa era su función, ser el punto fijo en un flujo de cambio constante.

Pero la nariz de Dzielk cambiaba. Después del Ciclo 4, Le Jardin olía a azufre y a mineral caliente, el fantasma olfativo del agua de los géiseres que se había pegado a sus mucosas. Después del Ciclo 3, olía a piedra seca. Después del Ciclo 2, a sal y a red mojada. Cada ciclo le dejaba un residuo sensorial que Le Jardin no podía borrar porque Le Jardin no borraba nada, Le Jardin mantenía. La jarra de café seguía fría. Las lámparas seguían encendidas. Las tazas seguían boca abajo sobre el trapo húmedo.

El charco bajo la barra seguía ahí, del mismo tamaño, con el mismo reflejo de la lámpara que parpadeaba. Pavlov se lamió una pata. La pata izquierda, la que usaba para golpear ratones y para tocar las páginas del Voynich cuando algún carácter le interesaba, un gesto que Dzielk todavía no podía explicar: el gato ponía la pata sobre ciertos glifos y los glifos cambiaban de temperatura. Leonardo lo confirmó. Después de que Pavlov tocara un glifo, la tinta estaba más caliente. Medio grado. Medible si ponías la yema del dedo sobre el carácter inmediatamente después.

El gato calibraba el Voynich. O el Voynich calibraba al gato. Las dos hipótesis eran igual de absurdas y igual de verificables.

**

Quinto ciclo: una llanura sin árboles donde la gente cultivaba un grano que no fue trigo ni arroz ni maíz ni cebada ni nada que Dzielk reconociera. Plantas bajas, de medio metro de altura, con tallos gruesos, hojas estrechas de color verde azulado. Resistentes, Dzielk pisó una por accidente, el tallo se dobló y volvió a su posición sin romperse. Las plantas producían semillas negras del tamaño de un dedo meñique, duras, con una cáscara que había que romper con piedra para acceder al grano interior, que era blanco y harinoso y sabía a nuez.

La civilización entera giraba alrededor de ese grano. Lo cultivaban en parcelas comunales que se extendían hasta donde la vista alcanzaba, la llanura era un mosaico de parcelas en diferentes estados de madurez, desde el verde azulado de la planta joven hasta el negro de la semilla lista. Lo almacenaban en silos subterráneos sellados con barro y ceniza. Sin decir nada, lo comerciaban con grupos que vivían más al norte, intercambiando grano por sal y

obsidiana. Más allá, lo adoraban. Tenían una ceremonia diaria al amanecer donde el líder de la comunidad, un hombre viejo con cicatrices rituales en los antebrazos, levantaba un puñado de semillas negras hacia el sol y las dejaba caer, leyendo el patrón de caída.

Adivinación por grano. Oráculo de semillas. Su idioma tenía diecisiete palabras para describir el estado de madurez de una semilla, desde el brote inicial hasta la cáscara seca lista para cosecha, pasando por estados intermedios que incluían “la semilla que escucha lluvia” y “la semilla que sabe que va a caer”, ninguna para describir la guerra. Dzielk preguntó, por gestos, a través de Leonardo, si conocían el concepto. No lo conocían. Tenían una palabra para “disputa” y una para “separación”, pero ninguna para el conflicto organizado a gran escala.

Habían vivido solos en la llanura durante tanto tiempo que la guerra era un concepto innecesario, como la nieve para la gente del desierto. Leonardo escribió cuarenta páginas. Su récord. Cuarenta puntos de anclaje. Cuarenta razones para que este ciclo existiera un poco más. ARCHON llegó al segundo día. Más rápido que antes. Más rápido que en ningún ciclo anterior. Las plantas dejaron de crecer entre una mañana y la tarde. Dzielk lo vio pasar las hojas que estaban verdes al amanecer estaban marrones al mediodía.

No muertas revertidas. El verde azulado retrocediendo en las hojas como una mancha que se retira. El suelo se endureció. La tierra que era fértil, suave se convirtió en arcilla compacta en horas. La gente miró sus campos con la misma cara de siempre. Detrás, la cara del Ciclo 2, del Ciclo 3 y del Ciclo 4. Más allá, la cara universal de quien ve que algo viene y no puede hacer nada. Saltaron.

*
**

Sexto ciclo. Séptimo. Octavo. Cada vez, ARCHON llegaba más rápido. Tres días. Dos días. Un día y medio. El margen se reducía. La ventana de observación se cerraba. Leonardo escribía más páginas en menos tiempo, la pluma de obsidiana volando sobre el pergamino con la urgencia del que sabe que los minutos cuentan. Cada vez, la náusea del salto era peor. Dzielk perdió cuatro kilos en dos semanas, no por hambre, comía cuando podía, el café de Le Jardin y la comida que las civilizaciones les ofrecían, sino por el costo físico del tránsito entre coordenadas. Su cuerpo se estaba gastando. Los músculos perdían masa. La piel se aflojaba en los brazos y las piernas. Las ojeras eran permanentes, no oscuras, sino grises, del gris que tienen los tejidos que no se irrigan bien. Y cada vez que volvían a Le Jardin, las páginas nuevas en el Voynich eran más numerosas. Cinco páginas. Diez. Veinte. Alguien o algo escribía desde otros puntos. Otros ciclos. Otros observadores que hacían lo mismo que Leonardo: registrar lo que existía antes de que dejara de existir. La red del Voynich se expandía. Los nodos se multiplicaban. El ruido acumulado crecía. Leonardo estudió las nuevas entradas. Mapeó las coordenadas. Trazó líneas entre los ciclos visitados y los ciclos reportados sobre una hoja suelta de pergamino que usaba como mesa de trabajo. Las líneas se cruzaron. Los patrones emergieron. Leonardo se quedó mirando el mapa durante una hora sin hablar. El patrón era simple:

ARCHON estaba aprendiendo. No de ellos de su efecto. Cada vez que visitaban un ciclo y creaban puntos de anclaje, ARCHON medía el retraso que causaban. Calculaba la diferencia entre el tiempo proyectado de corrección y el tiempo real. La diferencia era el efecto

del Voynich. ARCHON mapeaba el efecto. Anticipaba el siguiente movimiento.

Nos está rastreando - contestó Leonardo. La voz era plana. Voz plana. Lo que sospechaba, confirmado. ¿Cómo? El ruido que generamos tiene firma. Los puntos de anclaje que creo con el Voynich tienen estructura caracteres náhuatl, patrones de observación específicos. Una secuencia de registro que se repite porque es mi método. ARCHON detectó la estructura. Ahora busca esa estructura en otros ciclos antes de que lleguemos. Precorriges las coordenadas donde espera que aparezcamos. Entonces nos estamos delatando. Cada vez que salvamos un ciclo, le enseñamos a destruir el siguiente más rápido. Dzielk se rio. No porque fuera gracioso. Porque era exactamente el tipo de absurdo que la filosofía predecía: un sistema donde cada solución alimenta al problema. Un bucle de retroalimentación negativa disfrazado de progreso. Sísifo con pluma y pergamino. Cada vez que la piedra llega a la cima, la cima crece.

Genial - admitió Dzielk. Estamos empeorando las cosas. No. Estamos retrasando las cosas. El retraso acumulado importa. Cada ciclo que sobrevive un día más es un día de existencia que no estaba en el cálculo de ARCHON. Esos días se suman. Los puntos de anclaje se suman. La red del Voynich se suma. Estamos perdiendo cada batalla. Pero la guerra no es de batallas es de tiempo. Tiempo para qué. Para que algo más tenga tiempo de pasar. ¿Qué algo?

Leonardo no contestó inmediatamente. Los dedos de la mano izquierda tamborilearon sobre la barra tres golpes, sin ritmo, sin intención. No sé. Pero algo tiene que pasar. Porque si depende solo de nosotros, ya perdimos. Dzielk miró a Pavlov. El gato estaba en el alféizar. Los ojos fijos en la calle que cambiaba. La cola inmóvil.

Schrödinger dormía debajo de la mesa de Leonardo. Roncando con el silbido nasal del perro viejo que respira por una fosa obstruida.

Bien - comentó Dzielk. Entonces sigamos perdiendo. Pero más despacio. Leonardo abrió el Voynich. Buscó la siguiente coordenada. La pluma de obsidiana lista. Más despacio repitió. Y escribió. ## 015 [L|X]

EL COSTO

El noveno salto casi los mata. No ARCHON. El salto. El tránsito entre coordenadas desgarró algo en Dzielk que no se reparó del otro lado. Llegó al Ciclo 9 con el brazo izquierdo dormido, no dormido como cuando se duerme sobre el brazo y el hormigueo sube, sino dormido como ausente, como si el brazo perteneciera a alguien más que estuviera parado en el mismo lugar que Dzielk pero en una coordenada ligeramente diferente y la mitad derecha de la cara sin sensación. Podía ver con el ojo derecho. Podía oír con la oreja derecha.

Pero la mejilla, la mandíbula, la comisura del labio nada. Si se tocaba la cara con la mano derecha, sentía la mano tocando algo pero no algo siendo tocado. Una dirección del tacto. La mitad de una comunicación. Leonardo lo miró con la evaluación clínica de quien ha visto esto antes. Los ojos pasando del brazo muerto a la cara torcida con la velocidad del diagnóstico automático. Se va a pasar. Dale una hora. ¿Y si no se pasa? Le damos dos. Dzielk se sentó. No donde quería la cadera derecha decidió por él, y se dejó caer contra una roca plana que sobresalía del suelo petrificado.

El impacto le recorrió la columna. La roca estaba caliente, el sol del Ciclo 9 era un sol viejo, enorme, que llenaba un tercio del cielo con un disco anaranjado que calentaba sin quemar. Un sol de baja temperatura y alta superficie. La sombra de Dzielk era corta y difusa, sin bordes definidos, la sombra de un hombre iluminado por todas partes a la vez. El brazo izquierdo colgaba. Dzielk lo miró, su propio brazo, con la manga enrollada hasta el codo, los vellos rubios, la cicatriz del séptimo salto donde un trozo de coral le cortó el antebrazo al aterrizar mal. No sentía nada.

Lo levantó con la mano derecha. Lo soltó. El brazo cayó contra el muslo con el peso inerte de la carne sin instrucciones. Cinco kilos de hueso, músculo, tendón y piel que respondían a la gravedad pero no a la voluntad. Dzielk flexionó los dedos de la mano derecha, respondieron. Flexionó los de la izquierda, la orden viajó desde el cerebro por los nervios del brazo izquierdo y se perdió en algún punto entre el hombro y el codo. Los dedos no se movieron. Ni un milímetro. Schrödinger se echó junto a él.

El perro apoyó la cabeza sobre el brazo muerto, la mandíbula del perro contra la muñeca de Dzielk, y se quedó ahí. El peso de la cabeza del perro era lo único que Dzielk sentía en el brazo: no el contacto, no la textura del pelo, no la temperatura. Solo peso. Presión descendente. La mínima información que un nervio comprimido puede transmitir: hay algo encima de ti. No se pasó en una hora ni en dos. Dzielk se sentó contra un tronco petrificado negro, duro, con la forma del árbol que fue pero el peso del mineral que era, y esperó.

La sensibilidad volvió gradualmente durante el día. No de golpe, sino gota a gota. Primero la mejilla. Un cosquilleo. Después la

mandíbula. Después los dedos del brazo izquierdo, uno por uno, meñique primero, pulgar último. Al anochecer, Dzielk podía cerrar el puño izquierdo. A la mañana siguiente, la cara había vuelto a la normalidad. Pero la normalidad de ahora no era la normalidad de antes. Había un retraso. Un décimo de segundo entre la intención de mover un dedo y el movimiento del dedo. Un décimo de segundo que no estaba ahí antes del noveno salto.

Imperceptible para cualquiera que lo observara. Obvio para Dzielk, que vivía dentro de ese cuerpo, sabía cuánto tardaban sus dedos en obedecer. La diferencia entre la máquina nueva, la máquina con desgaste. La diferencia era pequeña. La tendencia era clara. Lo catalogó. No por disciplina, sino por necesidad. Los filósofos observan y el primer objeto de observación es el propio deterioro. La rodilla izquierda crujía al subir escalones, no al bajar, solo al subir, cuando el peso del cuerpo se concentraba en la rótula y el cartílago se comprimía contra el fémur con un chasquido húmedo que Dzielk sentía más que oía.

El oído derecho tenía un pitido. Constante. Bajo. Un tono que no estaba ahí antes del séptimo salto y que ahora acompañaba cada silencio como un compañero que no se despide. Las encías sangraban por las mañanas, no mucho, una línea rosada en la saliva al escupir. El primer escupitajo del día manchado con la prueba de que algo se aflojaba adentro. El pelo se le caía. No a mechones, pelo por pelo, en la almohada, en los dedos cuando se rascaba la cabeza, en el agua cuando se lavaba la cara. Pelo rubio sobre la piedra oscura de Le Jardin.

Cada uno un cable fino que el cuerpo decidía que ya no valía la pena mantener. Las prioridades del organismo redistribuyéndose:

menos pelo, menos cartílago, menos encías. Más corazón. Más pulmones. Más cerebro. Lo esencial al centro, lo periférico al abandono. El cuerpo se gastaba. Leonardo no mostraba señales físicas. No vomitaba. No perdía sensibilidad. No temblaba después de los saltos. Dzielk no sabía si era porque Leonardo aguantaba más, porque hacía más tiempo que viajaba y su cuerpo se había adaptado, o porque Leonardo ya no tenía un cuerpo en el sentido convencional, un cuerpo que obedece las reglas de la biología, que se desgasta, que envejece, que muere.

Había cosas de Leonardo que no tenían explicación. Cómo entendía idiomas que no existían en su ciclo de origen, cómo sabía llegar a los asentamientos sin mapa ni brújula ni referencia visible. Cómo las páginas del Voynich obedecían a su pluma con una fluidez que sugería que el manuscrito y Leonardo eran partes del mismo sistema. Pero Leonardo se tocaba la sien izquierda cuando creía que nadie lo miraba. Un gesto rápido, los dedos índice y medio presionando el hueso temporal durante dos segundos, después soltando.

Lo hacía cada vez que terminaba de escribir una sección larga en el Voynich. Lo hacía cuando los caracteres náhuatl se resistían cuando la pluma raspaba el pergamino, la tinta no fluía, Leonardo tenía que presionar más, la línea salía gruesa, dispareja. Lo hacía cuando las páginas nuevas aparecían y la información que traían contradecía lo que él ya había registrado. La sien izquierda. Siempre la izquierda. Dzielk no preguntó. Los filósofos saben cuándo una pregunta tiene respuesta útil y cuándo tiene respuesta que solo genera más preguntas que generan más preguntas que generan silencio.

**

El Ciclo 9 era subterráneo. No subterráneo como Argatha, no había ciudad, no había ingeniería monumental, no había civilización que decidiera construir bajo tierra. Subterráneo como un mundo donde la superficie nunca fue habitable. La roca empezaba a un metro del suelo y subía o bajaba, dependiendo de la perspectiva. La gente vivía en cavernas naturales ampliadas con herramientas de obsidiana. Sin luz solar. Sin plantas de superficie. Sin cielo. Se alimentaban de hongos que crecían en las paredes húmedas de las cavernas, hongos blancos, luminiscentes, que emitían una luz azul pálida que era la única iluminación natural del mundo. Los hongos sabían a tierra mojada y a mineral. Dzielk comió uno por necesidad. El sabor le cubrió la lengua con una película amarga que tardó horas en irse.

También comían insectos, larvas blancas que se criaban en los troncos podridos que el agua arrastraba a las cavernas, gordas, del largo de un dedo, que se asaban sobre piedras calientes y crujían al morderlas. Y peces ciegos que nadaban en ríos subterráneos de agua mineral, peces sin ojos, sin color, transparentes, con las vísceras visibles a través de la piel, que sabían a nada y alimentaban poco pero eran lo que había.

La población era de trescientas almas. Dzielk los contó o los estimó, porque moverse entre las cavernas era difícil, la luz azul creaba sombras que se confundían con personas. Trescientas personas que nacieron en la negrura, morirían en la oscuridad y cuyo concepto de distancia se medía en ecos, no en metros. Un anciano le explicó a Leonardo por gestos, porque el idioma era imposible, un lenguaje de chasquidos palatales y aspiraciones nasales que no tenía

correlato en ningún sistema que Leonardo conociera, que las cavernas se extendían durante quince ecos.

Quince ecos era la distancia máxima que un grito viajaba antes de dejar de rebotar. Más allá de los quince ecos, había silencio. Y la quietud era la frontera del mundo. Los más jóvenes tenían los ojos más grandes que Dzielk había visto en un ser humano. Pupilas dilatadas permanentemente, iris reducidos a una franja milimétrica de color indefinido, gris, quizás, o azul muy pálido, era difícil saberlo con la luz de los hongos. Adaptación generacional a la oscuridad. Las retinas aprovechaban cada fotón disponible.

Veían en la penumbra con una claridad que Dzielk envidiaba, lo guiaban por pasadizos donde él no podía ver ni su propia mano, caminando delante con la seguridad de quien conoce cada roca, cada depresión del suelo, cada estalactita baja. Le tocaban el codo para indicar giros. Le presionaban el hombro hacia abajo cuando el techo bajaba. Las manos de los guías eran frías y secas, la piel adaptada a la humedad constante, sin la grasitud que protege la piel en ambientes secos. Manos de cueva. Manos que nunca habían tocado la luz del sol ni la sentirían.

Un niño de no más de cinco años lo guió durante una hora por un pasadizo que descendía en espiral. El niño caminaba descalzo sobre la piedra húmeda sin resbalar. Las plantas de sus pies eran gruesas, callosas desde el nacimiento, la piel engrosada por generaciones de contacto con roca mojada. El niño no habló. Lo llevó de la mano con la paciencia del que guía a un ciego y la eficiencia del que sabe que el tiempo en la oscuridad no se mide en horas sino en distancias. Dzielk pensó en los argathianos.

En Anen. En la paciencia de construir bajo tierra porque la superficie mata. Este ciclo era la versión extrema de esa idea: no había superficie. Solo profundidad. Solo oscuridad rota por hongos luminiscentes y el sonido del agua corriendo entre piedras. Leonardo registró todo. Los métodos de cultivo de hongos, cómo los mantenían húmedos con agua que goteaba de estalactitas, canalizada por surcos tallados en la roca. La clasificación de insectos comestibles por sabor y valor nutritivo, nueve categorías, desde la larva dulce que los niños comían cruda hasta el escarabajo amargo que solo los viejos toleraban. Los cantos que los niños aprendían para orientarse en la oscuridad cantos con ecos calibrados que rebotaban en las paredes y creaban mapas auditivos. Cada variación de eco indicaba un giro, una pendiente, un ensanchamiento. Los niños de este ciclo navegaban por sonido con la precisión de un murciélago. Pavlov caminaba con los ojos abiertos en la penumbra. El gato veía. Sus ojos amarillos brillaban con la luz de los hongos, reflejando el azul pálido con un tono verde que no era natural en los gatos.

Schrödinger se pegó a las paredes, guiándose por el tacto, el lomo rozando la roca húmeda, la nariz baja, cada paso medido con la cautela del animal que no confía en lo que no puede oler. Al segundo día, las paredes de la caverna empezaron a temblar. Las yemas de los dedos la captaron cuando Dzielk apoyó la mano en la roca para descansar. La frecuencia era baja, subaudible, por debajo del rango del oído humano, pero las yemas la captaban. La misma frecuencia que Nanoq medía con las muelas en la Antártida, la misma que los calibradores de Khet registraban con la aguja de cobre en los túneles egipcios.

La frecuencia de ARCHON escaneando la coordenada, midiendo el ruido, calculando el costo de limpieza. Los hongos luminiscentes se apagaron primero. La luz azul se fue de la caverna, como velas sopladas en secuencia. Después el sonido del agua se detuvo. Después el aire dejó de moverse. Saltaron antes de que las Formas emergieran. Dzielk vomitó sangre. Más que la vez anterior. Un charco rojo-marrón en la baldosa de Le Jardin que Pavlov rodeó con delicadeza y Schrödinger olfateó con preocupación, el hocico arrugado, la lengua asomando para lamer, detenida a un centímetro del charco. ## 016 [L|X]

SCHRÖDINGER

Schrödinger era un perro que no debería existir. Dzielk lo descubrió en Le Jardin, durante la pausa entre el noveno y el décimo salto, cuando Leonardo se quedó dormido. Dzielk no lo había visto dormir ni en Le Jardin ni en los ciclos. Leonardo funcionaba. Escribía. caminaba, observaba, hablaba cuando era necesario, callaba cuando no lo era. No dormía. O eso pensaba Dzielk hasta que el hombre se quedó dormido sobre el manuscrito con la brusquedad de una máquina que se apaga la cabeza cayó sobre las páginas abiertas. la cara aplastada contra los caracteres náhuatl, la tinta fresca de la última observación manchándole la mejilla izquierda con un reflejo invertido de lo que acababa de escribir. Los hombros bajaron. La respiración cambió. La mandíbula se aflojó y la boca se abrió un centímetro lo suficiente para que un hilo de saliva se formara entre el labio inferior y el pergamino.

El cuerpo de Leonardo dormido era diferente del cuerpo de Leonardo despierto. Dormido, se veía la edad. Las arrugas de la frente se relajaban pero las de los ojos se profundizaban. Las manos soltaban la pluma y los dedos se curvaban hacia adentro con la postura fetal de los dedos que han escrito demasiado tiempo. El cuello perdía la rigidez del que mira y se doblaba hacia la izquierda con la inclinación natural de un cráneo que pesa cinco kilos y que los músculos del trapecio dejan de sostener. Dormido. Leonardo era un hombre cansado. Despierto era otra cosa. Dzielk no tenía nombre para la otra cosa. Dzielk lo cubrió con un trapo que encontró detrás de la barra un paño de cocina, blanco, con manchas de café y una quemadura en la esquina. No por ternura. Por utilidad. Un compañero de viaje muerto de frío no sirve. La utilidad como excusa.

Se miró las manos mientras volvía a su sitio. Los nudillos estaban agrietados la piel seca, partida en las articulaciones donde la piel se dobla, se estira, se dobla, se estira con cada puño que cierra, cada página que sostiene y cada pared contra la que se apoya para no caerse después de un salto. Las grietas eran superficiales pero ardían cuando tocaba cualquier cosa ácida la fruta de los ciclos. el café de Le Jardin, la saliva propia que se había vuelto más ácida desde el séptimo tránsito. Un efecto secundario que nadie le - advertía porque no había nadie para advertirle nada.

La boca le sabía a cobre desde hacía tres días. No por el vómito eso era temporal. Sabía a cobre porque algo dentro de la boca se estaba reconstruyendo mal. Llagas en la lengua, en el paladar, en los bordes de las encías. Llagas que ardían con el café y que le obligaban a masticar del lado izquierdo y a hablar menos. Un costo que nadie le advertía porque no había nadie para advertirle nada. El peso también

había cambiado. Dzielk se pesaba por comparación no tenía báscula. pero sabía cuánto pesaba su morral y sabía cuánto le costaba levantarlo.

El morral pesaba más. O él pesaba menos. La ecuación era la misma: la diferencia entre su cuerpo y los objetos se había desplazado. La ropa le quedaba más holgada en los hombros la camisa que antes se tensaba en los deltoides ahora colgaba con la holgura de una prenda prestada. El cinturón necesitaba un agujero más. Los pantalones le bajaban si no los sostenía con la mano al caminar. Dzielk había perdido masa en los lugares donde la masa protege: los hombros. los muslos, la banda de grasa subcutánea que aísla los órganos del frío.

Lo que le quedaba era hueso, músculo funcional, piel que se ajustaba al esqueleto con la fidelidad de la tela mojada. Los dedos de los pies se le dormían por las noches. No todos los tres centrales del pie izquierdo. Se despertaba con hormigueo y tenía que frotarlos contra la baldosa fría de Le Jardin hasta que la circulación volvía con pinchazos que le subían por el empeine. Tres minutos cada mañana. El ritual del cuerpo que se reconstruye mal. Después podía caminar. Después el hormigueo se iba.

Después olvidaba los dedos hasta la noche siguiente. La cadera derecha le dolía cuando se sentaba en superficies duras. Le dolía desde el octavo salto, cuando aterrizó de costado contra la roca volcánica del Ciclo 8, algo en la articulación hizo un chasquido que no era el chasquido normal de los huesos acomodándose sino el chasquido de algo que se desplazó medio milímetro. no volvió. El tipo de lesión que un fisioterapeuta arreglaría en tres sesiones y que Dzielk compensaba sentándose torcido el peso cargado a la

izquierda, la pierna derecha extendida, el cuerpo inclinado en un ángulo que una esposa habría notado y un perro ignora.

Schrödinger estaba despierto. Siempre estaba despierto. En los nueve ciclos que habían visitado, Dzielk nunca había visto al perro dormir. Echarse sí. Cerrar los ojos sí. Pero no el sueño profundo de los perros el sueño con patas que se mueven y gruñidos suaves y párpados que tiemblan. Schrödinger descansaba sin dormir. Existía en un estado intermedio que los biólogos no tienen nombre para catalogar. Dzielk se sentó junto a él en el suelo de Le Jardin. La baldosa fría. La espalda contra la pared.

Las piernas extendidas. El suelo olía a café derramado y a humedad vieja la humedad de un lugar que no debería tener humedad porque Le Jardin no tenía plomería visible, no tenía cañerías, no tenía sistema de agua que explicara la condensación en las baldosas ni el charco permanente debajo de la barra que nadie limpiaba porque no había nadie asignado a limpiar. El agua aparecía. El café aparecía. La lógica no aplicaba. Schrödinger dormía en Le Jardin con la confianza absoluta del animal que reconoce un refugio.

Los humanos no podían dormir la vigilia de Le Jardin era distinta a la del túnel y distinta a la de la superficie. En Le Jardin el tiempo no se sentía. No había hambre que marcara las horas. No había luz que cambiara con el día. No había temperatura que variara con las estaciones. El cuerpo humano necesita ritmo ritmo circadiano. ritmo de comidas, ritmo de sueño. Le Jardin no tenía ritmo. Le Jardin tenía constancia. Y la constancia sin ritmo producía un insomnio que no era cansancio sino desorientación.

El cuerpo no sabía cuándo dormir porque no sabía cuándo estaba despierto. El perro no tenía ese problema. Schrödinger operaba con

la biología del animal que duerme cuando está seguro, vigila cuando no lo está. Le Jardin era seguro. El suelo olía a madera vieja. a café y a algo dulce que podría ser vainilla o podría ser el residuo de quinientos años de bebidas calientes absorbidas por las tablas del piso. El olfato del perro leía Le Jardin como un libro con capas la capa de la madera. la capa del café, la capa de los humanos que pasaron, la capa del charco que no se secaba, la capa del aceite de las lámparas.

Cada capa contaba una historia distinta. Cada inhalación era un capítulo. Lo que Schrödinger detectaba y los humanos no era la fluctuación. El perro levantaba la cabeza antes de que la lámpara parpadeara. Giraba las orejas hacia la pared este cuatro segundos antes de que un crujido sutil recorriera los tablones. Se ponía de pie treinta segundos antes de que una puerta se abriera. No anticipación detección. Los sentidos del perro operaban en un rango que los humanos habían perdido o nunca tuvieron.

Infrasonido. Campos electromagnéticos. Gradientes de presión atmosférica que la piel del perro registraba como cambios en la dirección del pelo y que los humanos no registraban en absoluto. Le Jardin tenía tres lámparas de aceite. Dos funcionaban. La tercera parpadeaba con un ritmo irregular tres segundos encendida. medio segundo apagada, dos segundos encendida, un segundo apagada que Dzielk había intentado reducir a patrón durante el quinto salto, había abandonado durante el séptimo: el patrón cambiaba cada vez que lo calculaba.

La luz amarilla se movía por las paredes con las sombras de las tazas, las botellas, creando formas que no parecían las formas de las tazas y las botellas. Le Jardin tenía su propia geometría de sombras.

Dzielk había dejado de intentar entenderla. El perro estaba echado a medio metro. con la cabeza sobre las patas, los ojos abiertos quietos, fijos, sin parpadeo. ¿Qué eres? le preguntó Dzielk. El perro lo miró. Levantó una oreja. La bajó. Apoyó la cabeza en la pata. El gesto universal del perro que dice: no tengo respuesta para eso pero te escucho.

El agua del plato junto a la barra el plato de cerámica desportillado que Leonardo llenaba cada mañana sin que nadie se lo pidiera no bajaba. Dzielk lo había medido. No con instrumentos con la marca de suciedad en la cerámica interior. la línea de sedimento que el agua deja cuando baja. La línea no se movía. Schrödinger bebía Dzielk lo había visto bajar el hocico al plato, la lengua doblándose hacia atrás para recoger el agua con el método canino estándar, la mandíbula goteando después pero el nivel no cambiaba.

El perro bebía agua que no se gastaba. O el plato se rellenaba a la velocidad exacta del consumo. O Schrödinger no bebía realmente sino que ejecutaba el gesto de beber porque el gesto era necesario para ser perro, Schrödinger necesitaba ser perro. Dzielk extendió la mano. La puso sobre la cabeza del perro. El pelo era áspero. grueso, áspero, endurecido un pelo mojado, secado tantas veces que la fibra perdió la suavidad y pierde la suavidad del pelo doméstico. Debajo del pelo, el cráneo era caliente.

Sólido. Real. Los huesos del cráneo canino bajo las yemas de los dedos la cresta sagital, las cuencas orbitales, la protuberancia occipital. Un cráneo de perro. Normal. Pero la sombra de Schrödinger no parecía de perro. Dzielk la vio de reojo. en un momento en que la lámpara más cercana parpadeó un parpadeo breve, una fluctuación de luz que duró medio segundo y las sombras

se reconfiguraron. La sombra de Dzielk era de hombre sentado. La sombra de la silla era de silla. La sombra de Schrödinger tenía más extremidades de las que un perro debería tener.

O menos. Cambiaba. Fluctuaba entre formas que no fueron forma algo con seis patas y algo con ninguna y algo con una estructura que no correspondía a ningún animal que la biología hubiera producido en ningún ciclo. Cuando Dzielk miró directamente, la sombra era sombra de perro. Normal. Cuatro patas. Cola. Cabeza. La sombra de un perro grande echado en el suelo. Estoy perdiendo la cabeza - dijo Dzielk. La voz le salió rasposa. La garganta seca del vómito con sangre. Schrödinger bostezó. La mandíbula se abrió grande, más grande de lo que la mandíbula de un perro normal debería abrirse y se cerró con un chasquido húmedo de molares contra premolares. La lengua rosada. Los dientes blancos. Normales. Dientes de perro. Pavlov estaba sentado en el alféizar de la ventana. La ventana de Le Jardin daba a una calle que cambiaba cada vez que Dzielk la miraba. A veces empedrada con adoquines grises, a veces de tierra apisonada con huellas de carreta, a veces de una superficie lisa y oscura que reflejaba la luz. El gato miraba la calle fijo. Buscando. No decía qué.

Y tú le indicó Dzielk al gato. ¿Por qué no parpadeas? Pavlov no parpadeó. Dzielk se recostó contra la pared. Cerró los ojos. El cansancio era del tipo que no se cura con sueño. El cansancio de los huesos, del sistema nervioso, de las sinapsis que se disparan en vacío porque el cuerpo ya no sabe dónde está ni cuándo es. El cansancio existencial del que ha sido desarmado y rearmado nueve veces y sigue teniendo que fingir que es la misma persona que era antes del primer salto. Durmió tres horas. Cuando despertó.

Leonardo estaba de pie frente al manuscrito abierto, con la cara todavía manchada de tinta. Los caracteres náhuatl impresos en la mejilla como un tatuaje temporal. Estaba leyendo las páginas nuevas que habían aparecido mientras dormían.

El café estaba caliente. En algún momento entre el sueño de Dzielk y su despertar, la jarra se había llenado. El vapor subía del pico de estaño en una columna delgada que se doblaba hacia la izquierda, hacia la ventana, hacia la calle que cambiaba. El café de Le Jardin no sabía igual dos veces. A veces amargo con fondo de tierra húmeda, a veces con un dulzor mineral que le recordaba al agua de los pozos que bebió en el primer ciclo. Esta vez sabía a humo. Humo de leña, no de carbón. Dzielk se preguntó de qué ciclo venía ese humo. Le dolía la espalda. Las baldosas del suelo le habían dejado una marca en el omóplato derecho. Una línea roja donde el borde de la baldosa presionó durante tres horas contra la piel a través de la camisa. Se la tocó. La camisa estaba húmeda de condensación. Todo en Le Jardin estaba húmedo. Siempre la madera de la barra, las paredes de piedra, el aire que se podía masticar en las madrugadas. Tenemos un problema. ## 017 [L|X|A]

LA ANTICIPACIÓN

ARCHON los estaba esperando en el Ciclo 10. No al llegar antes de llegar. El punto de entrada que Leonardo había calculado las coordenadas escritas en la página 347 del Voynich, verificadas tres veces con la pluma de obsidiana sobre el pergamino estaba corregido. Donde debería haber habido tierra, tierra húmeda, negra, con hierba y raíces, la firma del Ciclo 10 que Leonardo había

mapeado desde otros reportes en el manuscrito había sido vaciado. No vacío como ausencia de materia, vacío como proceso completado.

La coordenada estaba limpia. Nada la ocupaba. Nada podía ocuparla. ARCHON había borrado no solo lo que había, sino la posibilidad de que algo hubiera. El salto los escupió de vuelta a Le Jardin con la violencia de un rechazo físico, la puerta cerrándose a la velocidad de un tránsito dimensional. Dzielk se estrelló contra la barra. El impacto fue en las costillas del lado derecho contra el borde de la madera, con un golpe seco que le sacó el aire y le dejó un dolor que tardó veinte minutos en convertirse en moretón.

El moretón iba a durar semanas. Los moretones duraban más después de cada salto, como si el cuerpo olvidara cómo repararse. Los del sexto salto tardaron once días en desaparecer. Los del octavo, dieciséis. Este iba a ser peor. Lo sabía por el color de los moretones de los primeros saltos, el azul clásico de la sangre atrapada bajo la piel que el cuerpo reabsorbe en una semana. Los de los últimos saltos empezaban negros, negro-púrpura, con bordes amarillos que se expandían con la lentitud de una mancha de aceite en agua.

La sangre atrapada no se reabsorbía, se quedaba, se oxidaba, cambiaba de color pero no de volumen. El cuerpo había dejado de limpiar. Los mecanismos de reparación, los macrófagos que devoran la sangre coagulada, las plaquetas que sellan los capilares rotos, la cascada inflamatoria que inicia la reconstrucción estaban funcionando a media capacidad. Dzielk lo sentía en el tiempo que tardaban las heridas menores en cerrar. Un rasguño que antes cerraba en dos días ahora tardaba cinco. Un corte superficial en el dorso de la mano, el roce contra una roca en el Ciclo 8, llevaba ocho días abierto, con los bordes rosados que no terminaban de juntarse,

la piel nueva creciendo con la parsimonia de algo que ya no tiene prisa.

Leonardo se palpó las costillas. Un gesto rápido, los dedos recorriendo el costillar de arriba abajo, presionando cada espacio intercostal, buscando el crujido del hueso roto. No encontró ninguno. Se limpió la sangre de la ceja con dos dedos, la frotó entre el pulgar e índice evaluando la consistencia, la viscosidad, como un técnico de laboratorio que examina una muestra. Después se limpió los dedos en el pantalón y abrió el Voynich. Pavlov estaba en la barra. El gato había aterrizado sobre la barra, no en el suelo, no en el alféizar, en la barra y estaba sentado junto a la jarra de café con la compostura de quien no acaba de ser expulsado de una dimensión colapsada.

La cola envolvía las patas delanteras. Los ojos cerrados a medias. El ronroneo era audible a dos metros, un sonido bajo, continuo, que llenaba el silencio de Le Jardin como un generador que no se apaga. Dzielk nunca había oído al gato ronronear tan fuerte. El ronroneo tenía la cadencia de una cuenta regresiva. Pavlov no abría los ojos. El gato estaba en un estado que no era descanso, la respiración era rápida, las orejas rotaban independientemente, la pata derecha se contraía cada cuatro segundos con un espasmo que no era voluntario.

El gato procesaba. Lo que procesaba no era visible ni medible, pero era real porque el cuerpo del gato lo acusaba. El pelo del lomo se erizó en una franja que iba de la nuca a la base de la cola, no por frío ni por miedo, sino por cosa que los gatos detectan y los humanos no. Los bigotes apuntaban hacia la puerta por la que acababan de ser expulsados. Los doce del lado derecho y los once del izquierdo,

tensos, rectos, cada uno orientado como una antena que recibe una señal que los instrumentos humanos no registran.

Dzielk observó al gato durante cinco minutos. El ronroneo no varió en frecuencia ni en volumen. Era constante. Era mecánico. Era el sonido de un sistema que recalibra después de un impacto. Le Jardin estaba más oscuro. No porque las lámparas se hubieran apagado, las dos que funcionaban seguían funcionando, la tercera seguía parpadeando con su ritmo arrítmico, sino porque algo en el aire había cambiado. La luz no llegaba a los rincones. Las sombras eran más densas, más definidas, con bordes que cortaban la luz en lugar de difuminarla.

Dzielk miró la ventana. La calle del otro lado estaba vacía, no vacía como de noche, cuando la gente duerme, sino vacía como corregida. El empedrado gris seguía ahí, pero los charcos que normalmente lo salpicaban habían desaparecido. Las huellas de carreta, borradas. La fachada del edificio de enfrente, que a veces era piedra y a veces era madera y a veces era algo que no tenía nombre, era lisa. Uniforme. Sin textura. ARCHON estaba más cerca de lo que habían pensado. Los moretones duraban más después de cada salto. El cuerpo sin recordar cómo repararse. O sin importarle.

Los del sexto salto tardaron once días. Los del octavo, dieciséis. Este iba a ser peor. Una taza cayó. La azul. La del asa reparada con alambre de cobre, Leonardo la había reparado en algún momento entre el tercer y cuarto ciclo, con el alambre que encontró en el cajón debajo de la barra, enrollándolo alrededor de los dos fragmentos del asa con la paciencia de alguien que ha reparado muchas cosas rotas y que sabe que la reparación nunca devuelve el objeto original sino que crea un objeto nuevo que recuerda al original.

El asa reparada funcionaba. El café no se derramaba. Pero el alambre le raspaba los nudillos a Dzielk cada vez que la agarraba, la cerámica del asa había absorbido el sabor del cobre, el café que salía de esa taza tenía un regusto metálico que Dzielk había aprendido a asociar con Le Jardin. Se rompió. Porcelana blanca y azul en pedazos contra la baldosa. El asa de alambre intacta entre los fragmentos. Once pedazos. Dzielk los contó sin querer. El cerebro del filósofo que clasifica automáticamente, que numera, que ordena, incluso cuando el cuerpo está tirado en el suelo con tres costillas gritando.

Pavlov aterrizó de pie. Siempre de pie. Cuatro patas sobre la baldosa sin ruido. Schrödinger aterrizó de costado y se levantó sacudiéndose con la dignidad herida del perro que se cae y finge que no se cayó. Leonardo se levantó del suelo. Sangre en la ceja derecha se había golpeado contra la esquina de una mesa. Un corte de dos centímetros, superficial, que sangraba con la abundancia de los cortes en la cara, donde los capilares están cerca de la superficie. Se la limpió con la manga. La sangre manchó la tela con un arco rojo que se sumó a las manchas de café y de tinta.

Anticipó la coordenada. ¿Cómo? Calculó nuestro patrón de saltos. Cada ciclo que visitamos tiene una firma temporal, un momento en la secuencia donde el ruido que generamos es máximo. ARCHON mapeó las firmas. Proyectó el siguiente punto. Limpió la coordenada antes de que llegáramos. No nos persigue, nos precede. El silencio que siguió a la frase duró el tiempo que tarda un cuerpo en procesar una verdad que el cerebro ya sabía pero que las tripas todavía no habían aceptado. Khet había dicho lo que todos sospechaban desde el cuarto ciclo cuando llegaron a la coordenada mesoamericana y encontraron el claro ya despejado.

La vegetación cortada a la misma altura. Los troncos apilados en bloques de dimensiones idénticas. La tierra aplanada en un radio de noventa y tres metros desde el centro de la coordenada. Noventa y tres metros. El diámetro del paso dimensional que abrían los saltos. ARCHON conocía las medidas porque ARCHON había diseñado las medidas. Lo que helaba no era la eficiencia era la anticipación. Un sistema que corrige anomalías debería actuar después. Detectar, evaluar, ejecutar. La secuencia lógica de cualquier proceso de control.

Pero ARCHON invertía la secuencia. Primero ejecutaba. Después ellos llegaban a la coordenada ya corregida. No había ventana. No había margen entre la decisión de saltar y la presencia de la corrección en el destino. ARCHON no necesitaba detectar el salto, calculaba la probabilidad del salto, corregía la coordenada antes de que los pies tocaran el suelo del otro ciclo. La diferencia entre perseguir, preceder era la diferencia entre escapar y estar atrapado. Perseguir implica un retraso. Un desfase.

Un espacio entre presa y depredador que permite maniobrar, improvisar, buscar un hueco. Preceder elimina el espacio. La corrección ya está ahí cuando llegas. La trampa ya está armada cuando decides moverte. El laberinto se reconfigura antes de que elijas un pasillo. Khet tenía los ojos cerrados. Los dedos de la mano izquierda presionaban el puente de la nariz, un gesto que hacía cuando el dolor de cabeza le comprimía las sienes desde atrás, no desde los lados, la presión intracraneal que producían las horas de cálculo sin descanso.

Las ojeras habían pasado del violeta al marrón. La piel debajo de los ojos tenía la textura del papel que se ha mojado y secado varias

veces, arrugada en líneas finas que seguían la dirección de los huesos orbitales. Llevaba tres días sin dormir más de cuarenta minutos seguidos. El sueño llegaba en fragmentos que el cuerpo robaba cuando la voluntad se distraía, cabezadas de pie, microsueños sentado con la tablilla en las manos, caídas breves en la penumbra que terminaban con un espasmo en el cuello.

Dzielk se sentó entre los pedazos de taza. La mano le sangraba. Un trozo de porcelana le había cortado la palma, un corte limpio, diagonal, que cruzaba la línea de la vida con una ironía que solo un filósofo apreciaría. La sangre era roja. Ordinaria. La sangre de un hombre de treinta y siete años que ha viajado nueve veces entre dimensiones y que sigue sangrando como cualquier mortal. Confirmación de que seguía siendo humano a pesar de los saltos. Confirmación de que ser humano era cada vez más caro. Entonces ya no podemos ir a donde necesitamos. Podemos ir a donde no necesitamos. A ciclos que ARCHON no considera prioritarios. Ciclos pequeños, sin civilizaciones grandes, sin mucho ruido que corregir. ARCHON no los vigila porque no valen el esfuerzo de vigilar. Puntos muertos en el flujo donde la actividad es tan baja que el costo de corrección excede el beneficio. Eso suena a esconderse. Es reposicionar. Es esconderse con vocabulario militar. La diferencia entre esconderse y reposicionar es lo que haces cuando llegas.

Leonardo no discutió más. Abrió el manuscrito. La sangre del corte en la ceja le goteó sobre la página una gota que cayó en el margen izquierdo de la coordenada del Ciclo 11, creando un borrón rojo sobre el glifo náhuatl que indicaba la altitud del punto de entrada. Leonardo no la limpió. La sangre se secó sobre la tinta en tres minutos y se convirtió en parte del mapa. Las páginas nuevas las

que habían aparecido durante el intento de salto al Ciclo 10 traían coordenadas de ciclos menores. Puntos en la periferia del flujo donde la actividad era mínima.

Lugares donde ARCHON no miraba porque no había nada que ver. Rincones del universo donde la corrección no había llegado porque la corrección tenía prioridades y estos rincones no parecían prioridad. Dzielk se inclinó sobre el manuscrito. Las coordenadas estaban escritas en tres sistemas: náhuatl, cuneiforme y un tercero que Dzielk no reconoció glifos circulares con líneas radiales que se parecían a diagramas astronómicos pero no correspondían a ninguna tradición astronómica que la academia le hubiera enseñado.

Leonardo los leía sin problema. Los señalaba con el dedo índice, la uña negra de tinta, la yema callosa de tanto escribir mientras los traducía en voz alta. Ciclo periférico siete. Actividad mínima. Sin civilización registrada en los últimos tres mil años de su secuencia temporal. Atmósfera respirable. Agua. Temperaturas entre cinco y veintidós grados. Superficie rocosa con vegetación basal líquenes, musgos, nada con raíz profunda. No hay animales grandes. Insectos. Posiblemente microorganismos acuáticos.

Suena a un páramo. Es un páramo. Pero es un páramo que ARCHON no está mirando. Si vamos a ciclos periféricos y creamos puntos de anclaje ahí, ARCHON tiene que redirigir recursos para corregirlos. Eso libera presión en los ciclos centrales. Compra tiempo. Tiempo para qué. Tiempo. La palabra sola. Sin complemento. Sin destino. Tiempo como sustancia, no como recurso. Tiempo como lo único que tenían para ofrecer a civilizaciones que iban a desaparecer. Dzielk miró los pedazos de la taza azul en el suelo.

La taza que se había reparado con alambre de cobre y que ahora no tenía reparación posible. Leonardo. ¿Cuántos ciclos más puede mi cuerpo aguantar? Leonardo lo miró. No con compasión. Lo miró con cálculo. El mismo cálculo que Itzae hacía con los números en Mesoamérica. El mismo cálculo que Tormund hacía con los soldados en Europa. El cálculo del que mide recursos contra necesidad y sabe que los recursos son finitos.

Cinco. Quizás seis. ¿Y después? Después el tránsito te desarma y no te rearma. Las piezas se quedan donde caen. No vuelven a ser tú. Dzielk miró su mano sangrante. La sangre goteaba de la palma a la baldosa. Gotas rojas sobre blanco. Cada gota un punto de anclaje involuntario, un registro de que Dzielk estuvo aquí, en este suelo, sangrando, pensando, decidiendo. Cinco saltos más declaró. Que valgan. ## 018 [L|X|A]

LOS PERIFÉRICOS

Los ciclos periféricos eran tristes. No tristes como tragedia, la tragedia tiene estructura, tiene arco, tiene el peso de algo que importó lo suficiente para destruirse con estrépito. Tristes como abandono. Como la habitación de alguien que se fue sin llevarse nada. Como el plato con comida que nadie se comió. Eran los ciclos que ARCHON ya había limpiado parcialmente, dejando restos. Fragmentos de civilizaciones. Ruinas de algo que fue. Gente que sobrevivía no porque resistiera, sino porque ARCHON no terminó el trabajo porque algo más urgente lo llamó a otro ciclo, una corrección más prioritaria en un punto más ruidoso del flujo.

y dejó este a medio corregir. Las casas tenían las paredes intactas y los techos borrados, la estructura vertical sosteniendo nada, abiertas al cielo, las habitaciones llenas de la lluvia que entraba sin impedimento y que había convertido los pisos de madera en superficies esponjosas que cedían bajo el peso de un paso.

Los objetos estaban donde los dejaron: platos en la mesa, ropa en los tendederos, herramientas apoyadas contra las paredes. Los objetos de la gente que se fue de golpe. O que fue borrada de golpe. La diferencia no era visible. Los objetos no saben si sus dueños huyeron o fueron desconectados. Los objetos esperan con la misma paciencia en ambos casos. Los restos. Las sobras. Lo que no valía la pena destruir.

El silencio era lo primero que se notaba. No la quietud de la noche o del desierto, esos silencios tienen textura, tienen el zumbido de los insectos o el viento o la propia sangre circulando por los oídos. La calma de los ciclos periféricos era diferente. Era la ausencia de eco. Los sonidos se producían y morían donde nacían, sin rebotar, sin viajar, sin alcanzar una superficie que los devolviera.

Dzielk gritó una vez en el Ciclo 11, no por miedo, por experimento, porque el filósofo necesitaba verificar lo que intuía. El grito salió de su boca y se detuvo a tres metros. No se apagó gradualmente como se apaga un grito normal, perdiendo energía con la distancia. Se detuvo. El aire tenía un borde. El espacio había sido recortado y lo que había más allá del recorte no transmitía sonido.

Leonardo explicó que ARCHON no solo corregía materia. Corregía las condiciones que permiten que la materia interactúe. El sonido necesita un medio. ARCHON corregía el medio. Lo que quedaba en los ciclos periféricos era materia sin medio: objetos que

existían pero que no podían comunicarse entre sí. Piedras que no hacían eco. Agua que no transmitía ondas. Aire que no llevaba olor más allá de un radio que se estrechaba con cada día de abandono. Caminar por un ciclo periférico era caminar dentro de una burbuja que se achicaba. El mundo existía solo donde Dzielk estaba. Fuera de la burbuja, el mundo era paisaje sin propiedades.

**

Décimo ciclo: una isla volcánica donde vivían diecisiete personas. Toda la civilización de ese ciclo reducida a diecisiete supervivientes. Diecisiete cuerpos que comían algas arrancadas de las rocas costeras, algas verdes, resbalosas, con el sabor concentrado de yodo, sal que se pegaba al paladar y no se iba. Dormían en cuevas de lava solidificada. La lava tenía treinta años. La erupción que formó las cuevas fue el último evento geológico antes de que ARCHON empezara a limpiar.

Las cuevas eran irregulares, con superficies porosas que raspaban la piel, techos bajos que obligaban a caminar agachado. De los diecisiete, nueve eran adultos, ocho eran niños. Los adultos tenían la mirada de quienes dejaron de esperar algo hace mucho tiempo y ahora solo ejecutan comer, dormir, recoger algas, dormir, comer. La rutina como supervivencia. La rutina como anestesia. Los niños no tenían idioma propio, lo habían perdido junto con todo lo demás. Los adultos hablaban un dialecto fragmentado, pegados con gestos, gruñidos, una especie de canto que no era canto sino lamento rítmico.

Un sonido que subía y bajaba con la cadencia de las olas contra la roca volcánica. El sonido de la gente que canta porque no puede gritar. Leonardo escribió seis páginas. Seis puntos de anclaje. Diecisiete nombres que no pudo pronunciar correctamente pero que

registró en caracteres náhuatl con la aproximación fonética del que transcribe lo que oye. Diecisiete personas que existieron porque alguien las registró. No saltaron por ARCHON.

ARCHON no vino. No tenía razón para venir. Diecisiete personas en una isla volcánica no generaban suficiente ruido para merecer corrección. Saltaron porque no había nada más que registrar.

*
**

Undécimo ciclo: un desierto donde la arena estaba cristalizada. La corrección de ARCHON había fusionado los granos de arena en una superficie de vidrio que se extendía hasta el horizonte en todas las direcciones. Vidrio, no cristal, opaco, amarillento, con burbujas atrapadas en la masa que refractaban la luz del sol en arcoíris diminutos. La superficie era lisa. Dzielk caminó sobre ella con cuidado, los zapatos resbalaban, las suelas no encontraban agarre, cada paso era una negociación con la física del coeficiente de fricción.

Schrödinger caminaba con las patas abiertas, el centro de gravedad bajo, temblando con cada paso. Nada vivía. El vidrio se extendía kilómetros sin interrupción. Sin arena suelta, sin polvo, sin insectos, sin hierba asomando por grietas. La corrección había sido total. Lo que fue un desierto vivo con escorpiones, lagartijas y cactus era ahora una plancha de vidrio bajo un sol que no calentaba lo que debería porque el vidrio reflejaba el calor en lugar de absorberlo.

Hacía frío. Frío en un desierto. Pero Leonardo encontró huellas. Preservadas en el vidrio, huellas de pies descalzos, congeladas en el momento de la fusión. La arena se cristalizó con los pies todavía en ella. El dedo gordo adelantado. El talón hundido. El arco del pie visible en la impresión. Alguien había caminado aquí cuando la arena

todavía era arena. Alguien con pies pequeños, quizás un niño, o un adulto de constitución ligera.

Las huellas iban en una dirección: sur-sureste. Treinta y siete huellas antes de que el vidrio se volviera liso de nuevo. La trigésimo séptima huella estaba cortada a la mitad, el pie congelado a medio paso, la mitad delantera hundida, la mitad trasera lisa. El momento exacto donde la arena se convirtió en vidrio mientras alguien caminaba. Dzielk se arrodilló junto a la huella cortada, las rodillas contra el vidrio frío, duro, con la superficie pulida que presionaba las rótulas con una precisión que el dolor registraba como dos puntos separados de presión.

Tocó la huella con los dedos. La depresión era suave al tacto, cuatro milímetros de profundidad que contenían el último paso de alguien. Dzielk midió la huella con la mano abierta. Diecinueve centímetros. La mano de Dzielk medía veintiuno. Más grande que la huella. Más grande que la persona que caminó aquí. La persona no tuvo tiempo de caer. No tuvo tiempo de gritar. No tuvo tiempo de entender que la arena se estaba convirtiendo en otra cosa debajo de sus pies.

Un paso completo, un paso a la mitad, silencio de vidrio. Leonardo registró la dirección de las huellas, el tamaño diecinueve centímetros de largo, siete de ancho en el metatarso, la profundidad cuatro milímetros en el talón, dos en la punta. Tres páginas. Tres puntos de anclaje para alguien que caminó sobre arena un segundo antes de que la arena dejara de existir.

*
**

Duodécimo ciclo: un bosque petrificado. Árboles convertidos en mineral que conservaban la forma exacta de la corteza, las ramas, las

hojas. Cada nervadura de cada hoja preservada en piedra gris. Los anillos de crecimiento visibles en los troncos cortados por la petrificación, sesenta anillos en un tronco, setenta en otro, la edad de los árboles legible en la piedra que los reemplazó.

Entre los árboles de piedra, cabañas de piedra que fueron cabañas de madera. Las paredes mantenían la textura de los troncos apilados. Las puertas tenían la forma de las puertas de madera, con las juntas visibles y los clavos convertidos en mineral. Ollas de piedra que fueron ollas de barro, la forma intacta, el borde irregular del alfarero, los residuos de comida petrificados en el fondo: grano petrificado, carne petrificada, cena petrificada.

ARCHON había corregido el material pero no la forma. El fantasma de una aldea completa preservado en mineral. Un molde. Un fósil instantáneo de una civilización que existió hasta el momento exacto en que dejó de existir. Pavlov caminó entre las cabañas petrificadas despacio, las fosas nasales dilatadas, las pupilas abiertas, la cola baja. Schrödinger olfateó una olla de piedra que fue olla de barro, gimió. Un sonido bajo, gutural, que salía del pecho, no de la garganta.

Un sonido que los perros hacen cuando encuentran algo que existió y ya no existe. La olla tenía la forma redondeada de un recipiente hecho para cocinar, con marcas de fuego en la base y residuos de hollín en el borde. Pero era piedra. ARCHON había convertido la materia sin destruir la forma. El molde de una civilización vaciado de contenido. La olla seguía pareciendo olla. Pero si la golpeabas con los nudillos, sonaba a roca.

Dzielk tocó las paredes de la estructura. Lo que fue casa era ahora geometría mineral, los ángulos rectos de una construcción humana

preservados en piedra. Las ventanas eran agujeros en la roca que conservaban la proporción de ventanas diseñadas por alguien que quería luz y aire. La puerta era un rectángulo de piedra del tamaño exacto de una puerta por la que una persona de estatura media pudiera pasar sin agacharse.

Todo correcto. Todo muerto. Había más estructuras. Dzielk las contó, diecinueve en el perímetro visible, dispuestas en un patrón que sugería calles, plazas, un centro comunitario. Una aldea petrificada. Pompeya sin ceniza. La diferencia era que en Pompeya los cuerpos quedaron atrapados en la lava y sus formas se preservaron como negativos en la roca. Aquí no había cuerpos. No había negativos. No había rastro de que la gente existiera excepto por las huellas en el barro que se convirtió en piedra.

Las huellas eran lo último en convertirse. ARCHON borraba las civilizaciones de arriba hacia abajo: primero las estructuras complejas, después las simples, después los objetos, después las marcas en el suelo. Las huellas eran la firma más básica de existencia humana, un pie que presiona el barro y eran lo último que se iba. Leonardo se arrodilló junto a una huella. Pequeña. De niño. Cinco dedos claramente marcados en la piedra. La midió con los dedos, diez centímetros de largo, cuatro de ancho en el metatarso. Un niño de tres o cuatro años escribió las medidas en el Voynich. La pluma raspó el pergamino con un sonido que en el silencio del ciclo corregido sonaba a grito del perro. Leonardo escribió quince páginas. Cada cabaña documentada. Cada olla. Un segundo después, cada árbol con sus anillos contados. Antes de que pudiera reaccionar, cada detalle de una civilización preservada en la forma de su destrucción.

*
**

Cada ciclo periférico era una tumba abierta. Un recordatorio de lo que ARCHON dejaba atrás. No destrucción, reversión. El mundo devuelto a un estado donde los humanos nunca construyeron nada. Donde las cabañas nunca fueron cabañas. Donde la arena nunca fue pisada. Donde los árboles nunca crecieron porque los árboles eran error y el error fue corregido. Dzielk cargaba los ciclos periféricos. Los cargaba en el pecho literalmente. Una presión detrás del esternón que los médicos no diagnosticarían y los filósofos nombrarían demasiado. No fueron los pescadores del Ciclo 2 esos todavía estaban vivos cuando se fueron, jugando con Schrödinger en el barro, riendo. No eran la gente de las cavernas del Ciclo 9 esos todavía cantaban en la oscuridad. Orientándose por ecos. Los periféricos eran los que ya habían pasado. Los que no pudieron ser retrasados. Los que existieron solo en las páginas del Voynich porque en la realidad ya no existían en ningún lugar. Escribir en arena. Arena que ya se borró.

Es inútil - dijo Dzielk en Le Jardin, después del duodécimo. Estaba sentado en el suelo. La posición habitual. La espalda contra la barra. Las piernas extendidas. Pavlov en el regazo. Schrödinger al lado. Leonardo no levantó la vista del manuscrito. La pluma de obsidiana se movía sobre el pergamino. Es lo que hay. ¿Y eso basta? No. Dzielk lo odiaba por eso. Por la honestidad inútil. Por la precisión de decir “no” cuando “no” es la peor respuesta posible pero la única verdadera. Y lo respetaba por eso. Por no mentir. Por no inventar esperanza donde no había. Por tratar a Dzielk como adulto. Y esas dos cosas juntas, el odio y el respeto, eran el tipo de sopa emocional que la filosofía no podía resolver ni la lógica podía separar ni los ciclos podían borrar. ## 019 [L|X|A]

EL REGRESO

Volvieron al ciclo de origen porque Dzielk se lo exigió. Quería saber qué quedaba.

Dzielk lo respondió de pie, las piernas temblando pero de pie, con la mandíbula apretada y las manos cerradas a los costados y la postura de alguien que ha tomado una decisión que no va a retirar aunque le cueste uno de sus cinco saltos restantes. Cuatro después de este. Cuatro antes de que el tránsito lo desarmara sin rearme. La voz le salió más ronca de lo que esperaba, las cuerdas vocales secas por la deshidratación que acompañaba cada regreso a Le Jardin. Cada salto le deshidratava. El tránsito entre coordenadas evaporaba algo del cuerpo, no agua literalmente, sino algo que el cuerpo traducía como sed.

Una sed que el café de Le Jardin no aliviaba porque no fue sed de líquido sino sed de continuidad. La garganta de Dzielk pedía agua y lo que necesitaba era que su cuerpo dejara de ser disuelto y recompuesto cada vez que cruzaba una puerta. Leonardo no discutió. Calculó las coordenadas. Abrió el Voynich en la página del ciclo de origen, la página que Leonardo había escrito el primer día, cuando Dzielk entró a Le Jardin oliendo a destrucción y a café.

Verificó las coordenadas con el dedo, releendo los caracteres náhuatl en calma, los labios moviéndose sin sonido. Le Jardin los escupió al mismo punto donde Dzielk había encontrado la puerta, la calle destruida de la ciudad europea cuyo nombre ya no importaba porque los nombres son de las ciudades que existen, y esta ya no existía. La calle ya no existía. Donde había habido escombros, piedra rota, vigas de madera calcinada, polvo de mortero, los restos

reconocibles de una civilización ahora había planicie. Tierra plana, compactada, sin ningún rastro de que ahí hubo calles, edificios, una civilización de miles de personas que vivieron, comieron, discutieron, amaron, odiaron y murieron.

La corrección había terminado. ARCHON había completado el trabajo que empezó cuando las Formas emergieron. Dzielk se arrodilló. Las rodillas en la tierra corregida. Tocó el suelo con la palma, la misma palma cortada por la porcelana de la taza rota en Le Jardin, con la cicatriz fresca cruzando la línea de la vida. El suelo estaba frío. Liso. Sin la textura irregular de la tierra natural, sin las piedras diminutas, los fragmentos de raíz, los granos sueltos que componen la superficie de un mundo donde las cosas crecen.

La textura uniforme de la corrección completada. ARCHON no dejaba cicatrices. No dejaba escombros. No dejaba memoriales. Dejaba limpieza. La limpieza total del lugar donde nada pasó porque todo fue revertido. Caminaron hacia el sur. Pavlov adelante, con el paso elástico del gato que no se cansa, los ojos amarillos fijos en el horizonte plano. Schrödinger atrás, trotando con la nariz baja, olfateando una tierra que no tenía olor porque ARCHON había corregido hasta las moléculas que producen olor. Leonardo y Dzielk en el centro, caminando en calma.

El morral de Leonardo golpeándole la cadera con cada paso, las botas de Dzielk dejando huellas superficiales en la tierra compactada, huellas que ARCHON borraría en horas. El paisaje era una repetición de lo mismo: planicie corregida hasta donde la vista alcanzaba. Sin árboles. Sin ríos. Por instinto, sin rocas. Despacio, sin pájaros. El cielo era azul, un azul limpio, sin nubes, sin polución, sin las partículas de humo de vapor que dan textura al cielo de un

mundo habitado. No había sonido. No ausencia de sonido, ausencia de la posibilidad de sonido. Nada podía hacer ruido aquí porque nada existía para hacerlo. Los pasos de Dzielk contra la tierra eran lo único. Los pasos. Su respiración y los latidos de su corazón que le llegaban a los oídos cuando la quietud era tan profunda que el cuerpo se escuchaba a sí mismo.

Europa estaba borrada.

**

Encontraron a los supervivientes al tercer día de marcha. No en la superficie, debajo. Schrödinger los encontró. El perro se detuvo de golpe, las cuatro patas clavadas en la tierra, el cuerpo tenso, las orejas hacia adelante, la nariz apuntando al suelo a un metro de distancia. Gruñó. El gruñido bajo de la detección, no de la amenaza. Algo estaba debajo. Una entrada de túnel que las Formas no habían corregido, cubierta con barro cocido que los egipcios habían aplicado como sellante. El barro estaba agrietado por el sol, pero intacto, la función sellante seguía activa.

El acceso seguía oculto. En el barro, una marca. Un símbolo cuneiforme que significaba “aquí abajo” para quien supiera leerlo. La marca de Khet. La caligrafía precisa del ingeniero que no pierde el trazo ni cuando el mundo se acaba. Leonardo lo leyó. Se arrodilló junto al barro cocido. Pasó los dedos por el símbolo despacio. Golpeó tres veces con el puño cerrado. El sonido hueco del golpe contra el barro resonó hacia abajo. Esperaron. Treinta segundos. Cuarenta. Dzielk contó. A los cincuenta y dos segundos, un sonido desde abajo. Golpes. Tres golpes que respondían a los tres golpes de Leonardo. Después, mutismo. Después el sonido del barro deslizándose sobre piedra. El sellante rompiéndose.

La puerta se abrió desde adentro. Un soldado vikingo con la barba sucia, la barba rubia oscurecida por semanas de grasa, de humo de lámpara de aceite, los ojos hundidos en las cuencas, con las ojeras del color de la tierra corregida. Los miró. Miró a Leonardo. Miró a Dzielk. Miró al gato y al perro. No reconoció a nadie. No preguntó nombres. ¿Quiénes son?

Gente que necesita hablar con Khet - replicó Leonardo. El soldado los dejó pasar. No por confianza, por agotamiento. La energía para desconfiar se había acabado seis semanas atrás. Lo que quedaba era la obediencia automática del soldado que sigue órdenes porque las órdenes son lo último que tiene. Alguien pide entrar. Alguien decide si entra. La decisión requiere energía. La energía no existe. Entren.

*
**

Los túneles estaban peor. El olor golpeó a Dzielk antes de que sus ojos se ajustaran a la tiniebla. Excremento humano, concentrado, el olor ácido de la diarrea crónica de la malnutrición. Sudor viejo, no el sudor fresco del trabajo, sino el sudor rancio del cuerpo que no se lava porque no hay agua para lavarse. Aceite quemado de las lámparas que funcionaban con grasa animal. Comida podrida, los restos de raciones que se conservaron mal en la humedad de los túneles. Grano con moho, carne curada que se pasó, raíces que se reblandecieron hasta ser lodo. La combinación era física, le entraba por la nariz, le bajaba a la garganta y le activaba el reflejo del vómito que Dzielk controló apretando la mandíbula y respirando por la boca.

Miles de personas viviendo en un espacio diseñado para cientos. Los cuerpos se apilaban en los pasillos, sentados contra las paredes, echados en el suelo, amontonados en rincones donde el espacio

permitía acostarse si doblabas las rodillas y metías los brazos contra el pecho. Niños dormidos en rincones con la cabeza apoyada en el estómago de un adulto que no era su padre sino el adulto más cercano. Viejos sentados contra las paredes con la mirada fija en nada, los ojos abiertos pero vacíos, apagados. La información nueva era siempre mala y el cerebro dejó de querer recibirla. Soldados vikingos patrullando los pasillos con la disciplina automática de quien ya no tiene nada más que la rutina, la rutina como estructura, la rutina como razón para levantarse.

**

Khet estaba en la cámara principal. Más delgado, los pómulos marcados, las clavículas visibles debajo de la túnica de lino que le quedaba grande. Más viejo, no cronológicamente, tres semanas más viejo, pero las tres semanas habían contado como años. El pelo blanco que no era blanco tres semanas atrás. Completamente blanco. Sin transición. El pelo de un hombre al que el estrés le cambió el color en días. Sentado frente a la tablilla de Anen con los ojos cerrados. Las manos sobre la tablilla. Abrió los ojos cuando Leonardo entró. Los ojos de Khet eran los mismos oscuros, calculadores, precisos. El cuerpo había cambiado. Los ojos no. ¿Quién eres? Leonardo. Vengo de Le Jardin.

Khet miró la tablilla. La tercera línea rota, la línea que Anen dañó al sellarla, la que contenía el significado más ambiguo. Miró a Leonardo. No expresó nada. Esperó. El silencio del ingeniero que evalúa antes de hablar.

Necesito saber qué queda - respondió Leonardo. Khet habló. Sin emoción. Sin pausa. Sin énfasis en ninguna palabra. La voz plana del que lee un inventario de pérdidas que ya memorizó porque las

memoriza todas las noches cuando no puede dormir. China cayó. Completamente. La mitad sur resistió tres semanas más que la mitad norte. Los ríos del sur eran más grandes, los acuíferos más profundos, la población tenía acceso a agua subterránea que las Formas tardaron más en corregir. Después, los ríos dejaron de existir.

No se secaron, dejaron de existir. El agua se fue, el cauce desapareció y la tierra se cerró sobre el lugar donde había habido río con la limpieza de ARCHON que no deja cicatrices. La población murió de sed antes de que las Formas terminaran de corregir el resto. Los astrónomos chinos destruyeron sus propios instrumentos antes de morir, rompieron los tubos de observación, fundieron las lentes, quemaron los registros. No querían que ARCHON tuviera acceso a los registros de observación. Un acto inútil.

ARCHON no necesitaba los instrumentos, ARCHON ya tenía las coordenadas. Pero el gesto importaba. Alguien decidió que la información era suya y prefirió destruirla antes que entregarla al sistema que la usaría para completar la destrucción. Mesoamérica estaba sitiada. Itzae reorganizó los supervivientes en las montañas del interior, donde la ingeniería hidráulica atlante no servía, las montañas no tenían agua canalizable pero la altitud creaba barreras naturales que las Formas tardaban en superar. Las Formas operaban desde abajo.

La altura les costaba. Las pirámides mesoamericanas estaban todas revertidas, piedra suelta donde había habido arquitectura, montones de escombros donde había habido escalinatas y altares y observatorios astronómicos. El orgullo atlante convertido en escombros. Egipto resistía bajo tierra. Tres mil quinientas personas.

Los suministros de grano daban para dos meses más. El agua de las cisternas para tres. Después, nada. Después la matemática de la supervivencia se terminaba y empezaba la matemática de la muerte.

Antártida: silencio. Nanoq no mandó mensaje - dijo Khet. La voz no cambió de tono. La misma planicie vocal del inventario. Desde que llegó aquí, nada. Las pirámides se apagaron. Lo que sellaban está libre. No sé qué es. No sé dónde fue. No sé si Nanoq está vivo. Tormund estaba vivo. Patrullaba los túneles con los restos de su ejército: ochocientos soldados de los ciento veinte mil que tuvo. Ochocientos. Menos del uno por ciento. Organizaba guardias, racionamiento, disciplina. Lo que un general hace cuando ya no tiene guerra que pelear: administrar la espera. Administrar la lenta conversión de soldados en refugiados.

**

Leonardo escuchó todo. Escribió en el Voynich. Cada dato, cada número, cada nombre. Puntos de anclaje en un ciclo que se estaba cerrando. La pluma de obsidiana sobre el pergamino, registrando la destrucción con la misma eficiencia con que registraba las técnicas de pesca del Ciclo 2 y los refractores solares del desierto y los cantos de orientación de las cavernas. Dzielk se sentó junto a Tormund. El general estaba en un nicho del pasillo principal, sentado en un banco de piedra, con la espalda contra la pared húmeda. Olía a sudor, a aceite de lámpara, a cansancio compactado a semanas de sudor acumulado en capas, cada capa con su propio olor, las más viejas más ácidas, las más recientes más saladas. La cicatriz de la nariz se le había infectado. El pus se secaba en costras amarillentas que Tormund se arrancaba con las uñas distraídamente, sin dolor aparente, con la costumbre del que lleva semanas haciéndolo.

¿Viniste a ayudar? - preguntó Tormund. Sin levantar la vista. Arrancándose una costra. No. ¿A qué viniste? A ver qué queda. Tormund se rascó la cicatriz. El dedo índice contra la carne viva debajo de la costra. No hizo mueca. ¿Y ahora que viste? Ahora vuelvo. Sigo intentando. ¿Intentar qué? Retrasar lo inevitable. Es lo único que sé hacer. Tormund lo miró. El general vikingo mirando al filósofo flaco que olía a vómito, a saltos entre dimensiones y que tenía una cicatriz en la palma que cruzaba la línea de la vida. Dos hombres que no tenían nada en común excepto la certeza de que estaban perdiendo y la decisión de seguir perdiendo de todos modos.

En las sagas - dijo Tormund, hay un canto que se repite antes de la última batalla. Dice que la derrota no es el final. Que lo que importa no es ganar sino hacer suficiente ruido para que los dioses te oigan. ¿Crees en dioses? Tormund se arrancó otra costra. La miró. La tiró al suelo. Creo en el ruido. ## 020 [L|X|N]

LO QUE FALTA

Leonardo no durmió esa noche. Los túneles tenían su propio ciclo de oscuridad; las lámparas de aceite se apagaban cuando la grasa se acababa, y la grasa se racionaba, así que cada doce horas los túneles pasaban de la penumbra de las lámparas a la oscuridad total durante dos horas. La oscuridad era completa. Sin resquicios. Sin la luna que se filtrara por las grietas ni las estrellas que iluminaran lo suficiente para distinguir formas. Negro. En esa oscuridad.

Dzielk encontró a Leonardo en la cámara del calibrador, la sala subterránea donde la aguja de cobre flotaba inmóvil en el mercurio. La aguja era lo único visible, reflejaba alguna luz residual que venía

de algún lugar que Dzielk no podía identificar. Un brillo tenue que hacía que la aguja pareciera flotar no en mercurio sino en nada. Leonardo estaba sentado en el suelo con el Voynich abierto sobre las rodillas, la cara iluminada por el resplandor tenue de los caracteres náhuatl. La intensidad era justa para leer.

Dzielk no preguntó por qué el manuscrito brillaba. Había dejado de preguntar por las cosas que no tenían explicación. La lista era demasiado larga. Las cosas que brillaban sin fuente de luz. Las cosas que se llenaban sin que nadie las llenara. Las cosas que cambiaban de forma cuando no las mirabas. La lista comenzó el primer día en Le Jardin. No había dejado de crecer. Dzielk la llevaba mentalmente, el filósofo que catalogaba anomalías como otros catalogaban mariposas, la lista tenía cuarenta y tres entradas.

La número cuarenta y tres era: el Voynich brilla. El calibrador le fascinaba. La aguja de cobre suspendida en mercurio era el instrumento más simple y más complejo que Dzielk había visto. Simple porque no tenía partes móviles excepto la aguja. Complejo porque nadie sabía exactamente por qué funcionaba. Los técnicos egipcios lo mantenían con rituales que se habían cristalizado en protocolo: limpiar el mercurio cuando la luna estaba sobre la pirámide pequeña. Cambiar la aguja cada tres generaciones de jefe técnico.

No tocar el basalto con las manos sudadas. Rituales que funcionaban. Nadie sabía por qué. Funcionaban. Dzielk puso la mano sobre el cilindro de basalto. La piedra estaba fría, más fría que la temperatura del túnel, como si el basalto tuviera su propio clima interior. La aguja se movió. Un tic. Imperceptible para alguien que no estuviera mirando la superficie del mercurio con la atención

obsesiva de un filósofo insomne. Pero Dzielk lo vio: la aguja giró un cuarto de grado hacia donde estaba su mano.

Hacia su mano. El flujo de información que la aguja medía había detectado la presencia de un observador nuevo. Se reorientó. Retiró la mano. La aguja no volvió a su posición original. Quedó apuntando hacia donde Dzielk había estado. El mercurio se aquietó con la lentitud del metal líquido que vuelve al reposo. Ondas concéntricas diminutas que tardaron ocho segundos en desaparecer. Se sentó junto a Leonardo en el suelo de la cámara. El suelo estaba frío, más frío que los túneles de arriba.

El frío venía del calibrador. Del mercurio inmóvil. De la quietud de la aguja que debería oscilar y no oscilaba. Dzielk se frotó las manos. Los nudillos agrietados le ardieron con la fricción. El dedo meñique izquierdo no sentía nada, el último remanente del noveno salto. El último dedo en recuperar la señal, y no la había recuperado del todo. Funcionaba. Se doblaba. Pero el tacto estaba amortiguado, como si Dzielk tocara el mundo a través de una capa de tela fina que el mundo no podía quitarle. Leonardo leía las páginas que habían aparecido durante su visita a los túneles.

Páginas que no estaban ahí cuando bajaron. Páginas que se escribieron solas o que alguien escribió en otro nodo de la red del Voynich y que se sincronizaron con este nodo mientras Leonardo registraba el inventario de Khet. Las páginas nuevas contenían algo diferente. No coordenadas de ciclos. No registros de observación. No mapas ni datos ni inventarios. Un diagrama. Un solo diagrama que ocupaba dos páginas completas.

Desplegado sobre las rodillas de Leonardo como un mapa de guerra. El diagrama mostraba una secuencia. Cinco invocaciones,

cinco círculos dispuestos en pentágono, cada uno con un símbolo diferente en el interior, conectados por líneas que indicaban orden: primero, segundo, tercero, cuarto, quinto. Dentro de cada círculo, un costo representado por un símbolo que Dzielk no reconocía pero cuya posición dentro del diagrama indicaba costo. Pérdida. Cinco fuentes de energía, flechas que entraban en cada círculo desde fuera del diagrama.

Indicando que la energía venía de algún lugar externo, de fuentes que existían antes de la invocación y que dejarían de existir después. Y en el centro del pentágono, una sexta invocación que requería las cinco anteriores como combustible, un círculo más grande, con un símbolo que era más complejo que los otros cinco juntos, con líneas que convergían en él desde cada punto del pentágono.

¿Qué es eso? - preguntó Dzielk. La voz le salió baja en la oscuridad del calibrador. La negrura hacía que todo sonara íntimo, secreto, hablar en voz alta fuera una violación del espacio. Las instrucciones que faltaban. ¿Instrucciones para qué? Leonardo pasó el dedo por el diagrama. El dedo siguió las líneas que conectaban los cinco círculos con el centro. El resplandor del manuscrito le iluminaba las uñas con tinta incrustada.

Cada civilización tiene dioses. Dioses que fueron sellados. Expulsados, olvidados. Fuerzas que los humanos usaron una vez y después guardaron porque el costo era demasiado alto. Cada cultura tiene la memoria de lo que invocó y juró no volver a invocar. ¿Invocar dioses? Invocar fuerzas. No es magia, es biología forzada. Cada invocación abre un canal entre el punto de observación del invocador y la fuente de la fuerza. El canal cuesta sangre. Sangre

literal, la hemoglobina como conductor. Las moléculas de hierro como puente entre coordenadas biológicas y coordenadas del flujo.

Y cada dios que responde cuesta algo más que sangre. Cuesta la identidad del que invoca. El sacerdote que llama a un dios deja de ser sacerdote. Deja de ser lo que era. Se convierte en canal. El canal permanece abierto mientras el invocador viva. Cuando el invocador muere, el canal se cierra. La fuerza se queda del otro lado. Dzielk miró el diagrama. Los cinco círculos. Los cinco costos. Las cinco líneas convergiendo en el centro. Y la sexta invocación. La sexta mata a las cinco primeras. Usa su energía como combustible. Los cinco canales abiertos se fusionan en uno solo, un canal más grande que la suma de las partes.

Porque la fusión no es aritmética sino exponencial. La sexta invocación necesita cinco sacerdotes convertidos en canal y los consume. Los destruye. Usa la energía de cinco fuerzas diferentes para invocar lo que estaba sellado debajo de las pirámides antárticas. Lo que las pirámides mantenían dormido con la misma tecnología de frecuencias que Nanoq estudiaba. Lo que Nanoq contestó que se liberó. No se liberó. Se despertó. Pero no completamente. Las pirámides se apagaron. El sello se rompió. Pero lo que estaba dentro no se fue. Esperó.

Ha estado esperando desde que las pirámides dejaron de emitir la frecuencia que lo mantenía sellado. Esperando a que alguien lo llame. Porque lo que está debajo de las pirámides no puede salir por su cuenta. Necesita ser invocado. Necesita que alguien abra el canal desde afuera. La aguja de cobre en el mercurio no se movió. La superficie del mercurio estaba quieta. Perfectamente quieta. La señal

que no existía. El calibrador midiendo nada porque no había nada que medir. El flujo estaba limpio. La ausencia de señal era la señal.

Y la página en náhuatl - añadió Dzielk. Los caracteres que nadie lee. Una página específica del Voynich. Escrita en náhuatl antiguo, anterior a los atlantes, anterior a las pirámides mesoamericanas, anterior a la mayoría de las civilizaciones que hemos visitado. La civilización mesoamericana la escribió hace generaciones. Quizás siglos, sin saber para qué servía. Un texto heredado de maestro a alumno. Memorizado pero no comprendido. Repetido sin embargo, no ejecutado. Un protocolo de invocación que nadie usó porque nadie necesitó usarlo.

Hasta ahora. Para invocar a qué. Leonardo cerró el Voynich. El resplandor de los caracteres se apagó. La oscuridad los envolvió de nuevo. Solo la aguja de cobre brillaba, un punto diminuto de luz residual flotando en mercurio. A Huitzilopochtli. El nombre cayó en la cámara subterránea con peso propio. No fue un sonido, fue una presión. Las consonantes y las vocales se acumularon en el aire denso. Con masa. Desplazó lo que había antes. A Dzielk le llegó a la piel un cambio de temperatura. Medio grado menos, que podía ser imaginación o podía ser la respuesta del aire al nombre que lo nombra.

No era un nombre que Dzielk conociera. No era un dios vikingo. Dzielk conocía a Tyr, a Freija, a los dioses de la academia. A lo lejos, no era egipcio. Despacio, no era chino. Era mesoamericano. Azteca. Un nombre de consonantes que golpeaban y vocales que sostenían. Como piedra golpeando piedra con ecos que tardaban en apagarse. ¿Y eso resuelve algo? Eso lo cambia todo. O lo destruye todo. Las dos

opciones son compatibles. Depende de quién lo invoque y de lo que esté dispuesto a pagar.

Y de si lo que está debajo de las pirámides es lo que el Voynich dice que es. Y de si el protocolo funciona. De golpe, y de si ARCHON detecta la invocación antes de que se complete. Cerca de ahí. Y de si los cinco sacerdotes sobreviven lo suficiente para que la sexta invocación los consuma. Y de si el canal que se abre es del tamaño que necesitamos. Muchos “sí”.

Dzielk miró la aguja inmóvil en el mercurio. La señal que no existía. El flujo que estaba limpio. El mundo que se estaba borrando. ¿Cuánto cuesta? El Voynich dice cinco mililitros de sangre humana. Para cada invocación. Veinticinco mililitros total. Eso es un tubo de ensayo. Cinco mililitros. Eso es nada. El Voynich dice eso. El Voynich no dice todo. Leonardo abrió el morral. Metió el Voynich adentro. El morral se cerró. O se cerró solo. O Leonardo lo cerró con un movimiento que Dzielk no vio en la oscuridad. El Voynich dice el costo en sangre. No dice el costo en todo lo demás. Dzielk se quedó mirando la aguja. El punto de luz en la sombras. Pavlov estaba en la entrada de la cámara. Dzielk no lo vio pero supo que estaba ahí. Los ojos del gato brillaron dos puntos amarillos en la oscuridad, a la altura exacta de un gato sentado en el umbral. Fijos. Schrödinger dormía en el pasillo, el sonido de la respiración pesada del perro, el silbido nasal, el ocasional gemido del animal que sueña con cosas que los humanos no pueden ver. Afuera de los túneles.

sobre la superficie borrada de lo que fue Europa, el cielo estaba limpio. Sin nubes. Sin pájaros. Cerca de ahí, sin aviones. En ese instante, sin humo. Sin nada que indicara que alguna vez hubo algo ahí arriba que valiera la pena mirar.

**

INTERSTICIAL

Le Jardin estaba vacío. Las tazas sucias seguían en la mesa. Dos tazas. Una con restos de café seco en el fondo, el anillo marrón que se forma cuando el líquido se evapora despacio, dejando los sólidos adheridos a la cerámica en una línea perfecta que marcaba el nivel de lo que fue. Otra con un anillo de azúcar cristalizado en el fondo, los granos blancos que nadie disolvió porque nadie agitó la cuchara porque no había cuchara ni había nadie que la usara. Nadie las había lavado. El mandil colgaba del gancho. La tela se había decolorado donde el sol de la ventana le daba todas las tardes, el sol de una calle que cambiaba pero que siempre tenía sol.

porque Le Jardin siempre tenía sol, porque Le Jardin era un punto fijo donde las constantes se mantenían aunque todo lo demás cambiara.

La decoloración formaba un rectángulo pálido en la tela beige, la sombra del sol convertida en marca permanente. En la barra, la jarra de café estaba fría. La cerámica roja sin lustre. El café dentro oscuro, inmóvil, con la película de grasa que se forma en la superficie del café que lleva demasiado tiempo esperando. Nadie la recalentó. En el suelo.

junto a la barra, los pedazos de la taza azul. El asa de alambre de cobre entre los fragmentos de porcelana. Nadie los recogió. Le Jardin esperaba. Con la paciencia de los lugares que no tienen reloj. Con la constancia de los puntos fijos que existen porque alguien tiene que existir cuando todo lo demás deja de hacerlo. Esperando.

**

• ◦

INTERLUDIO R-5 [R]

RASTRO

**

Darvi no la vio esta vez.

Vio lo que dejó.

Un rastro en la ceniza. Dos líneas paralelas - las huellas de alguien que se arrastraba. Las líneas empezaban en el borde del bosque petrificado y terminaban en un claro donde la ceniza estaba removida en un círculo de tres metros y dieciocho centímetros. En el centro del círculo, marcas de algo pesado que había descansado sobre la superficie. El objeto metálico. La forma de la base coincidía con la impresión que Darvi recordaba de los avistamientos anteriores.

Junto a las marcas, algo que Darvi recogió del suelo.

Un fragmento de tela. Oscura. Quemada en los bordes. Lo que quedaba de la túnica.

La tela olía a ceniza y a algo más - un olor que Darvi no tenía categoría para clasificar y que anotó en la libreta como: *orgánico, metálico, antiguo. No descomposición. Más como el olor que tiene el metal cuando se enfría después de estar al rojo.*

No había sangre. No había cuerpo. No había nada que indicara muerte.

Pero tampoco había huellas de salida.

Las líneas del arrastre entraban al claro. No salían.

Darvi midió el diámetro del círculo. Tres metros y dieciocho centímetros. Midió la profundidad de las huellas. Cuatro milímetros - el peso de alguien que pesa menos de cuarenta kilos. En el primer avistamiento, la profundidad de las huellas de la figura sugería setenta kilos.

Setenta a cuarenta. La mitad del peso de una persona desaparecido en cuatro meses.

Darvi guardó el fragmento de tela en el bolsillo. Anotó:

Avistamiento 5 (parcial). Sin figura visible. Rastro de arrastre. Círculo de 3.18m. Peso estimado <40kg (era ~70). Fragmento de tela recuperado. Sin huellas de salida.

Debajo de la línea:

O se fue por arriba. O dejó de tener peso suficiente para dejar huellas.

Cerró la libreta. Se quedó de pie en el claro durante dos minutos. El viento no movía la ceniza aquí - la ceniza estaba compacta, pegada al suelo por algo que Darvi no podía ver pero que percibía en las suelas de los zapatos como una vibración residual. La frecuencia de alguien que había estado aquí y que se había ido sin irse del todo.

432 Hz. Baja. Constante. Desvaneciente.

Como una nota que alguien dejó sonando en una habitación vacía.

• ◦ **TEMPORADA 3: LOS DIOSES**



021 [J|A]

LA DESESPERACIÓN

La cámara de Anen estaba a cien metros bajo la pirámide principal. No la cámara del calibrador, otra. Una que Khet no conocía hasta que Nanoq la encontró. La guardiana antártica llevaba tres días golpeando paredes. Golpeaba con los nudillos de la mano derecha porque los de la izquierda estaban en carne viva desde el segundo día, la piel reventada por el contacto repetido contra piedra que no cedía. Golpeaba, escuchaba el eco, se movía medio metro, golpeaba de nuevo. El eco era su instrumento; cada variación en la frecuencia de rebote le decía algo sobre lo que había detrás.

Roca sólida: eco seco, corto. Roca con cavidad: eco largo, con cola. Los técnicos la miraban con la impaciencia de gente que tiene cosas más urgentes que hacer. Los túneles necesitaban mantenimiento, las cisternas se contaminaban, los niños se enfermaban por la humedad. Khet los dejó. Nanoq sabía cosas que los técnicos no. Nanoq venía de

las pirámides antárticas. Nanoq sabía escuchar piedra. El sonido que producía la piedra cuando Nanoq la golpeaba era diferente al sonido que cualquier otra persona hubiera producido.

El ángulo. La inclinación de la muñeca. La velocidad de impacto. Nanoq golpeaba con la primera falange del dedo medio, con la mano rotada quince grados hacia la derecha, con un movimiento que partía de la muñeca y no del codo. Cada golpe producía un impulso limpio, una onda que entraba en la roca y viajaba hasta encontrar una discontinuidad en la densidad del material. La discontinuidad devolvía la onda modificada. Nanoq escuchaba la modificación. Nadie más en los túneles podía distinguir entre el eco de la roca sólida y el eco de la roca con cavidad.

Para los técnicos, todo sonaba igual. Para Nanoq, la diferencia era la distancia entre un tono de 340 hertzios y uno de 338. Dos hertzios. Suficiente. Al tercer día encontró la variación. Una sección de pared a diecisiete metros de la entrada del túnel secundario, a la izquierda, a la altura de la cintura. El eco volvió largo. Con cola. Con la reverberación de un espacio hueco del otro lado. No una grieta, no una fisura natural, un espacio construido. El eco tenía la geometría de las cámaras argathianas: ángulos rectos, superficies planas, aire encerrado en un volumen calculado.

Nanoq se sentó en el suelo. Las piernas cruzadas. La espalda contra la pared opuesta. Las manos le dolían; los nudillos eran una topografía de costras, piel nueva, hueso visible donde la piel se había retirado del todo. Se miró las manos con la cara del que ha encontrado lo que buscaba y que necesita decidir si el hallazgo justifica el costo. Las manos decían que no. El eco decía que sí. Nanoq priorizó el eco. Le tomó seis horas abrir la pared. No tenía

herramientas; usó un pico de piedra que los técnicos abandonaron junto al ducto de ventilación.

El pico pesaba cuatro kilos. El mango de madera estaba suelto. Cada golpe contra la pared le vibraba por los brazos hasta los hombros, y la sacudida le reabrió las costras de los nudillos. La sangre le corría por las muñecas mientras golpeaba. La piedra cedió por capas: primero el enlucido exterior, después la roca caliza del muro, después el mortero de sellado que Anen usó para cerrar la cámara. El mortero era más duro que la roca. Anen no quería que la cámara se abriera fácil. Al tercer día, Nanoq encontró lo que buscaba.

Una pared que sonaba diferente. Hueca. El eco duró dos segundos, un eco con reverberación que indicaba un espacio del tamaño de una habitación detrás de cuarenta centímetros de barro cocido. Nanoq golpeó tres veces más. Verificó. La pared sonaba a cámara. Detrás del barro cocido que cedió con quince minutos de martilleo con un mazo de piedra había una cámara sellada que Anen construyó. O que los primeros argathianos construyeron y Anen selló. La diferencia no importaba. Lo que importaba era lo que había dentro.

Una mesa de piedra. Arenisca pulida, con bordes redondeados por el uso que sugería miles de manos apoyándose. Cinco objetos sobre la mesa: tablillas. Cinco tablillas de piedra de diferentes tamaños y diferentes materiales: una de arenisca, una de basalto negro, una de cuarzo, una de obsidiana, una de caliza blanca. Cada tablilla contenía instrucciones talladas con cincel fino. No las instrucciones rotas de la tablilla de Khet; instrucciones completas, detalladas, con diagramas tallados en la piedra que mostraban

posiciones corporales, secuencias de sonidos representados con notación angular, materiales necesarios listados con pictogramas.

Instrucciones de invocación. Anen las guardó aquí “por si acaso.” La paciencia argathiana planeó incluso la derrota. Anen el ingeniero que construyó túneles que duraron milenios, que selló tablillas con información que no sería necesaria durante generaciones Anen había previsto el momento exacto en que todo lo demás fallara y alguien necesitara abrir una puerta que nunca debería abrirse.

✱✱

Khet convocó a los que quedaban. No a los miles de refugiados de los túneles; los refugiados no podían tomar decisiones porque las decisiones requerían información que los destruiría. A los líderes. Los que todavía podían procesar la verdad sin quebrarse. La reunión fue en la cámara de Anen. Seis personas alrededor de la mesa de piedra con las cinco tablillas dispuestas en semicírculo. Tormund, con sus ochocientos soldados y su cicatriz infectada que supuraba pus amarillento cada vez que fruncía la nariz. Nanoq, con las manos vendadas con tiras de lino y los ojos que no se habían cerrado en tres días los capilares rotos le daban a la esclerótica un tono rosado que hacía que sus ojos parecieran los de un animal nocturno.

El emisario chino, un hombre de cuarenta años llamado Wen, con las manos quietas de un matemático y la cara del que ya no tiene a quién representar pero que sigue calculando porque calcular era lo único que le quedaba de la civilización que perdió. Y dos personas nuevas: un sacerdote mesoamericano que había llegado por los túneles del sur con un grupo de doscientos supervivientes, doscientas personas que caminaron durante once días bajo tierra con cuatro antorchas y medio saco de grano, y una mujer vikinga llamada Brynn

que había cruzado desde Escandinavia con noticias que nadie quería oír. Seis personas. Cinco tablillas. Una mesa.

Los dioses fueron sellados por una razón - expresó Wen. La voz era plana. La voz de un matemático exponiendo un axioma. Nuestros ancestros los expulsaron porque el costo era demasiado alto. Cada civilización que los usó fue destruida no por los enemigos sino por los propios dioses.

El costo de no invocarlos es la extinción - comentó Tormund. Se rascó la cicatriz. El pus le manchó el dedo. La extinción es un costo conocido. Los dioses son un costo desconocido. Prefiero lo desconocido a lo muerto. Khet levantó la mano. El gesto de ingeniero que había usado desde la primera reunión. La cámara de Anen estaba más profunda de lo que Khet recordaba. La última vez que bajó fue para mostrarle a Leonardo el calibrador la aguja de cobre, el mercurio, el cilindro de basalto que los ancestros construyeron y que los descendientes mantenían con fe y con rutina.

Eso fue antes de las invocaciones. Antes de la sangre en las paredes. Antes de que la piedra de la cámara absorbiera el olor de ocho rituales que nadie había ejecutado en milenios, que nadie debería ejecutar nunca. Ahora la cámara olía a metal caliente, a algo orgánico que Khet no podía identificar. No parecía sangre fresca; la sangre fresca huele a cobre y a sal. Esto olía a sangre vieja procesada por la piedra, absorbida por los poros de la arenisca, digerida por minerales que tardaron horas en descomponer los componentes orgánicos.

La piedra había comido la sangre. Las paredes tenían manchas oscuras en los puntos donde los canales tallados habían distribuido la ofrenda de Citlali. Las manchas formaban un patrón radial que

salía del centro de la cámara hacia los cinco puntos del pentágono. El patrón tenía el aspecto de un mapa visto desde arriba. O una red. O las raíces de un árbol que creció hacia abajo y hacia los lados buscando algo que estaba en todas partes y en ninguna. El aire de la cámara estaba quieto con la quietud de los lugares que no deberían tener aire. Los pulmones tenían que trabajar más para extraer el oxígeno. Cada inhalación era un esfuerzo consciente que Khet compensaba respirando más despacio.

La profundidad comprimía. Ciento veinte metros bajo tierra. La presión no era atmosférica; era la presión de la piedra misma, la masa acumulada de millones de toneladas de roca sobre sus cabezas, una presión que los oídos detectaban como un zumbido bajo y constante que no era sonido sino la traducción auditiva de estar debajo de todo. No pedía silencio; lo tomaba. La mano abierta, la palma hacia el grupo, los dedos extendidos. El gesto funcionaba porque Khet no lo usaba para dominar sino para organizar.

Y en un mundo que se desorganizaba, organizar era el último poder que quedaba. Las tablillas de Anen describen cinco invocaciones. Cada una corresponde a una civilización. Cada una tiene costo. El costo está escrito. No es desconocido. Leyó. Los chinos, descendientes de los mayas, herederos de la tradición de observación celeste que medía estrellas antes de que el resto del mundo mirara hacia arriba, podían invocar a Kukulkán e Ixchel. Costo tallado en la tablilla de arenisca: el sacerdote que invoca sangra por los ojos. Pierde la vista. La invocación dura mientras el sacerdote viva. La ceguera es permanente. Wen no se movió. El astrónomo que había pasado cuarenta años mirando estrellas cerró los ojos durante tres segundos. Los abrió. Khet siguió leyendo.

Los egipcios, descendientes de los argathianos, constructores de lo que dura, podían liberar a Maat y Thoth. Costo tallado en la tablilla de basalto: verdad obligatoria. Maat no miente. Maat no puede mentir. Todo lo que dice Maat es verdad. Incluso las verdades que destruyen alianzas, confianzas y razones para seguir luchando. Los vikingos, descendientes de los asgardianos, forjadores de acero que recordaba, podían invocar a Freija y Tyr. Costo tallado en la tablilla de cuarzo: Tyr juzga. No a los enemigos a todos. Su justicia es matemática. No distingue entre aliado y enemigo. Solo entre correcto e incorrecto. Y lo incorrecto se castiga sin apelación. Tormund se tocó la cicatriz del cuello. El gesto duró menos de un segundo. Los mesoamericanos, descendientes de los atlantes, ingenieros del agua, la piedra, podían invocar a seis: Selene, Hécate, Artemisa, que se fusionarían en la Diosa Luna. Helios y Apolo, que se fusionarían en el Dios Sol. Costo tallado en la tablilla de obsidiana: la fusión es irreversible. Los dioses individuales dejan de existir. Lo que emerge no recuerda lo que fue. Lo que emerge no es benévolo. Es fuerza. Los antárticos descendientes de los ecoianos, guardianes de frecuencias, tenían una tablilla de caliza blanca. Sin instrucciones. Sin diagrama. Solo una frase tallada con cincel fino:

Lo que sellamos no se invoca. Se despierta solo.

Nanoq leyó la frase. La leyó en calma, los labios moviéndose, los ojos rosados siguiendo los caracteres tallados. No dijo nada. La sala esperó. Nanoq no habló. Todos supieron qué significaba. Lo que estaba bajo las pirámides antárticas no era un dios que se llamara. Se despertaba cuando las condiciones se cumplían. Las condiciones se habían cumplido cuando las pirámides se apagaron.

Entonces son cuatro invocaciones - dijo Tormund. Ocho dioses. ¿Suficiente? Nadie contestó. Porque nadie sabía contra qué peleaban los dioses. ARCHON no parecía un dios. No se trataba de un ejército. Tampoco era un hombre con espada ni una montaña que escalar ni un muro que derribar. Era un proceso. Un proceso que detectaba errores y los corregía. ¿Cómo pelea un dios contra un proceso? ¿Cómo pelea la furia contra un algoritmo?

Hay una quinta opción - comentó Khet. Pero no está en las tablillas de Anen. Está en un manuscrito que un hombre llamado Leonardo trajo hace una semana. Miró hacia la entrada de la cámara. Leonardo estaba ahí. Recargado contra el marco con el Voynich bajo el brazo y Pavlov a sus pies, el gato gris sentado con la cola envuelta alrededor de las patas. Los ojos amarillos fijos en las cinco tablillas sobre la mesa.

La página en náhuatl - dijo Leonardo. La voz le salió ronca. Llevaba horas sin hablar en la cámara de Anen, donde solo Khet hablaba, Nanoq escuchaba y Tormund calculaba y Leonardo leía. Las cuerdas vocales secas producían un sonido rasposo que no daba la impresión de ser suyo. Abrió el Voynich en la página que buscaba. Los dedos manchados de tinta pasaron las hojas con la velocidad del que conoce su manuscrito por tacto, cada página tiene un grosor diferente, una textura diferente, el resultado de la tinta, la presión, el clima del ciclo donde se escribió. La página en náhuatl estaba al fondo, después de las secciones talladas, las secciones en ceniza y las secciones en sangre.

Pergamino limpio con caracteres angulares que Leonardo escribió con pluma de obsidiana en Le Jardin, copiando los glifos que el Voynich generó solo cuando Pavlov se sentó sobre las páginas en

blanco y las páginas dejaron de estar en blanco. Los glifos eran instrucciones. No las instrucciones de Anen, sino las instrucciones de algo anterior a Anen. Algo que usaba el náhuatl como código porque el náhuatl era el idioma que el Voynich procesaba con menor pérdida de información. Cada glifo una operación. Cada operación un paso en una secuencia que Leonardo había memorizado sin entender y que ahora, en la cámara secreta de un ingeniero que murió hace generaciones, empezaba a tener contexto.

✱ # 022 [A|L|J]

INVOCACIÓN CHINA

El sacerdote se llamaba Liang. Tenía sesenta años y las manos quietas de quien ha pasado la vida entera midiendo cosas que otros no ven. Herencia maya la obsesión con la precisión como forma de existencia, como razón para levantarse, como respuesta a la pregunta de por qué seguir cuando todo indica que seguir es inútil. Los dedos de Liang eran los dedos de un relojero largos, secos, con las yemas aplanadas por décadas de contacto con instrumentos finos. Las uñas cortadas al ras. Los tendones visibles bajo la piel como cuerdas de un instrumento de medición biológico.

Los nudillos no tenían la deformación de los que golpean, tenían la deformación de los que sostienen. Años de sujetar el péndulo de jade con la presión exacta que permite la oscilación libre sin soltar. La articulación del índice derecho estaba ligeramente desviada hacia afuera un grado, como la adaptación del hueso al gesto repetido diez mil veces. Las manos de Liang olían a cobre y a tinta roja y a la grasa de camelia que usaba para proteger los instrumentos de la humedad.

Cuando no estaba midiendo, los dedos de Liang se movían solos, tamborileaban sobre la pierna, sobre la mesa, sobre cualquier superficie, reproduciendo secuencias rítmicas que eran cálculos.

Los dedos calculaban mientras la mente descansaba. Los dedos no descansaban nunca. Liang había caminado desde la aldea china hasta la pirámide principal sin compañía. Tres días de viaje a pie por terreno abierto, con una bolsa de tela que contenía las herramientas de medición que su maestro le había legado: un péndulo de jade, una vara de bambú calibrada con marcas de tinta roja cada milímetro, y un cuenco de cerámica que producía un tono diferente según la cantidad de líquido que contuviera. El cuenco era el instrumento principal.

Liang lo llenaba con agua y lo hacía sonar con un golpe de uña. El tono le decía algo que las palabras no podían transmitir. El tono le decía dónde estaba el flujo y dónde no estaba. El tono le decía si la corrección había llegado a esa coordenada o si todavía faltaba. La cámara de invocación estaba preparada. Khet había despejado una sala circular en el nivel más bajo de los túneles, una sala que los argathianos usaron para ceremonias que nadie recordaba pero cuya geometría se conservó porque destruir geometría sagrada era peor que no entenderla.

Suelo de basalto pulido. Paredes curvas sin esquinas. Un techo abovedado que amplificaba los sonidos con una acústica que convertía un susurro en un eco que rebotaba siete veces antes de detenerse. Siete ecos. Liang contó. Sonrió. Siete era correcto. Cuando Liang sostenía algo, lo sostenía con los tres dedos centrales: pulgar, índice y medio, dejando el anular y el meñique en el aire, libres,

como las patas de un insecto que mide el viento mientras las otras lo sostienen.

Liang medía las estrellas con un astrolabio de cobre que se destruyó cuando las Formas llegaron a la costa china. Medía las distancias entre columnas de templos con una cuerda calibrada que perdió en la evacuación. Medía la cantidad exacta de granos de incienso necesarios para cada ceremonia: cuatrocientos diecisiete para la ceremonia del solsticio, doscientos tres para la de la luna nueva, noventa y uno para la de los muertos. Medía todo porque medir era lo único que separaba el caos del orden. Y ahora el caos había ganado y el orden se reducía a esta cámara, esta mesa, esta tablilla.

Ahora iba a medir su propia destrucción. La invocación se hizo en la cámara de Anen, con la mesa de piedra como altar. Los demás se quedaron en el pasillo: Khet, Tormund, Nanoq, Wen, Brynn. Leonardo estaba en el rincón con el Voynich abierto. Dzielk junto a él. Pavlov en el umbral. Liang leyó las instrucciones de la tablilla de arenisca tres veces. Las memorizó. Después las leyó una cuarta vez porque la precisión no admite confianza en la memoria, la memoria es neuronal y las neuronas fallan, pero los ojos sobre la piedra son verificación en tiempo real.

Los materiales eran simples: agua en un cuenco de barro, agua de la cisterna, mineral, con el sabor metálico del cobre de las tuberías. Ceniza en una bolsa de cuero, ceniza de las lámparas de aceite, gris, con grumos negros que eran grasa carbonizada. Y una pluma de ave que nadie pudo identificar pero que el sacerdote mesoamericano reconoció como quetzal, las barbas iridiscentes, verde azulado, con el brillo que cambia de ángulo según la luz. Un ave que no existía en

Egipto pero que de algún modo estaba en la cámara de Anen, preservada en un tubo de barro sellado con cera de abeja.

Anen previó todo. Anen guardó la pluma de un pájaro de otro continente para una invocación que ocurriría milenios después. Liang organizó los materiales sobre la mesa con la geometría de un ritual que no había practicado pero que reconocía por herencia: el cuenco de agua al norte, la ceniza al sur, la pluma al centro. Las distancias entre cada elemento medidas con la palma de su mano: tres palmas del cuenco a la ceniza, dos palmas de la ceniza a la pluma. Las tablillas de Anen especificaban las distancias en codos argathianos, Khet las tradujo a centímetros, Liang las tradujo a palmas.

Cada traducción era una aproximación. Cada aproximación era un riesgo. Pero la precisión maya se adaptaba. Liang ajustó el cuenco medio centímetro a la izquierda. Movi6 la bolsa de ceniza un centímetro hacia atr6s. Toc6 cada objeto tres veces, verificaci6n t6ctil, temperatura, peso, textura. Todo correcto. Todo en su lugar. Todo a punto de ser irreversible. Liang se arrodill6. Las rodillas contra la piedra fría. Moj6 la pluma en el agua. La pas6 por la ceniza. Levant6 la pluma y empez6 la secuencia de sonidos.

Esos no fueron palabras, eran tonos. Frecuencias puras que salían de la garganta de Liang con la precisi6n de un instrumento calibrado. El primer tono era grave, 62 hertzios, por debajo del rango normal de la voz humana, un sonido que Liang producía sacudiendo no las cuerdas vocales sino el estern6n. Los cantantes mon6sticos tibetanos sabían hacerlo y que los sacerdotes mayas heredaron por una ruta que nadie document6. El tono vibr6 en la piedra de la c6mara. El mercurio del calibrador tres salas m6s all6 tembl6.

En el rincón, Leonardo soltó la pluma. Se llevó la mano a la mandíbula, el gesto rápido del que recibe un golpe, no del que escucha un sonido. Los 62 hertzios le entraron por los molares y le subieron hasta la sien como una línea caliente. Apretó los dientes. Recuperó la pluma. Siguió escribiendo. Al cuarto tono, Liang empezó a sangrar por los ojos. No lucía como sangre roja, era transparente con hilos rosados, líquido lagrimal mezclado con plasma, con las proteínas de la sangre pero sin los glóbulos rojos, el cuerpo de Liang filtrando, dejando pasar solo lo esencial.

Las lágrimas de sangre diluida le corrieron por las mejillas dos líneas paralelas, una por cada ojo, que bajaban por los surcos de las arrugas hasta la mandíbula y goteaban sobre la mesa de piedra. Liang no se detuvo. Siguió con los tonos. La voz le temblaba un vibrato involuntario que no afectaba la frecuencia, solo la amplitud, pero las frecuencias eran exactas. La precisión maya manteniéndose incluso mientras el cuerpo se destruía. Al séptimo tono, el aire de la cámara cambió. No la temperatura ni la presión, la densidad. El aire se volvió grueso, pesado, difícil de respirar no porque faltara oxígeno sino porque el aire mismo se resistía a entrar en los pulmones, cada molécula pesaba el doble.

A Tormund, que estaba en la puerta, algo le empujó el pecho desde afuera, una mano invisible, plana, que presionaba el esternón firme. Kukulkán emergió como viento. No como una figura, como movimiento. El aire de la cámara se reorganizó en un patrón circular que cortaba. No viento en el sentido meteorológico, viento en el sentido de partículas que se mueven con intención, con dirección, con la velocidad del proyectil y la precisión del bisturí.

Los que estaban cerca sintieron la piel arder. No constituía calor, era velocidad. Partículas de aire moviéndose tan rápido que raspaban la epidermis como lija de grano fino. Dzielk se cubrió la cara con el brazo. Leonardo cerró el Voynich para proteger las páginas. Ixchel emergió como luz. No la luz de las lámparas de aceite que humeaban en los corredores, no la luz del sol que nunca llegaba a cien metros bajo tierra. Una luz que venía de dentro de las paredes, del suelo, del techo de la piedra misma, cada molécula de arenisca y basalto y caliza emitiendo un fotón.

Una luz que no iluminaba, que revelaba. Bajo la luz de Ixchel, las grietas en la piedra se hacían visibles, cada una, hasta las microscópicas que el ojo humano no detectaba. Las imperfecciones en el barro de las paredes. Los defectos en la mesa. Las cicatrices ocultas en la piel de cada persona presente. Todo lo que estaba oculto dejó de estarlo. Liang cayó. De rodillas al suelo. La cara contra la piedra. Ciego. Las cuencas vacías de sangre diluida no vacías de globo ocular, vacías de visión, los ojos intactos pero sin función, las pupilas fijas y dilatadas como monedas negras en un charco de líquido rosado.

Respiraba. El pecho subía y bajaba. Vivía. No veía. No volvería a ver. Wen se arrodilló junto a Liang. Las manos del matemático las manos que nunca temblaban temblaban. Levantó la cabeza de Liang del suelo. La sangre diluida le mojó los dedos. Tibia. Resbalosa. Con una viscosidad diferente a la sangre normal, más ligera, más transparente, como si la invocación hubiera filtrado la sangre del sacerdote dejando solo el plasma y la sal. Wen le limpió la cara con la manga. No contestó nada. No había nada que decir. El costo estaba

escrito en la tablilla y Liang lo había pagado con la precisión de un sacerdote maya que mide incluso su propia destrucción.

Liang movió los labios. Sin sonido. Los labios formando un carácter no una palabra, un carácter matemático, un número en base veinte que Wen reconoció: trece. El número de tonos que Liang cantó antes de caer. Trece tonos. Costo: una vida de medición para una eternidad de sombras. Los dioses no estaban agradecidos. Estaban confundidos. Habían dormido milenios, generaciones de civilizaciones que nacieron, crecieron y fueron borradas mientras Kukulkán e Ixchel dormían bajo un sello que ahora no existía. El mundo había cambiado. Ellos no. Kukulkán giró por la cámara buscando el cielo abierto. El viento se estrellaba contra las paredes que Anen construyó para durar milenios; temblaron, pero no cedieron. Anen construyó bien. Ixchel iluminó todo. Cada rincón de la cámara, cada secreto. Casi sin pensarlo, cada fractura en la estructura de los túneles que los ingenieros no habían detectado. Ahí, cada tumor incipiente en el cuerpo de cada persona presente que no sabía que lo tenía. Nanoq cerró los ojos.

La luz de Ixchel era demasiado. Quemaba las retinas sin calor, una luz que no eran fotones sino información comprimida en un espectro visible que el ojo humano no estaba diseñado para procesar. Las pupilas de Nanoq se contrajeron hasta ser puntos negros rodeados de iris azul pálido. No fue suficiente. La contracción máxima del esfínter pupilar filtra la intensidad lumínica, pero no la densidad informacional. La luz de Ixchel contenía más datos por unidad de superficie que cualquier luz natural, cada fotón cargado con la frecuencia de medición de una diosa que existió como

instrumento de observación durante ciclos que la escala humana no podía representar.

Tormund se tapó los ojos con el antebrazo. El vikingo que no se arrodillaba ante nada se cubrió la cara como un niño ante una tormenta. Los párpados no alcanzaban. La luz de Ixchel pasaba a través de la piel, los capilares del párpado se iluminaban como venas en una hoja sostenida contra el sol. Tormund veía rojo a través de sus propios párpados cerrados. Khet no se tapó los ojos. Khet miró. Las lágrimas le corrían por las mejillas, lágrimas de reflejo, la lubricación de emergencia que el ojo produce cuando la córnea se seca por sobreexposición.

Las lágrimas caían sobre la tablilla de basalto que sostenía contra el pecho. El basalto absorbía las lágrimas sin mancharse. La verdad visual que Ixchel imponía era más de lo que un ser humano podía procesar sin romperse.

✱✱ ## 023 [A|L|N]

INVOCACIÓN EGIPCIA

Khet lo hizo él mismo. No por heroísmo, el heroísmo es un lujo de quien tiene público. Khet no tenía público. Tenía tres mil quinientas personas en túneles que olían a diarrea y a aceite quemado. Los túneles eran un organismo enfermo. La ventilación que los argathianos construyeron funcionaba para doscientas personas, los ductos de piedra caliza que canalizaban el aire del exterior hacia las cámaras inferiores estaban diseñados para un flujo máximo de cuatrocientos litros por minuto, suficiente para mantener el oxígeno por encima del diecinueve por ciento en los niveles habitables.

Con tres mil quinientos ahora menos de dos mil, pero los ductos no sabían eso, el oxígeno bajaba al diecisiete por ciento en las horas pico y al quince y medio en las noches. Khet lo sabía porque medía. Cada mañana. Con un instrumento que los técnicos argathianos le habían enseñado a usar: una vela encendida a la que le cronometraba la duración. Si la vela duraba más de cuarenta minutos, el oxígeno era aceptable. Si duraba menos de treinta, había que abrir los ductos de emergencia, conductos auxiliares que sacaban aire viciado pero dejaban entrar polvo del desierto que irritaba los pulmones de los niños.

La vela de esa mañana duró treinta y cuatro minutos. Zona gris. Khet la apagó con los dedos pulgar e índice mojados en saliva, apretando la mecha caliente y se limpió el hollín en el muslo del pantalón. El hollín dejó una marca negra sobre la tela blanca que se sumó a las marcas de los días anteriores. Los pantalones de Khet eran un registro de sus mediciones. Cada marca era una vela. Cada vela era una mañana. Cada mañana era un día más que los túneles sostenían lo que no deberían sostener. Khet subió a la cámara de invocación.

Subió solo. Los escalones tallados en la roca estaban húmedos. La condensación de tres mil cuerpos respirando bajo tierra goteaba por las paredes y se acumulaba en los escalones, haciendo que cada paso fuera una negociación entre el pie y la piedra mojada. Khet subía con la mano izquierda apoyada en la pared. La pared le dejaba los dedos húmedos. El olor del túnel era denso, un sudor viejo, aceite de lámpara, el olor dulce y desagradable de los desechos humanos que el sistema de drenaje no evacuaba lo suficientemente rápido.

Capas de olor. Cada nivel del túnel tenía su propia composición. El nivel inferior olía a barro, a metal oxidado, donde las tuberías argathianas goteaban agua mineral que teñía las paredes de naranja. El nivel medio olía a comida, a humo de leña, donde los fogones improvisados cubrían las paredes de hollín. El nivel superior olía a polvo y a viento seco del desierto que se colaba por los ductos de ventilación. Khet conocía los olores porque los medía, no con instrumentos, sino con la nariz entrenada del ingeniero que usa los sentidos cuando los instrumentos faltan.

Si el nivel inferior olía a azufre, los drenajes estaban obstruidos. Si el medio olía a humo acre en vez de humo de leña, la ventilación fallaba. Si el superior olía a arena caliente, el viento del desierto había cambiado de dirección y los ductos invertían el flujo. La nariz de Khet era el último instrumento operativo de Anen. El oxígeno bajó al diecisiete. No letal. Suficiente para vivir. Insuficiente para pensar con claridad. Las decisiones se tomaban lentas. Las discusiones se alargaban. La gente se sentaba a mitad de frase, olvidaba lo que iba a decir.

El cerebro funciona con oxígeno, el diecisiete por ciento es la frontera entre la función y la disfunción cognitiva. El olor era lo peor. Los túneles tenían letrinas, cámaras laterales selladas con cortinas de cuero donde la gente se aliviaba en zanjaz cavadas en la roca. Las zanjaz se llenaron la primera semana. Khet organizó turnos de vaciado, equipos de cuatro que cargaban los excrementos en cubos de cerámica hacia una cámara profunda que no se usaba para nada más. El sistema funcionó durante diez días.

Después, la cámara profunda se llenó. Después no había adónde llevar los cubos. Después el olor se instaló en los túneles con la

permanencia de haber encontrado su hogar, que no piensa irse. Khet tenía tres mil quinientas personas en túneles que olían a diarrea y a aceite quemado, y una tablilla de basalto negro con instrucciones que Anen escribió para quien las encontrara. Porque la tablilla de Anen estaba escrita para el que la leyera. No para un sacerdote. No para un guerrero. Para el administrador que encontrara la cámara y entendiera las instrucciones.

Anen escribió para Khet sin saber su nombre. La ingeniería argathiana previendo no solo las estructuras sino a las personas que las usarían. La tablilla de basalto negro pesaba un kilo y medio. Khet la sostuvo con las dos manos. Las manos del administrador que ha contado grano, piedra y muertos, las manos que ahora sostenían un objeto que no era grano ni piedra ni muerto, sino algo para lo que no tenía categoría. El basalto estaba frío. Más frío que el aire de la cámara. La piedra negra absorbía calor pero no lo devolvía. El basalto tuviera su propia termodinámica.

Khet apretó. Los dedos blancos contra la piedra negra. El contraste visual de un ingeniero haciendo trabajo de sacerdote. Se quitó las sandalias. El suelo de la cámara estaba a dieciséis grados. Los pies descalzos registraron la temperatura como un escalofrío que le subió por los tobillos, las pantorrillas, las rodillas. Las plantas de los pies contra la roca lisa, roca que Anen pulió, roca que había sido tocada por las manos del ingeniero que diseñó todo esto para el momento exacto en que un administrador descalzo sostuviera una tablilla negra y dijera palabras que no entendía.

La invocación de Maat y Thoth era diferente a la china. No requería tonos ni frecuencias ni materiales. Requería una pregunta. Una sola pregunta hecha en voz alta en la cámara de Anen, con las

manos sobre la mesa de piedra. La tablilla de basalto era explícita: las manos deben tocar la piedra. El contacto es el canal. La piel contra la arenisca. El cuerpo del invocador conectado físicamente con la mesa que Anen construyó. La pregunta era: ¿Es verdad?

Dos palabras. Sin contexto. Sin objeto. ¿Es verdad qué? La tablilla no lo especificaba. La pregunta era abierta por diseño. Maat no responde a preguntas específicas. Maat responde a la pregunta fundamental. La pregunta que contiene todas las preguntas. Khet puso las manos sobre la mesa. Las palmas contra la piedra fría. Los dedos extendidos. Las manos de ingeniero callos en los nudillos del uso del compás, una cicatriz en el pulgar derecho de un accidente con cincel, las uñas cortas y limpias incluso ahora, incluso aquí, porque Khet se las cortaba cada tres días con un cuchillo de cobre porque la disciplina personal era lo último que controlaba.

La piedra de la mesa estaba fría. No la frialdad del aire subterráneo, una frialdad más profunda, del tipo que viene de dentro del material, de la estructura molecular de la arenisca que Anen talló. Los dedos de Khet se enfriaron en los primeros tres segundos. Las palmas en cinco. A los diez segundos, el frío le había llegado a las muñecas. Era información. La piedra le estaba diciendo algo a sus manos que sus manos no sabían cómo interpretar, pero que recibían una vibración baja, constante, que no era el calibrador de mercurio ni el movimiento de la tierra ni ninguna fuente mecánica identificable.

Era la mesa. La mesa pulsaba. Anen la construyó pulsando. Los demás estaban en calma. Tormund contra la pared izquierda, con los brazos cruzados y la espada descansando contra la pierna, no desenvainada, no lista, simplemente presente, el peso del acero

recordándole que era soldado aunque aquí el acero no servía. Nanoq en cuclillas junto a la puerta, las manos vendadas sobre las rodillas, los ojos rosados fijos en las manos de Khet sobre la mesa. Wen de pie, inmóvil, con la postura del que espera un resultado matemático, derecho, las manos detrás de la espalda, el peso distribuido en los dos pies.

Dzielk sentado en el suelo junto a Leonardo, con el cansancio de quien lleva semanas sin dormir suficiente, que ya se había resignado a que las rodillas le dolieran siempre. ¿Es verdad? Dos palabras. La voz no tembló. La voz de Khet era la misma que usaba para dar instrucciones de construcción, para pedir agua y para decir buenas noches. Una voz que no se inflaba para las ocasiones. Maat emergió con peso. No como viento ni como luz. Como gravedad. El suelo de la cámara se hundió tres milímetros cuando Maat llegó. Las plantas de los pies de Dzielk registraron el descenso, un ajuste sutil en los tobillos.

El aire se comprimió. Cada objeto en la sala se hizo más pesado. La tablilla de basalto, que Khet podía sostener con una mano, ahora necesitaba dos. La pluma de obsidiana de Leonardo rodó sobre el Voynich y cayó al suelo con un golpe que sonó a piedra contra piedra, no a obsidiana contra baldosa. Maat no tenía forma visible. Tenía presencia. La presencia de la verdad cuando no hay escape, no la verdad filosófica que se debate en academias, sino la verdad física, irreductible, la que dice que la piedra cae y el fuego quema y los muertos no vuelven.

Cada persona en la cámara lo supo al mismo tiempo: mentir era imposible. No prohibido, imposible. Las mentiras dejaban de existir en presencia de Maat. Las medias verdades se completaban solas.

Las omisiones se llenaban con lo que faltaba. El cerebro no podía producir falsedad porque la falsedad era incompatible con el campo que Maat generaba. Tormund abrió la boca para decir algo y lo que salió fue: Tengo miedo. No parecía lo que iba a decir. No se trataba de lo que quería decir. Pero era verdad. Y en presencia de Maat, solo la verdad era posible. Thoth llegó después. Silencioso. Sin presión, sin gravedad, sin efecto físico perceptible. Su presencia era la del cálculo, el orden que organiza los datos sin juzgarlos. Donde Maat aplastaba con verdad.

Thoth organizaba. Los números de la cámara, las medidas de las paredes, la cantidad de personas, la distancia entre objetos, la temperatura del aire, la presión atmosférica se volvieron visibles. Líneas de datos flotaban en el aire como telarañas de información. Números que Dzielk podía leer: 18.4°C, 1013 hPa, 7 personas, 114.3 m³, 23.7% O₂. El mundo cuantificado. Medido. Organizado. Maat detectó algo. La presencia giró, no físicamente, no había cuerpo que girara, pero la dirección de la presión cambió. Giró hacia Khet. Hacia todos. Hacia la pregunta que Khet había hecho. La verdad salió sin que nadie la pidiera. No como voz. No como texto. Como certeza inyectada directamente en la mente de cada persona presente:

ARCHON tiene razón. El flujo debería estar limpio.

Khet sintió la frase en los huesos. En el fémur y en las costillas y en el cráneo. No como opinión. No como argumento. Como hecho. Maat no opinaba. Maat declaraba verdad. Y la verdad era que ARCHON estaba haciendo lo que debía hacer. Los humanos eran error en el flujo de información. Las civilizaciones eran error acumulado. La corrección era correcta. ARCHON no era malvado. ARCHON no era nada. ARCHON ejecutaba la función para la que

existía, y esa función era la correcta. Tormund se agarró de la pared. Las piernas le fallaron. No por debilidad por la verdad. Si tiene razón, ¿para qué la invocamos? Thoth contestó. No con voz, con datos. Las líneas de información en el aire se reorganizaron.

Los números cambiaron. Las telarañas se reconfiguraron en un patrón nuevo que mostraba un cálculo diferente: ARCHON tenía razón. Pero tener razón no significaba ser la única opción. El flujo limpio era correcto. Pero los errores, los humanos, las civilizaciones, el ruido generaban complejidad. La complejidad generaba cosas que el flujo limpio no podía producir. Cosas que no tenían nombre en el lenguaje de ARCHON porque ARCHON no tenía lenguaje para lo que no debería existir. La verdad era doble. Thoth la mostró en dos columnas de datos paralelas que flotaban en el aire: ARCHON tenía razón. Y los humanos tenían razón en resistir. Las dos cosas eran verdad al mismo tiempo. La paradoja no era error, era la naturaleza del sistema.

Un sistema donde la corrección y el error coexisten porque ninguno puede existir sin el otro. Khet miró a Maat. A la presencia que aplastaba. ¿Podemos ganar?

La verdad no contestó esa pregunta. Porque la verdad no conocía el futuro. Solo el presente. Y el presente decía: todavía no. ## 024 [A|H|N]

INVOCACIÓN VIKINGA

Tormund no se arrodilló.

La tablilla asgardiana de cuarzo no pedía que se arrodillara. Pedía que se pusiera de pie, que levantara un arma, y que dijera un

nombre. El nombre del dios, no el del invocador. Porque en la tradición asgardiana, el que invoca no importa. El que invoca es el vehículo. Lo que importa es a quién se llama. Los asgardianos no suplicaban a sus dioses. Los convocaban. La diferencia es la postura: uno se arrodilla para suplicar y se pone de pie para convocar. Y la diferencia en la postura produce una diferencia en la voz. La voz del que suplica es blanda, ascendente, termina en pregunta.

La voz del que convoca es plana, descendente, termina en nombre. Tormund había convocado antes. Dos veces. La primera a los dieciséis años, cuando la iniciación de guerrero exigía que el candidato se pusiera de pie frente a una hoguera y dijera el nombre del dios que elegía como testigo de su primera batalla. Tormund eligió a Tyr. No por valentía, sino por geometría. Tyr era el dios del orden marcial, de las formaciones que funcionan, de las líneas que aguantan. Tormund no era un berserker que cargaba solo contra la línea enemiga. Era un general que dibujaba ángulos en la arena con un palo y calculaba cuántos hombres cabían en cada flanco.

La segunda convocación fue en los Pirineos, cuando once mil soldados necesitaban cruzar un paso de montaña que el hielo había sellado. Tormund se puso de pie sobre una roca y dijo el nombre. El hielo no se derritió, pero los soldados cruzaron. La fe funciona cuando la fe hace que los pies se muevan. Tormund se puso de pie despacio. Las rodillas le crujieron con un sonido seco, doble, que rebotó en las paredes de la cámara.

Las rodillas de un hombre que había marchado once mil soldados desde los Pirineos hasta el desierto egipcio y que cargaba el peso de cada kilómetro en el cartílago de las articulaciones. Le dolían desde hacía semanas. Un dolor sordo que ignoraba con la práctica del

soldado que ignora todo lo que no sangra. Lo que sangra se atiende. Lo que duele se carga. La espada asgardiana pesaba seis kilos. Acero forjado en las montañas de Vindgar con carbono de hueso y temple de agua de glaciár. La técnica que Thyra perfeccionó y que sus descendientes mantuvieron con la fidelidad del artesano que copia lo que funciona sin entender por qué funciona.

La hoja era más ancha que una espada convencional, cuatro dedos de ancho en la base, afinándose hasta dos en la punta. El filo era irregular a propósito. No estaba diseñada para cortar limpio, sino para rasgar, para arrancar, para abrir heridas que no se cerrarían. Una espada de campo de batalla hecha para cuerpos humanos. Tormund la levantó con una mano, la mano de la espada, la mano que había levantado esa hoja y otras antes que esa, mil veces en entrenamientos y seis veces en combate real.

La tablilla de cuarzo estaba en el suelo frente a él. Del tamaño de la palma de una mano, translúcida, con runas talladas en la superficie que brillaban con la luz de las antorchas como si la piedra tuviera fuego adentro. Tormund no sabía leer las runas. Ese conocimiento pertenecía a los sacerdotes asgardianos, una casta que se extinguió dos generaciones antes de que él naciera. Pero sabía pronunciar el nombre. Todos los guerreros asgardianos sabían pronunciar el nombre. Se aprendía antes de aprender a sostener una espada.

Se pronunciaba antes de la primera batalla. Se llevaba en la boca como una piedra que no se traga ni se escupe. Tormund se puso de pie con la espada asgardiana en la mano derecha y la tablilla de cuarzo en la izquierda. La tablilla pesaba dos kilos, cuarzo blanco translúcido con vetas de mica que brillaban bajo la luz de las

antorchas como estrellas atrapadas en hielo. Los asgardianos forjaron sus tablillas en cuarzo porque el cuarzo es piezoeléctrico: la presión mecánica genera carga eléctrica. Apretar la tabilla era activarla.

La fuerza del agarre era la frecuencia de la señal. Tormund apretó. Los músculos del antebrazo izquierdo se marcaron bajo la piel, venas, tendones, fibras musculares visibles como cuerdas en una máquina de tracción. El cuarzo crujió. No se rompió, crujió con el sonido de la estructura cristalina reordenándose bajo presión. Un sonido agudo, limpio, que cortó el aire de la cámara como una nota de diapason.

El sonido le llegó a Dzielk en los dientes. Nanoq se tapó las orejas. Khet cerró los ojos. Leonardo escribió. La espada asgardiana en la mano derecha no era para cortar. Era para conducir. Los asgardianos forjaban sus espadas con aleaciones que los metalurgistas posteriores llamarían wootz acero con nanopartículas de cementita que formaban patrones de bandas visibles en la hoja. Los patrones no eran decoración. Eran circuitos. Cada banda de cementita conducía la señal piezoeléctrica del cuarzo a través de la hoja hasta la punta, la punta de la espada se convertía en antena.

Tormund no sabía la física. Sabía que apretando la piedra y levantando la espada y diciendo el nombre, la señal se enviaba. Ingeniería reversa convertida en ritual convertida en costumbre convertida en fe. Tormund levantó la espada. La punta hacia el techo de la cámara. El techo era roca, roca sólida, tres metros de arenisca compactada entre la cámara y la superficie. No importaba. La señal del cuarzo no necesitaba línea de vista. La señal viajaba por la roca con la misma facilidad que viajaba por el aire.

Admitió el nombre. Convocar. Tormund se puso de pie. Las botas contra la piedra de la cámara. La espalda recta, dolorida, con la vértebra lumbar que le molestaba desde la segunda semana en los túneles, pero recta. Levantó la espada, la última espada asgardiana que todavía cortaba, la que había traído desde Vindgar, la que había matado Formas, cortado piedra, raspado hielo, seguía afilada porque estaba hecha con el acero que recordaba.

El acero asgardiano. La hoja le pesaba en la mano derecha, pesaba el doble de lo que debería, porque el acero recordaba cada golpe, cada corte, cada uso, y la memoria tiene peso. Freija. Tyr. Dos nombres. Sin ceremonia. Sin tono. Arriba, sin ritual. Detrás, sin preparación. Sin ceniza ni agua ni pluma de quetzal. Los asgardianos no hacían ritual. Hacían declaración. La declaración era suficiente. Si el dios escucha, viene. Si no escucha, el guerrero muere de pie.

Freija llegó furiosa. La furia no era abstracta, no era concepto, no era emoción flotante. Era calor. La cámara subió diez grados en dos segundos. De dieciocho a veintiocho. El sudor brotó en la frente de todos simultáneo, instantáneo, los poros abriéndose por orden externa.

El barro de las paredes se secó y agrietó con un sonido de porcelana rota en cámara lenta. Crac. Crac. Crac. Cada grieta una línea que se abría en el sellante milenario. El agua de la cisterna más cercana a quince metros por el pasillo del norte empezó a hervir. Nadie la vio hervir, pero todos la escucharon: el borboteo grave del agua que rompe los cien grados y escupe burbujas contra las paredes de piedra.

El vapor llegó por el pasillo en una lengua caliente que les mojó la nuca. Los soldados de Tormund que estaban de guardia en el

corredor retrocedieron tres pasos sin que nadie diera la orden. El calor les empujó la piel de la cara hacia atrás, no, pero la sensación era esa: la cara tirante, los pómulos expuestos, los labios secos en un segundo. La furia de Freija era la furia de alguien que se despierta y descubre que su pueblo fue destruido mientras dormía.

No la furia del guerrero, la furia de la madre. La furia que no busca pelear sino castigar. Freija no tenía forma. Tenía temperatura. Y la temperatura decía: “odio lo que pasó”. Tyr llegó calculando. Donde Freija era emoción convertida en calor, Tyr era geometría convertida en disciplina. Su presencia reorganizó la cámara sin mover nada, no físicamente, los objetos no se desplazaron, las personas no cambiaron de posición.

Pero algo cambió en la forma en que los cuerpos se relacionaban con el espacio. Los soldados de Tormund que estaban en el pasillo se pusieron en formación sin que nadie diera la orden. Sin voz. Sin gesto. Sin señal. Los cuerpos respondían a Tyr antes que las mentes. Disciplina inyectada directamente en los músculos, en las articulaciones, en la propiocepción. Los soldados se alinearon porque Tyr era alineación.

Tyr evaluó. Las fuerzas disponibles: ochocientos soldados con espadas, seis líderes, ocho dioses, tres mil quinientos civiles. Las posiciones: subterránea, sin línea de visión, sin terreno alto. Las probabilidades Thoth ya las tenía calculadas en sus telarañas de datos, y Tyr las leyó en el aire como quien lee un informe. Su justicia era matemática, no moral, no sentimental, no humana. Matemática.

Y la matemática decía que las fuerzas disponibles eran insuficientes para una confrontación directa con ARCHON. Pero la matemática también decía que la confrontación directa no era la

única opción. Tyr reorganizó. Los ochocientos soldados de Tormund dejaron de ser ejército. La formación cambió no gradual, instantánea. Los grupos de veinte se convirtieron en grupos de tres. Las líneas se rompieron en puntos. La masa se dispersó en partículas.

Ejército se convirtió en guerrilla. Cada grupo con una función específica que Tyr asignó sin palabras: grupo uno retrasar flanco norte. Grupo dos desviar atención. Grupo tres confundir patrón de avance. Cada soldado sabía su función sin que nadie se la dijera. La sabían en los músculos. Dzielk observó la transformación desde el pasillo. Los soldados, hombres y mujeres que una hora antes estaban sentados contra las paredes con la fatiga de semanas bajo tierra, comiendo grano frío y bebiendo agua de cisterna, ahora se movían con una coordinación que no era humana.

No robótica, orgánica, pero de otro orden. Cada grupo de tres se posicionó sin hablar, sin mirarse, sin señal. Los pies en el suelo con la separación exacta. Las manos en las armas con el ángulo correcto. La respiración sincronizada, los tres miembros de cada grupo inhalando y exhalando al mismo tiempo, no porque lo decidieran, sino porque Tyr los había convertido en un sistema y los sistemas sincronizan. Nanoq se paró al lado de Dzielk.

La guardiana antártica miraba a los soldados con los ojos rosados abiertos, la primera vez que Dzielk la veía sin parpadear. Nanoq entendía lo que estaba pasando porque las frecuencias eran su lenguaje. Lo que Tyr hacía era sincronización, era armonía impuesta sobre un sistema caótico, era lo mismo que las pirámides antárticas hacían con las oscilaciones de la Tierra. Solo que Tyr lo hacía con personas.

Es como afinar - dijo Nanoq. La voz rasposa de tres noches sin dormir. Las vendas de las manos sucias de polvo, de sangre seca. ¿Afinar qué? Todo. Tormund miró a Tyr o miró la presencia que era Tyr, la geometría invisible que reorganizaba su ejército sin consultarle.

Reconoció lo que las sagas describían y ningún vikingo vivo había visto: la justicia que no requiere masa. Que requiere precisión. La justicia del bisturí, no de la maza.

Guerrilla - admitió Tormund. La palabra le salió con sorpresa. Los vikingos atacaban en masa, en línea, con la fuerza bruta del número y el acero. Guerrilla era lo opuesto. Guerrilla era renunciar a la masa y apostar por el movimiento. La presencia de Tyr confirmó. No con palabras. Con la formación que los soldados adoptaron sin pensarlo. Tres por grupo. Móviles. Silenciosos. Letales en el punto exacto y ausentes en todos los demás. Tormund bajó la espada. El peso del acero en la mano derecha. La geometría de Tyr en los músculos. La furia de Freija en la temperatura del aire. Sería suficiente o no sería suficiente. La matemática de Tyr no prometía victoria. Prometía la mejor configuración posible con los recursos disponibles. La diferencia entre las dos cosas era la diferencia entre esperanza y cálculo. Tormund prefería el cálculo.

Se sentó en el suelo de la cámara con la espada sobre las rodillas y la tablilla de cuarzo apagada. La carga piezoeléctrica disipada, la tablilla reducida a piedra bonita.

Las manos le temblaban. No por miedo, sino por el esfuerzo. Apretar cuarzo durante la invocación había sobrecargado los músculos del antebrazo izquierdo. Los flexores de los dedos estaban acalambrados, los dedos curvados en la posición de agarre que no

podía soltar voluntariamente. Tormund se masajeó la mano izquierda con la derecha. Dedo por dedo. Forzando la extensión contra el calambre. Cada dedo protestando con un dolor eléctrico que le subía hasta el codo. La cicatriz de la nariz le picaba. Siempre le picaba después de la tensión. La piel cicatricial respondiendo al aumento de cortisol con picazón.

Se rascó. La costra se movió. No la arrancó. La disciplina del vikingo que sabe que las costras se caen solas cuando están listas y que arrancarlas antes deja marcas peores.

*# 025 [A|L|N]

INVOCACIÓN ATLANTE

La sacerdotisa mesoamericana se llamaba Citlali. Tampoco era sacerdotisa por vocación; la vocación es un lujo de los tiempos en que uno puede elegir. Citlali era ingeniera hidráulica. Diseñaba canales de irrigación con pendientes calibradas al milímetro. Los canales que diseñó alimentaban tres valles, sistemas de irrigación que usaban la pendiente natural del terreno para distribuir agua sin bombas, sin motores, sin nada que requiriera energía externa. Gravedad, geometría. Las dos herramientas más antiguas del mundo.

Pero hoy Citlali no calculaba pendientes. Hoy sostenía un cuchillo de obsidiana, un cuenco de barro cocido y repetía las palabras que su abuela le enseñó cuando tenía siete años. Las palabras no tenían traducción al idioma que los descendientes atlantes hablaban ahora eran sonidos puros, cadencias que se transmitían de boca a oído sin pasar por el significado. La abuela de Citlali se las enseñó sentadas en el suelo de la casa junto al canal principal, con los pies en el agua

fría y los mosquitos zumbando alrededor. “Cuando las repitas,” - dijo la abuela, “te va a doler la garganta. Eso es correcto. Si no duele, estás pronunciando mal.” La garganta de Citlali dolía. Los sonidos eran guturales, con consonantes que vibraban en la laringe como cuerdas mal afinadas. La cámara olía a incienso de copal, resina de árbol que Citlali trajo desde la aldea atlante, guardada en un saquito de tela que cargó durante seis días de caminata. El copal se quemaba en un brasero de cobre que Khet le prestó. El humo subía en espiral y se pegaba al techo de piedra, formando una capa gris que absorbía la luz de las antorchas.

En la penumbra del humo, los rasgos de Citlali se desdibujaban; la nariz ancha, las mejillas anchas, los ojos negros y alargados de la herencia mesoamericana. Parecía más vieja en la penumbra. O más antigua. La diferencia importaba. Citlali calculaba pendientes con un nivel de agua, un tubo de cobre lleno de agua con marcas cada milímetro y un cordel con un peso de plomo. El error máximo de sus cálculos era de medio milímetro por metro de canal. Medio milímetro. La diferencia entre un canal que funciona y un canal que se desborda está en ese medio milímetro.

Ahora las manos que calculaban pendientes sostenían un cuchillo de obsidiana. Las manos de la ingeniera recicladas en manos de sacerdotisa. Las mismas manos. Diferente herramienta. Diferente cálculo. Heredó el cargo de sacerdotisa cuando la sacerdotisa anterior, una mujer de setenta años llamada Ixchel, como la diosa, porque los mesoamericanos no temían a la coincidencia, murió durante la corrección de la costa. Las Formas revertieron la playa donde Ixchel hacía la ceremonia matutina. La arena se convirtió en roca.

La roca se convirtió en mineral. La sacerdotisa se convirtió en nada. La ingeniería y el sacerdocio mesoamericano compartían base: precisión, cálculo, medición del mundo invisible. Lo que los ingenieros hacían con agua medir caudal, calcular presión, dirigir flujo, los sacerdotes lo hacían sin nombre técnico para el medio, pero con la misma lógica de fluidos. Canales. Presiones. Equilibrios. La diferencia era el medio, no el método. Citlali leyó la tablilla de obsidiana. Era la más compleja de las cinco.

Seis invocaciones en una. Seis dioses que debían ser llamados simultáneamente, no en secuencia, sino al mismo tiempo, las seis voces superpuestas para que tres se fusionaran en la Diosa Luna y dos se fusionaran en el Dios Sol. El costo estaba escrito en la tablilla con una caligrafía diferente al resto, más tosca, más urgente. Las letras más grandes, los trazos más profundos en la obsidiana, el que escribió esa parte lo hizo con prisa. O con miedo. O con las dos cosas, que en el momento del cincel son la misma. *Los dioses individuales dejan de existir. La fusión es irreversible. Lo que emerge no recuerda lo que fue.*

Citlali reunió a los supervivientes mesoamericanos. Doscientas personas apretadas en un tramo de túnel que olía a grano húmedo, a pies descalzos. Les explicó lo que iba a hacer. Les explicó el costo, el costo escrito, el costo probable, que incluía su propia vida y la transformación irreversible de seis dioses en dos fuerzas sin memoria. Les preguntó si alguno tenía objeción. Nadie objetó. Los descendientes de Atlantis no objetaban las decisiones técnicas. El orgullo atlante, lo que quedaba de él, después de que las pirámides fueron escombros y los canales fueron polvo, decía: si hay que

hacerlo, se hace. La objeción es debilidad. La debilidad es demora. La demora es muerte.



La invocación fue violenta. Citlali usó obsidiana. Seis cuchillos de obsidiana negra dispuestos en hexágono sobre la mesa de piedra, la misma mesa partida por el peso de Maat, ahora con la grieta central como eje del hexágono. Cada cuchillo representaba un dios. Cada cuchillo tenía que ser manchado con sangre del invocador. No cinco mililitros. Más. Citlali se cortó la palma seis veces. Una por cada dios. Seis cortes paralelos en la palma izquierda, del nacimiento de cada dedo a la muñeca. La obsidiana cortó antes de que Citlali sintiera que cortaba el filo molecular de la obsidiana separando tejido con la limpieza de un láser.

La sangre salió inmediata. Roja oscura. Las seis líneas paralelas sangrando en sincronía, como una mano que llora por seis heridas. La sangre corrió por los canales tallados en la mesa, canales que Anen talló milenios antes, canales que conectaban los seis puntos del hexágono con la grieta central y conectó los seis cuchillos en un circuito cerrado de sangre humana. Citlali empezó las seis invocaciones. Simultáneas. Seis nombres dichos al mismo tiempo, la boca produciendo sonidos que no deberían ser simultáneos, seis frecuencias superpuestas que salían de una sola garganta con la técnica del canto difónico que los atlantes heredaron de una civilización anterior que ya nadie recordaba.

Leonardo dejó de escribir. Las seis frecuencias le cruzaron el cráneo en direcciones diferentes, cada una con un color que solo él veía, cada una con una temperatura que solo él sentía. La más grave le presionó la base del cuello. La más aguda le cortó una línea blanca

horizontal en el campo visual. Las cuatro intermedias le temblaron en los dientes, en las costillas, en los huesos de las manos. Cerró los ojos. Los abrió. Siguió escribiendo con la mandíbula apretada. Selene llegó primera. Fría. La temperatura de la cámara que Freija había subido a veintiocho grados bajó a ocho en tres segundos.

El sudor de Freija se congeló en la frente de los que estaban cerca. Cristales de hielo en las cejas. La temperatura de la cámara fluctuaba con cada invocación como el pulso de un corazón que bombea elementos en vez de sangre. La primera invocación, Kukulkán, dejó el aire espeso y húmedo, con el olor del bosque tropical después de la lluvia, la humedad condensándose en las paredes de piedra como sudor de la roca. Cerca de ahí, la segunda, Ixchel, trajo luz que no venía de las antorchas, una fosforescencia azul que se pegó a las superficies mojadas y tardó horas en desaparecer.

Arriba, la tercera, Maat, agregó peso. Peso literal. Todos los que estaban en la cámara sintieron que la gravedad aumentaba durante los treinta y siete minutos que duró el ritual, los hombros más pesados, las rodillas más flexionadas, el esfuerzo de mantenerse de pie multiplicado por un factor que nadie pudo medir pero que todos sintieron en los cuádriceps y en los maseteros apretados. Cada invocación dejó un residuo. Las cuatro se acumularon. La cámara ahora contenía cuatro capas de residuo superpuestas: humedad, luz, peso, frío que interactuaban entre sí de formas que nadie había previsto.

El hielo de Freija se formaba sobre la humedad de Kukulkán, se iluminaba con la fosforescencia de Ixchel y pesaba más de lo que el hielo debería pesar por la gravedad incrementada de Maat. El resultado era un entorno que no existía en ningún ciclo natural. Una

cámara donde cuatro climas coexistían. Cuatro condiciones atmosféricas ocupando el mismo volumen de aire. Dzielk respiraba por la boca. La nariz se le había sellado, los cornetes nasales inflamados por la alternancia de calor y frío y presión. Respirar por la boca le secaba la garganta. La saliva se espesaba. Cada trago era un esfuerzo que producía un chasquido seco en la faringe. Escarcha en el vello de los antebrazos. Hécate llegó segunda. Penumbra. Las lámparas de aceite del pasillo se apagaron, no las llamas, las mechas. La cera se solidificó. La luz de Ixchel parpadeó por primera vez desde la invocación, un parpadeo breve, un cuarto de segundo de oscuridad, suficiente para que todos en la cámara recordaran lo que era no ver. Artemisa llegó tercera.

Movimiento. El aire se llenó de movimiento. No pies, no patas, no cuerpo. Más rápido, más silencioso, más animal que cualquier animal. No se veía. Se sentía en la corriente de aire, en el desplazamiento de las partículas, en el pelo de los brazos que se erizaba. Las tres colisionaron. El sonido fue lo peor. No era como grito humano, los humanos no producen ese sonido. No constituía rugido animal, los animales no rugen así. Era el sonido de tres identidades siendo comprimidas en una. Tres existencias separadas, frío, oscuridad, movimiento fundiéndose en algo que no fue ninguna de las tres pero que contenía las tres.

El sonido de la fusión era un aullido que no tenía frecuencia fija, subía, bajaba y se fragmentaba y se recomponía, un sonido fractal que se repetía a sí mismo en escalas cada vez más pequeñas. Los humanos en la cámara se taparon los oídos. No ayudó. El sonido no entraba por los oídos. Entraba por los huesos. Por el esternón, las costillas y la mandíbula y el cráneo. Luna emergió. Fría. Enorme.

Gravitacional. Su presencia tiraba de todo hacia ella, no metafóricamente, físicamente. Las tablillas se deslizaron sobre la mesa. Los soldados de Tormund se inclinaron hacia la fuente de gravedad. El polvo del suelo se levantó y orbitó partículas diminutas girando en espiral alrededor de un centro que no se veía. Después, Helios. Calor nuclear. El aire se ionizó. El pelo de los que estaban cerca se erizó con electricidad estática, cada cabello separándose de los demás, cada folículo cargado. Apolo. Luz. No la luz reveladora de Ixchel, luz que quemaba, que cegaba, que no dejaba esconderse. Una luz que buscaba los rincones y los llenaba y los vaciaba de sombra. Los dos colisionaron. Menos sonido esta vez más presión. El suelo de la cámara se agrietó. La mesa de piedra, ya partida por Maat, se partió de nuevo en cuatro cuartos. Los cuchillos de obsidiana temblaron sobre los fragmentos de mesa. Sol emergió, caliente y cegador. Luna y Sol se encontraban en la misma cámara, la gravedad tirando en una dirección y el calor empujando en la otra. Los humanos estaban atrapados en el medio, aplastados por Luna y quemados por Sol. El cuerpo recibía instrucciones contradictorias de la física: comprimirse y expandirse al mismo tiempo.

Citlali se desmayó y cayó hacia adelante, su cara contra la mesa rota. Las seis heridas en sus palmas seguían sangrando, la sangre goteando entre los fragmentos de piedra en busca de los canales que ya no existían porque la mesa estaba rota. Ocho dioses estaban en una cámara subterránea en Egipto, ocho fuerzas que los humanos habían sellado hace milenios porque el costo era demasiado alto. El costo seguía siendo demasiado alto, pero la alternativa era peor. La alternativa era la limpieza.

Citlali se miró las palmas vendadas. La sangre se había filtrado a través del lino y formaba mapas en la tela, líneas oscuras que se ramificaban como los canales que ella misma diseñaba. La ironía no le pasó desapercibida. La sangre seguía las líneas de menor resistencia en la tela como el agua que sigue las líneas de menor resistencia en la tierra. Hidráulica del sacrificio.

Leonardo registró la invocación atlante en el Voynich con trazos rápidos. La pluma de obsidiana raspaba el pergamino con urgencia, no por miedo sino por el volumen de información que había que registrar. Los cuatro dioses invocados antes del atlante habían producido efectos individuales: Luna, gravedad; Sol, calor; Kukulkán, viento; Thor, electricidad. El dios atlante, el que emergió cuando Citlali se cortó las palmas sobre la tablilla de jade verde, no producía un efecto individual. Producía resonancia, amplificando a los otros cuatro.

Los cuatro dioses anteriores existían como frecuencias individuales. El quinto los sintonizaba, como un diapasón que hace sonar a los otros diapasones de la misma nota sin tocarlos. La cámara de Anen temblaba. Las paredes de roca absorbían la resonancia y la devolvían multiplicada, la geometría de la cámara actuando como caja de resonancia. Anen sabía que el viejo lo había planificado todo, incluyendo la acústica de la cámara del sacrificio. La alternativa era ARCHON terminando el trabajo. ## 026 [A|L|N]

LA BATALLA

Los dioses subieron a la superficie. No por decisión, sino por necesidad. La cámara de Anen no los contenía. Ocho fuerzas

comprimidas en un espacio de diez metros por diez metros producían distorsión. La piedra se curvaba, las paredes rectas de la cámara se doblaban hacia adentro con la presión gravitacional de Luna y se expandían hacia afuera con la presión térmica de Sol. El aire se licuaba, no se condensaba.

Gotas de nitrógeno líquido cayendo del techo como lluvia invertida. El mercurio del calibrador tres salas más allá empezó a hervir.

Los técnicos que vigilaban la cámara del calibrador salieron corriendo, no por orden, no por protocolo, por instinto. El instinto del animal que sabe que el mercurio no hierve. Nunca. En ninguna circunstancia terrestre. El punto de ebullición del mercurio es trescientos cincuenta y siete grados. El calibrador estaba a temperatura ambiente. El mercurio hervía de todas maneras. Las burbujas subían del fondo del cilindro de basalto con un sonido que no era el borboteo del agua hirviendo, era un silbido agudo, metálico, que les perforó los tímpanos a los técnicos antes de que llegaran a la escalera.

Uno de ellos se tapó los oídos. El otro no estaba demasiado ocupado corriendo. Los dos sangraban de la nariz cuando llegaron al nivel superior. El que se tapó los oídos tenía sangre también en el canal auditivo, un hilo fino que le bajaba por la mandíbula y le goteaba en el cuello de la camisa. La membrana timpánica del oído izquierdo había cedido. No dolía todavía, el dolor llegaría en veinte minutos, cuando la adrenalina bajara y el nervio auditivo empezara a transmitir la señal de daño.

Una quietud parcial que desequilibraba el mundo llegando solo por el oído derecho, desplazado, incompleto, la dirección del sonido

abolida. El técnico se apoyó contra la pared, vomitó. No por el dolor, por el vértigo. El oído interno controla el equilibrio. El oído interno estaba roto. El suelo se inclinaba hacia la izquierda, aunque el suelo era horizontal. Las paredes giraban, aunque las paredes estaban quietas. El cuerpo registraba que algo estaba mal, pero no qué, y la respuesta automática del organismo confundido era vaciarse.

La piedra de la cámara de Anen se fracturó. No se rompió, se fracturó. La diferencia es que la ruptura es violenta y la fractura es lenta. Las grietas aparecieron en las paredes con la parsimonia de un proceso geológico acelerado mil veces. Líneas negras que se extendían desde el suelo hasta el techo, ramificándose en patrones que parecían raíces o relámpagos o las dendritas de un nervio vistas bajo microscopio.

El polvo de piedra cayó en la cámara en una lluvia fina que le cubrió el pelo a Khet y los hombros a Tormund y las páginas abiertas del Voynich que Leonardo protegió con el cuerpo, doblándose sobre el manuscrito con la postura del que protege algo más valioso que sí mismo.

Burbujas de vapor de mercurio subiendo de la superficie plateada con un borboteo tóxico.

Khet ordenó evacuación del nivel inferior. La voz del ingeniero cortando el caos con la eficiencia de un bisturí cortando tejido. Tres mil quinientas personas subiendo por túneles que temblaban. Los niños lloraban, el llanto agudo de los niños que no entienden pero que sienten en el cuerpo que algo está mal. Los viejos se arrastraban, apoyándose en las paredes que temblaban. Los soldados vikingos cargaban a los que no podían caminar, un soldado por cada viejo, el viejo sobre el hombro del soldado con la dignidad abolida por la

urgencia. La disciplina de Tyr los movía sin orden verbal, sin grito, sin formación visible. Solo cuerpos que se desplazaban con la eficiencia de algo reorganizado desde dentro.

Los dioses salieron por el hueco de ventilación principal, el conducto de tres metros de diámetro que conectaba los túneles con la superficie. No caminaron, emergieron. Kukulkán como viento que destrozó la cobertura de barro del hueco, el sellante de tres centímetros de espesor que los técnicos habían aplicado para aislar los túneles del calor de la corrección. El barro explotó hacia arriba en fragmentos del tamaño de un puño. Los fragmentos giraron en el aire, formando un vórtice, no cayeron, orbitaron, atrapados en el campo de rotación del dios del viento.

Tres técnicos que estaban sellando el ducto superior fueron empujados contra las paredes del túnel por la presión del aire desplazado. Uno se rompió la clavícula contra el borde de piedra. No, gritó el ruido del viento era tan fuerte que un grito no habría sido audible ni para el que gritaba. Los pedazos de sellante volaban en espiral. Ixchel como luz que convirtió la noche en mediodía, la superficie de Egipto iluminada de golpe, las sombras desapareciendo. Maat como peso que hundió el terreno alrededor del hueco, un cráter de tres metros de profundidad formándose en segundos.

Thoth como datos que reorganizaron las partículas del aire en líneas visibles de información. Freija como calor que secó el desierto en un radio de cien metros, el último rastro de humedad evaporándose con un siseo. Tyr como geometría que alineó las piedras del suelo en formación de combate, piedras sueltas deslizándose solas hasta formar líneas paralelas. Luna como

gravedad que atrajo las nubes desde el horizonte, nubes que convergieron sobre la posición como un embudo invertido. Sol como fuego que las evaporó antes de que llegaran.

Desde los túneles, los refugiados sintieron el suelo moverse. No un terremoto, algo diferente. Un terremoto sacude lateralmente, esto empujaba hacia arriba. La presión de ocho dioses sobre la superficie del desierto levantando el terreno como una olla de presión que busca la salida del vapor. Los niños lloraron. Los adultos los agarraron. Khet bajó la escalera principal contando cabezas, un reflejo del administrador que no puede parar de contar ni en medio de un cataclismo. Tres mil trescientos cuarenta y uno.

Todos vivos. Todos aterrados. Todos sintiéndose pequeños bajo la presión de fuerzas que los sobrepasaban con el margen de lo inconmensurable. Las paredes del túnel crujieron. Fisuras nuevas aparecieron en la piedra caliza, líneas finas que se ramificaron como raíces, subiendo desde el suelo hasta el techo. Polvo de piedra cayó sobre las cabezas. Los ingenieros mesoamericanos evaluaron la estabilidad estructural con las manos contra las paredes, la técnica del que mide la frecuencia de la roca por el temblor que le transmite a las palmas.

Las paredes aguantaban. Los refuerzos de Anen funcionaban. Los arcos de soporte distribuían la presión lateral sin colapsar. El viejo ingeniero argathiano había calculado para esto. Calculó para ocho dioses peleando sobre su techo. La superficie de Egipto corregida, plana, borrada por ARCHON se convirtió en campo de batalla.

**

ARCHON respondió en treinta segundos. Las Formas emergieron. Miles. No las Formas lentas de la primera corrección,

aquellas tardaban minutos en formarse, en levantarse, en avanzar. Versiones nuevas. Más rápidas emergían del suelo en tres segundos, completas, funcionales. Más densas, no solo roca y tierra, sino metal, sal cristalizada, vidrio fusionado, todo material disponible en el terreno corregido reciclado como materia prima para las Formas. ARCHON había aprendido. De Europa. De China. De cada minuto de combate contra las espadas asgardianas y la pólvora china.

Las Formas nuevas tenían articulaciones. Se doblaban. Se adaptaban. Las Formas no avanzaban, rodeaban. Un perímetro circular que se cerraba alrededor de los dioses con la precisión de un protocolo que ya había calculado las variables. Sin prisa. Sin error. Sin espacio entre cada Forma y la siguiente. Kukulkán atacó primero. El viento cortó una ráfaga horizontal de ciento ochenta kilómetros por hora dirigida contra el perímetro norte. Las Formas de roca se fragmentaron. Piedra partida en pedazos que volaban contra las Formas de atrás.

Pero las de metal resistieron. El viento de Kukulkán las deformaba, doblaba los brazos articulados, abollaba las superficies sin destruirlas. Se doblaban. Se reconfiguraban. Se levantaban. Ixchel iluminó los puntos débiles. Cada Forma tenía uno, un nodo de reorganización donde la estructura completa dependía de una sola conexión. Un punto donde la información que mantenía la Forma unida convergía. Bajo la luz de Ixchel, los nodos brillaban, puntos blancos del tamaño de un puño en la superficie oscura de cada Forma.

Tyr señaló. No con mano, con geometría. Los ochocientos soldados reorganizados en guerrilla supieron dónde golpear sin que nadie les dijera. Los grupos de tres se lanzaron contra los nodos. Las

espadas asgardianas encontraron los puntos exactos, el acero que recordaba cortando las conexiones que mantenían a las Formas integradas. Las Formas cayeron. Desarticuladas. Material inerte. Esta vez no se levantaron. Maat aplastó. Su peso hundió secciones enteras del terreno, el suelo corregido colapsando bajo la presión gravitacional de la verdad, enterrando Formas bajo metros de tierra compactada con la eficiencia de un funeral instantáneo.

Freija quemó. El calor derritió las Formas metálicas en charcos humeantes que solidificaban en formas inútiles, metal fundido que se enfriaba en configuraciones aleatorias que no servían para nada. Luna atrajo. Las Formas del perímetro sur se despegaron del suelo, tres metros, cinco metros, diez metros en el aire flotando hacia el centro gravitacional de Luna. Chocaron entre sí en el aire. Metal contra roca. Sal contra vidrio. Se fragmentaron en la colisión. Sol fundió. Todo lo que Luna acumulaba en su órbita gravitacional, Sol lo convertía en plasma.

Gotas incandescentes de materia fundida cayendo del cielo como una lluvia de estrellas microscópicas. La batalla era un infierno de viento, luz, peso, calor, gravedad y fuego. Los soldados de Tormund peleaban entre los dioses, esquivando ráfagas de Kukulkán que los habrían partido en dos, rodeando los cráteres de Maat que se abrían sin aviso, corriendo entre las líneas de datos de Thoth que flotaban en el aire como cables invisibles. La guerrilla funcionaba. Tres personas por grupo. Un vikingo con espada, un ingeniero mesoamericano con cuchillo de obsidiana, un técnico egipcio con la función de observar los nodos.

Golpear. Moverse. No mirar atrás. Las Formas morían por miles. Y por miles volvían.

**

La batalla duró once horas. Al final de la tercera hora, los dioses habían destruido más de diez mil Formas. ARCHON generaba doce mil nuevas por hora. La matemática de Tyr la tenía en líneas de datos que flotaban frente a Tormund: destrucción neta negativa. Cada hora, dos mil Formas más de las que podían destruir. Al final de la sexta hora, Kukulkán empezó a debilitarse. El viento cortaba menos, las Formas de roca se agrietaban pero no se fragmentaban. Liang ciego, sentado en la entrada del túnel con las cuencas vacías, las vendas húmedas de sangre diluida todavía respiraba. Pero más lento. Dieciocho respiraciones por minuto al inicio. Doce ahora. El canal que lo conectaba con Kukulkán e Ixchel se cerraba con cada respiración que tardaba más. Al final de la novena hora, Freija se apagó. El calor bajó. Las Formas metálicas dejaron de derretirse. El metal fundido de las bajas anteriores se solidificaba.

ARCHON lo reciclaba. Las Formas nuevas se construían con el metal de las Formas muertas. Reciclaje perfecto. Las bajas como materia prima. Luna, Sol seguían. La gravedad y el fuego eran las fuerzas más constantes, las que no dependían de un invocador humano, sino de la fusión irreversible que las creó.

Citlali estaba inconsciente en el túnel. Las heridas de sus palmas habían dejado de sangrar. Pero Luna y Sol no necesitaban su sangre. Ya existían por cuenta propia. Independientes. Autónomas. Fuerzas sin dueño. Tyr seguía calculando. Los soldados seguían peleando. Tormund había perdido cuarenta guerreros en once horas. No por las Formas, sino por el campo de batalla. Un soldado aplastado por la gravedad de Luna cuando se acercó un metro de más. Tres quemados

por Sol cuando el viento de Kukulcán los empujó hacia la zona térmica.

Dos enterrados por el peso de Maat cuando el suelo colapsó debajo de ellos. Los dioses no distinguían entre aliado y enemigo. Los dioses no distinguían. Al final de la hora once, ARCHON cambió de estrategia. Las Formas dejaron de emerger. El suelo dejó de producir. El perímetro se abrió. Las Formas existentes, las miles que todavía estaban en pie, se detuvieron. No se desactivaron. Se detuvieron. Inmóviles. En espera. Quietud. No la quietud de la victoria. El silencio de la recalibración. ARCHON estaba midiendo.

Evaluando. Procesando la nueva variable dioses dentro de su modelo de corrección. Actualizando parámetros. Calculando la respuesta óptima. Los dioses esperaron. Los soldados esperaron. Khet, en la entrada del túnel, esperó. Dzielk, sentado junto a Leonardo en la retaguardia detrás de un montículo de escombros que era lo más parecido a cobertura en una planicie corregida, no esperó. No va a funcionar, indicó. Leonardo no discutió. ## 027 [L|X|N]

LA ADAPTACIÓN

ARCHON adaptó en cuarenta minutos. Cuarenta minutos de silencio. Cuarenta minutos de Formas inmóviles en el perímetro. Cerca de ahí, cuarenta minutos de los dioses existiendo sin oposición, la gravedad de Luna atrayendo polvo, el calor de Sol evaporando la humedad residual. El viento de Kukulcán soplaba contra nada. Ahí, cuarenta minutos que ARCHON usó para procesar, recalcular, rediseñar. Cuarenta minutos en los que Leonardo escribió sin parar. Sentado en el suelo de la cámara de Anen con el Voynich

abierto sobre las rodillas y la pluma de obsidiana moviéndose con la velocidad del que sabe que cada segundo de registro es un segundo de existencia comprada.

Las manos le temblaban. No del cansancio de la velocidad. Escribía tan rápido que los tendones de la muñeca protestaban con un dolor punzante que le subía hasta el codo. La pluma de obsidiana rasgaba el pergamino en los giros más cerrados los caracteres náhuatl que requerían curva se escribían con líneas rectas. Aproximaciones angulares que sacrificaban caligrafía por velocidad. Khet estaba de pie junto a la pared de la cámara. Las manos detrás de la espalda. La postura del administrador que no puede administrar lo que está pasando pero que se niega a sentarse porque sentarse sería admitir que no tiene función.

Las grietas de la pared se habían estabilizado ya no crecían, pero no se cerraban. El polvo de piedra seguía cayendo en intervalos irregulares. Khet lo sentía en los hombros. Lo sacudía cada tres minutos con un gesto mecánico que se había convertido en tic. Tormund sostenía la espada. No la había soltado desde la invocación. La hoja estaba caliente, el acero había absorbido parte de la energía. La liberaba como calor. Tormund no la soltaba porque soltar la espada sería soltar lo único que entendía en esta cámara donde los dioses existían, ARCHON procesaba, Leonardo escribía y el mercurio hervía a temperatura ambiente.

Nanoq estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Inmóvil. Los ojos cerrados. Escuchando con todo el cuerpo los pies descalzos sobre la piedra fracturada, las palmas abiertas sobre las rodillas. Nanoq medía lo que pasaba de la única manera que sabía: con el cuerpo como instrumento. Escribió lo que veía, la superficie

visible a través del conducto de ventilación abierto. El cielo rojo de la batalla, los destellos de las frecuencias divinas chocando contra las frecuencias de corrección. Escribió lo que veía, la presión en los tímpanos, el sabor metálico en la lengua, la temperatura del aire subiendo y bajando con cada intercambio entre los dioses y ARCHON.

Pavlov se había subido al hombro de Leonardo. El gato sentado en el hombro derecho con las garras clavadas en la camisa. Las garras no penetraban la tela sino que se enganchaban en la trama, el gato anclándose al humano como se ancla un marinero al mástil. Las orejas del gato giraban como antenas, derecha, izquierda, arriba, atrás, cada rotación un ajuste de recepción. Pavlov captaba frecuencias que los oídos humanos no registraban. Los ojos amarillos estaban más dilatados de lo que Leonardo había visto nunca, las pupilas expandidas hasta el borde del iris, absorbiendo luz con la voracidad del sensor que detecta la señal final.

Las Formas nuevas no parecían Formas. Eran imposibles de ver. No invisibles, la invisibilidad implica que algo ocupa espacio sin ser visto. Las frecuencias de ARCHON no ocupaban espacio. Ocupaban el espectro. Llenaban las bandas de frecuencia que los dioses usaban para existir y las saturaban con ruido, ruido blanco. Ruido de corrección, la señal de borrado comprimida en las mismas frecuencias que las señales divinas. Los dioses empezaron a interferir consigo mismos. Luna y Sol, las dos fuerzas opuestas que equilibraban gravedad y calor, se cancelaron parcialmente cuando ARCHON inyectó una frecuencia exactamente contraria en el punto de contacto entre sus campos.

La cancelación fue parcial pero suficiente: Luna perdió el treinta por ciento de su masa gravitacional. Sol se enfrió siete grados. Los dos dioses seguían existiendo pero reducidos como un instrumento que pierde afinación y que toca las notas correctas con el volumen equivocado. Eran frecuencias. ARCHON dejó de usar materia y empezó a usar oscilación. El suelo no produjo soldados de roca ni estructuras de metal. Produjo ondas. Ondas que se propagaban por la tierra, le subieron a Dzielk por los huesos de los pies. Un temblor que trepó por los tobillos y las tibias y los fémures, por el aire, una presión que pulsaba en los tímpanos por cada medio disponible.

Ondas que no tenían forma visible pero que ocupaban espacio, que desplazaban aire, que interferían con todo lo que encontraban. Las ondas no destruían. Cancelaban. La primera onda llegó a 14 hertzios infrasonido, por debajo del rango auditivo. Dzielk no la escuchó. La sintió. Un malestar en el estómago que subió al pecho en dos segundos. Náusea sin origen digestivo. El infrasonido excitaba los órganos internos, el estómago, los intestinos, los pulmones, haciéndolos vibrar a la frecuencia de la onda.

Los soldados más cercanos al perímetro vomitaron. No por miedo, no por debilidad, por física. A 14 hertzios el cuerpo humano se convierte en caja de resonancia y los órganos responden antes que el cerebro. Tres soldados cayeron de rodillas. Un cuarto se agarró de una Forma inmóvil para no caerse y la Forma se activó al contacto, una descarga de presión que le rompió la muñeca con un chasquido que Nanoq escuchó desde quince metros. La segunda onda llegó a 19 hertzios. A esa frecuencia el globo ocular humano oscila.

Dzielk vio borrones, los bordes de las cosas se desdibujaron, los contornos de las Formas se duplicaron, la línea del horizonte se

partió en tres horizontes paralelos. El mundo tembló sin moverse. La visión periférica se convirtió en estática gris. Pavlov maulló un maullido bajo, gutural, que Dzielk nunca le había oído. Al gato la oscilación le golpeaba los ojos con diez veces más sensibilidad que a un humano. Kukulkán era viento. Las ondas generaron anti-viento frecuencias exactamente opuestas que se propagaban en dirección contraria.

Onda contra onda. Cresta contra valle. La suma era cero. Kukulkán giró en vacío. El viento soplaba y era absorbido simultáneamente. La ráfaga salía de Kukulkán y a un metro de distancia desaparecía, consumida por la frecuencia inversa. Efecto neto: cero. Ixchel era luz. Las ondas generaron interferencia destructiva, patrones de tiniebla que cancelaban la revelación. Las longitudes de onda de Ixchel encontraron sus inversas exactas. La luz reveladora se apagó metro por metro. Los nodos de las Formas dejaron de ser visibles.

Los puntos blancos desaparecieron. Los soldados perdieron sus objetivos golpeaban las Formas en lugares aleatorios, el acero asgardiano contra superficies sin punto débil. Freija era calor. Ya debilitada, las ondas absorbieron la energía térmica residual. La temperatura bajó a cero en segundos. No cero grados cero absoluto termodinámico. El aire dejó de moverse. Las moléculas dejaron de temblar. El calor de Freija fue consumido. La furia se congeló. Maat era peso. ARCHON no pudo cancelar la gravedad, la gravedad no es onda. Es curvatura del espacio.

Pero pudo redistribuirla. Las ondas crearon puntos de contrapeso, presiones ascendentes que anularon la presión descendente de Maat. Empujaban hacia arriba con la misma fuerza

que Maat empujaba hacia abajo. Equilibrio. Estasis. El suelo dejó de hundirse. Las Formas enterradas empezaron a salir. Thoth era datos. El equilibrio era precario. Cinco fuerzas tirando en cinco direcciones diferentes, cada una con su propia lógica, su propia frecuencia, su propia intención. Khet lo comparó con la irrigación, cinco canales alimentando una misma cisterna desde cinco fuentes diferentes, cada canal con su propio caudal y su propia presión.

Si un canal se obstruía, la cisterna se desequilibraba. Si dos se obstruían, se desbordaba. Si tres, colapsaba. Los cuerpos de los invocadores mostraban el costo. Liang el emisario chino, el de las manos de calígrafo y las uñas cortadas hasta la carne tenía sangre seca en las comisuras de los ojos. No lágrimas de sangre, sangre de los capilares de la conjuntiva que reventaron durante la invocación de Kukulkán. Los ojos estaban rojos con la rojez del derrame subconjuntival. Veía, pero los ojos parecían heridos.

Parecían ojos que habían visto. Tormund tenía las manos cortadas. No el corte limpio del cuchillo ritual, los cortes irregulares del cuarzo que se fragmentó durante la invocación asgardiana de Freija. El cuarzo era el conducto elegido por la tradición vikinga, un cristal natural, sin tallar, sostenido entre las palmas durante el ritual. El cristal se fragmentó al tercer minuto de la invocación. Los bordes le abrieron la piel de las palmas en cinco líneas que seguían las vetas del cuarzo.

Tormund no soltó el cristal. Lo sostuvo con los fragmentos clavándose en la carne durante los treinta minutos restantes del ritual. La sangre del general vikingo se mezcló con la del cuarzo, el óxido de hierro del mineral tiñendo la sangre de un rojo más oscuro del que debería tener. ARCHON habla datos. Las líneas de cálculo de

Thoth flotaban en el aire, coordenadas, probabilidades, configuraciones. ARCHON las leyó. Las absorbió. No las combatió, las integró. Thoth dejó de ser oposición y se convirtió en información que ARCHON procesaba.

Khet, en la entrada del túnel, vio las líneas de datos de Thoth desaparecer del aire, una por una, cada número, cada coordenada, cada cálculo aspirado por el sistema. ARCHON ahora sabía todo lo que Thoth sabía. Las medidas. Las probabilidades. En ese instante, las debilidades de cada dios. Entonces, las debilidades de cada soldado. La posición de cada superviviente en los túneles. Tyr era geometría. Las ondas desordenaron no con fuerza sino con ruido. Frecuencias aleatorias que interfirieron con la señal de Tyr.

La formación de guerrilla se deshizo como una coreografía interrumpida por un ruido ensordecedor. Los soldados dejaron de moverse con precisión. Los grupos de tres se desincronizaron. Los golpes dejaron de encontrar los nodos porque los nodos ya no eran visibles. La geometría que los guiaba estaba llena de estática. Volvieron a ser hombres cansados con espadas pesadas en un campo que no entendían. Luna, Sol resistieron. La gravedad y la fusión nuclear no se cancelan con ondas, no son oscilaciones, son fuerzas fundamentales.

Pero ARCHON las contuvo. Un campo de ondas alrededor de cada una, denso, vibrando a frecuencias que impedían la expansión, como una jaula invisible que no tocaba la fuerza pero la rodeaba. Luna atraía dentro de una esfera de tres metros de diámetro. Sol quemaba dentro de una esfera de tres metros. Contenidos. Encapsulados. Inutilizados. Dos fuerzas que podían destruir planetas reducidas a bolas de energía del tamaño de una habitación. En

cuarenta minutos, ARCHON neutralizó ocho dioses. No los destruyó. No los mató. Los hizo irrelevantes. Khet bajó a la cámara de Anen. Se sentó frente a la tablilla de basalto que contenía la invocación de Maat, que ahora pesaba normal porque Maat estaba neutralizada arriba. Arriba, los dioses seguían existiendo, contenidos en esferas de cancelación. Furioso, Freija lo era siempre. Impotentes, todos lo eran ahora. Kukulkán giraba en su esfera, soplando viento que se cancelaba contra las paredes invisibles. Ixchel emitía luz que se apagaba a treinta centímetros. Luna atraía polvo en un radio diminuto. El Sol calentaba tres metros cúbicos de aire. Los soldados se habían retirado a los túneles. Sin Tyr.

Sin nodos visibles, sin formación, eran blancos. Tormund los bajó con la pragmática del general que sabe cuándo la batalla se perdió y cuándo retirarse es lo correcto.

Los supervivientes civiles no hablaban. El último recurso se usó y no fue suficiente. Leonardo entró en la cámara. Pavlov a sus pies. Schrödinger se detuvo en el umbral, olfateó, entró despacio. Las lámparas de aceite del pasillo le proyectaron la sombra contra la pared de la cámara. La sombra se estiró al entrar, más larga que el perro.

Con los bordes difusos, con una estructura que por medio segundo no correspondió a las cuatro patas y la cola de un perro grande. Dzielk parpadeó. La sombra era sombra de perro.

Hay una sexta invocación - respondió Leonardo. La página en náhuatl. La página en náhuatl. Huitzilopochtli. Lo que estaba bajo las pirámides antárticas. Lo que Nanoq selló sin saber qué sellaba. ¿Por qué no la usamos primero? Porque la sexta invocación usa a las otras cinco como combustible. Los ocho dioses tienen que estar activos

para que funcione. Contenidos sirve lo que importa es que existan, no que estén libres. La sexta invocación los consume. Extrae la energía de los ocho y la usa como puerta. Y después de que funcione, los ocho dioses mueren. Khet procesó la información. La procesó como ingeniero: secuencia, costo, resultado. Los dioses mueren. Todos. Kukulcán, Ixchel, Maat, Thoth, Freija, Tyr, Luna, Sol. Todos. Y el que invoca a Huitzilopochtli también muere. ¿Quién invoca? Leonardo miró a Dzielk. Dzielk estaba en la puerta de la cámara. Escuchando. Con la cara de un filósofo que acaba de entender el final de un argumento que prefería no haber entendido. ## 028 [A|X|N]

DZIELK

No declaró Dzielk. No por miedo. El miedo estaba ahí en las manos que temblaban, en las rodillas que le dolían desde el quinto salto, en el sabor de sangre que le quedaba en la boca desde el último vómito. Pero el “no” no era por miedo. Era por cálculo. El cálculo del filósofo que ha pasado la vida entera evaluando premisas y conclusiones y que sabe que una conclusión sin verificación es un acto de fe, no de lógica. Y Dzielk no hacía fe. Dzielk hacía lógica. La lógica era lo único que le quedaba intacto. Los saltos le habían dañado el brazo, la cadera, la vista periférica, la sensibilidad del meñique izquierdo, la capacidad de su estómago para retener comida.

Pero la capacidad de evaluar una premisa y decidir si la conclusión se sostenía seguía funcionando. Era lo último que se rompería. Cuando se rompiera eso, Dzielk dejaría de ser Dzielk. La cámara olía a piedra quemada, a ozono. El ozono no era nuevo, un olor metálico, eléctrico que le picaba la nariz, le secaba la garganta.

Venía de los restos de las invocaciones. Cinco canales abiertos entre los dioses invocados y la cámara de Anen producían ozono como subproducto, la misma manera en que un rayo produce ozono al ionizar el nitrógeno del aire.

Cinco rayos permanentes. Cinco columnas de energía que conectaban a Liang, Khet, Tormund, Citlali y Nanoq con las fuerzas que habían invocado. Los cinco estaban de pie en los cinco puntos del pentágono que Leonardo había dibujado en el suelo con tiza. Los cinco estaban inmóviles. Cerca de ahí, los cinco tenían los ojos cerrados. En ese instante, los cinco respiraban con el ritmo lento de alguien que ya no controla su propia respiración, los pulmones expandiéndose y contrayéndose por orden de algo que no era voluntad.

Dzielk estaba de pie en la cámara de Anen. La cámara olía a ozono y a piedra quemada, el residuo de ocho invocaciones que habían saturado el aire con frecuencias que la nariz humana traducía como calor eléctrico. El suelo tenía grietas nuevas. Las paredes transpiraban una humedad salada que brotaba de la roca como sudor de piedra, la presión de los dioses exprimiendo la poca agua que contenían los minerales. La cara de Dzielk estaba sucia, sucia de una forma que no se limpia con agua, de polvo de piedra, de ceniza y de la sangre seca de cuatro invocaciones que salpicaron las paredes y que el aire de la cámara distribuyó en micropartículas que se depositaron en la piel de todos los presentes.

Dzielk tenía sangre de Citlali en la mejilla derecha, sangre de Tormund en la frente, la sangre que el vikingo derramó cuando el cuarzo le cortó la palma durante la invocación asgardiana. Sangre de Liang en el cuello. La piel de Dzielk era un mapa de sacrificios

ajenos. La sangre seca le tiraba de la piel cuando movía la cara, la costra fina que se forma cuando la sangre se seca sobre piel viva, la tracción del material muerto sobre el material vivo. Dzielk no se la había limpiado. No por descuido, por falta de agua.

El agua de los túneles estaba racionada y lavarse la cara con agua de beber era un lujo que la aritmética de Khet no permitía. Así que la sangre se quedó. Se oscureció. Pasó de rojo a marrón a negro con los días. La piel debajo empezó a picar, la irritación del tejido que quiere respirar y que una capa de proteína coagulada no deja. Dzielk se rascaba la mejilla cada vez que pensaba, un gesto automático que dejaba marcas blancas en la sangre oscura, líneas de piel expuesta que se volvían a cubrir cuando la mano bajaba.

Las rodillas le dolían. Las rodillas le dolían desde el quinto salto, un dolor específico, localizado en el borde inferior de la rótula izquierda y en el tendón rotuliano de la derecha. El dolor era constante. El dolor era familiar. Dzielk lo clasificó como dato, lo archivó. Los filósofos archivan el dolor para poder seguir pensando. Es un mecanismo de supervivencia epistémico: si le das nombre al dolor, lo categorices, deja de ser urgente y se convierte en información. Si muero, ¿quién verifica que funcionó?

Si los dioses mueren y yo muero y ARCHON sigue activo, nadie queda para intentar otra cosa. Morir sin plan B es suicidio, no sacrificio. El suicidio es una decisión personal. El sacrificio es una decisión estratégica. Y una decisión estratégica sin contingencia es una decisión estúpida. Leonardo lo miró. Los ojos oscuros con tinta seca en el párpado. La cara del hombre que ha viajado entre ciclos registrando civilizaciones que mueren, que ha llenado un manuscrito

con los nombres de gente que ya no existe, que sabe lo que cuesta perder porque lo ha contado página por página.

No hay plan B. Entonces inventamos uno. No hay tiempo para inventar. ARCHON está recalibrando. Cuando termine, va a corregir los túneles. Va a llegar a cien metros de profundidad. Va a encontrar a tres mil personas y va a borrarlas igual que borró Europa. Igual que borró China. Igual que borró cada ciclo que visitamos. ¿Cuánto tiempo? Horas. Quizás menos. Dzielk se sentó en el suelo de la cámara. El suelo estaba frío. Le dolían las rodillas, le dolían desde el quinto salto, un dolor constante, sordo, una presión en las rótulas que no se iba con descanso ni con movimiento ni con nada porque era desgaste.

El desgaste de un cuerpo de treinta y siete años que ha sido desarmado y rearmado más veces de las que un cuerpo debería tolerar. El suelo de la cámara tenía marcas. Las marcas de Khet arrodillándose durante la invocación de Maat, dos depresiones ovales en la arenisca donde las rodillas del ingeniero presionaron la piedra con suficiente fuerza para dejar huella. Las marcas de los pies de Liang, los puntos donde el sacerdote ciego se arrodilló y sangró por los ojos. Manchas oscuras. Secas. El suelo de esta cámara era un registro de rodillas.

Cada invocación dejaba la marca de alguien que se arrodilló y pagó. Dzielk iba a dejar las suyas. Se miró las manos. Temblaban. No el temblor del miedo, el temblor de la fatiga acumulada de quince saltos entre dimensiones, del insomnio de tres semanas, del déficit calórico de un cuerpo que comía cuando podía y vomitaba la mitad de lo que comía. Los dedos le temblaban con un patrón irregular, no el temblor del Parkinson que es rítmico ni el del frío que es

constante, sino el temblor de un sistema nervioso que está disparando señales en desorden, sin jerarquía, sin prioridad.

Los dedos querían agarrar y soltar y agarrar al mismo tiempo. El cálculo era simple. Si no invocaba, morían todos. Tres mil quinientas personas. Los niños que jugaban con Schrödinger en el barro. Los viejos que miraban la pared sin ver. Los soldados que patrullaban por costumbre. Las patrullas no servían para nada. ARCHON no venía por los túneles, venía por todas partes y por ninguna. Pero los soldados patrullaban porque patrullar era lo que sabían hacer y porque la rutina era lo único que separaba a un ejército de una multitud.

Dzielk entendía eso. Los rituales de los soldados eran equivalentes funcionales de los rituales de los sacerdotes, ambos producían la ilusión de control en un entorno donde el control no existía. La diferencia era que los sacerdotes sabían que era una ilusión y los soldados no. Dzielk se miró las manos. Las palmas tenían la piel seca y cuarteada de quien no ha bebido suficiente agua durante demasiados días. Las líneas de las manos estaban marcadas con la suciedad acumulada, tierra del desierto incrustada en los surcos de la piel que ni el agua del pozo subterráneo conseguía limpiar.

Uñas rotas en tres dedos. La uña del índice derecho partida en diagonal, la mitad inferior adherida todavía a la carne con la tenacidad del tejido que no quiere soltar. Dolía cuando doblaba el dedo. No dolía mucho, el dolor era un ruido de fondo que se añadía al resto de ruidos de fondo del cuerpo: la rodilla izquierda que crujía al ponerse de pie, el hombro derecho que tiraba cuando levantaba el

brazo por encima de la cabeza, la tos seca que aparecía por las noches y que olía a polvo mineralizado.

El cuerpo de Dzielk era un inventario de daños menores que sumados producían una fatiga que no se resolvía con descanso. Porque el descanso no existía. Dormir en los túneles era cerrar los ojos durante intervalos que el cuerpo determinaba sin consultar a la voluntad, veinte minutos, cuarenta, una hora si la piedra del suelo encontraba un ángulo que no clavara las vértebras lumbares contra el borde de una roca. Despertar era abrir los ojos, comprobar que nada había cambiado, los mismos túneles, la misma oscuridad, el mismo olor a piedra húmeda, a cuerpos que no se habían lavado en semanas.

Morían todos. Si invocaba, moría él y quizás, quizás, los demás se salvaban. Un muerto contra tres mil quinientos muertos. La aritmética no necesitaba filósofo. Dzielk decidió con los números y el cuerpo - respondió después. La emoción vino después del cálculo, una ola fría que le subió del estómago al pecho y se quedó ahí, presionando, como Maat presionaba cuando decía la verdad.

El Voynich dice cinco mililitros - dijo Dzielk. El Voynich no dice todo. La invocación de Huitzilopochtli requiere más que sangre. Requiere continuidad. El invocador tiene que mantener la conexión activa hasta que los seis canales los ocho dioses fusionados en cinco canales, más Huitzilopochtli completen el proceso. Mantener la conexión significa no morir durante el proceso. Que dura. ¿Cuánto dura? No sé. El Voynich no lo dice. Entonces me voy a desangrar lento.

La descripción clínica de lo que iba a pasar. Dzielk la - añadió con la voz que usaba en la academia para describir paradojas lógicas,

plana, sin carga emocional, porque la carga emocional no cambia los datos. Se levantó. Las rodillas le crujieron. El sonido seco del cartílago protestando. Necesito un cuchillo. De obsidiana, si hay. Y necesito que alguien se quede conmigo mientras dure. No para ayudar, no hay ayuda posible. Para registrar. Para que quede escrito lo que pasó. Entonces, para que sea un punto de observación. Casi sin pensarlo, para que alguien mida esto. Miró a Leonardo. Tú. Tú y tu manuscrito. Y el gato. Y el perro. Leonardo asintió. Un movimiento mínimo de la cabeza. Medio centímetro. La aceptación más pequeña posible para la petición más grande posible. Dzielk respiró. El aire de la cámara tenía sabor a piedra vieja y mercurio del calibrador que se filtraba por las paredes y el sudor de tres mil personas que vivían a doscientos metros de distancia en los túneles principales. Respiró profundo. El aire le llenó los pulmones con la deliberación de alguien que sabe cuántas respiraciones le quedan y decide que cada una va a ser completa. No media. Completa. Pavlov se sentó a los pies de Dzielk. El gato lo miró con ojos amarillos fijos en Dzielk sin compasión ni indiferencia.

Reconocimiento. El reconocimiento del observador que sabe lo que va a observar y que no aparta la mirada. Schrödinger apoyó la cabeza en la pierna de Dzielk. El peso del perro era cálido y sólido. La cabeza del perro contra el muslo del filósofo con presión. Estoy aquí. No puedo hacer nada. Pero estoy aquí.

Una cosa - respondió Dzielk. ¿Qué? Cuando termine, entiérrame. No en un túnel. No bajo tierra. Afuera. Donde pueda haber sol si el sol vuelve. Si ARCHON pierde, el cielo vuelve a tener nubes y pájaros y todas las cosas que debería tener, quiero que me dé el sol. Quiero eso. No es mucho.

Leonardo no prometió nada. No dijo “lo haré” ni “cuenta con ello” ni ninguna de las frases que los humanos dicen para tranquilizar a los que van a morir. Abrió el Voynich en la página en náhuatl. Los caracteres angulares. La caligrafía antigua. El protocolo de invocación que nadie había usado en milenios. Dzielk miró la página. Las consonantes eran percusión. Las vocales eran queja. Los caracteres náhuatl se movieron bajo su mirada, no se reordenaron, no cambiaron de forma, pero la tinta pareció oscurecerse donde Dzielk posaba los ojos, como si la atención del filósofo tuviera peso y el peso presionara la tinta contra el pergamino. La mano de Dzielk temblaba. No la mano completa, solo los dedos. El temblor fino del sistema nervioso que ha procesado más información de la que puede contener.

Los dedos oscilaban a una frecuencia que Dzielk reconoció como la frecuencia de las páginas del Voynich, la misma frecuencia que la primera vez que tocó el manuscrito en Le Jardin, cuando la tinta le subió por las yemas como electricidad estática. Su cuerpo estaba sincronizándose con el instrumento. Leonardo lo observaba desde la esquina de la cámara. La pluma de obsidiana quieta por primera vez en horas. No escribía. Miraba a Dzielk con los ojos del que reconoce un patrón. El patrón del observador convirtiéndose en lo observado. Leonardo lo había sentido. Leonardo lo estaba sintiendo ahora mismo: la frontera entre el que mide y lo medido disolviéndose con cada página escrita, con cada ciclo registrado, con cada civilización convertida en tinta sobre pergamino.

✱✱ ## 029 [A|L|X|N]

LA SANGRE

Citlali le dio el cuchillo. Era de obsidiana. No la obsidiana de las herramientas mesoamericanas, la práctica, tallada para cortar eficientemente, con bordes rectos y ángulos funcionales. Esta era obsidiana ceremonial. La hoja era curva, una curva que seguía la forma de algo que no era un cuchillo sino un gesto. La obsidiana ceremonial se talla con la forma del corte que va a hacer. Este corte era longitudinal. La hoja tenía la curvatura del antebrazo humano. Dzielk la sostuvo con las dos manos. El mango era corto de hueso pulido, con dos muescas donde los dedos encajaban.

Las muescas estaban gastadas. Cientos de manos habían sostenido este cuchillo antes. Cientos de cortes. La hoja estaba afilada hasta la transparencia si la ponías contra la luz de las antorchas, la luz pasaba por el borde con un brillo anaranjado que se curvaba con la curvatura de la obsidiana. El filo era de un átomo de espesor en el borde. Los mesoamericanos sabían afilar la obsidiana hasta que el corte no era un corte sino una separación, la hoja no empujaba el tejido aparte sino que pasaba entre las moléculas.

Un corte limpio. Un corte que apenas dolía porque los nervios no sentían una separación tan fina. El dolor venía después, cuando el aire tocaba lo abierto. El cuchillo era de obsidiana. Negro. Del largo de un antebrazo, el antebrazo de Citlali, que era pequeña, un metro cincuenta y siete de estatura con los pies descalzos sobre la roca de la cámara. El filo era invisible, la obsidiana fracturada produce un borde de un átomo de espesor que el ojo no distingue del vacío. Se sabe que el filo está ahí porque la luz se dobla diferente en el borde.

Se sabe que el filo está ahí porque corta antes de que sientas la presión. Citlali se lo ofreció con las dos manos. La ceremonia mesoamericana del ofrecimiento del arma, las palmas abiertas, el cuchillo horizontal, el filo mirando hacia arriba para que el receptor viera el borde. Supiera qué estaba aceptando. No se ofrece un arma con el filo hacia abajo. El filo hacia abajo es cobardía, esconder lo que el arma puede hacer. El filo hacia arriba es respeto, decirle al otro: esto va a doler, yo sé que va a doler, y aun así te lo ofrezco porque tú decidiste que el dolor era necesario.

Dzielk miró el cuchillo. La obsidiana reflejaba las antorchas con un brillo líquido que se movía cuando Citlali respiraba, la mano de la sacerdotisa subiendo y bajando un milímetro con cada inhalación, y la luz moviéndose sobre la piedra negra con el ritmo de la respiración. La piedra parecía viva. O la piedra absorbía la vida de la mano que la sostenía. Dzielk tomó el cuchillo. El mango estaba caliente, el calor de las manos de Citlali transferido a la obsidiana con la inercia del contacto prolongado.

Las manos de la ingeniera que habían sostenido el cuchillo durante la última hora, apretándolo, probando el peso, familiarizándose con la herramienta que iba a entregar al filósofo que iba a usarla para cortarse. La sacerdotisa-ingeniera estaba de pie, pálida, la palidez del que ha perdido sangre y no la ha recuperado. La piel con el tono amarillento de la hemoglobina baja. Las palmas vendadas con tela sucia, tiras de lino arrancadas de una sábana, manchadas de sangre seca que se había oxidado hasta el marrón.

Las heridas de la invocación atlante habían dejado de sangrar, pero no de doler. Citlali sostenía el cuchillo con los dedos, evitando que el mango tocara las palmas. Citlali sabía lo que Dzielk iba a

hacer. No lo comentó. No preguntó si estaba seguro. No ofreció alternativas. Le dio el cuchillo, obsidiana negra, filo invisible, que cortaba antes de que sintieras que cortó y se fue. Los pasos de Citlali alejándose por el pasillo. El sonido de los vendajes arrastrando contra la túnica. Dzielk miró el cuchillo.

Lo sostuvo frente a la cara. La obsidiana era negra con reflejos verdes, la luz de Ixchel, debilitada pero todavía presente, le arrancaba destellos a la superficie volcánica. Pesaba menos que un tenedor. Cincuenta gramos de vidrio volcánico con un filo de una molécula de espesor. Era más peligroso que cualquier cosa que hubiera sostenido en su vida. Y lo sostenía con la mano que temblaba. La cámara de Anen. Mesa de piedra partida en cuatro pedazos por Maat. Por Sol. Restos de las invocaciones anteriores, ceniza dispersa en el suelo, la pluma de quetzal aplastada, sangre seca de Citlali en los canales de la mesa rota, sangre diluida de Liang en charcos rosados.

El olor a incienso quemado, a metal oxidado y a otra cosa, un residuo que los dioses dejaron al pasar. Parte azufre, parte ozono, parte nada reconocible. Leonardo se sentó en el rincón. Voynich abierto en una página en blanco, la última página en blanco del manuscrito. Después de esta, no habría más espacio. La pluma de obsidiana lista en la mano derecha. Pavlov a su izquierda, el gato sentado con la cola envuelta, los ojos fijos en Dzielk. Schrödinger a su derecha, el perro echado, la cabeza sobre las patas, los ojos abiertos.

Dzielk se sentó frente a la mesa rota. Se arremangó la manga izquierda. El antebrazo pálido, con las venas visibles debajo de la piel translúcida del que ha perdido peso, las venas azuladas como ríos en

un mapa. El mismo brazo que se había dormido en el noveno salto. En ese instante, el brazo que tenía un décimo de segundo de retraso. A lo lejos, el brazo que ya estaba medio roto. La hoja de Leonardo estaba a su derecha, la hoja con las palabras en náhuatl transcritas en caracteres grandes. Las consonantes angulares. Las vocales abiertas. Las palabras que despertarían lo que dormía debajo de las pirámides antárticas.

Cortó. La obsidiana no avisó. No hubo resistencia. El filo pasó por la piel del antebrazo con la facilidad de un dedo pasando por agua. Corte longitudinal de la muñeca al codo, siguiendo la línea de la arteria radial sin cortarla, al lado, medio centímetro al lado, cortando la piel, el tejido subcutáneo, llegando al músculo sin llegar al hueso. El dolor llegó dos segundos después, un ardor que empezó frío y se calentó. El corte generando su propia temperatura, una línea de fuego que le subió por el brazo hasta el hombro.

La sangre fue inmediata. Roja oscura, sangre venosa, no arterial, espesa con la consistencia de la miel diluida. El frío de la cámara la espesaba más. Salía del corte en un flujo continuo, sin pulso, sin la intermitencia de la sangre arterial. Un río constante que bajó por el antebrazo, goteó de los dedos, cayó sobre los fragmentos de mesa. La sangre encontró los canales tallados. Los mismos canales que la sangre de Citlali había recorrido horas antes. La piedra los recordaba. La sangre fluyó por las vetas con la familiaridad de un líquido que conoce el camino.

Llenó las grietas de la fractura. Dzielk miraba su propia sangre con la distancia clínica del filósofo que observa un experimento del que es sujeto y observador al mismo tiempo. La sangre tenía un color que no esperaba, no rojo brillante sino rojo oscuro, casi marrón, el

color de la sangre venosa mezclada con la fatiga de un cuerpo que no producía eritrocitos al ritmo necesario. La deshidratación concentraba los pigmentos. La sangre que salía de su brazo era más densa que la sangre normal, más viscosa, más lenta, con la consistencia del aceite cuando le daba la luz de las antorchas.

La herida no dolía. Eso lo sorprendió. El corte de obsidiana era tan limpio que los nervios no registraban daño. Los bordes de la herida estaban separados como las páginas de un libro abierto, la piel tirando hacia los lados con la elasticidad del tejido que se contrae. Y los nervios seccionados no transmitían señal porque los extremos cortados no tocaban nada. El dolor vendría después, cuando la inflamación hinchara los bordes y los nervios sanos alrededor de la herida empezaran a gritar. Pero ahora, en los primeros minutos, lo que Dzielk sentía no era dolor sino frío.

Frío en el brazo. Frío que subía desde la herida hasta el codo con la velocidad del agua fría en una tubería. El torrente sanguíneo llevándose el calor con cada pulso, cada latido vaciando un poco más de temperatura corporal a través del corte abierto. El frío le llegó al hombro en cuatro minutos. Le llegó al pecho en siete. En diez minutos, Dzielk temblaba, no el temblor del miedo sino el temblor termogénico del cuerpo que intenta generar calor contrayendo los músculos esqueléticos. Los dientes le castañetearon. La mandíbula apretada contra el repiqueteo involuntario.

Conectó los cuatro fragmentos de mesa en un circuito que no estaba diseñado para funcionar roto, pero que funcionó porque la sangre es adaptable, la sangre encuentra camino, la sangre no respeta la geometría. Dzielk empezó a leer. Las palabras en náhuatl salieron torpes. La primera consonante le trabó la lengua, una

oclusiva glotal que los hablantes nativos producen desde la parte posterior de la garganta y que la boca europea de Dzielk producía desde los dientes. Mal. Incompleta. Pero la expresó. La segunda palabra fue peor, una nasal palatal seguida de una fricativa lateral que sonaba a alguien tosiendo mientras silba. Dzielk tosió mientras silbaba.

Las vocales eran más fáciles, abiertas, como gritos contenidos. Mal pronunciadas, incompletas, rotas las decía. Cada palabra un intento imperfecto. Cada intento suficiente. Al tercer párrafo, algo cambió arriba. Los ocho dioses contenidos en esferas de cancelación de ARCHON empezaron a arder. No el fuego de Sol ni el calor de Freija. Un fuego diferente. Un fuego que venía de dentro de cada dios, de la energía acumulada en milenios de existencia sellada, un fuego que los consumía desde el núcleo hacia la superficie.

La energía de ocho dioses siendo extraída, canalizada, redirigida hacia abajo. Hacia la cámara. Hacia la mesa rota. Hacia la sangre de Dzielk. Liang ciego, sentado en el pasillo con las vendas manchadas sobre los ojos que ya no veían, dejó de respirar. La última exhalación fue un suspiro largo que no tenía dolor. Kukulkán e Ixchel murieron con su último aliento. El viento se detuvo. La luz se apagó. Maat lo soltó. La presión en el pecho de Khet desapareció. Las mentiras volvieron a ser posibles. La verdad dejó de ser obligatoria. Maat y Thoth se fueron, sin explosión ni sonido, sino con ausencia, con el vacío que dejan.

Tormund cayó de rodillas cuando Tyr lo abandonó. La geometría se deshizo. Los músculos que sabían dónde ir dejaron de saber. Los soldados dejaron de ser guerrilla, volvieron a ser hombres perdidos en un túnel que olía a excremento, a aceite.

Freija y Tyr se apagaron como brasas pisadas. Luna y Sol, las fuerzas que no dependían de invocador humano, fueron las últimas. La gravedad dejó de tirar. El fuego nuclear dejó de quemar. Las esferas de contención de ARCHON se cerraron sobre nada. El cielo sobre Egipto volvió a ser cielo normal, oscuro, vacío, sin dioses. Toda la energía bajó a la cámara. Dzielk seguía leyendo. La voz le fallaba; las palabras en náhuatl salían como susurros mojados, las consonantes perdiendo definición, las vocales reduciéndose a gemidos.

Seguía sangrando. La sangre llenaba las grietas de la mesa y se desbordaba al suelo. Medio litro. Un litro. El cuerpo empezó a compensar el corazón latiendo más rápido, las extremidades enfriándose para preservar el core, los vasos periféricos contrayéndose. El protocolo biológico de la hemorragia. El cuerpo intentando salvar al cuerpo que se estaba vaciando a propósito. Leonardo escribía. Cada palabra que Dzielk pronunciaba. Cada cambio en la cámara. La pluma de obsidiana se movía con la velocidad de la urgencia, no de la prisa.

La diferencia entre prisa y urgencia es que la prisa comete errores y la urgencia no se los puede permitir. Cada carácter náhuatl que Leonardo trazaba sobre el pergamino fue preciso: los ángulos rectos, las líneas sin temblor, la caligrafía del cronista que ha escrito cientos de páginas y que conoce cada glifo como un pianista conoce cada tecla. La sangre de Dzielk caía sobre la tablilla de la cámara de Anen. No goteaba, fluía. La diferencia entre goteo y flujo es volumen: el goteo es pérdida controlada, el flujo es entrega.

Dzielk se había cortado el antebrazo izquierdo con el cuchillo de obsidiana, siguiendo la línea que Citlali le marcó con el dedo, una

línea longitudinal, paralela al hueso, de quince centímetros, que cortaba la carne hasta la fascia muscular sin tocar la arteria cubital. La precisión del corte era la precisión de una ingeniera hidráulica que sabe controlar flujos: Citlali le guió la mano a Dzielk con la misma concentración con que calculaba pendientes de canales. El dolor era blanco, no rojo blanco.

El color que Dzielk le asignó al dolor fue blanco porque el dolor del corte limpio no arde como el fuego rojo, sino que blanquea como la sobreexposición fotográfica. La visión se le estrechó. El campo visual periférico se oscureció. Solo veía la tablilla. Solo veía la sangre cayendo sobre las marcas de Anen. Solo veía las letras que se iluminaban cuando la sangre las tocaba, no con luz visible, sino con un cambio de textura, los caracteres tallados absorbiendo la sangre como la tierra seca absorbe la primera lluvia.

Cada cambio en la cámara, la temperatura bajando, la presión subiendo, la luz del residuo de Ixchel parpadeando. Cada gota que caía. La pluma de obsidiana sobre la última página del Voynich, llenándola con las últimas observaciones. ## 030 [A|L|N]

HUITZILOPOCHTLI

La energía de ocho dioses muertos llenó la cámara como agua llenando un pozo. No parecía visible. No se trataba de audible. Era presión. Presión que comprimía el aire hasta que respirar era masticar algo sólido. Dzielk inhalaba el aire resistirse, los pulmones expandiéndose contra una fuerza que no quería que se expandieran. Presión que empujaba hacia fuera desde el centro de la cámara como una esfera expandiéndose. La presión en los tímpanos primero, el

taponeo de los oídos al descender en un avión, multiplicado, sostenido, sin el alivio del trago que iguala la presión.

Después en los senos nasales la presión comprimiendo el aire atrapado en las cavidades del cráneo, un dolor sordo detrás de los pómulos. Después en el pecho la presión externa igualando y superando la presión interna del aire en los pulmones. Cada inhalación convertida en un esfuerzo muscular que los intercostales no estaban diseñados para sostener. Presión que aplastaba la piedra: los cuatro fragmentos de la mesa se hundieron tres centímetros más en el suelo, las aristas clavándose en la roca del piso con un crujido sordo.

Presión que empujaba la sangre de Dzielk hacia abajo, hacia las grietas, hacia abajo debajo de la cámara de Anen, debajo de los túneles, debajo de los cien metros de piedra y barro y historia que separaban esta cámara del centro de la tierra. Dzielk seguía leyendo. La voz le fallaba; las palabras en náhuatl salían como susurros mojados. Las consonantes reducidas a chasquidos de una lengua que ya no obedecía. Las manos, la derecha sosteniendo la hoja de Leonardo con tres dedos porque los otros dos habían dejado de cerrar, la izquierda abierta con el corte longitudinal sobre la mesa rota, estaban blancas.

El color de la piel cuando la sangre ya no llega. La sangre salía más lenta. Un hilo continuo donde antes había un río. El cuerpo se quedaba sin. Litro y medio. Quizás más. Dzielk no contaba. Leonardo contaba los ojos del cronista midiendo el charco en el suelo, estimando el volumen por el área y la profundidad, registrándolo en el Voynich con la pluma que se movía sin que la mano temblara, aunque todo lo demás temblaba. Pavlov se movió. El gato caminó

hasta la mesa. Tres pasos. Silenciosos. Las patas sobre la piedra mojada de sangre sin resbalarse.

Se sentó al borde del fragmento más grande, junto a la mano cortada de Dzielk. Los ojos del gato miraron la sangre. Miraron a Dzielk; los ojos amarillos fijos en los ojos de Dzielk que se cerraban y se abrían y se cerraban de nuevo. El parpadeo involuntario del que está perdiendo la capacidad de mantener los párpados arriba. Miraron a Leonardo. Pavlov abrió la boca. No maulló. Los gatos maúllan es un sonido que todos conocen, agudo, nasal, con la oscilación de las cuerdas vocales felinas. Esto no era maullido.

Era algo más. Un sonido que tenía estructura, principio, desarrollo, final. Un sonido que tenía forma de palabra sin ser palabra en ningún idioma que los presentes conocieran. Un sonido que tenía la forma de una petición. No una orden. No una súplica. Una petición. La forma más digna de pedir algo que no se merece pero que se necesita. La distancia exacta entre la demanda y el ruego. Leonardo dejó de escribir. La pluma se detuvo a medio carácter. La tinta de obsidiana goteó sobre el pergamino. Respondió “por favor” susurró.

No a Dzielk. No a Leonardo. No a Khet ni a Tormund ni a los tres mil quinientos que esperaban arriba. A lo que estaba abajo. A lo que las pirámides antárticas habían sellado durante milenios con frecuencias calibradas. Cerca de ahí. A lo que Nanoq mantuvo dormido sin saber qué mantenía dormido. Justo entonces, a lo que se despertó cuando las pirámides se apagaron y que esperó, esperó con la paciencia de lo que no tiene tiempo porque existe fuera del tiempo. A Huitzilopochtli.

*
**

El suelo se abrió. No como la puerta rectangular que Dzielk encontró en la ciudad destruida, ángulos perfectos, bordes definidos, geometría de ARCHON. No como grieta de terremoto violenta, irregular, ruidosa. Como nacimiento. La piedra se separó con la lentitud orgánica de algo que se abre porque es hora de abrirse. La grieta empezó en el centro de la cámara entre los fragmentos de la mesa rota. Se expandió hacia las paredes. Sin violencia. Sin sonido. Sin prisa. De abajo subió calor. No el calor nuclear de Sol ni el calor furioso de Freija. Un calor antiguo. Calor de compresión milenaria, el centro de la tierra, el corazón de una estrella enana, el primer segundo después de una explosión que ocurrió antes de que el tiempo existiera. Un calor que olía a azufre y a obsidiana y a la sangre seca de sacrificios que ocurrieron antes de que las civilizaciones actuales tuvieran nombre. Huitzilopochtli no emergió. Huitzilopochtli ya estaba ahí.

No había forma. Los otros dioses tenían algo: Kukulcán tenía viento, Ixchel tenía luz, Maat tenía peso, Freija tenía calor, Luna tenía gravedad, Sol tenía fuego. Algo que los sentidos podían registrar. Algo que el cerebro podía traducir. Huitzilopochtli no tenía nada de eso. No había presencia. Había certeza. La cámara estaba ocupada. Lo que la ocupaba no cabía en la cámara. No cabía en el túnel ni en la pirámide ni en Egipto ni en el planeta ni en el ciclo. Existía en una escala que los sentidos humanos no podían procesar y que el cerebro traducía como presión. Como calor, como un sonido subgrave que sacudía los órganos internos, el estómago, los pulmones, el corazón con una frecuencia que estaba por debajo de todo y por encima de todo simultáneamente.

Leonardo soltó la pluma. La frecuencia no le vibró en los órganos; le aplastó la visión. El campo visual se oscureció desde los bordes hacia el centro, negro sobre negro, hasta que solo quedó un punto de luz en el medio que pulsaba con cada onda del subgrave. El sonido le pesaba en el pecho. Sólido. Tres kilos de presión acústica sobre el esternón. Intentó respirar y el aire tenía textura granulado, áspero, el aire convertido en arena por la frecuencia. La pluma de obsidiana rodó fuera de sus dedos.

No la recogió hasta que la frecuencia bajó un grado y la periferia visual volvió.

*
**

ARCHON lo detectó inmediatamente. Arriba, en la superficie, las ondas de cancelación se desactivaron. Las Formas inmóviles del perímetro se disolvieron, no cayeron ni se fragmentaron, sino que dejaron de ser; ARCHON retiró la instrucción que las mantenía existiendo. El campo de batalla se vació. ARCHON redirigió todos sus recursos, cada proceso de corrección en cada ciclo activo en cada coordenada del flujo hacia esta coordenada. Hacia esta cámara. Hacia lo que acababa de despertar. Porque ARCHON reconoció a Huitzilopochtli. No como amenaza; ARCHON no clasifica amenazas porque no tiene preferencias. No como error; ARCHON no clasifica errores nuevos porque los errores nuevos son los que no tiene en el registro. Reconoció a Huitzilopochtli como glitch. El glitch original. La anomalía que no debería existir en ningún flujo de información porque Huitzilopochtli no era parte del flujo. Tampoco era dato. No lucía como señal. Con cuidado, no era ruido calculable. Más allá, no era error categorizable.

Era la cosa que las categorías no cubren. El error sin fuente. La observación sin observador. El punto donde el sistema encuentra lo que no puede procesar, ignorar ni corregir porque corregir requiere un modelo del error y este error no tiene modelo. Huitzilopochtli nació del glitch. Del momento en que el flujo de información de Wheeler produjo lo que no debería existir: un observador que no estaba en el diseño, un punto de medición que no fue planeado, un ojo que se abrió donde no debería haber ojo. Huitzilopochtli no se creó por los dioses ni por los humanos ni por ARCHON. Se creó por el error del error. El glitch del glitch. La recursión infinita del sistema tratando de corregir lo que no puede corregir porque el acto de corregir genera más de lo que intenta borrar. Y ahora el glitch estaba despierto.

*
**

ARCHON concentró todo. Cada frecuencia de cancelación. Cada onda. Cada recurso computacional de un sistema que abarcaba ciclos enteros de existencia. Todo dirigido a la cámara de Anen. A la grieta en el suelo. Al calor antiguo. Las ondas de cancelación se estrellaron contra Huitzilopochtli. Huitzilopochtli no las absorbió. No las reflejó. No las canceló con contra-ondas. Las ignoró. No porque fuera más fuerte; la fuerza es una categoría de ARCHON y Huitzilopochtli no opera dentro de las categorías de ARCHON.

Las ignoró porque Huitzilopochtli no operaba dentro del flujo de información. No constituía dato. No parecía señal. Las ondas de cancelación necesitaban una señal que cancelar. No encontraron señal. Pasaron a través de Huitzilopochtli como luz a través de vidrio sin efecto, sin interacción, sin contacto. ARCHON intentó de nuevo. Más ondas. Más frecuencias. Todo lo que tenía. No funcionó. No

porque Huitzilopochtli fuera más fuerte. Porque Huitzilopochtli era invisible para ARCHON. Un punto ciego.

Lo que ARCHON no podía medir porque medir requiere referencia, y Huitzilopochtli no tenía referencia. No tenía posición en el flujo. No tenía coordenada. No tenía firma. Era ruido sin fuente. Error sin origen. Glitch sin registro. Huitzilopochtli se expandió. Atravesó la cámara. Los túneles. La pirámide. Egipto. El continente. El planeta. El ciclo. Se expandió no como onda; las ondas tienen dirección y velocidad y medio. Se expandió como certeza. La certeza de que el flujo de información no estaba solo limpio o sucio estaba vivo.

Y lo vivo no se corrige. Lo vivo se observa. ARCHON colapsó. No explotó. No se destruyó. No dejó escombros. Dejó de operar. El proceso de corrección se detuvo no en esta cámara, no en este ciclo, en todos. Simultáneamente. Las Formas en todo el planeta se desactivaron; miles de estructuras de roca, metal y sal cayeron al suelo con el sonido blando de las cosas que dejan de tener propósito. El cielo sobre Europa, sobre la planicie borrada donde hubo ciudades, amaneció normal. Gris. Nublado. Con el potencial de lluvia.

El flujo de información siguió fluyendo. Pero sin corrector. Sin límite. Sin ARCHON.

✱ Dzielk no vio nada de esto. Dzielk estaba en el suelo de la cámara. La cara contra la piedra fría. El brazo izquierdo extendido con el corte abierto. La sangre ya no salía, no había más que dar. Dos litros en la mesa.

En el suelo, en las grietas. El cuerpo vacío. El corazón todavía latiendo despacio, cada vez más despacio, buscando sangre que

bombear y encontrando menos cada vez. Schrödinger estaba echado junto a él. La cabeza del perro contra la mano derecha de Dzielk, la mano que había sostenido la hoja de Leonardo.

La mano que había pronunciado las palabras en náhuatl que despertaron a Huitzilopochtli. La mano que ya no se movía. Schrödinger no se movió. Pavlov estaba sobre la mesa. Sentado entre los fragmentos, entre los charcos de sangre, con las patas delanteras manchadas de rojo. Los ojos amarillos miraban a Dzielk. Parpadeó. Una vez. Lento. El primer parpadeo voluntario que el gato hacía desde que Dzielk lo conoció.

Leonardo seguía escribiendo. Las lágrimas le caían sobre el Voynich, no sollozos. No era un sonido, solo agua que salía de los ojos y caía sobre el pergamino con la regularidad de la condensación. La tinta no se corría. Las lágrimas caían sobre los caracteres y los caracteres permanecían. Leonardo escribía lo que veía. Lo que medía. Lo que existía en esta cámara en este momento.

Porque si no lo escribía, nadie sabría que Dzielk K. Brooks, filósofo, treinta y siete años, harto, con las rodillas malas y el brazo izquierdo con un décimo de segundo de retraso y cuatro kilos menos de los que debería tener, se desangró sobre una mesa de piedra rota para despertar algo que nadie entendía para salvar a gente que nunca sabría su nombre.

El corazón de Dzielk se detuvo. No con drama. Sin el espasmo que la ficción le atribuye a la muerte. Sin la última exhalación que las películas muestran. El corazón dejó de latir porque no tenía qué bombear. Un músculo sin combustible. Un motor sin gasolina. Se detuvo.

El cuerpo se quedó quieto, la diferencia entre Dzielk vivo y Dzielk muerto fue un sonido que dejó de escucharse, el latido que estaba ahí, que dejó de estar. Schrödinger gimió. Un sonido largo, bajo, que salió del pecho del perro y llenó la cámara con la oscilación de la pérdida.

Leonardo cerró el Voynich. Lo cerró con las dos manos. Lo apretó contra el pecho. La tinta y las lágrimas y la sangre de Dzielk en las páginas. Arriba, las Formas dejaron de existir. Los túneles dejaron de temblar. Tres mil quinientas personas respiraron. Abajo.

En la cámara de Anen, un filósofo muerto. Un gato con sangre en las patas. Un perro que no se apartaba del cuerpo. Un hombre que lloraba sobre un manuscrito. El mandil de Le Jardin seguía vacío. Esperando. # TEMPORADA 4: EL MANDIL

*
**

031 [L|X|N]

LO QUE QUEDA

Schrödinger enterró a Dzielk. No con patas, el perro no tenía herramientas. No con tierra, la tierra estaba dura y el perro no sabía cavar tumbas. Pero Schrödinger se echó junto al cuerpo y no se movió. Seis horas. Leonardo las midió porque medir era lo único que podía hacer mientras esperaba a que el perro decidiera que ya era suficiente. El perro no decidió. Leonardo tuvo que levantarlo, las manos debajo del pecho del animal. levantándolo con el esfuerzo del

que levanta algo que no quiere ser levantado. Schrödinger pesaba más de lo que debería. Siempre pesaba más de lo que debería. Leonardo lo puso en el suelo a dos metros del cuerpo. El perro volvió. Se echó otra vez junto a Dzielk. La cabeza sobre la mano del filósofo.

Leonardo esperó dos horas más. Después levantó al perro otra vez. Esta vez Schrödinger se quedó donde lo pusieron. Pero giró la cabeza hacia el cuerpo y no la movió. Los ojos fijos en la mano de Dzielk. La mano que lo acarició una vez en Le Jardin. la noche que Dzielk le preguntó qué era. La mano que todavía tenía sangre seca en la palma, la sangre de la invocación, la sangre del corte de obsidiana, la sangre que selló el canal por el que Huitzilopochtli entró al mundo. Pavlov se sentó a un metro del cuerpo. El gato no se acercó más. No por indiferencia, por protocolo. El gato mantenía la distancia del observador que registra sin intervenir.

Pero los ojos estaban fijos en Dzielk con una intensidad que Dzielk nunca vio dirigida hacia él cuando estaba vivo. La cola del gato estaba quieta. Completamente quieta. En todo el viaje, la cola de Pavlov siempre se movía, oscilaciones mínimas, ajustes de equilibrio, reacciones a estímulos que los humanos no percibían. Ahora estaba quieta. El gato había dejado de medir. La cabeza contra la mano derecha de Dzielk, la mano que había sostenido la hoja con las palabras en náhuatl apretando. Lo que tocaba ya no respondía. El pelo del perro se manchó de la sangre que todavía cubría los dedos del filósofo. Schrödinger no se limpió. Leonardo tuvo que cavar la tumba él solo.

Subió el cuerpo por los túneles. Cien metros de escalones tallados en roca, cargando a Dzielk sobre el hombro derecho. El cuerpo

pesaba menos de lo que debería, dos litros de sangre menos, cuatro kilos menos de los que tenía cuando entró por la puerta que olía a café. Las piernas de Dzielk le golpeaban la espalda a Leonardo con cada escalón. Las rodillas del muerto, las mismas rodillas que le dolían desde el quinto salto, chocaban contra los omóplatos del vivo con un ritmo de péndulo. El sonido era hueco.

El sonido de hueso contra hueso a través de dos capas de ropa y una capa de piel. Leonardo contó los escalones. Cuatrocientos doce. Los contó porque contar era lo único que podía hacer con la mente mientras el cuerpo cargaba. El cerebro necesita ocupación cuando el peso sobre el hombro es un hombre que hablaba hace tres horas y que ahora pesa cincuenta y ocho kilos de materia sin dirección. Contar escalones. Uno. La rodilla izquierda protestó en el tercero, la rodilla que le había dado problemas desde el sexto salto, la que crujía al flexionarse más de noventa grados.

Catorce. Las antorchas del túnel se habían apagado. Nadie las mantenía. Los técnicos estaban abajo con los refugiados, la cera se había acabado días atrás. Leonardo subía a oscuras. La mano izquierda contra la pared, la piedra húmeda, resbaladiza, con una película de condensación que le mojaba los dedos. Cuarenta. Uno. Pavlov iba delante, pero Leonardo no podía verlo. Solo escuchaba las almohadillas del gato contra la piedra, un sonido suave, rítmico que marcaba el camino. Sesenta y tres. El aire se calentaba a medida que subía.

Cada metro vertical era medio grado más de temperatura. El sudor le bajaba por la frente y le caía en los ojos, sudor salado que le ardía en la córnea y que no podía limpiarse porque las dos manos estaban ocupadas: la derecha sosteniendo a Dzielk, la izquierda

contra la pared. Ciento uno. Los músculos del trapecio derecho empezaron a temblar. El temblor involuntario del músculo que ha trabajado más allá de su capacidad aeróbica, microdesgarros en las fibras, ácido láctico acumulándose, el músculo pidiendo descanso que Leonardo no le iba a dar.

Ciento sesenta y ocho. La respiración se le convirtió en jadeo. Jadeo corto, rápido, con un silbido al inhalar que resonaba en las paredes del túnel. Doscientos noventa. Las piernas eran de plomo. Trescientos cuarenta y cinco. La luz apareció en lo alto, una franja gris que era la entrada, el cielo de afuera, el desierto que esperaba. Los había contado al bajar. Los contó al subir. La diferencia entre bajar con un hombre vivo que caminaba solo y subir con un hombre muerto que pesaba menos pero no ayudaba era de cuarenta minutos.

La sangre de Dzielk goteaba. No mucha, el cuerpo ya había dejado de sangrar activamente, los vasos cerrados por la coagulación post mortem, pero la herida del brazo izquierdo seguía supurando un líquido claro con hilos rosados que le manchaba la camisa a Leonardo en la espalda. El líquido era tibio. El cuerpo conservaba calor. Los muertos se enfrían a un grado por hora en condiciones normales, pero los túneles eran fríos y el enfriamiento iba más rápido. Dzielk estaría a temperatura ambiente en tres horas.

Pavlov subía delante. Schrödinger detrás, olfateando los peldaños que la sangre de Dzielk iba manchando.

En la superficie, Leonardo buscó el lugar. Dzielk pidió sol. Dzielk pidió afuera. Leonardo caminó cuatrocientos metros hacia el este, hasta un punto donde el terreno subía levemente, una elevación de medio metro que era lo más parecido a una colina en la planicie que ARCHON había dejado. Aquí el sol pegaría primero al amanecer.

Aquí pegaría último al atardecer. Aquí Dzielk tendría sol si el sol volvía. Cavó con las manos. La tierra era nueva, suelta, sin la compactación de la corrección, sin la densidad de siglos de presión.

Tierra que cedía bajo los dedos. Las uñas de Leonardo se quebraron en la primera media hora, la uña del pulgar derecho primero, después la del índice, después las del medio, el anular. Los dedos sangraron. Leonardo siguió. La tierra se mezclaba con su sangre, con los restos de la sangre de Dzielk que todavía le manchaba las manos. La mezcla era oscura, marrón-roja, con la consistencia del barro, olía a hierro, a sal y a tierra removida por primera vez desde que existía. Nadie había cavado esta tierra.

Nadie la había tocado. Era tierra sin historia, creada por la ausencia de lo que la corrección borró, y ahora la primera cosa que recibía era un muerto. El sol le quemaba la nuca. No había sombra, la planicie corregida no tenía árboles, no tenía rocas, no tenía nada que proyectara sombra excepto Leonardo mismo, y su sombra caía dentro del hoyo que cavaba. Trabajaba dentro de su propia sombra. El calor le secaba el sudor antes de que goteara, la sal cristalizaba en la frente, en las cejas, en el labio superior, una capa blanca que le tiraba de la piel cuando movía la cara.

La garganta le ardía. No había bebido agua desde la mañana. No iba a buscarla ahora. Pavlov se sentó al borde del hoyo con las patas delanteras colgando hacia adentro. Schrödinger daba vueltas alrededor, circunferencias exactas, siempre a la misma distancia, el perro trazando un perímetro que ningún humano le había indicado. La lengua le colgaba del lado izquierdo del hocico. El calor le afectaba como le afecta a cualquier perro, jadeo abierto, saliva que goteaba, ojos entrecerrados contra la reverberación de la arena.

Pero no paraba. El perímetro era su trabajo. Leonardo cavaba. Schrödinger vigilaba. Cuatro horas. Un metro y medio de profundidad. Sesenta centímetros de ancho. Lo suficiente para que los animales no llegaran si quedaban animales, si la corrección dejó algo con dientes y hambre. El Voynich estaba cerrado en el morral, en el suelo, junto a Pavlov. El gato vigilaba el manuscrito, los ojos amarillos fijos en las correas del morral. Las orejas rotando hacia cada sonido, viento, tierra que caía, la respiración de Leonardo que se aceleraba con el esfuerzo.

El cuerpo de Dzielk pesaba menos de lo que debería. La piel era gris, no el gris de la sombra, sino el gris del papel mojado que se seca, un gris sin vida debajo, un gris de cosa. Los ojos estaban abiertos. Las pupilas dilatadas. Leonardo no se los cerró. Dzielk murió con los ojos abiertos, mirando el techo de la cámara de Anen. Murió mirando. Cerrarle los ojos sería negar lo último que hizo. Lo bajó al hoyo. Lo acomodó, la espalda contra la tierra, los brazos a los costados, la cabeza recta. El brazo izquierdo con el corte longitudinal que ya no sangraba.

La mano derecha vacía, donde había estado la hoja con las palabras que despertaron a Huitzilopochtli. Lo cubrió con tierra, puñado por puñado. La tierra cayendo sobre la cara de Dzielk, sobre los ojos abiertos, sobre la nariz, sobre la boca que pronunció náhuatl sin saber náhuatl. Cada puñado más pesado que el anterior. No por la tierra, por lo que significaba cubrir. No puso marca. No expresó palabras. Se quedó de pie junto a la tumba con las manos rotas y la cara sucia de tierra y de la tinta que todavía le manchaba la mejilla desde la cámara de Anen, donde las lágrimas cayeron sobre el Voynich sin correr la tinta. Schrödinger se levantó de donde

esperaba. Caminó hasta la tumba. Olfateó la tierra, el hocico contra el montículo, las fosas nasales dilatadas buscando el olor que conocía debajo de la tierra que no conocía. Se echó encima. Las cuatro patas recogidas, la cabeza sobre las patas, el cuerpo cubriendo la tumba con el calor de un animal vivo sobre un humano muerto. Leonardo esperó. De pie. Con las manos sangrando a los costados. El sol del desierto quemándole la nuca. El viento llevándose el polvo de la tumba y trayendo arena nueva. Schrödinger se levantó después de una hora. Sacudió la tierra del pelo con un movimiento de todo el cuerpo, desde la cabeza hasta la cola, y envió partículas de tierra al aire. Miró a Leonardo con los ojos ámbar que reflejaban demasiado no el sol, no el paisaje, algo detrás de los ojos. Leonardo no podía nombrarlo. Estaba listo. Pavlov caminó hasta la tumba. El gato se sentó al borde. No se echó los gatos sobre tumbas; los gatos se sientan junto a las cosas terminadas, verificando. Miró la tierra con los ojos amarillos. Tres segundos. Cinco. Diez. Después se levantó, caminó hacia Leonardo con la cola recta, el paso firme.

Los tres se fueron. El hombre, el gato y el perro. Hacia la entrada del túnel donde tres mil personas esperaban noticias de lo que acababa de pasar.

La tumba se quedó sola. Sin marca. Sin nombre. Sin flores. Con el sol que calentaba la tierra que la cubría. Leonardo se lavó las manos con arena. No había agua; el oasis más cercano estaba a kilómetros, según los exploradores de Tormund. La arena era lo que había. Se frotó las palmas con puñados de arena fina hasta que la sangre seca y la tierra se desprendieron en escamas oscuras. La arena le raspó las heridas abiertas de las uñas rotas. Dolió. El dolor era bueno. El dolor significaba que las manos seguían funcionando. Se miró los dedos

cuando terminó, diez dedos que habían sostenido una pluma de obsidiana, que habían pasado páginas de pergamino, que habían acariciado al gato, que habían cavado una tumba. Las yemas estaban en carne viva. La piel arrancada por la arena y la tierra dejaba expuesta la dermis rosada, húmeda, sensible a todo el aire, a la luz, al roce del pantalón cuando bajó las manos.

Los dedos le temblaban. No del esfuerzo del agotamiento del sistema nervioso que ha sostenido el cuerpo durante horas sin autorización del cerebro para detenerse. El temblor fino de los músculos que ya no reciben señal clara. Leonardo cerró los puños. Los abrió. Los cerró otra vez. El gesto del que verifica que la herramienta sigue operativa después de un uso que debería haberla roto. Pavlov se lamió una pata. La pata derecha, la que había pasado por la barra de Le Jardin limpiando lo que no estaba sucio, un gesto que el gato repetía cuando no había superficie que limpiar. Se lamió la pata y se la pasó por la oreja derecha. Después la izquierda. El ritual de acicalamiento del gato que acaba de terminar algo. Schrödinger se sacudió una segunda vez. La arena voló. Un grano le cayó a Pavlov en la oreja y el gato sacudió la cabeza con irritación breve.

** ## 032 [L|X|A]

el vacío sonoro

ARCHON estaba inactivo. No destruido, detenido. Khet lo verificó con el calibrador. Bajó a la cámara del mercurio, no a la cámara de Anen, otra, dos niveles más abajo, la cámara que los argathianos construyeron específicamente para medir el flujo de información con

un instrumento que los humanos posteriores llamarían calibrador y que los argathianos llamaban con una palabra que significaba “el que escucha lo que no habla”. La aguja de cobre flotaba en el mercurio con un temblor mínimo, un movimiento de menos de un milímetro por segundo, la oscilación residual de un sistema que todavía procesaba los últimos datos de la corrección.

Un temblor mínimo. Un eco de lo que fue. La aguja que durante generaciones osciló con la vitalidad del flujo de información ahora se movía con la inercia de un péndulo que se apaga. Khet se sentó junto al calibrador, en el suelo, con las rodillas contra el pecho. La postura del hombre que ha perdido la costumbre de estar de pie porque la verticalidad requiere propósito y el propósito se había ido con ARCHON. Mientras ARCHON corregía. Khet tenía trabajo: medir la corrección, organizar la supervivencia, coordinar la resistencia.

Con ARCHON inactivo, Khet no tenía nada que medir. No tenía nada que coordinar. No tenía nada que administrar. El administrador sin administración es un recipiente vacío que conserva la forma del contenido pero no el contenido. Los técnicos habían abandonado la cámara. Los dos jóvenes que nunca vieron la aguja inmóvil se fueron primero. El viejo, el de las uñas negras de mercurio, se fue después. Se fue sin decir nada. Se sentó en la puerta de la pirámide, mirando el desierto, con la misma postura que tenía cuando la señal empezó a limpiarse meses atrás.

El círculo se cerraba. Todo empezó con un viejo mirando el desierto. Todo terminaba con un viejo mirando el desierto. El silencio de los túneles era diferente ahora. Antes era la calma de la espera, densa, tensa, con la vibración contenida de miles de personas respirando en el mismo espacio cerrado. Ahora era la quietud de la

certeza. La quietud de después. La gente hablaba en voz baja no por miedo sino por respeto al vacío que ARCHON dejó al detenerse. Como hablar en voz baja en una iglesia. No porque Dios esté escuchando sino porque el espacio pide calma y el cuerpo obedece.

Señal presente pero estática. ARCHON existía. ARCHON procesaba. Pero no corregía. El glitch de Huitzilopochtli había insertado un error en el sistema de corrección que ARCHON no podía resolver sin resolverse a sí mismo. Un bucle lógico. Una paradoja operativa. ARCHON ejecutando corrección sobre un error que solo existe porque ARCHON ejecuta corrección. Cada ciclo de corrección generando más error. Cada error disparando más corrección. El bucle alimentándose a sí mismo con la eficiencia de un sistema diseñado para no fallar fallando exactamente por eso.

¿Cuánto duraría? Khet no sabía. Los técnicos egipcios no sabían. Los técnicos egipcios sabían mantener túneles y calibrar mercurio, no predecir el comportamiento de paradojas cósmicas. Wen calculó probabilidades con los instrumentos que tenía: un ábaco de cobre rescatado de los túneles, tres hojas de papiro, la memoria de un matemático entrenado en astronomía. Llegó a un rango de entre tres días y tres siglos. La imprecisión no era error, era honestidad. La honestidad de un matemático que sabe que la precisión falsa es peor que la imprecisión declarada.

✱

Los supervivientes salieron de los túneles. Tres mil quinientas personas parpadeando bajo un sol que no habían visto en semanas. La luz del desierto egipcio a las diez de la mañana, directa, blanca, con la intensidad del sol en latitudes bajas donde la atmósfera no filtra, les pegó en las retinas dilatadas por semanas de oscuridad

subterránea. Los ojos no estaban preparados. Las pupilas se contrajeron con dolor. Las caras eran irreconocibles. No por heridas, por la negrura. Semanas sin sol les habían dado a todos la misma palidez, el mismo tono grisáceo que borraba las diferencias entre pieles morenas y claras, entre jóvenes y viejos. Los ojos estaban hundidos. Las mejillas chupadas. La deshidratación crónica les había sacado agua de donde el cuerpo la guarda: los tejidos subcutáneos, las articulaciones, los discos intervertebrales.

Todos eran más bajos que cuando entraron. Un centímetro menos por persona. Tres mil personas encogidas. Los niños salieron agarrados de la mano de alguien, no necesariamente de sus padres. Los padres no siempre sobrevivieron y los niños se redistribuyeron con la eficiencia del pragmatismo: quien tuviera las manos libres cargaba al que no podía caminar. Dos soldados vikingos cargaban a un bebé mesoamericano. Un ingeniero chino llevaba de la mano a una niña egipcia que no hablaba su idioma. Nadie reclamó. Nadie discutió la asignación. La burocracia del desastre tiene sus propias reglas, las reglas funcionan porque no hay tiempo para cuestionarlas.

La primera mujer que salió vomitó. No por enfermedad, por el sol. La luz le pegó en los ojos, el nervio óptico mandó la señal al tronco encefálico y el tronco encefálico respondió con el reflejo de náusea que los humanos tienen cuando el sistema visual se sobrecarga. Vomitó bilis amarilla sobre la arena que ARCHON había alisado. Después vomitó el segundo, un hombre joven, ingeniero mesoamericano, que se dobló contra la pared del túnel y echó el último trago de agua que había tomado una hora antes.

Después nadie vomitó porque no quedaba nada adentro. Estómagos vacíos protestando contra un sol que no esperaban volver

a ver. Un viejo se negó a subir. La superficie era irreconocible. Lo que antes del asedio fue desierto con arena y dunas y la topografía natural del Sáhara era ahora una planicie plana. Perfectamente plana. ARCHON había corregido el terreno hasta eliminar cada irregularidad que la geología había producido en millones de años. Las dunas desaparecieron. Los lechos secos de los ríos desaparecieron.

Las formaciones rocosas que servían de referencia a los nómadas desaparecieron. Lo que quedaba era una superficie lisa de arena compactada que se extendía hasta el horizonte en todas las direcciones con la monotonía de una mesa de piedra. El cielo estaba despejado. Azul. Sin nubes. Pero no el azul vibrante del cielo del desierto que tiene profundidad, gradaciones, un azul pálido, lavado, como si ARCHON también hubiera corregido la atmósfera, le hubiera quitado las partículas que dispersan la luz, le dan al cielo su riqueza cromática.

Un cielo de un solo tono. Sin matices. Sin la graduación natural del azul que cambia del cenit al horizonte. La gente salía de los túneles y se detenía. Parpadeaban los ojos adaptados a la oscuridad subterránea rechazando la luz con la contracción dolorosa de las pupilas. Algunos se cubrían la cara con las manos. Otros se arrodillaban no por reverencia sino porque las rodillas cedían ante la inmensidad vacía que se abría delante. Tres semanas bajo tierra comprimían la percepción del espacio. El túnel era estrecho, limitado, con paredes que tocabas con las manos extendidas.

La superficie era lo opuesto. Sin límite. Sin pared. Sin fin visible. La transición de lo cerrado a lo abierto producía un vértigo horizontal que varios resolvieron vomitando. Se sentó en el último

escalón del túnel, el escalón de piedra caliza desgastado por tres mil pares de pies, y dijo que no iba a pisar tierra que ARCHON había tocado. Dos soldados vikingos lo cargaron. Uno por cada brazo. El viejo no peleó. Solo cerró los ojos y dejó que lo sacaran sin pelear. Cooperar no valía la pena. Pelear, menos.

El desierto estaba diferente. La corrección había modificado el terreno donde había habido dunas ahora había planicie lisa. Donde había habido roca ahora había arena suelta. La geografía estaba revuelta. Los puntos de referencia que los egipcios usaban para orientarse, las formaciones rocosas, los wadis secos, las elevaciones naturales habían desaparecido. El desierto era una página en blanco. Pero el cielo era azul. Un azul sin nubes, sin Formas, sin la oscilación sutil que la presencia de ARCHON generaba en la atmósfera.

Un azul limpio. Y el viento soplaba viento de verdad, no el viento de Kukulkán, viento natural con la tibieza del desierto y el olor a arena caliente. Y el sol calentaba. Y el sol quemaba la piel blanca de semanas sin luz, la piel que se había acostumbrado a la penumbra y que ahora enrojecía en minutos. Nanoq se sentó en el suelo afuera de los túneles. Se quitó las sandalias que los egipcios le habían dado, sandalias de cuero de cabra que le habían hecho ampollas en los talones y en el arco del pie, que llevaba puestas desde que llegó a Egipto porque las botas antárticas se desintegraron en el calor de los túneles.

Puso los pies descalzos sobre la tierra nueva. Cerró los ojos. Los dedos de los pies se hundieron en la arena tibia. No temblaba, dijo.

Nadie preguntó qué no temblaba. Todos sabían. La tierra había temblado desde que ARCHON empezó la corrección, una oscilación constante, subgrave, que les subía por los pies y los dientes y los

huesos del oído interno. El pulso de un planeta siendo reescrito. Ahora no temblaba. Ahora el suelo era suelo.

Tormund organizó la primera patrulla en la superficie a las seis horas. Tres grupos de diez. Vikingos con las espadas asgardianas que ya no necesitaban cortar Formas pero que ningún vikingo soltaría la espada, la extensión del brazo y el brazo no se deja en casa. Caminaron en tres direcciones: norte, este, oeste. El sur era desierto profundo, arena sin fin, sin agua, sin sombra, inútil sin recursos. El grupo norte volvió al segundo día. Botas llenas de arena. Las caras quemadas. Encontraron lo que quedaba de la costa mediterránea, el agua estaba ahí, el Mediterráneo seguía siendo Mediterráneo, las olas rompían contra una línea de playa que no reconocían.

Los puertos no. Las ciudades costeras habían sido borradas y la corrección dejó una línea de playa limpia, arena blanca, uniforme, sin escombros, sin cimientos, sin la marca de nada humano. Hermosa. El tipo de belleza que da náusea porque viene de la destrucción. La belleza del genocidio terminado. El grupo este encontró ruinas. No ruinas humanas, ruinas de Formas. Miles de estructuras desactivadas, caídas en el suelo como esculturas abandonadas en un taller que cerró. Roca reorganizada que ya no se reorganizaba. Metal compactado que ya no se compactaba. Los restos del ejército de ARCHON tirados en el desierto con la dignidad de la chatarra. El grupo oeste no volvió. Tormund esperó tres días. Al cuarto mandó un segundo grupo. El segundo grupo encontró al primero vivos, ilesos, sentados en la orilla de un oasis que no existía antes de la corrección. Un oasis que la reorganización del terreno

había creado accidentalmente al compactar una capa freática hasta que el agua subió a la superficie por presión hidrostática.

Agua limpia. Palmeras datileras que la corrección no alcanzó porque ARCHON estaba procesando otra zona cuando las raíces tocaron el nuevo nivel freático. Tierra fértil, el limo de la capa freática mezclándose con la arena en una composición que cualquier agrónomo habría reconocido como ideal para cultivo. Los diez soldados estaban sentados mirando el agua. No querían irse. No querían volver. Querían quedarse ahí, mirando agua limpia después de semanas de negrura subterránea, olor a tres mil cuerpos hacinados, el sabor metálico del agua de cisterna.

Un soldado se metió al agua vestido. Con la armadura puesta. Con las botas. Caminó hasta que el agua le llegó a la cintura y se detuvo. Se quedó de pie en el oasis con los brazos a los costados y los ojos cerrados y una expresión que los otros nueve no pudieron clasificar. No era alivio ni alegría ni tristeza ni nada que tuviera nombre. Era la cara de alguien que toca agua después de creer que nunca la volvería a tocar. La armadura le pesaba. Las botas se llenaron. El agua estaba a veintiún grados, lo suficientemente fría para ser agradable y lo suficientemente tibia para no ser un shock. El soldado se quedó de pie en el agua durante cuarenta minutos.

Nadie le declaró nada. Los otros nueve se sentaron en la orilla y lo miraron como se mira a alguien que hace lo que todos quieren hacer pero que solo uno tiene el valor de hacer sin permiso. Las palmeras datileras tenían fruta. Los dátiles estaban verdes, les faltaban semanas de maduración, pero los soldados arrancaron tres racimos y los comieron crudos. Los dátiles verdes son amargos, tienen un tanino astringente que frunce la boca y seca la lengua. Los diez

soldados los comieron con la misma expresión del que traga medicina: la boca apretada, los ojos entrecerrados, el gesto de aceptar lo desagradable porque lo desagradable tiene calorías y las calorías son vida. Tormund los entendió. No los obligó a volver.

Les dejó dos soldados más y la orden de medir el oasis, perímetro, profundidad, caudal. La orden de un general que piensa en asentamientos. ## 033 [X|L|A]

SCHRÖDINGER ENTIERRA

Leonardo no volvió a los túneles. Entró. Bajó las noticias ARCHON inactivo, dioses muertos, Dzielk muerto, superficie habitable. Las contestó con voz plana. Había llorado todo lo que tenía que llorar. Solo quedaba la información. Khet recibió las noticias con un asentimiento. Tormund con un puño cerrado. Nanoq con los ojos cerrados. Wen con una pregunta: “¿Cuánto durará la inactividad?” Leonardo añadió que no sabía. Wen no expresó más. La honestidad era suficiente. La pausa que siguió a las noticias no era incómoda.

Era necesario. Cada uno de los presentes procesaba la información con la herramienta que tenía: Khet con cálculos ¿cuánto durará la inactividad? ¿cuántas reservas quedan? ¿cuántos meses antes de que los túneles se vacíen? Tormund con el cuerpo el puño cerrado hasta que los nudillos blanquearon. Después la mandíbula apretada, después un movimiento de cabeza que era la versión vikinga del llanto: breve, seco, hacia abajo. Nanoq con las manos los dedos de la mano izquierda tamborileando sobre la rodilla con un ritmo que no era ritmo sino medición.

Los golpes equidistantes del que mide el tiempo que tarda una noticia en convertirse en realidad. La noticia tardó cuarenta y siete golpes de Nanoq en convertirse en realidad. Después los dedos se detuvieron. Después Nanoq abrió los ojos. Después miró a Leonardo con los ojos claros de quien ya sabía antes de que le dijeran. Después Leonardo subió. Se fue. Caminó hacia el este con Pavlov, Schrödinger. Khet lo vio irse desde la entrada del túnel la silueta del hombre con el morral y el manuscrito alejándose por la planicie corregida, el gato gris caminando a su izquierda, el perro a su derecha.

Khet no lo detuvo. No había razón para detenerlo. Leonardo no pertenecía a ninguna civilización. No obedecía a ningún líder. No necesitaba protección o la necesitaba y no la aceptaría, que era lo mismo. Leonardo era algo que Khet no podía clasificar en las categorías de ingeniero que usaba para organizar el mundo: no era refugiado, no era soldado, no era técnico, no era líder. Era un hombre que escribía en un manuscrito que se llenaba solo, acompañado de un gato gris y un perro cuya sombra fluctuaba cuando la mirabas de reojo.

Leonardo caminó tres días hacia el este. Durmió en el suelo. Sin manta. Sin protección. La espalda contra la arena que todavía conservaba el calor del día hasta las tres de la madrugada y que después se enfriaba hasta que los huesos protestaban. Pavlov dormía sobre su pecho el peso del gato aplastándole las costillas con la presión cálida de dos kilos y medio de animal que no tiene problema con usar a un humano de colchón. Schrödinger dormía a un metro de distancia, nunca pegado, nunca lejos, la distancia exacta del perro que vigila.

La primera noche una tormenta de arena los despertó. No una tormenta grande, un remolino local, un diablo de polvo que se formó a cien metros al sureste y cruzó su posición en cuarenta segundos. La arena le pegó a Leonardo en la cara con la fuerza de mil agujas finas. Se cubrió los ojos con el antebrazo. Pavlov se metió debajo de su cuerpo, el gato aplastado contra la arena entre el pecho de Leonardo. El suelo, protegido por la masa del humano. Schrödinger se quedó de pie. El perro recibió la arena con los ojos cerrados, el hocico girado contra el viento.

La arena le pegó en el flanco izquierdo y le arrancó pelo mechones grises que volaron con el remolino y desaparecieron en la oscuridad. Cuando pasó, Schrödinger tenía una franja de piel expuesta en el costado, rosada, cruda. No se quejó. Se echó otra vez a un metro exacto de distancia. La segunda noche Leonardo no durmió. Se quedó de espaldas mirando las estrellas, estrellas que no reconocía, constelaciones que la corrección había desplazado o que Leonardo nunca había aprendido porque la astronomía no era su campo.

Las estrellas eran puntos blancos en un negro absoluto. Sin luna. Sin nubes. La temperatura bajó a ocho grados. Los músculos de los brazos se le contrajeron. Los dientes le castañetearon hasta que apretó la mandíbula con fuerza suficiente para que los maseteros dolieran más que el frío. Pavlov se pegó más a su pecho. El gato era una bolsa de agua caliente de dos kilos y medio que le mantenía el esternón a temperatura funcional mientras el resto del cuerpo se enfriaba. Los pies se le entumecieron primero los dedos, después las plantas, después los tobillos.

El frío subía por las piernas con la lentitud de cosa que tiene toda la noche. El cuerpo respondía con temblores espasmódicos,

sacudidas involuntarias que le recorrían el torso cada tres o cuatro minutos, el intento del organismo de generar calor quemando las reservas que ya no tenía. El estómago le dolía con el dolor vacío del hambre que ha pasado de señal a estado, no una punzada sino una presencia constante, un hueco que no era hueco sino la forma que toma el cuerpo cuando lleva cuarenta horas sin ingerir calorías.

La saliva se le espesó. La lengua se le pegó al paladar. La deshidratación empezaba por la boca y bajaba. Al tercer amanecer las rodillas ya no cooperaban. Leonardo se levantó con un proceso de tres etapas: primero de costado, después a cuatro patas, después de pie usando el morral como contrapeso. Las rótulas le crujieron con el sonido del cartílago seco. Comió dátiles que encontró en una palmera que la corrección no borró, una palmera sola, sin contexto, sin las otras palmeras que deberían haberla rodeado, sobreviviente por accidente.

Los dátiles estaban secos. Duros. Le dolieron las encías al masticarlos. Pero tenían azúcar y fibra y eso era suficiente. Al tercer día llegó al punto que buscaba. No lo reconoció por marcas visibles, la corrección había borrado todo lo que podría servir de referencia. Lo reconoció por cómo Pavlov se detuvo. El gato dejó de caminar. Las cuatro patas plantadas en la arena. Los ojos amarillos fijos en un punto del suelo. Las orejas hacia adelante. La cola inmóvil. Era donde Dzielk había encontrado la puerta.

La puerta rectangular que olía a café. La puerta que llevaba a Le Jardin. La puerta ya no estaba. Leonardo pasó la mano por la arena donde debería haber estado el marco, la arena tibia, suelta, sin la densidad de un umbral. Nada. Cavó con los dedos. Arena sobre arena sobre roca. Cavó hasta que las uñas rotas protestaron, las mismas

uñas que rompió cavando la tumba de Dzielk, ahora con las puntas en carne viva raspando piedra. A treinta centímetros de profundidad encontró roca sólida, arenisca compactada por la corrección.

Sin grietas. Sin juntas. Sin la marca de algo que hubiera sido puerta. La arena que sacó estaba fría, más fría que la arena de la superficie, que el sol calentaba a cuarenta grados. A treinta centímetros de profundidad la temperatura bajaba a veinte. La transición era abrupta. No el gradiente natural de la tierra que retiene calor del día y lo libera de noche. Un corte. Algo separaba la arena de arriba de la roca de abajo. La puerta había dejado un residuo térmico en el lugar donde estuvo, no la puerta misma sino la memoria de la puerta, impresa en la temperatura del suelo.

Pero Pavlov no se movía del punto. El gato tenía las cuatro patas plantadas pegado a la arena. El viento le movía el pelo pero no le movía el cuerpo. Los bigotes apuntaban hacia abajo, los doce bigotes del lado derecho y los once del izquierdo, uno menos desde el Ciclo 7 donde un cristal le cortó uno de raíz. Los bigotes detectando algo que los ojos no veían y las manos no tocaban. La puerta ya no estaba. El suelo era suelo, arena sobre roca sobre más arena, la estratigrafía del desierto corregido sin marcas de nada que no fuera geología.

Pero Le Jardin existía. Leonardo lo sabía porque el Voynich se calentaba cuando estaba cerca del punto fijo. No calor de sol ni calor de fricción, calor de adentro, de las páginas mismas, el pergamino y la tinta y las cubiertas de cuero emitiendo temperatura como un animal que se acerca a su madriguera. Las páginas temblaban. La tinta se oscurecía, los caracteres náhuatl que Leonardo había escrito durante semanas, ganando contraste, haciéndose más negros, más definidos. Leonardo se sentó. Cruzó las piernas sobre la arena.

Abrió el Voynich en la última página escrita, la muerte de Dzielk, las lágrimas sobre la tinta, la expansión de Huitzilopochtli, el colapso de ARCHON. Pasó la página. Páginas en blanco. Pero no completamente en blanco, al borde del blanco, en la frontera entre el pergamino vacío y el pergamino escrito, había trazos tenues, caracteres que no estaban escritos sino sugeridos, coordenadas que aparecían, desaparecían dependiendo del ángulo de luz. Los nodos remotos, la gente de otros ciclos que encontró páginas sueltas, contribuyó, seguía activo.

El Voynich seguía recibiendo. Leonardo escribió las últimas páginas. No registró lo que veía, no había nada que ver excepto arena y cielo y una palmera solitaria a trescientos metros. Registró lo que recordaba. Los pescadores del Ciclo 2 con sus palafitos sobre el lago, las redes de fibra, el humo de pescado ahumado. La gente bajo la arena del Ciclo 3 con sus espejos de cobre que canalizaban la luz del sol hasta las cámaras subterráneas. Los navegantes de balsas del Ciclo 4 con sus cantos de eco que medían distancia por el rebote del sonido contra las islas de coral.

Las cuevas de géiseres del Ciclo 5 donde Pavlov mató un ratón, Schrödinger se lo comió. Los cultivadores de grano negro del Ciclo 6 que tenían diecisiete palabras para la madurez de la semilla, cero para la guerra. Los diecisiete supervivientes de la isla volcánica que comían algas, hablaban un idioma fragmentado. Las treinta y siete huellas infantiles en la arena cristalizada, dirección sur-sureste. El bosque petrificado donde los árboles y las cabañas y las ollas estaban convertidos en piedra con la forma intacta.

Cada civilización que visitaron, cada punto de anclaje que crearon con la observación. Cada página del Voynich que retrasó la

corrección porque observar es medir, medir es existir, lo que existe tiene que ser procesado antes de ser borrado, el procesamiento toma tiempo, el tiempo era todo lo que podían comprar. No fue suficiente. Pero fue algo. Leonardo terminó de escribir. Cerró el Voynich. Lo cerró con las dos manos y lo apretó contra el pecho, el gesto que había hecho en la cámara de Anen cuando Dzielk murió, el mismo gesto exacto, la misma presión de los brazos contra el manuscrito.

✱✱ Schrödinger se fue. Leonardo lo vio irse. No hubo señal. No hubo despedida. El perro estaba echado a un metro de distancia, y luego estaba de pie, después caminaba hacia el norte con el paso largo del animal que tenía un destino claro. La sombra del perro fluctuaba cuando no la mirabas directamente.

La sombra a veces tenía seis patas, a veces cero, y a veces no era sombra de perro sino de otra cosa que se alargaba sobre la arena en la dirección contraria al sol. Una sombra larguísima, desproporcionada, la sombra de algo más grande que un perro. Schrödinger caminó hasta que fue un punto oscuro en el horizonte, y luego un punto, y después nada.

Leonardo no lo llamó. No lo siguió. No dijo su nombre. Sabía que Schrödinger tenía su propio trabajo, un trabajo que no era caminar junto a un cronista ni echarse sobre tumbas ni olfatear puertas que olían a café. El perro que no debería existir, el perro cuya sombra no era de perro.

Cuya presencia hacía que el Voynich pulsara, que caminó entre ciclos sin vomitar sangre ni perder sensibilidad, tenía una función que Leonardo no podía nombrar pero que reconocía. La función de ir a donde nadie más puede ir. De estar donde nadie más está. De ser el

observador que observa lo que no puede ser observado. Pavlov se quedó. El gato se subió al regazo de Leonardo y se quedó ahí caliente.

Pesado, presente, con el ronroneo constante que era menos sonido y más vibración, una frecuencia baja que le bajaba a Leonardo hasta los fémures. Los ojos amarillos miraban el horizonte donde Schrödinger desapareció. Leonardo acarició al gato. El pelo gris entre los dedos. La temperatura del animal contra los muslos. El peso de algo vivo en un paisaje vacío.

** ## 034 [X|L|A]

EL NEXUS

Le Jardin se abrió. No había una puerta rectangular, no hubo puerta. El lugar completo. El cambio llegó a Leonardo antes de verlo. El suelo bajo sus pies dejó de ser arena, la textura granular contra las plantas de los pies reemplazada. Liso. Duro. Frío. Baldosa. El aire dejó de ser desierto seco, caliente, con el olor mineral de la arena quemada y fue otra cosa. Café frío. Café que lleva horas en una jarra sin calor, café que ha perdido el aroma vivo y conserva solo el residuo, el fantasma del olor, la memoria olfativa del calor.

Leonardo se detuvo. Los pies descalzos sobre la baldosa fría. Llevaba días caminando descalzo, las botas se habían roto en el desierto, la suela separándose de la parte superior con la persistencia de las cosas que se gastan cuando se usan demasiado. No encontró otras. No buscó. Los pies descalzos sobre la arena eran dolorosos durante los primeros tres días. Después la piel se endureció. Después la dureza se convirtió en callo. Después los callos se convirtieron en suela propia. Los pies de Leonardo sobre la baldosa de Le Jardin

eran pies de caminante anchos, con los dedos separados, con una capa de piel gruesa en la planta que absorbía el frío del suelo y lo convertía en información: baldosa, no arena.

Superficie plana, no duna. Le Jardin, no desierto. Schrödinger entró primero. El perro cruzó el umbral que no era umbral, la transición entre el desierto y Le Jardin no tenía puerta, no tenía marco, no tenía límite visible. Un paso era arena caliente y el siguiente era baldosa fría. Schrödinger lo olfateó todo. La barra. Las sillas. El suelo debajo de la mesa donde se echaba. El plato de agua que seguía lleno. La esquina donde Dzielk se sentaba. El perro se detuvo en la esquina de Dzielk. Bajó la nariz al suelo.

Olfateó durante un minuto completo, sesenta inhalaciones profundas, cada una extrayendo partículas de olor de la baldosa, cada una buscando el rastro del hombre que se sentaba ahí. El rastro estaba. Débil. Viejo. Pero estaba. Schrödinger se echó en la esquina de Dzielk. Se quedó ahí. Pavlov saltó al alféizar. Su alféizar. La ventana que daba a la calle que cambiaba. El gato se sentó con la postura de siempre, patas delanteras juntas, cola envolviendo las patas, ojos abiertos hacia afuera. La luz dejó de ser sol, la blancura del desierto egipcio, reemplazada por el ámbar de las lámparas de latón que colgaban del techo con cadenas de cobre oxidado.

Estaba sentado en Le Jardin. En la misma silla donde Dzielk se sentó la primera vez, la silla de madera con el respaldo curvo y la pata delantera derecha medio centímetro más corta que las otras tres, la silla que se mecía levemente cuando el que se sentaba se movía. Con el Voynich sobre la mesa. Con Pavlov en el regazo, el gato se había acomodado sin que Leonardo registrara el momento del cambio, el momento en que el regazo del desierto se convirtió en el

regazo de Le Jardin. Las tazas seguían sucias. Tres tazas boca arriba sobre la barra con los anillos de café seco en el fondo, la taza azul rota ya no estaba, solo quedaban los fragmentos en el suelo, los pedazos de cerámica con el cable de cobre del asa. La jarra de café seguía fría. El mandil seguía colgado del gancho detrás de la barra, el gancho de hierro clavado en la pared de madera, el mandil beige con la mancha de café en el bolsillo frontal.

Pero había algo nuevo. En la pared del fondo, la pared que antes no tenía nada, la pared de tablones de madera oscura con las vetas visibles y un nudo a la altura de la cadera, había una puerta. No un rectángulo en el suelo, una puerta de madera con marco, con bisagras de bronce verde, con un picaporte de latón que tenía la pátina del uso. Una puerta que daba la impresión de ser haber estado ahí siempre y que Leonardo nunca había visto porque no estaba ahí hasta ahora. Leonardo se levantó. Pavlov saltó al suelo en calma. El peso del gato no hizo ruido al tocar la baldosa, dos kilos y medio aterrizando con la precisión de un animal que calcula distancias con los bigotes antes de saltar. Las almohadillas absorbieron el impacto. Ni un clic. Leonardo caminó hacia la puerta. Las piernas le pesaban no por cansancio, sino por la transición. El cuerpo que hacía treinta segundos estaba en el desierto a treinta y ocho grados necesitaba tiempo para recalibrarse al interior de Le Jardin a dieciocho. Los capilares de la piel se contrajeron. Los poros se cerraron. El sudor que le cubría la nuca se enfrió de golpe y le dio un escalofrío que le bajó por la columna hasta el sacro. El pelo de los antebrazos se erizó. El gato caminó hacia la puerta.

Se sentó frente a ella, la cola envuelta alrededor de las patas, la postura erguida, los ojos amarillos fijos en el picaporte de latón. Miró

a Leonardo. No como petición, como indicación. El gato señalando la puerta mirando la puerta. Después mirando a Leonardo. Leonardo abrió la puerta. El picaporte giró con la suavidad del mecanismo que nunca se trabó porque nunca se usó. Del otro lado no había un ciclo. No había una coordenada espaciotemporal con civilizaciones que registrar y Formas que esquivar.

No había desierto ni mar ni bosque ni cueva. Del otro lado había un corredor. Largo, Leonardo no podía ver el final. Iluminado con la misma luz de latón de Le Jardin, lámparas idénticas colgaban del techo cada tres metros, las cadenas de cobre, el ámbar cálido. Con paredes de madera oscura, la misma madera de Le Jardin, los mismos tablones, las mismas vetas. Con piso de baldosa, la misma baldosa, el mismo patrón geométrico de hexágonos irregulares. Con puertas a los lados, docenas de puertas, cada una diferente.

La primera puerta era de roble con herrajes de hierro negro. La segunda de cedro con bisagras de cobre. Detrás, la tercera de bambú con un cierre de cuerda trenzada. Sin aviso, la cuarta no tenía madera, era piedra, arenisca tallada, con un dintel que recordaba a los arcos de los túneles egipcios. La quinta era metal, acero pulido con remaches, con la solidez de una puerta de bóveda. Cada puerta diferente. Le Jardin no había cambiado. Nada había cambiado. La barra seguía en el mismo lugar, la madera oscura con las marcas circulares de las tazas calientes, la mancha que no salía, el borde desgastado donde los codos se apoyaban.

Las lámparas seguían encendidas, las dos que funcionaban con su luz amarilla constante, la tercera con su parpadeo arrítmico que era más compañía que iluminación. Las tazas seguían boca abajo sobre el trapo húmedo, ocho tazas alineadas como soldados en formación,

la taza azul con el asa de alambre de cobre reconstruida, la taza de barro sin esmaltar, la taza blanca con el borde desportillado. El charco bajo la barra seguía en su sitio, un charco que no crecía ni se secaba, que existía como parte del suelo.

Pero Le Jardin estaba diferente. No en las cosas. En la temperatura. En la densidad del aire. En algo que los sentidos detectaban pero que la mente no podía categorizar. El aire estaba más espeso, no húmedo, no caliente, espeso. El espacio dentro de Le Jardin se había comprimido un grado. Las paredes estaban un centímetro más cerca que antes. La compresión no era física, era informacional. Le Jardin contenía más. Más coordenadas. Más puertas. Más posibilidades. El punto fijo había absorbido el colapso de ARCHON como una esponja absorbe agua, y ahora estaba saturado de posibilidades que se manifestaban como puertas que antes no existían.

Schrödinger olfateó cada puerta. El perro recorrió el corredor con el hocico bajo la nariz a tres centímetros del suelo, las fosas nasales dilatadas, el cuerpo tenso con la concentración del animal que lee un paisaje olfativo complejo. Cada puerta tenía su propio olor. El roble olía a bosque europeo, a lluvia reciente. El cedro olía a montaña, a resina caliente. El bambú olía a agua estancada y a moho verde. Cada olor era un ciclo. Cada puerta un mundo. Cada puerta dando a un lugar diferente. El Nexus.

Leonardo lo supo sin que nadie se lo dijera. Lo supo porque el Voynich se calentó tanto que tuvo que sacarlo del morral y cargarlo con las dos manos para que las correas de cuero no le quemaran la espalda. Lo supo porque Pavlov caminó por el corredor con la familiaridad del gato que recorre su territorio sin vacilación, sin

olfatear, sin la cautela del animal en terreno desconocido. El punto donde todos los ciclos se conectaban. El punto donde el flujo de información converge antes de ser distribuido, el hub, el nodo central, la estación de transferencia.

El punto que ARCHON usaba como centro de operaciones y que ahora, con ARCHON inactivo, estaba vacío. Disponible. Sin dueño. Sin proceso. Sin corrector. Leonardo caminó por el corredor. Pavlov a su lado. Cada puerta tenía una placa pequeña, de metal diferente según la puerta, con caracteres tallados que Leonardo reconoció como coordenadas. Cada placa un conjunto de números y símbolos que identificaban un ciclo específico en el flujo de información. Cada coordenada un mundo. Ciclo 1. Ciclo 2. Leonardo se detuvo frente a esta puerta.

Madera de teca. Olor a lago y a humo. Los pescadores de palafitos. La puerta que llevaba al ciclo donde escribió diez páginas del Voynich con caracteres náhuatl mientras los pescadores le ofrecían pescado ahumado. Ciclo 3. Ciclo 4. Ciclo 5. Los ciclos que visitó. Cada puerta con el olor del lugar, arena caliente, sal marina, azufre de géiser. Después los ciclos que no visitó. Ciclo 14. Ciclo 27. Arriba, ciclo 89. Arriba, ciclo 341. Las placas seguían. Los números subían. Leonardo dejó de contar después de cuatrocientos.

Cientos. Miles. Cada puerta un mundo. Cada mundo una historia que ARCHON había limpiado o estaba por limpiar o que nunca alcanzó. Algunas puertas estaban calientes al tacto. Leonardo pasó la mano por la de roble del Ciclo 1, tibia, con la temperatura de la madera que ha estado al sol, aunque no había sol en el corredor. El calor venía de adentro. Del ciclo vivo detrás de la puerta. Otras puertas estaban frías. La de piedra arenisca del Ciclo 14, fría como el

interior de una cueva, la temperatura de algo que ya no contiene vida. Leonardo la tocó y retiró la mano. No por el frío sino por la ausencia. El frío de la piedra era el frío de un ciclo corregido. Vaciado. Terminado. Pavlov olfateaba cada puerta. El gato se detenía frente a cada una dos segundos exactos, la nariz contra la madera o el metal o la piedra, las fosas nasales dilatadas procesando información que Leonardo no podía percibir. En algunas puertas Pavlov se quedaba más tiempo, tres segundos, cuatro, los ojos entrecerrados, las orejas girando. En la puerta del Ciclo 6, la de los cultivadores de grano negro, Pavlov se sentó.

Se quedó sentado frente a la puerta durante medio minuto. Después se levantó y siguió caminando con la cola más baja de lo habitual. Leonardo no preguntó. No había a quién preguntar. Y el gato no habría contestado. El corredor olía diferente en cada tramo. Cerca de las puertas calientes, olores vivos: humo de leña, pescado, sal marina, hierba mojada. Cerca de las puertas frías, nada. La ausencia de olor que es peor que el olor a podrido porque al menos lo podrido prueba que algo existió. Las puertas frías olían a vacío limpio.

A corrección completada. Al final del corredor, un final que tardó veinte minutos en alcanzar, veinte minutos de caminar entre puertas de todos los materiales y todos los olores, una última puerta. Sin placa. Sin coordenadas. Sin picaporte. Madera lisa. Sin vetas. Sin nudos. Sin marca. Leonardo la empujó. Cedió con el peso de la mano. Se abrió sola. Del otro lado: Le Jardin. El mismo Le Jardin. Las mismas tazas sucias. La misma jarra fría. El mismo mandil en el mismo gancho. La misma silla con la pata corta.

Leonardo entró y estaba donde empezó. El Nexus era un bucle. Empezaba en Le Jardin y terminaba en Le Jardin. El café-bar que existía fuera del flujo era también el centro del flujo. El punto fijo era también el hub. El lugar donde un mesero servía café era también el lugar donde todos los ciclos se conectaban no a pesar de ser un café sino porque era un café. Porque el café es el lugar donde la gente se sienta y observa y no interviene. El café es el punto de observación natural. El lugar donde la medición ocurre sin instrumentos.

Pavlov saltó a la barra. Se sentó junto a la jarra fría. Miró a Leonardo. Leonardo miró el mandil.

✱ ## 035 [X|L|A]

EL MANUSCRITO

Leonardo se sentó en la barra de Le Jardin y leyó el Voynich completo. Tardó catorce horas. No porque fuera largo trescientas doce páginas escritas, más las que los nodos remotos habían contribuido con caracteres que Leonardo no reconocía pero que el manuscrito incorporaba con la lógica de un organismo que acepta tejido compatible. Tardó catorce horas porque cada página pesaba. No pesaba físico el pergamino era liviano, flexible, con la textura del cuero fino que ha sido trabajado hasta perder la rigidez.

El peso era otro. Cada página contenía un ciclo. Cada ciclo contenía gente. Cada persona contenida en la tinta tenía nombre, cara, manos, una manera de caminar, una manera de dormir y una manera de morir. Leonardo los había visto. Los había registrado. Y ahora los releía. Releer era revivir. Releer era el costo que el cronista paga por haber sido testigo. Las páginas olían diferente según la

antigüedad las primeras escritas con tinta fresca, pluma segura, olían a roble, a café. Las del medio, escritas con prisa, con las manos manchadas de sangre ajena, olían a hierro, a sudor.

Las últimas, escritas en el desierto con la tinta espesada por el calor, olían a arena y a sal. No en la silla en el taburete detrás de la barra, el taburete alto de madera sin respaldo que el mesero usaría entre servicios. El taburete crujió. Madera vieja aceptando peso. Leonardo apoyó los codos en la barra y abrió el Voynich en la primera página. La primera página que él escribió la del día que Dzielk llegó a Le Jardin por primera vez. Oliendo a vómito, a hambre, con los ojos del hombre que acaba de perder el suelo bajo los pies.

Leonardo había escrito esa página con tinta fresca, manos firmes. Ahora la tinta estaba seca, oscura y las manos le temblaban por el agotamiento acumulado de semanas de saltos, tres días de desierto y cuatro horas de cavar una tumba. Pavlov se subió a la barra. Caminó por la superficie de madera con las patas evitando las tazas el gato navegando entre los obstáculos con la economía de movimiento del animal que nunca tira nada. Se sentó junto al Voynich abierto. La cola envuelta. Los ojos en la página.

Leyendo. O verificando que alguien leyera. Le tomó dos días. El manuscrito tenía más páginas de las que debería tener lo que empezó como un cuaderno de cincuenta hojas era ahora un volumen grueso, del espesor de un diccionario, con páginas que se habían insertado solas durante los saltos entre ciclos. Cada observación registrada expandía el manuscrito. Cada contribución de los nodos remotos la gente de otros ciclos que encontró páginas sueltas del Voynich y

escribió en ellas escribía en un instrumento de medición cósmica añadía hojas.

Lo que empezó como un cuaderno de notas era ahora una enciclopedia de todo lo que existió en todos los ciclos que Leonardo había tocado. El primer día leyó sin parar. Pavlov dormía en el alféizar de la ventana que daba a la calle que cambiaba el gato con los ojos cerrados por primera vez que Leonardo recordaba. Los párpados bajados, el cuerpo relajado con la confianza del animal que sabe que está en casa. Leonardo pasaba páginas con los dedos manchados de tinta vieja y de tierra que nunca se había lavado la tierra de la tumba de Dzielk todavía bajo las uñas rotas. La tinta de obsidiana en las yemas, las dos sustancias mezclándose en un residuo oscuro que marcaba cada página que tocaba.

La luz de las lámparas de latón no cambiaba en Le Jardin siempre era la misma hora, la misma intensidad, el mismo ámbar. El café de la jarra seguía frío. Leonardo no lo tocó. Cada civilización estaba ahí. Los pescadores del Ciclo 2 tres páginas dedicadas a la técnica de trenzado de redes con fibra de corteza, con un diagrama que Leonardo dibujó mientras los pescadores le enseñaban el nudo doble que no se deshacía con el agua. La gente bajo la arena del Ciclo 3 siete páginas sobre el sistema de espejos de cobre que canalizaban la luz solar a través de túneles de ventilación, con medidas exactas de los ángulos de refracción.

Los navegantes de balsas del Ciclo 4 cuatro páginas sobre los cantos de eco-orientación, con notación improvisada que representaba frecuencias con líneas horizontales de diferente grosor. Los cultivadores de grano negro del Ciclo 6 dos páginas con las diecisiete palabras para la madurez de la semilla, transcritas

fonéticamente. La gente de las cuevas de géiseres una página con un dibujo de Pavlov matando el ratón y Schrödinger comiéndoselo, el único dibujo del Voynich que no era diagrama sino escena.

Los ciclos periféricos los que ARCHON abandonó, los que visitaron cuando las coordenadas principales estaban bloqueadas. Los diecisiete supervivientes de la isla volcánica con su idioma de seis palabras. Las treinta y siete huellas infantiles en la arena cristalizada Leonardo las contó y las registró eran la única prueba de que esos niños existieron. El bosque petrificado donde las formas se conservaron pero el material cambió madera convertida en piedra, barro convertido en cuarzo, vida convertida en mineral.

Después las secciones que Leonardo no escribió. Los nodos remotos. Caligrafías diferentes más de cuarenta estilos de escritura distintos, cada uno de una mano diferente, cada mano de un ciclo diferente. Algunas secciones estaban escritas con sangre seca la sangre oscurecida hasta el marrón, los caracteres toscos de alguien que escribió con un palo mojado en su propia herida. Otras con tinta de insectos una tinta púrpura que olía a ácido fórmico cuando Leonardo acercaba la nariz a la página. Una sección entera estaba tallada, no escrita alguien había usado un punzón sobre el pergamino con fuerza.

Sin pluma, sin tinta, sin sangre solo el punzón. Las letras eran surcos en la página. Se podían leer con los dedos. Leonardo pasó las yemas por los surcos y cada letra le devolvió un sonido no audible, no oscilación del aire, sino la presión del carácter subiendo por los dedos hasta la muñeca, cada consonante con una temperatura diferente, cada vocal con un peso distinto. La sección tallada era la más ruidosa del Voynich aunque no producía ningún sonido.

Había una sección escrita en ceniza. Ceniza volcánica mezclada con grasa animal el pigmento que producen las culturas que no tienen acceso a minerales cromáticos. Los caracteres eran gruesos, trazados con un dedo, cada letra del ancho de una falange adulta. La caligrafía era torpe. Los trazos desiguales. Pero la información era precisa coordenadas de localización de fuentes de agua subterránea descritas con un sistema de notación que Leonardo tardó una hora en descifrar: cada glifo representaba la profundidad medida en cuerpos humanos acostados uno sobre otro. Cuatro cuerpos de profundidad. Siete cuerpos. Doce. Alguien había mapeado los pozos de su ciclo para quien viniera después.

Alguien que sabía que su mundo iba a desaparecer y que escribió en ceniza y grasa la ubicación del agua para que el siguiente supiera dónde cavar. Una sección de tres páginas estaba escrita al revés. Los caracteres invertidos, legibles solo con un espejo o inclinando la página contra una fuente de luz para leer las sombras. Leonardo tardó en entenderlo: el autor no tenía superficie horizontal. Escribió sosteniendo el Voynich sobre la cabeza, acostado, mirando hacia arriba. Las letras reflejaban la posición del escritor alguien que vivía en un espacio tan reducido que solo podía escribir boca arriba.

Las páginas invertidas olían a piedra húmeda y a moho. El olor de un lugar subterráneo donde la humedad es permanente. El café de la jarra se recalentó solo tres veces durante los dos días de lectura. Cada vez que Leonardo se servía una taza, la jarra se vaciaba. Cada vez que la jarra se vaciaba, la siguiente vez que Leonardo miraba tenía café otra vez. No hubo momento de llenado. No hubo mano que vertiera. La jarra pasaba de vacía a llena sin transición visible. Leonardo dejó de registrarlo después de la segunda vez.

El manuscrito pesaba más de lo que debería pesar. No el peso del pergamino y la tinta, el peso acumulado de quinientos años de manipulación, las huellas de dedos de cien manos que lo habían tocado antes, la grasa humana impregnada en las fibras del material, el polvo de cinco siglos depositado en los surcos de los glifos. Cada página crujía al pasarla con el sonido del material que ha perdido flexibilidad y que protesta cuando lo obligan a doblarse. Leonardo las pasaba despacio no por reverencia sino por miedo a que se quebraran.

La tinta del Voynich tenía un olor propio. No el olor de la tinta moderna, un olor orgánico, mineral, con una base de algo que podría ser hollín de ocote y un tono superior que podría ser sangre oxidada o podría ser óxido de hierro disuelto en resina. El olor cambiaba de página en página. Las primeras secciones olían a seco, la tinta completamente curada, sin volátiles. Las secciones centrales olían a algo más fresco, no fresco como reciente sino fresco como no del todo muerto, una tinta que todavía liberaba moléculas al aire cuando la temperatura subía medio grado con la proximidad de la lámpara.

Al segundo día le dolían los dedos. El pulgar y el índice de la mano derecha, los dedos que sostenían cada página mientras los ojos decodificaban los glifos. La presión constante sobre las yemas había comprimido las terminaciones nerviosas hasta producir un adormecimiento que empezaba en las puntas y avanzaba hacia los nudillos. Leonardo cambiaba de mano cada hora. La mano izquierda era más torpe, las páginas resbalaban, el ángulo era menos preciso, el control motor reducido. Pero la alternancia le permitía seguir.

Cuatro horas con la derecha, una con la izquierda, cuatro con la derecha. El ritmo de trabajo de un copista adaptado a las

limitaciones de la fisiología. Le Jardin alimentaba como alimenta una casa: sin aviso, sin ceremonia, sin factura. Al segundo día le dolían los ojos. El Voynich en náhuatl no estaba diseñado para lectura prolongada, los caracteres angulares, sin curvas, con la geometría rígida de una escritura que prioriza la precisión sobre la comodidad. Leonardo parpadeaba y las letras se duplicaban.

Cerraba los ojos y las veía en el negativo de los párpados. Llegó a la última página escrita. La muerte de Dzielk. Las lágrimas que cayeron sobre la tinta sin correrla, las manchas circulares visibles en el pergamino, los halos de agua salada rodeando los caracteres. La expansión de Huitzilopochtli descrita en tres líneas porque Leonardo no tenía palabras para lo que pasó y tres líneas era todo lo que la honestidad permitía. El colapso de ARCHON en una sola frase: “Dejó de corregir.” Después de la última página escrita, páginas en blanco. Cientos. Leonardo las contó trescientas doce páginas en blanco que esperaban ser llenadas. Cada página un espacio. Cada espacio un ciclo posible. Cada ciclo una civilización que todavía generaba ruido en el flujo de información. El Voynich no se limitaba a ser un registro del pasado. Era un mapa del futuro. Cada página en blanco era un ciclo que podía ser visitado.

registrado, anclado con la observación que retrasaba la corrección. Cada página en blanco era una civilización que podía ser vista antes de desaparecer.

Leonardo cerró el manuscrito. Lo dejó sobre la barra. La madera recibió el peso del Voynich con un crujido leve. Miró el mandil. El mandil de tela decolorada. Algodón blanco que el sol un sol que no existía dentro de Le Jardin pero que de algún modo había blanqueado la tela convirtió en beige. El mandil que nadie había

usado. Hasta ahora. Leonardo lo descolgó del gancho. Lo sostuvo con las dos manos la tela desplegada frente a él.

las correas colgando. Lo miró durante un minuto.

El mandil era una pieza de tela con bolsillos, correas. No se trataba de sagrado. Tampoco era simbólico. Era un mandil de mesero. Pero era el mandil de Le Jardin, Le Jardin era el punto fijo, y el punto fijo necesitaba un mesero. La lógica era circular: Le Jardin necesita un mesero porque es un café. Un café necesita un mesero porque la gente necesita que alguien sirva. Alguien necesita servir porque el servicio es la forma más antigua de observación. El mesero ve todo. El mesero escucha todo. El mesero registra sin que nadie sepa que registra.

Se lo puso. Pasó la correa por la cabeza. Ajustó la cintura. El mandil le quedaba no exacto, no perfecto, pero le quedaba con la holgura del objeto que se diseñó para cualquiera que lo necesitara. El bolsillo con la mancha de café le quedó a la altura de la cadera derecha. Leonardo metió la mano. Encontró migajas. Las mismas migajas de pan viejo que había encontrado antes. Las sacó. Las puso sobre la barra. Tres migajas. Pequeñas. Duras. Del color del trigo tostado. Schrödinger levantó la cabeza.

El perro miró a Leonardo con el mandil puesto. La cola se movió. Un movimiento, de izquierda a derecha, que en el lenguaje de los perros significa reconocimiento. No alegría. No excitación. Reconocimiento. El perro reconoció al mesero. O reconoció el mandil. O reconoció que algo que debía pasar había pasado. Pavlov no miró. Pavlov seguía en el alféizar, mirando la calle. Pero el ronroneo que se había detenido hacía días, desde que Leonardo se fue al desierto, volvió. Subaudible. Constante.

El gato ronroneaba con la presencia de Leonardo en el mandil. El mandil que colgaba del gancho de hierro desde que Le Jardin existía, esperando a alguien que no llegaba. Leonardo no se lo puso. Todavía no. Primero tenía algo que hacer.

✱ # 036 [X|L|N]

LAS CIVILIZACIONES

Leonardo visitó a los supervivientes una última vez. Entró por los túneles de Khet al amanecer, porque dentro de Le Jardin no había amanecer, y Leonardo necesitaba la transición del frío nocturno al calor matutino para saber que estaba en el mundo real y no en el punto fijo. El olor de los túneles era diferente ahora, menos concentrado. Era el olor de un lugar que se vacía. La gente había empezado a salir. Las paredes todavía tenían las marcas de las manos que se apoyaban al caminar, impresiones de grasa y sudor en la piedra caliza, miles de manos diferentes dejando la huella de su paso.

Los que quedaban abajo eran los enfermos, los heridos, los que no podían subir, los que las piernas no cargaban o los pulmones no alimentaban o la mente no empujaba. Khet estaba sentado frente a la tablilla de Anen. No la tablilla de invocación, la tablilla original, la primera, la de barro cocido con tres líneas de instrucciones que Khet había seguido desde que la encontró entre los escombros de la primera corrección. Dos líneas cumplidas. Una tercera rota que nunca se cumplió. No la leía. La sostenía.

Las dos manos alrededor del barro apretando. Era lo último que tenía de Anen. Los nudillos blancos por la presión. Las venas del dorso marcadas, la deshidratación de semanas subterráneas le había

secado la piel hasta que las venas parecían cordones bajo papel. Las uñas sucias. Con cuidado, las cutículas agrietadas. Cerca de ahí, las manos de un ingeniero que ha dejado de construir y que ahora solo sostiene. La cámara olía a aceite de lámpara y a piedra vieja. El eco de los túneles traía sonidos de arriba, voces, pasos, el golpe de herramientas contra roca.

La reconstrucción ya había empezado. Los mesoamericanos trabajaban de noche porque estaban acostumbrados a la oscuridad de las pirámides. Los vikingos trabajaban de día porque necesitaban ver el horizonte para no perder la orientación. Los turnos se solapaban al amanecer, al atardecer, dos horas de ruido máximo cuando los dos grupos coincidían en los túneles y las herramientas chocaban y las voces se mezclaban en tres idiomas que nadie entendía completamente, pero que todos interpretaban por el tono.

¿La tercera línea? - preguntó Leonardo. No importa ya. ¿No quieres saber qué decía? Khet miró a Leonardo con los ojos del administrador que ha administrado una extinción, los ojos que han contado muertos, organizado raciones y asignado literas, distribuido agua y que ahora, con la extinción detenida, no saben qué administrar. La piel debajo de esos ojos estaba oscura, no las ojeras del cansancio, sino las manchas del agotamiento sistémico, la hiperpigmentación que aparece cuando el cortisol lleva semanas en niveles que deberían ser de emergencia, pero que se han convertido en normalidad.

Los labios agrietados. La comisura derecha con una fisura que sangraba cuando hablaba demasiado, la sangre asomaba como una línea fina cada vez que la mandíbula se abría más de dos centímetros, y Khet se la limpiaba con el dorso de la mano sin interrumpir la

frase. Había adelgazado. Los pómulos que antes eran los pómulos de un ingeniero militar alimentado con raciones regulares eran ahora los pómulos de un hombre que comía lo que sobraba después de que todos los demás comieran. Los hombros se le habían caído, no por derrota, sino por gravedad, el trapecio y el deltoides perdiendo la masa que los mantenía rectos.

El cuerpo de Khet era un informe de las últimas tres semanas, más preciso que cualquier tablilla. Decía lo que decían todas las instrucciones de Anen. “Espera.” Solo que esta decía espera a algo que Anen no podía nombrar. La ingeniería tiene límites. Que los túneles aguantan, pero no para siempre. Que el agua dura, sin embargo, no para siempre. Que la gente resiste, pero no para siempre. Lo que Anen sabía era que la paciencia tiene límite. Y que después del límite venía no fue paciencia.

Necesidad. Y la necesidad hace lo que la paciencia no puede. Khet se frotó los ojos con el pulgar y el índice. El gesto del hombre que lleva semanas sin dormir más de tres horas seguidas. Las ojeras le habían cambiado la cara, los pómulos más marcados, las cuencas más profundas, la piel debajo de los ojos con el tono morado de los capilares rotos por la presión de la vigilia. Tenía sesenta y tres años. Parecía de setenta, ocho.

Los números - comentó Khet, como si respondiera a una pregunta que Leonardo no había hecho. Tres mil quinientos doce entraron a los túneles. Tres mil trescientos cuarenta y uno salieron. Ciento setenta y uno no salieron. Sesenta y cuatro murieron por deshidratación. Cuarenta y dos por infección, las heridas que no se podían limpiar con agua racionada, la gangrena que avanzaba en la penumbra sin que nadie la viera hasta que el olor era insoportable.

Treinta y nueve por colapso, los cuerpos que simplemente dejaron de funcionar, sin enfermedad identificable, sin herida, sin causa que un médico pudiera nombrar. Veintiséis todavía están abajo. No se mueven. No hablan. Respiran. Comen si les pones la comida en la boca. No suben. No quieren subir. No quieren nada.

Leonardo no escribió los números. El Voynich estaba cerrado. Los números de Khet eran de Khet, del administrador que cuenta porque contar es la última forma de control cuando todo lo demás se ha perdido. Leonardo bajó la cabeza. No escribió nada. El Voynich estaba cerrado en el morral. Las últimas páginas escritas. Las trescientas doce en blanco esperando.

¿Qué van a hacer? - preguntó. Reconstruir. Khet puso la tablilla sobre la mesa con cuidado. Las manos de Khet temblaban. No el temblor del miedo, el temblor de la fatiga acumulada en los tendones que conectan los dedos con los músculos del antebrazo. Tres semanas de cálculos. Tres semanas de sostener la tablilla a la altura de los ojos porque la luz de las antorchas no alcanzaba la mesa. Tres semanas de escribir con un estilete de hueso sobre barro húmedo que se secaba demasiado rápido en el aire del desierto y que había que rehidratar con saliva cuando el agua se acababa.

Los callos en la base del pulgar derecho habían pasado de endurecidos a agrietados, las grietas sangraban cuando la piel se estiraba para sujetar el estilete. Leonardo miró las manos de Khet y reconoció el daño. Era el mismo tipo de deterioro que había visto en los monjes copistas del tercer ciclo, las manos de los que escriben durante años sin parar, la deformación progresiva de las articulaciones, los nudillos que se ensanchan, las falanges que

pierden la curvatura natural y adoptan la forma del instrumento que sostienen.

Las manos de Khet no eran las manos de un ingeniero militar. Eran las manos de un escriba que además comandaba ejércitos. La dicotomía estaba en la piel misma, callos de escritura en la mano derecha, callos de espada en la izquierda. Las dos historias grabadas en el mismo cuerpo. El oasis que Khet describía estaba a tres días de marcha hacia el noreste. Un oasis que antes del asedio alimentaba a doscientas personas y que ahora tendría que alimentar a tres mil quinientas. Las cifras no cerraban y Khet lo sabía, las cejas se le juntaron sobre el puente de la nariz mientras señalaba los puntos en el mapa trazado en la tablilla.

El mapa era tosco, líneas rectas donde la geografía tenía curvas, distancias estimadas por la marcha de un hombre sano cuando los que marcharían eran heridos, niños, ancianos que no habían comido en cuatro días. Un mapa optimista. Un mapa necesario. Los mapas necesarios siempre son optimistas porque la alternativa es no moverse y no moverse significa morir en los túneles. La tablilla sonó contra la piedra con el clic seco del barro contra arenisca. Los oasis que la corrección creó accidentalmente son habitables.

Tormund quiere un asentamiento en la costa, dice que los vikingos necesitan ver el mar para no volverse locos, y probablemente tiene razón. Los mesoamericanos quieren reconstruir las pirámides, no las pirámides originales, pirámides nuevas, con los materiales que hay, porque los mesoamericanos son incapaces de vivir en terreno plano sin ponerle una pirámide encima. Los chinos quieren observatorios nuevos, Wen ya tiene los planos, calculó los

ángulos de observación con el ábaco antes de que los demás terminaran de desayunar.

Nanoq quiere volver a la Antártida. ¿Y tú? Yo quiero terminar de leer las tablillas que Anen dejó en la cámara de abajo. Hay más cámaras. Nanoq solo encontró una. Yo encontré indicios de tres más, variaciones en el eco, diferencias en la temperatura de las paredes, grietas que no son grietas sino juntas de sellado. Hay más tablillas. El viejo lo planificó todo. Planificó incluso lo que pasaría después de que todo fallara. Planificó la reconstrucción después de la destrucción. Khet miró a Leonardo.

Los ojos del ingeniero evaluando. El filósofo. Dzielk. ¿Sufrió? Sí. ¿Mucho? Lo suficiente. Khet asintió. No preguntó más. No preguntó si Dzielk añadió algo al final ni si fue rápido ni si tuvo miedo. No preguntó porque las respuestas no cambiarían el hecho, porque Khet era ingeniero, los ingenieros no piden información que no pueden usar.

*
**

Leonardo se fue. Caminó por los túneles hacia la superficie. Los escalones gastados por los miles de pies que habían subido y bajado durante semanas. Pasó junto a soldados vikingos que reparaban herramientas, martillos con los mangos rotos, hachas con el filo mellado. Las manos grandes de los vikingos trabajaban la madera y el metal con la concentración de artesanos que saben que las herramientas son la diferencia entre sobrevivir y no. Junto a ingenieros mesoamericanos que dibujaban planos de nuevas estructuras en losas de piedra caliza, los planos eran precisos, con medidas en un sistema de unidades que mezclaba las tradiciones atlante, egipcia.

Junto a niños que jugaban en el pasillo con un gato que no era Pavlov, un gato normal, un gato egipcio de pelo corto, orejas grandes, un gato que los niños habían adoptado y que maullaba cuando le tiraban de la cola. Junto a una mujer que cocinaba en un fogón improvisado, tres piedras formando un triángulo, leña rescatada de las palmeras secas, una olla de cobre abollada donde hervía, olía a cebolla silvestre y a grasa animal. La mujer no levantó la vista cuando Leonardo pasó. Tenía las manos ocupadas. Las manos de alguien que cocina no miran a los que pasan, miran lo que hierve. El vapor le subía por la cara y le mojaba el pelo. Le daba igual. La olla importaba. Lo que había dentro de la olla importaba. El hombre que pasaba con el morral y el gato gris no importaba porque no se podía comer. Un niño sentado junto a ella pelaba raíces con un cuchillo de obsidiana; el cuchillo demasiado grande para sus manos, pero el corte era preciso.

Enseñado por necesidad. Las raíces caían en un cuenco de cerámica con el sonido blando de lo vegetal contra lo mineral. La mujer las recogía del cuenco sin mirar y las echaba a la olla. La coordinación entre los dos, madre e hijo, probablemente, por la forma en que sus movimientos se complementaban sin comunicación verbal, tenía la eficiencia de la costumbre. Habían hecho esto antes. Lo harían después. La cocina como ancla cuando todo lo demás se mueve. El olor de la comida le llegó a Leonardo al estómago.

No había comido en dos días. Los dátiles secos del desierto habían sido lo último. El estómago se contrajo un espasmo involuntario, el reflejo del tubo digestivo que detecta comida cercana y exige atención. Leonardo apretó el paso. La hambre era un

problema que no iba a resolver ahora. Tenía algo más urgente que comer. En la superficie.

Tormund estaba parado mirando el horizonte con la postura del hombre que busca dónde poner una ciudad. Las piernas separadas. Las manos en la cintura. La espada asgardiana colgaba del costado izquierdo, siempre del costado izquierdo, siempre al alcance de la mano derecha.

Incluso ahora que no había Formas que cortar, la cicatriz de la nariz estaba mejor. La infección había bajado, la costra se caía sola, la piel debajo era rosada y nueva.

General - dijo Leonardo.

Cronista - contestó Tormund. No se giró. Seguía mirando el horizonte. ¿Vas a reconstruir con nosotros? No. ¿Vas a seguir viajando? No. Tormund se giró. La mirada del vikingo evaluaba al hombre con el morral y el gato. ¿Qué vas a hacer? Algo que debí haber hecho antes.

Tormund no preguntó qué. Los vikingos no piden explicaciones cuando la respuesta es personal. Se rascó la cicatriz de la nariz, el gesto automático del que tiene una costra que pica y que sabe que rascarse la arranca pero no puede evitarlo. La costra se desprendió. La tiró al suelo. Suerte.

Cronista. Suerte, general. Leonardo se fue. Tormund volvió a mirar el horizonte. La planicie vacía. La arena blanca. El terreno limpio que ARCHON dejó como quien deja un plato lavado. Lo mínimo que podían hacer era llenarlo.

** ## 037 [X|L|N]

EL GLITCH

Seis páginas. Leonardo las encontró al amanecer. No al abrir el Voynich el Voynich estaba abierto, sobre la barra, en la página donde lo había dejado la noche anterior. Pero la página donde lo dejó había dejado de ser la última. Seis páginas nuevas habían aparecido después del final. Pergamino que no estaba ahí cuando Leonardo se quedó dormido con la mejilla sobre el manuscrito y que ahora estaba seis hojas de pergamino nuevo.

más claro que el resto, con los bordes irregulares del pergamino que no ha sido cortado con herramientas sino separado con las manos.

La textura era diferente, más suave, más fina, con un brillo que el pergamino viejo no tenía. Los caracteres eran diferentes. No eran los náhuatl que Leonardo escribía. No eran los glifos de los nodos remotos que contribuían páginas sueltas desde otros ciclos. Eran caracteres que Leonardo no reconocía. Ni como lenguaje ni como código ni como ningún sistema de representación que hubiera visto en ninguna coordenada. Formas que se curvaban sobre sí mismas, espirales que no terminaban.

líneas que se bifurcaban y se reunían, puntos que parecían estrellas vistas desde una distancia que los humanos no podían alcanzar.

La tinta era azul. No el azul del índigo ni el azul del lapislázuli ni ningún azul mineral. Un azul que no existía en la paleta de pigmentos naturales. Un azul que la luz de Le Jardin no reflejaba correctamente cuando movías la página.

el azul cambiaba de tono sin cambiar de ángulo. El azul se movía independientemente de la luz. Leonardo las encontró al abrir el Voynich en Le Jardin. Insertadas entre la última página escrita y la primera en blanco. No estaban ahí cuando cerró el manuscrito en la cámara de Anen.

Ahora estaban. Tinta diferente. No la obsidiana de Leonardo. No la sangre seca de los nodos remotos. No la púrpura de insectos. Esta tinta no tenía color fijo. Leonardo la estudió durante una hora antes de tocarla. Inclino las páginas hacia la lámpara, la lámpara de aceite que parpadeaba con su ritmo arrítmico.

la misma lámpara que había parpadeado desde el primer día que Dzielk entró en Le Jardin. La tinta cambió con cada ángulo. Hacia la lámpara: negra, densa, con la opacidad del carbón vegetal.

Hacia la ventana: roja, translúcida, con la claridad de la sangre diluida en agua. Plana sobre la barra: invisible, solo detectable por la textura, por las marcas que la pluma dejó en el pergamino al presionar. Pavlov se acercó a las páginas. El gato bajó del alféizar la primera vez que bajaba del alféizar por voluntad propia desde que volvieron a Le Jardin y caminó sobre la barra hasta las páginas abiertas.

Se detuvo a diez centímetros. Las pupilas se dilataron. Las fosas nasales se abrieron un movimiento mínimo. dos milímetros de expansión en cada orificio, que en un gato equivale a activar el sistema completo de análisis olfativo.

Pavlov olfateó las páginas nuevas durante treinta segundos. Después retrocedió. Se sentó. La cola se enrolló alrededor de las patas con una tensión que Leonardo no le había visto antes. Schrödinger levantó la cabeza desde la esquina de Dzielk. El perro no

se acercó a las páginas. Pero los ojos estaban abiertos completamente abiertos.

sin el velo de somnolencia perpetua que normalmente los cubría y fijos en el manuscrito con la atención del animal que detecta algo que no debería estar ahí. Inclínada hacia la lámpara: negra.

Hacia la ventana: roja. Plana sobre la barra: transparente, solo visible por la textura del pergamino, marcas de agua que los dedos detectaban antes que los ojos. Leonardo pasó la yema del índice por la primera línea. El carácter le vibró en el dedo. No metáfora, pulsación real.

El pergamino oscilaba bajo el tacto con una frecuencia que le subió por la muñeca como corriente tibia. Sintióndolo antes de verlo. El calor del carácter le subió por el dedo y le llegó al codo. No lucía como calor de fuego, era calor de información.

La diferencia entre tocar una piedra al sol y tocar un cable eléctrico: la piedra transfiere calor almacenado, el cable transfiere energía en movimiento. Los glifos de las seis páginas transferían energía en movimiento. Leonardo retiró el dedo. Se miró la yema; la piel estaba rosada.

como después de tocar agua caliente. La marca desapareció en diez segundos. Pavlov se acercó al Voynich. Olfateó las seis páginas nuevas. El gato pasó la nariz por cada una lento, metódico, las fosas nasales abriéndose y cerrándose con el ritmo de una máquina que procesa muestras.

En la tercera página se detuvo. Las orejas se aplastaron contra el cráneo. Los bigotes se pegaron a la cara. El gato retrocedió dos pasos y se sentó a un metro del Voynich con la expresión de un animal que

ha oído su biología y le dice que evite. Leonardo nunca lo había visto retroceder.

En diecisiete ciclos y semanas de saltos, Pavlov nunca retrocedió ante nada. Los caracteres no fueron náhuatl. No fueron ningún idioma de los cuarenta que el Voynich contenía. Eran patrones. Secuencias numéricas comprimidas en glifos.

Cada símbolo era una función matemática, no sonido, no letra, no sílaba. Relación. Pavlov se sentó junto al Voynich. No se movió durante lo que vino después. Leonardo usó el sistema de equivalencias de los cultivadores de grano negro del Ciclo 6. No traduce, mapea. No busca significado, busca estructura.

Tardó un día en la primera secuencia. Un día entero sentado en el taburete de la barra, con el Voynich abierto y la pluma de obsidiana haciendo anotaciones en el margen, no traducción sino equivalencias posicionales, frecuencia de repetición de cada glifo, relación entre los patrones nuevos y los ya documentados.

El café se enfrió tres veces. Lo recalentó acercando la taza a la lámpara de aceite, un método que no funcionaba pero que el gesto lo mantenía ocupado mientras el cerebro procesaba. Schrödinger dormía debajo del taburete. La sombra del perro apuntaba hacia el Voynich.

La primera secuencia era una tabla de coordenadas. Tres columnas. La primera columna: ubicación en el flujo. La segunda: tiempo de existencia. La tercera: origen. Diecisiete filas. Diecisiete entradas. Las primeras dieciséis tenían las tres columnas llenas, coordenadas, duración, fuente.

La fila diecisiete tenía las dos primeras columnas completas. La tercera estaba vacía. No vacía como dato perdido. No vacía como

información borrada. Vacía como casilla que no existe. La columna de origen terminaba en la fila dieciséis. En la diecisiete, el pergamino estaba liso. Sin marca. Sin espacio reservado.

La estructura del glifo no incluía posición para esa variable. Lo que emergió de las pirámides antárticas no tenía origen. Leonardo se levantó. Las manos le temblaban. Caminó hasta la pared del fondo. Puso las palmas contra los tablones fríos. La madera le devolvió el frío. No el frío del material, el frío de la pared que separa Le Jardin del corredor de puertas, la pared que debería ser sólida y que vibraba con una frecuencia que los oídos no registraban pero que las palmas sí.

Una vibración de baja amplitud y alta constancia, no pulsaba, no variaba, no se interrumpía. La pared vibraba con la regularidad de una máquina que funciona sin operario. Leonardo apretó las palmas. La vibración le subió por los huesos del carpo hasta la muñeca.

Ahí se detuvo. El cuerpo absorbía la vibración como un filtro. Lo que pasaba de la muñeca era calor difuso, no información. Se quedó contra la pared más tiempo del necesario. No porque buscara información sino porque el contacto con la madera le daba un punto de referencia físico.

Lo que acababa de leer en el Voynich le había quitado los puntos de referencia internos. La página del glitch, la sexta de las seis que escribió durante la noche, contenía datos que no deberían existir en un manuscrito escrito antes de que el concepto de datos existiera.

Coordenadas. No las coordenadas geográficas de los ciclos que ya conocía, coordenadas de no era lugar ni tiempo sino una tercera variable que el Voynich representaba con un glifo que no aparecía en

ninguna otra página. Un glifo que Leonardo había visto una vez antes en los registros de Anen.

grabado en la piedra de la cámara de invocación, en el punto exacto donde la sangre de Citlali se había detenido. Los ojos le ardían. El ardor de la lectura prolongada con luz insuficiente, las lámparas de aceite de Le Jardin producían una luz amarilla que oscilaba con las corrientes de aire y que obligaba a las pupilas a ajustarse constantemente.

Los músculos ciliares fatigados. La acomodación lenta. Los bordes del texto borrosos cuando movía los ojos demasiado rápido de una línea a otra. Leonardo parpadeó. El parpadeo era doloroso, los párpados secos raspando la córnea con la fricción del tejido que no tiene suficiente lubricación lagrimal.

El frío de la madera le entró por las manos, pero el frío que ya tenía venía de más adentro del estómago, del plexo solar. Volvió al taburete. Segunda secuencia. Un diagrama de flujo. Nodos conectados por flechas.

Cada nodo representaba un sistema de corrección. Leonardo reconoció tres: el patrón de ARCHON, el patrón de las frecuencias antárticas, el patrón de los ciclos de borrado. Los tres apuntaban a un nodo central. El nodo central no tenía flechas salientes. Solo entrantes. Todo fluía hacia él. Nada salía. Un sumidero.

Debajo del nodo central, un símbolo que Leonardo no había visto en ningún sistema de escritura. Lo tocó. El glifo le quemó la yema, no calor de fuego, calor eléctrico, el ardor de la descarga estática amplificado diez veces.

Retiró el dedo. La marca del glifo quedó impresa en la piel durante tres segundos. Después desapareció. El nodo central era

anterior a los sistemas que apuntaban a él. Los sistemas de corrección no lo contenían, él los generaba. ARCHON no vigilaba al error. El error generaba a ARCHON.

Tercera secuencia. La mano de Leonardo ya no temblaba. El frío se había instalado. Temperatura normal. El cuerpo acepta rápido. La tercera secuencia era una serie temporal. Mediciones de ruido en el flujo de Wheeler, cada punto una lectura, cada lectura un ciclo.

Los puntos formaban una curva. La curva subía. No linealmente, exponencialmente. Cada punto generaba más ruido que el anterior. El ruido generaba más complejidad. La complejidad acumulada durante un intervalo que la escala del eje no podía representar el eje temporal terminaba en un símbolo que significaba “anterior a la medición”.

Producía los otros glifos no podían categorizar. Leonardo se levantó del taburete. Le dolía la espalda, las vértebras lumbares comprimidas por horas de inclinarse sobre el Voynich en un taburete sin respaldo. Caminó hasta la ventana. La calle que cambiaba estaba cambiando: donde antes había adoquines ahora había tierra apisonada con marcas de ruedas de carro. La luz que entraba era diferente, más anaranjada, más baja, la luz de un atardecer en una coordenada que Le Jardin había elegido mostrar. O que Le Jardin era en ese momento. Las dos cosas. Se frotó los ojos. Le ardían. Las horas de lectura de glifos que cambiaban de forma cuando los mirabas, glifos que requerían una concentración que no se limitaba a ser visual sino táctil, porque la mitad de la información estaba en la textura del pergamino y no en la tinta, le habían secado las córneas.

Parpadeó. Las lágrimas artificiales que el parpadeo produce le devolvieron algo de claridad. Volvió al taburete. Schrödinger se había

movido. El perro ya no estaba junto a la pared del fondo, estaba debajo del taburete, con la cabeza entre las patas delanteras. La sombra apuntando en una dirección que no correspondía a ninguna fuente de luz visible. La sombra del perro apuntaba hacia las seis páginas. No consciencia. No voluntad. No decisión. Presencia. El glifo para presencia era el mismo que el del nodo central de la segunda secuencia.

El mismo que le quemó el dedo. Cuarta secuencia. Breve. Cinco glifos. Leonardo los descifró en minutos. Observación colapsa onda. Medición convierte potencial en evento. Dzielk observó. Sangre conectó. Frecuencias abrieron canal. El error pasivo se convirtió en evento activo. Wheeler. Quinta secuencia. Más breve. Tres glifos. ARCHON intentó corregir lo que genera la corrección. Paradoja recursiva. Bucle. Fin de ARCHON. Leonardo pasó el dedo por los tres glifos. Cada uno le raspó la yema con una textura diferente: el primero áspero como piedra pómez, el segundo liso como vidrio mojado, el tercero sin textura.

El dedo pasaba sobre el pergamino y no sentía nada. No el pergamino, no la tinta, no el aire. Nada. El glifo de la paradoja recursiva eliminaba la sensación táctil. El dedo de Leonardo tocaba algo que no devolvía información. Sexta secuencia. Un solo glifo. El más grande de las seis páginas. Ocupaba el centro de la hoja con la densidad de un objeto físico. El pergamino se curvaba bajo su peso. Un peso que no era masa sino información comprimida. Leonardo no lo tocó. Lo miró. El glifo cambió de forma mientras lo miraba, no porque se moviera sino porque la observación modificaba lo observado.

Wheeler otra vez. El electrón que se mide deja de ser onda. El glifo que se lee deja de ser estable. El glifo significaba: punto fijo. Leonardo lo entendió no por traducción sino por experiencia. Lo entendió porque llevaba semanas viviendo en el punto fijo y reconoció su firma en el glifo: la misma densidad, la misma temperatura, la misma sensación de estar en un lugar que no se mueve mientras todo lo demás se mueve alrededor. El glifo era Le Jardin comprimido en un símbolo. O Le Jardin era el glifo expandido en un espacio.

Las dos cosas eran la misma cosa desde ángulos diferentes. Le Jardin. Leonardo cerró el Voynich. El café-bar olía diferente. No a café frío. A algo anterior. Un olor que la nariz registraba sin traducir a nombre, presión olfativa, información en el aire. Huitzilopochtli no estaba aquí como presencia. Estaba como condición. Le Jardin existía porque el error existía. El punto fijo era el glitch. El glitch era el punto fijo. Se tocó la cara. La tinta de la cámara de Anen seguía en la mejilla. No se la limpió.

Pavlov lo miraba desde la barra. Los ojos amarillos fijos. ## 038
[X|L|N]

EL CRONISTA

Leonardo escribió la última página. No la última página del Voynich, el manuscrito tenía trescientas doce páginas en blanco que nunca iba a llenar. La última página suya. La última que la pluma de obsidiana iba a producir con la mano de Leonardo guiándola. El último carácter náhuatl, un glifo compuesto que significaba “registro finalizado” o “fin de observación” o las dos cosas, porque en náhuatl

la escritura y la medición comparten raíz. Se miró las manos antes de escribir el último glifo. Las dos.

Palmas arriba sobre la barra de Le Jardin. Las manos de un cronista. Manchadas de tinta la obsidiana en los nudillos, la sangre seca en los pliegues de las palmas, la tinta roja de los mapas en las yemas de los dedos. Callos en el índice y el medio donde la pluma descansaba. Callos en la base del pulgar donde el mango presionaba. Un corte viejo en la muñeca izquierda del día que la obsidiana se rompió y el fragmento le cortó la piel mientras escribía las coordenadas del Ciclo 7. La cicatriz era fina, blanca y limpia.

Las manos de alguien que registró el fin de mundos con una pluma y un pergamino. La mano derecha le dolía. No un dolor agudo, sino un dolor de acumulación. Los tendones del extensor común de los dedos inflamados, la vaina sinovial del pulgar engrosada, los músculos interóseos acalambrados en la posición de pinza que la pluma requería. Abrió y cerró la mano. Los nudillos crujieron tres chasquidos en secuencia, meñique, anular, medio. El dedo índice no crujió. Estaba demasiado rígido para crujir. Pavlov estaba en la barra.

A treinta centímetros del Voynich. El gato miraba la página donde Leonardo iba a escribir el último glifo con los ojos fijos y la cola quieta. Si el gato entendía lo que significaba el glifo, no lo mostró. Si el gato sabía que esta era la última página que Leonardo iba a escribir, no lo indicó. Los gatos no dicen. Los gatos saben. La pluma raspó el pergamino. El rasguído era familiar, el sonido que acompañó a Leonardo durante cada ciclo, cada salto, cada civilización que visitó y registró. El sonido de la obsidiana sobre el cuero de animal curtido con ácido de líquen.

Un sonido seco, cálido, con la textura de la arena fina cayendo sobre papel. Leonardo lo conocía mejor que su propia voz. Lo conocía como los músicos conocen su instrumento, no por descripción sino por presencia, por acumulación de horas, por la intimidad del que ha producido ese sonido diez mil veces. Sabe exactamente cuánta presión aplicar para que la línea sea fina, cuánta para que sea gruesa, cuánta para que la tinta se deposite sin rasgar el pergamino. Leyó despacio. Cada página era un ciclo.

Cada ciclo era un mundo. Cada mundo era gente que comía, dormía, se reía, tenía hijos, medía cosas, fabricaba herramientas, contaba historias y moría. Leonardo había registrado todo. Los nudos de los pescadores del ciclo del agua, siete tipos, cada uno para un tamaño de pez. Los refractores solares del ciclo del desierto, ángulos de cobre que redirigían la luz a sesenta metros de profundidad. Con cuidado, los cantos de orientación de los ciegos del ciclo subterráneo, frecuencias que mapeaban las cavernas con la precisión de un sonar.

Sin decir nada, los diecisiete nombres para el estado de madurez de una semilla. Los doce tonos de comunicación por eco entre montañas. Los curtidos de piel con ácido de líquen. Las redes de fibra trenzada que sostenían aldeas enteras sobre el agua. Todo eso estaba en el Voynich. Páginas y páginas de existencia registrada. Puntos de anclaje que ARCHON tardaría más en borrar porque alguien los midió. Cada línea era un retraso. Cada carácter era un segundo más de existencia para alguien que ya no existía.

Leonardo cerró los ojos. Los abrió. Siguió leyendo. El mandil colgaba del gancho. Lo había visto mil veces. No lo había tocado nunca. No fue suyo. No constituía de nadie era de Le Jardin. El

mandil existía en el mismo plano que las tazas, el café, la lámpara que parpadeaba: cosas que estaban ahí porque Le Jardin necesitaba que estuvieran ahí. Leonardo pasó los dedos por la tela sin quitarlo del gancho. El algodón era suave. Viejo. Gastado por un uso que precedía a Leonardo y que lo sobreviviría. El bolsillo tenía la mancha de café que era la marca de identidad del lugar, oscura, redonda y permanente.

Pavlov estaba en la barra. Schrödinger dormía junto a la pared del fondo, la sombra del perro proyectada tres grados más larga que el cuerpo, desplazada hacia la puerta del Nexus. Leonardo soltó la pluma. La puso sobre la barra junto al Voynich. El hueso de la pluma hizo un clic seco contra la madera. El clic le pasó por los dientes. Un sonido mínimo, el contacto del hueso pulido contra madera vieja que le recorrió la mandíbula hasta el oído interno. La sinestesia del que ha escrito demasiado tiempo con la misma herramienta: el cuerpo aprende los sonidos de su instrumento y los procesa como sensación.

Leonardo conocía el sonido de esa pluma contra esa madera como un violinista conoce el sonido de su arco contra las cuerdas. La mano derecha le dolía. No un dolor agudo, sino un dolor de acumulación. El dolor del que ha escrito a mano durante semanas sin pausa: los tendones del extensor común de los dedos inflamados, la vaina sinovial del pulgar engrosada, los músculos interóseos acalambrados en la posición de pinza que la pluma requería. Abrió y cerró la mano. Los nudillos crujieron tres chasquidos en secuencia, meñique, anular, medio. El dedo índice no crujió. Estaba demasiado rígido para crujir.

Se miró las manos. La derecha tenía tinta de obsidiana hasta la segunda falange, semanas de escritura sin pausa, la tinta acumulada

capa sobre capa. La izquierda tenía tierra bajo las uñas. La tierra de la tumba de Dzielk. Dos marcas de dos trabajos: cronista y enterrador. Los dos terminados. La barra de Le Jardin estaba vacía. Las tazas boca abajo sobre el trapo, siete tazas, una menos que antes, la azul rota contra la baldosa en un salto de otra vida.

El gancho del mandil estaba vacío. El mandil colgaba no, no colgaba. El mandil estaba doblado sobre la esquina de la barra, con el bolsillo hacia arriba, las tres manchas de café visibles. Alguien lo había quitado del gancho y lo había puesto ahí. Alguien o algo. Leonardo no lo había movido. Dzielk no lo había tocado. El mandil se había mudado solo, o Le Jardin lo había mudado, o la diferencia entre las dos cosas no existía en este lugar donde las tazas se llenaban y las puertas daban a calles que cambiaban.

Leonardo tocó el mandil. Pasó los dedos por la tela. El algodón estaba suave, gastado por lavadas que nadie había dado, suavizado por un uso que nadie había ejercido. El bolsillo tenía las tres manchas de café: la media luna grande en el centro, las dos redondas pequeñas a cada lado. Como un rostro. O como una constelación. Leonardo metió la mano en el bolsillo. Encontró migajas. Migajas reales, fragmentos de algo horneado, con la textura de la corteza de pan. Pan que nadie había comido en un bolsillo que nadie había usado.

Las migajas le rasparon la palma. Eran viejas. Duras. Del tipo de migaja que sobrevive meses en el fondo de un bolsillo porque nadie mete la mano lo suficientemente profundo. Sacó la mano. Se limpió las migajas en el pantalón. El gesto automático. El Voynich estaba abierto. Cuatrocientas ochenta y ocho páginas escritas. Trescientas doce en blanco. Cada página escrita contenía un ciclo, coordenadas,

frecuencias, nombres de civilizaciones que existieron, fueron corregidas, nombres de dioses que fueron invocados, murieron, nombres de hombres que se sacrificaron por aritmética.

Todo lo que Leonardo vio. Todo lo que midió. Todo lo que registró con pluma de obsidiana y tinta sin color durante los saltos entre ciclos que le costaron el olor, el sueño, las rodillas. Las páginas zumbaban. Un zumbido bajo Leonardo, lo sentía como arena fina moviéndose bajo las yemas de los dedos. El Voynich temblaba con la información acumulada. Cuatrocientas ochenta y ocho páginas de datos que pesaban más que el pergamino y la tinta juntos. El manuscrito se había convertido en algo más denso que un libro.

Leonardo pasó la mano por la página abierta. Los caracteres se movieron bajo sus dedos, no se borraron, se reordenaron. Los glifos que él escribió la semana pasada sobre los cultivadores de grano negro del Ciclo 6 se desplazaron hacia la izquierda. Los que escribió ayer sobre la paradoja recursiva de ARCHON se comprimieron. Hicieron espacio. No para más texto. Para él. Leonardo entendió sin que nadie se lo explicara. El cronista que registra todo se convierte en registro. El observador que mide todo se convierte en medición.

No es magia. No es transformación. Es consecuencia, la misma consecuencia que convierte al río en delta cuando acumula suficiente sedimento: no decide ramificarse, se ramifica porque la tierra ya no puede contener el agua en un solo cauce. Se tocó la mejilla. La tinta de la cámara de Anen, las lágrimas secas sobre el Voynich mientras Dzielk se desangraba. Seguía ahí. No se la limpió. Puso las dos manos sobre las páginas abiertas. Palmas planas. La oscilación le subió por los antebrazos, el zumbido convertido en calor, el calor convertido en

presión, la presión disolviéndole los bordes de los dedos contra el pergamino.

No dolía. Picaba. La picazón de la piel que se duerme cuando la circulación se corta, multiplicada por diez, por cien, distribuida desde las manos hacia los codos, los hombros, el pecho. Pavlov lo miró. Los ojos amarillos. Schrödinger seguía dormido. La sombra del perro ahora apuntaba en dirección opuesta al cuerpo hacia la ventana, hacia la calle que cambiaba. La sombra se iba antes que el perro. Las páginas absorbieron las manos de Leonardo. No de golpe, por grados. Primero los dedos desaparecieron en el pergamino.

La tinta de obsidiana, la que llevaba semanas acumulada en las yemas, se mezcló con la tinta de las páginas en el punto de contacto. Los colores se fundieron. La piel de Leonardo y el pergamino del Voynich dejaron de tener frontera visible. Después las palmas. La absorción era indolora pero no era suave, cada milímetro de piel que cruzaba el umbral entre cuerpo y página producía una resistencia breve, la resistencia de una membrana que cede. Los tendones de la muñeca se tensaron, el cuerpo resistiendo lo que la mente aceptaba. El reflejo de retirada activándose y siendo suprimido. El sistema nervioso autónomo gritando en un idioma que no tiene palabras: suelta. Sal. Retira. Leonardo lo escuchó. Lo ignoró. Los codos entraron. El vello de los antebrazos se erizó en la frontera entre piel y pergamino, cada folículo individual pasando el umbral con un pinchazo mínimo, como agujas de coser entrando en tela fina.

El olor cambió. El olor de Leonardo, a sudor viejo, tierra, tinta, el ácido de un cuerpo que ha comido poco, dormido menos, se mezcló con el olor del Voynich: pergamino animal, obsidiana disuelta, la ceniza y la sangre y la grasa de cuarenta caligrafías diferentes.

Los olores se fundieron en la zona de contacto. Los músculos del antebrazo se contrajeron por reflejo. Leonardo los relajó con un esfuerzo consciente. Permitir. No luchar. Las muñecas entraron. Los antebrazos con la tinta de obsidiana y la tierra de la tumba. El zumbido del Voynich cambió de frecuencia. Más grave. Más lento. El sonido de llenarse no el borbotear del líquido en un recipiente, sino la compresión del aire en un espacio que se cierra. Cada centímetro de Leonardo que entraba en el manuscrito desplazaba algo.

Información haciendo espacio para más información. Cuatrocientas ochenta y ocho civilizaciones haciendo sitio para el cronista que las registró. La absorción era lenta. Quietud. Sin luz. Sin ceremonia. El pergamino aceptando al cronista no como invasión, sino como parte de la estructura. Leonardo no gritó. No cerró los ojos. Miró a Pavlov mientras el manuscrito lo absorbía, miró al gato que no parpadeaba con los ojos del hombre que estaba dejando de ser hombre. La última imagen que procesó con retinas propias: pelo gris, ojos amarillos, orejas giradas hacia adelante.

Después, la cara de Leonardo se hundió en la página abierta despacio. El Voynich se cerró solo. Las tapas de cuero se juntaron con un golpe seco. El aire desplazado movió el pelo de Pavlov. Le Jardin se quedó sin mesero. Sin cronista. Sin persona. El gato. El perro dormido con la sombra suelta. Un manuscrito cerrado sobre la barra que contenía a un hombre. A cuatrocientas ochenta y ocho civilizaciones. ## 039 [X|A|N]

EL MANDIL

Le Jardin llevaba días vacío. Las lámparas seguían encendidas. Las tres las dos que funcionaban y la que parpadeaba con su ritmo arrítmico de tres segundos encendida, medio apagada. El aceite no bajaba. Las mechas no se acortaban. Le Jardin mantenía su propia iluminación con la misma lógica que mantenía su propio café y su propia humedad y su propia existencia: sin explicación, sin sistema, sin mecánica visible. Simplemente era. El aire tenía la temperatura de siempre diecinueve grados, la temperatura que Le Jardin mantenía sin termostato ni calefacción ni ningún mecanismo que Dzielk hubiera podido identificar en los meses que pasó midiendo cada superficie con las yemas de los dedos.

Diecinueve grados en las paredes. Diecinueve en el suelo. Más allá, diecinueve en la barra. De golpe, diecinueve en el techo. La uniformidad térmica de un espacio que no intercambia calor con nada porque no está en contacto con nada ni con el suelo de ningún ciclo ni con el aire de ningún desierto ni con la piedra de ningún túnel. Le Jardin flotaba en su propia temperatura. El único punto caliente era la jarra de café. El único punto frío era la ventana dos grados menos donde el cristal separaba el adentro del afuera, y el afuera era una calle que Dzielk vio cambiar de ciudad tres veces sin que la ventana cambiara de forma.

El polvo se acumulaba en las superficies con la lentitud de un lugar donde el aire no se mueve. Una capa fina sobre la barra. Sobre las sillas. Sobre el piano que nadie tocaba. Polvo de qué no había tierra, no había arena, no había materia orgánica que se descompusiera. Polvo de existir. Le Jardin generaba su propio polvo con la misma lógica con la que generaba su propio café. Las tazas boca abajo sobre el trapo habían acumulado un anillo de

condensación en la base gotas microscópicas que el aire de Le Jardin depositaba sobre la cerámica con la paciencia de un proceso geológico.

Leonardo las había dejado así antes de irse. Boca abajo. Sobre el trapo. Con la disciplina del mesero que cierra el turno sabiendo que mañana las tazas estarían limpias. Mañana no había llegado. Las tazas seguían boca abajo. El trapo seguía húmedo. El café seguía en la jarra. La jarra de cerámica roja estaba llena. El vapor subía del pico con una constancia que desafiaba la termodinámica, un café que no se enfriaba, que no se evaporaba, que no se oxidaba. El vapor formaba una columna de dos centímetros que se doblaba hacia la ventana y se disolvía en el aire.

La columna era siempre igual. Dzielk la midió una vez con el dedo a un centímetro, a dos, a tres, verificando la temperatura. A un centímetro del pico: setenta grados. A tres centímetros: sesenta. A diez: ambiente. El gradiente era perfecto. Lineal. Sin turbulencia. El café de Le Jardin no obedecía la convección natural. Obedecía otra cosa. El mandil colgaba del gancho detrás de la barra. El mismo gancho de hierro forjado que estaba ahí cuando Dzielk entró por primera vez. El mandil era beige, un beige que había sido blanco antes de que el uso, el café y el tiempo y la luz de una ventana que daba a una calle que cambiaba lo convirtieran en beige.

Las correas estaban gastadas en los puntos de contacto donde el cuello del mesero apoyaba, donde la cintura se ajustaba. El bolsillo tenía la mancha de café que era la firma de Le Jardin, una mancha oscura, redonda, del tamaño de una moneda, que olía a café frío cuando la acercabas a la nariz. Nadie se había puesto el mandil desde que Leonardo se fue. El gato estaba en el alféizar. Pavlov miraba la

calle. La calle estaba vacía, empedrado gris, sin charcos, sin huellas, sin la variación que antes la hacía interesante.

La calle se había decidido. Ya no cambiaba. Pavlov la miraba de todas maneras. Miraba con la persistencia del observador que sabe que lo observado existe porque alguien lo observa. Si Pavlov dejaba de mirar, la calle dejaría de existir. O no. Pero el gato no iba a arriesgarse. Schrödinger estaba en la esquina de Dzielk. Siempre en la esquina de Dzielk. La cabeza sobre las patas. Los ojos abiertos. El perro había dejado de buscar a Dzielk los primeros días, olfateaba cada superficie, cada rincón, cada baldosa donde el filósofo pudiera haber dejado rastro.

Después dejó de buscar. No porque se rindiera porque encontró. Encontró el rastro. Encontró el olor. Y se quedó donde el olor era más fuerte. La esquina donde Dzielk se sentaba con la espalda contra la pared y el gato en el regazo y el perro junto a la pierna. Gotas microscópicas que el aire de Le Jardin depositaba sobre la cerámica invertida con la paciencia de la humedad que no tiene prisa. Siete tazas. La azul rota ya no contaba los fragmentos seguían en el suelo junto a la barra, el cable de cobre del asa retorcido como un tendón cortado.

Nadie los recogió. Leonardo no. Dzielk no. El Voynich cerrado sobre la barra pesaba más que antes, el peso de un hombre, cuatrocientas ochenta y ocho civilizaciones contenidas en pergamino y tinta. La madera de la barra se había curvado un milímetro bajo el manuscrito. La curva era invisible a simple vista pero Pavlov la detectaba: el gato rodeaba el Voynich sin pisar la zona curvada, como si la deformación de la madera fuera un borde que no había que cruzar. La ventana que daba a la calle mostraba niebla.

No la niebla de un lugar específico, niebla pura. Sin calle. Sin adoquines. Sin coordenada. La ventana de Le Jardin mostraba el blanco de entre los mundos. El blanco del intervalo. El gris de la página en blanco. Pavlov limpiaba la barra con la pata, la pata derecha pasando por la madera en semicírculos lentos, recogiendo polvo que no existía porque en Le Jardin no había polvo, pero el gesto era el gesto y el gato lo ejecutaba cada tres minutos sin variación. La cola envuelta alrededor de las patas traseras.

Las orejas rotando hacia cada sonido, el goteo del agua que venía de algún lugar detrás de la pared, el crujido de la madera que se expandía y contraía con la temperatura, el mutismo del perro que había dejado de ser quietud sino respiración. Schrödinger estaba echado junto a la puerta del Nexus. La sombra del perro se había estabilizado, apuntaba hacia el Voynich cerrado sobre la barra, fija, sin fluctuar. El perro respiraba despacio. Las costillas subiendo y bajando con el ritmo de un animal que espera sin saber qué espera.

La nariz contra la baldosa. Los ojos abiertos pero no mirando, registrando. La mancha de sangre de Dzielk seguía en el suelo. Junto a la mesa de piedra donde se desangró. Oscura. Seca. Incrustada en las juntas entre las baldosas. Nadie la limpió porque no había nadie para limpiarla y porque las manchas de sangre en piedra no se limpian, se oscurecen y se quedan. La puerta del Nexus se abrió. No la puerta principal, la del fondo. La de los tablones de madera que daba al pasillo sin paredes, al corredor que conectaba Le Jardin con el punto donde los ciclos se cruzan.

La puerta se abrió sin mano. Sin empujón. Los tablones se separaron del marco despacio. Crujieron. Huitzilopochtli entró. No caminó, ocupó. El espacio que antes estaba vacío dejó de estarlo. El

aire de Le Jardin se comprimió dos grados. La presión barométrica subió. Las tazas boca abajo sobre el trapo temblaron con un zumbido subgrave que estaba por debajo del registro auditivo humano pero que Pavlov captó con las orejas planas contra el cráneo. Huitzilopochtli miró el suelo. La mancha de sangre. La reconoció sin haberla visto, la sangre de Dzielk tenía la frecuencia del sacrificio que lo despertó, y esa frecuencia seguía activa en la mancha seca como la vibración sigue activa en el diapasón después de que la mano lo suelta.

Miró a Pavlov. Pavlov lo miró. Miró al Voynich cerrado sobre la barra. No lo tocó. Miró al perro dormido junto a la puerta. La sombra de Schrödinger apuntaba directamente a él. El perro abrió un ojo. El ojo ámbar registrando la presencia que llenaba el espacio sin desplazar nada porque Huitzilopochtli no tenía masa en el sentido convencional. Ocupaba espacio pero no lo desplazaba. El aire no se movió cuando entró. Las lámparas no oscilaron. Las tazas no vibraron. Solo la presión cambió, la presión barométrica que los tímpanos registran antes que los instrumentos, el cambio que se siente como taponeo de oídos en un avión que descende.

Schrödinger cerró el ojo. Volvió a dormir. O a lo que el perro hacía cuando cerraba los ojos que no era necesariamente dormir sino un estado de registro pasivo que no requería retinas abiertas. La sombra del perro seguía apuntando a Huitzilopochtli como una brújula apunta al norte. Se sentó en el taburete. El taburete no crujió. Puso las manos sobre la barra. Manos que habían destruido el ejército de ARCHON sin distinguir entre lo que destruían. Manos de dios de la guerra apoyadas sobre madera de café-bar.

Los dedos largos. Las uñas sin marca. La piel sin cicatriz ni callo ni imperfección, la piel de algo que no envejece ni se desgasta ni acumula los registros del uso. Manos nuevas. Manos que no habían hecho nada doméstico. Manos que iban a aprender. No había café. La jarra estaba fría. El metal del pico de estaño opaco por la falta de vapor. No había mesero. No había voz que dijera “en un momento”. No había nadie para servir ni a quién servir. Solo la barra, las tazas, la jarra, el trapo, las manchas, las lámparas, el gato, el perro, el manuscrito.

Se levantó. Caminó alrededor de la barra. Pasó la mano por la superficie de madera, la depresión suave donde los codos de otros se apoyaron durante un tiempo que no se podía contar. Tocó la jarra fría. El metal. La abolladura. Tocó las tazas boca abajo. Tocó el trapo húmedo. El mandil estaba colgado del gancho de hierro junto a la pared. Algodón blanco decolorado a beige. Tres manchas de café en el bolsillo, una grande en forma de media luna, dos pequeñas redondas. Un hilo suelto en la correa del cuello. Lo descolgó. El gancho se quedó vacío. El metal del gancho brilló sin la sombra de la tela un brillo opaco, de hierro viejo, que reflejaba la luz de las lámparas con un tono anaranjado. Se lo puso. La correa al cuello. El nudo en la cintura. La tela contra el pecho. El hilo suelto le rozó la clavícula. El algodón olía a café viejo y a sudor de alguien que ya no existía en forma humana, el sudor del mesero anterior, preservado en las fibras del mandil con la persistencia de las cosas que absorben y no sueltan.

Los bolsillos tenían peso. No mucho, el peso de las migajas y del polvo de café que se acumula en los bolsillos de los mandiles de los bares que han funcionado durante un tiempo que no se puede medir.

Los dedos de Huitzilopochtli, los dedos del dios de la guerra que nació del glitch, del error en el flujo que generó conciencia donde no debería haber conciencia, amarraron el nudo con la torpeza del que hace algo por primera vez. El nudo quedó flojo. Lo deshizo. Lo volvió a hacer. Más apretado. El segundo nudo quedó funcional.

No elegante. Funcional. Se miró las manos. Las manos del dios de la guerra con el mandil del mesero. Los dedos largos contra la tela beige. Las uñas sin marca contra el algodón manchado de café. La contradicción no le molestó. Las contradicciones solo molestan a los que creen que las cosas deben ser una sola cosa. Huitzilopochtli había sido error, había sido presencia, había sido fuerza, había sido destrucción. Ahora iba a ser algo más sencillo. Algo que requería menos poder y más paciencia. Algo que nadie le enseñó y que iba a tener que aprender con las manos.

Agarró la jarra fría. El metal del pico le heló los dedos. La levantó, pesaba menos de lo que esperaba. Vacía. Miró dentro. El fondo de estaño con el residuo marrón del último café que nadie sirvió. Puso la jarra sobre la barra. No sabía hacer café. No sabía dónde estaba el grano. No sabía si Le Jardin tenía grano o si el café aparecía por el mismo mecanismo que hacía aparecer todo lo demás: sin explicación. Esperó. La jarra se calentó. El café que no existía existió. La jarra se calentó. El café que no existía existió.

El vapor subió del pico de estaño. Recto. Sin corriente que lo desviara. Se escuchó la puerta. La principal. Bisagras chirriando. Huitzilopochtli se volteó. La voz que salió de su cuerpo no era la de un dios de la guerra. En un momento estoy contigo. Se terminó de amarrar el nudo. Los dedos ajustando la tela en la cintura. No lo había hecho antes. Lo había hecho siempre. Ahora era Damian.

**

• ○

INTERLUDIO R-6 [R]

FINAL

*

El objeto metálico estaba solo.

Darvi lo encontró en la llanura de sal - la planicie blanca que se extendía al sur del corredor industrial hasta donde la curvatura del horizonte impedía ver más. La sal crujía bajo sus pies. El aire olía a mineral y a nada.

El objeto estaba inmóvil. Apoyado contra una roca de cuarzo que sobresalía de la sal como un diente. Sin zumbido. Sin movimiento. Sin la vibración constante que Darvi había percibido en todos los avistamientos anteriores.

Darvi se acercó.

A diez metros, confirmó: el objeto era una unidad mecánica. No un arma. No un vehículo. Algo diseñado para acompañar. Cuatro articulaciones. Sensores ópticos apagados. Una carcasa de aleación que Darvi no reconocía - más ligera que el aluminio, más oscura que el titanio, con un acabado que absorbía la luz en lugar de reflejarla.

En la carcasa, marcas. Grabadas o arañadas, era difícil distinguir. Caracteres que no pertenecían a ningún alfabeto que Darvi conociera. Debajo de los caracteres, tres números que sí reconocía:

K-08.

Darvi pasó los dedos por los números. La superficie estaba fría. No la frialdad del metal en reposo - la frialdad de algo que ha estado caliente mucho tiempo y que ha dejado de estarlo recientemente. Horas. Tal vez un día.

Los sensores ópticos estaban orientados hacia el norte. Hacia la dirección por la que la figura - el Ronin, como Darvi había empezado a llamarlo en la libreta sin saber que ese nombre significaba algo en un idioma que ella no hablaba - se había arrastrado por última vez.

K-08 había seguido hasta aquí. Había seguido cuando la distancia entre los dos creció de uno a tres a seis a doce metros. Había seguido cuando los pasos se convirtieron en arrastre. Había seguido cuando ya no quedaba nadie a quien seguir.

Y cuando el Ronin dejó de dejar huellas - cuando el peso bajó de cuarenta kilos a algo que la ceniza no registraba - K-08 siguió un poco más. Hasta esta roca de cuarzo. Hasta este punto en la llanura de sal donde no había nada excepto horizonte.

Y se detuvo.

No porque se quedara sin energía. Darvi revisó: las células de alimentación - solares, supuso por la superficie dorsal fotosensible - estaban funcionales. El sistema tenía carga. Los sensores podían encenderse.

K-08 eligió detenerse.

Darvi se sentó junto a la unidad. La sal le picaba las piernas a través de la tela del pantalón. El sol estaba bajo. La sombra de la roca de cuarzo se alargaba hacia el este.

Abrió la libreta. Buscó la página de los avistamientos. Seis entradas. Las leyó todas.

Después escribió la séptima:

Avistamiento 7 (K-08 solo). Sin figura. Unidad detenida en llanura de sal. Sensores orientados norte. Carga funcional. Detenido por elección. La figura ya no está.

Debajo de la línea:

K-08 esperó a que volviera. No volvió. K-08 sigue esperando.

Darvi cerró la libreta. Se quedó sentada junto a K-08 durante diecisiete minutos. No midió nada. No anotó nada. Se quedó ahí porque alguien tenía que sentarse junto a algo que espera a alguien que no va a volver.

Cuando se levantó, puso la mano en la carcasa de K-08. La superficie se calentó bajo su palma. No mucho. Lo suficiente para que Darvi supiera que K-08 la había detectado. Que K-08 sabía que alguien estaba ahí.

- No sé quién era - dijo Darvi en voz alta. La primera vez que hablaba del Ronin en voz alta - . Pero lo voy a averiguar.

K-08 no respondió. Los sensores seguían apuntando al norte.

Darvi caminó de vuelta. La sal crujía bajo sus pies. El sol se ponía. La libreta pesaba en el bolsillo con el peso de seis avistamientos y un objeto que esperaba.

Detrás de ella, en la llanura de sal, K-08 permaneció inmóvil. Los sensores al norte. La carga funcional. Esperando.

Preservar.

• ○

040 [X|A|N|L]

AQUÍ VAMOS OTRA VEZ

Un hombre en la puerta. Joven. Polvo gris en la ropa. Pelo pegado a la frente por sudor seco. Olía a vómito ácido y a hambre vieja el olor dulzón de un cuerpo comiéndose a sí mismo. El hombre miró la barra. Las tazas de cerámica blanca con bordes desportillados. Las lámparas de latón. El gato gris en el alféizar. El mesero con el mandil beige. ¿Qué es este lugar? Le Jardin. ¿Le Jardin qué? Le Jardin nada. Le Jardin. ¿Café? El hombre se sentó. El taburete frente a la barra. Damian sirvió. El café cayó en la taza sin salpicadura.

El vapor subió. Recto. Una columna de vapor que no se curvaba porque dentro de Le Jardin no había corrientes de aire. El aire estaba quieto con la quietud de un lugar que existe fuera del viento. Damian observó al hombre tomar el primer sorbo. Observó cómo las manos rodeaban la taza, los dedos sucios apretando la cerámica caliente, buscando la temperatura. Los nudillos blancos. Las uñas negras de tierra. El temblor mínimo del que tiene hambre y calor entre las manos por primera vez en días. El primer sorbo es siempre largo.

De golpe, el segundo es corto. El cuerpo recalibrándose, ajustando la expectativa al sabor real. Sin decir nada, el tercero es el que cuenta: si el hombre cierra los ojos en el tercero, se va a quedar. Si los mantiene abiertos, se va a ir. El hombre mantuvo los ojos abiertos. El hombre tomó un sorbo. Lo sostuvo en la boca. Tragó. ¿Qué pasa afuera? Damian limpió otra taza. La de barro sin esmaltar. El trapo pasando por el interior en círculos. ¿Qué pasa siempre? No sé. Todo se está cayendo. Las Formas llegaron a mi ciudad hace tres días.

Mi familia se fue por los túneles del norte. Yo encontré esta puerta. Estaba caminando, la puerta estaba ahí y olía a café y yo tenía hambre. Damian puso la taza limpia en la barra. Boca abajo. Sobre el trapo. Junto a las otras. El trapo absorbió las últimas gotas. La taza se alineó con las demás siete, ocho ahora con la recién limpia. Ocho tazas boca abajo como soldados en formación. El borde de cada una tocando el trapo húmedo con el sonido suave de la cerámica contra algodón mojado. Pavlov observaba desde la esquina de la barra.

El gato no había cambiado de posición desde que el hombre entró sentado, erguido, los ojos amarillos alternando entre el visitante y Damian con la frecuencia del que mide dos variables simultáneas. Cuando el hombre hablaba, Pavlov miraba al hombre. Cuando Damian respondía, Pavlov miraba a Damian. Cuando los dos callaban, Pavlov miraba la puerta. Sí. Siempre se cae todo. Y siempre alguien entra por esa puerta, pregunta qué es este lugar. Y siempre toma café. Por instinto, siempre se va. Sin decir nada, y siempre viene otro.

El hombre lo miró. Ojos marrones, inyectados, con ojeras moradas. ¿Y eso no te cansa? Damian pasó el trapo por la barra. Una mancha de café vieja, incrustada en la madera. Insistió. La mancha se quedó. Dejó de insistir. No. El hombre se levantó. Caminó hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el picaporte. Gracias. Nos vemos. El hombre salió. La puerta se cerró. Bisagras que chirriaron con el mismo tono de siempre, un La bemol oxidado que Damian ya conocía y que iba a escuchar cada vez que alguien entrara y cada vez que alguien saliera, que iba a ser su campanilla, su marcador de tiempo en un lugar donde el tiempo no existía.

La calle cambió al otro lado del vidrio. Los adoquines se convirtieron en tierra. La tierra se convirtió en piedra. La piedra se convirtió en hierba. Tres cambios en diez segundos. Le Jardin rotaba entre coordenadas cada segundo, una ventana a un ciclo diferente. Cada ciclo un mundo que existía o que había existido o que iba a existir. La ventana no mostraba el exterior de Le Jardin porque Le Jardin no tenía exterior. La ventana mostraba los mundos que Le Jardin conectaba. Todos. En secuencia. Sin pausa.

Damian miró la ventana cambiar. Hierba. Arena. Agua. Nieve. Hierba otra vez. El ciclo visual era hipnótico si lo mirabas demasiado tiempo, los ojos se acostumbraban al cambio y dejaban de registrar los detalles. Damian apartó la vista. No iba a mirar la ventana. Iba a mirar la barra. Iba a limpiar tazas. Sin decir nada, iba a servir café. Despacio, iba a esperar al siguiente. Damian limpió la taza usada. La enjuagó. La secó. La puso boca abajo junto a las otras. Sirvió otra taza de café caliente. La dejó en la barra.

Para el siguiente. Pavlov se bajó del alféizar. Caminó hasta la barra. Se sentó frente a la taza caliente. Erguido. Orejas hacia adelante. El Voynich sobre la barra se abrió solo. Las páginas se llenaban de caracteres tenues que aparecían en la blancura, coordenadas de ciclos que nacen y mueren. El registro continuaba sin mano. Sin tinta. Sin cronista. El punto fijo observaba, la observación se escribía sola. Damian miró al gato. Aquí vamos otra vez.

**

INTERSTICIAL FINAL

El Voynich abierto sobre la barra. Páginas que se llenan solas. Coordenadas de ciclos que nacen, mueren y nacen. Civilizaciones que

construyen, son borradas, construyen. Dioses que son invocados, mueren, son invocados. Filósofos que buscan comida y encuentran puertas. Gatos que no parpadean. Perros que entierran. Cronistas que se convierten en libro. Meseros que mienten. Le Jardin está abierto. El café está caliente. El mandil está puesto.

**

** ## NAVEGACIÓN DE LA SAGA

CICLO 3 CIENCIA FICCIÓN

Libro I: Despertar (Capítulos 001040)

Libro II: Deriva (Capítulos 041080)

Libro III: Fragmentos (Capítulos 081120) Entonces,

Libro IV: Calibración (Capítulos 121160)

Libro V: Transición (Capítulos 161200)

Libro VI: Umbral (Capítulos 201240)

CICLO 4 FANTASÍA

- Libro VII: Babel
- **Libro VIII: Post-Babel** ← Estás aquí

CICLO 5 OCULTISMO

Libro IX

Libro X: Le Jardin

TRILOGÍA FINAL

Libro XI: Frontera

Libro XII: Don Humo

Libro XIII: Nexus ## ÍNDICE DEL LIBRO VIII

TEMPORADA 1: LA CORRECCIÓN

Capítulo 001 La Convocatoria Capítulo 002 Los Ejércitos Capítulo
003 La Señal Entonces, capítulo 004 La Primera Corrección Capítulo

005 Virus Capítulo 006 Europa Arde Aun así, capítulo 007 Ruinas Después, capítulo 008 Los Túneles Capítulo 009 El Error Capítulo 010 El Plan

TEMPORADA 2: LOS CICLOS

Capítulo 011 El Primer Salto Capítulo 012 El Segundo Ciclo Capítulo 013 La Fatiga Después, capítulo 014 El Patrón Capítulo 015 El Costo Capítulo 016 Schrödinger Por un instante, capítulo 017 La Anticipación Sin embargo, capítulo 018 Los Periféricos Capítulo 019 El Regreso Capítulo 020 Lo Que Falta

TEMPORADA 3: LOS DIOSES

Capítulo 021 La Desesperación Capítulo 022 Invocación China Capítulo 023 Invocación Egipcia Sin embargo, capítulo 024 Invocación Vikinga Capítulo 025 Invocación Atlante Capítulo 026 La Batalla Entonces, capítulo 027 La Adaptación Entonces, capítulo 028 Dzielk Capítulo 029 La Sangre Capítulo 030 Huitzilopochtli

TEMPORADA 4: EL MANDIL

Capítulo 031 Lo Que Queda Capítulo 032 El Calma Capítulo 033 Schrödinger Entierra Sin embargo, capítulo 034 El Nexus Capítulo 035 El Manuscrito Capítulo 036 Las Civilizaciones Por un instante, capítulo 037 El Glitch Después, capítulo 038 El Cronista Capítulo 039 El Mandil Capítulo 040 Aquí Vamos Otra Vez

**** ## GLOSARIO**

ARCHON Sistema de corrección. No piensa. No decide. Detecta errores en el flujo de información y los elimina. Los humanos son errores. Las civilizaciones son errores acumulados. **Anen** Administrador argathiano original. Dejó tablillas con instrucciones para cuando la señal estuviera “demasiado limpia.” Las tablillas sobrevivieron milenios. **Calibrador** Instrumento de medición de

frecuencias. Aguja de cobre suspendida en mercurio. Cuando la señal está limpia, la aguja no se mueve. Cuando hay ruido, se mueve. **Corrección** Proceso mediante el cual ARCHON elimina puntos de observación.

No es castigo. No es magia. Es desconexión. Limpieza de registro. **Ciclo** Coordinada espaciotemporal con su propio set de civilizaciones. ARCHON limpia ciclos integrándolos al flujo sin errores. **Dzielk K. Brooks** Filósofo. Entró a Le Jardin por accidente un error en el flujo de información. El error que lo cambió todo. **Formas** Manifestación visible de la corrección de ARCHON. Estructuras que no son sólidas ni líquidas ni gaseosas. Avanzan. No retroceden. **Huitzilopochtli** El glitch original.

Nació del error. No es dios en el sentido convencional. Es la anomalía que ARCHON no puede corregir porque corregir requiere un modelo del error, y este error no tiene modelo. **Khet** Administrador egipcio. Descendiente cultural de Anen. Organizó la resistencia subterránea. Herencia argathiana: paciencia como valor operativo. **Le Jardin** Café fuera del flujo de información. Punto fijo. Nada empieza ni termina aquí. El café no se acaba. El mandil espera. **Leonardo** Cronista. Escribe en el Voynich lo que observa.

Cada detalle registrado es un punto de anclaje un punto que dice: aquí había algo, alguien lo vio. **Lupa** Instrumento de diagnóstico. Disco de obsidiana en marco de hueso. Revela capas de información. Cobra costo: nombre, secuencia, rutina motora, mapa mental. **Nanoq** Guardiana antártica. Descendiente cultural de Sedna. Mantenía las frecuencias que sellaban a Huitzilopochtli. Las manos le dolían cada mañana. **Pavlov** El gato. Gris. Ojos amarillos. Detecta patrones de colapso dimensional antes que cualquier instrumento.

No parpadea. **Punto de anclaje** Observación registrada. Lo que se midió, existió. ARCHON puede borrar el sitio. No puede borrar la medición. **Punto fijo** Lugar donde el flujo de información no fluye. Le Jardin. El glitch genera el punto fijo. El punto fijo genera el glitch. **Ruido** Vida. Observación. Presencia. Lo opuesto a la limpieza de ARCHON. Si hay suficiente ruido en suficientes ciclos, ARCHON no puede cerrar todos los agujeros al mismo tiempo. **Schrödinger** El perro. Grande. Ojos oscuros.

Estabiliza transiciones entre ciclos. Su sombra fluctúa cuando no la miras directamente. **Tormund** General vikingo. Descendiente cultural de Ragna. Cicatriz en la nariz. Confía en el acero y en los números. **Tránsito** Salto entre ciclos. Costo físico: náusea, vómito, pérdida de sensibilidad. Daño acumulativo. Cada salto es peor que el anterior. **Voynich** Manuscrito. Red de comunicación entre ciclos. Lo que se escribe en un ciclo aparece en otro. No es un libro. Es un instrumento de medición.

Nota: Este glosario contiene información disponible para quien haya cruzado el umbral. Información adicional requiere haber sobrevivido al tránsito.

✱✱ ## SOBRE ESTA OBRA

MEDIOEVO: POST-BABEL es el octavo libro de una saga de trece volúmenes y el segundo del Ciclo 4. **Ciclo 3 Ciencia ficción:** Libro I: DESPERTAR Libro II: DERIVA Libro III: FRAGMENTOS Libro IV: CALIBRACIÓN Libro V: TRANSICIÓN Libro VI: UMBRAL

Ciclo 4 Fantasía: Libro VII: BABEL Libro VIII: POST-BABEL
← Estás aquí. **Ciclo 5 Ocultismo:** Libro IX Libro X: LE JARDÍN

Trilogía final: Libro XI: FRONTERA Libro XII: DON HUMO
Libro XIII: NEXUS

✱✱ ## DERECHOS DE AUTOR

© Luis René González López

Todos los derechos reservados conforme a las leyes de propiedad intelectual aplicables. Esta obra está protegida por los derechos de autor que corresponden a su creador por el solo hecho de su creación, sin necesidad de registro previo, conforme a los tratados internacionales de derechos de autor (Convenio de Berna. Tratado de la OMPI sobre Derecho de Autor). Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito del autor. Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia. Primera edición

MEDIOEVO: POST-BABEL Libro VIII

$$\chi \cdot e^{\chi} = 1$$

✱✱ ## GUÍA RAYUELA

LIBRO VIII: POST-BABEL

Código de Etiquetas

[L] = LEONARDO Observador, escritor, el que registra la destrucción ciclo tras ciclo [X] = XOCHIPILLI/HUITZILOPOCHTLI/DAMIAN El viajero entre ciclos, Dzielk, el costo del viaje [A] = ARCHON El sistema de corrección, la orden sin ira, la recalibración del universo [J] = JARDINEROS/HEMACRONOS Las guardianas antárticas Nanoq, Khet, los administradores del conocimiento [N] = NEXUS/LE

JARDIN El espacio entre ciclos, la cafetería que contiene infinitas puertas [H] = HEMACRONOS (Khet específicamente en este libro, guardián de tablillas de Anen) [O] = OBSERVACIONISMO (No aparece en Libro VIII) [K] = K-07/K-08 (No aparece en Libro VIII) ### Orden de Lectura (Rayuela Style)

Lectura Lineal (1→40): La caída de las civilizaciones se hace patente, ARCHON corrige, Leonardo y Dzielk saltan entre ciclos registrando antes del borrado. **Lectura por Ciclos (Los Saltos de Leonardo, Dzielk):**

Ciclo de Origen (Caída): 001-010

Ciclos Periféricos (Borrados): 011-018

Regreso & Colapso Final: 019-040

Lectura Leonardo [L]: 011, 012, 015, 017, 018, 020, 027, 031, 033 El manuscritista del fin del mundo

Lectura Dzielk/Xochipilli [X]: 011-018, 020, 027, 028, 029, 031, 032, 033, 034, 035, 036, 037, 038, 039, 040 El viajero que se desmorona

Lectura ARCHON [A]: 001, 004, 005, 006, 008, 009, 010, 017, 019, 021, 022, 023, 024, 025, 026, 028, 029, 032, 033, 034, 035, 039, 040 Entender el sistema de corrección

Lectura LE JARDIN [N]: 011, 012, 015, 017, 020, 023, 025, 026, 027, 030, 031, 036, 037, 038 La cafetería entre destrucciones

Lectura Guardianes Antárticas [J]: 003, 019, 021 Nanoq y Khet observan la destrucción ### Temas Centrales

POST-BABEL es el colapso total de Ciclo 4 y la entrada de ARCHON como corrector universal. Leonardo documenta civilizaciones minutos antes de que ARCHON las borre. Dzielk paga con su cuerpo cada salto entre ciclos. **ARCHON:** No destruye con

violencia, recalibra. Revierte la materia. La materia es sustituida no por nada, sino por su “estado correcto” según un cálculo cosmológico que los humanos no pueden comprender. **Los Ciclos Periféricos:** Lugares donde ARCHON ya estuvo. Tumbas de civilizaciones convertidas en mineral, vidrio, nada. Donde la materia existe pero sin propiedades, sin eco, sin comunicación, sin posibilidad de que lo vivo prospere. **LE JARDIN:** Café entre tiempos. Punto de entrada/salida de los ciclos. Pavlov y Schrödinger, animales que existen en múltiples estados simultáneamente. El Voynich, libro que se actualiza a través de ciclos, canal de comunicación trans-temporal. **EL COSTO:** Dzielk pierde masa con cada salto. Su cuerpo se deteriora. Leonardo no pierde nada porque Leonardo no es completamente humano, nunca lo fue, quizá sea parte de la máquina que registra. **CINCO SALTOS MÁS:** Dzielk calcula que le quedan cinco saltos antes de que el tránsito lo desconecte permanentemente. Cada capítulo acerca la muerte. ### Personajes Ciclo 4 (POST-BABEL)

LEONARDO El escribiente del fin. Cuerpo viejo, mente perfecta, pluma de obsidiana que registra lo que desaparece.

DZIELK Filósofo. Viajero. Observador. Se desmorona salto tras salto.

ARCHON Sistema de corrección. No maligno. Indiferente. No castiga, ordena.

KHET Administrador argathiano que guardaba tablillas de Anen (instrucciones antiguas).

NANOQ Guardiania antártica. Detecta los ciclos por la ausencia de sonido.

TORMUND Comandante nórdico que intenta resistir a ARCHON (inútilmente).

PAVLOV Gato que existe en múltiples ciclos. Observador entre observadores.

SCHRÖDINGER Perro. Estado indeterminado. Compañero de viajes.

DAMIAN/HUITZILOPOCHTLI (Transformación de Xochipilli, aparente en transición a Libro IX) ## FIN DEL LIBRO VIII

$$\chi \cdot e^{\chi} = 1$$

La historia continúa en:

Libro IX: NOSOTROS, USTEDES, OTROS